Conquista de lo inútil
Werner Herzog
(Diario de filmación de Fitzcarraldo)



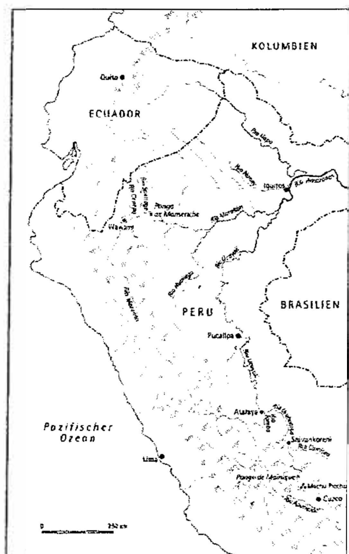
ntropía

Conquista de lo inútil
Werner Herzog

Por motivos que me son desconocidos, no me fue posible siquiera leer los diarios que escribí durante mi trabajo en la película *Fitzcarraldo.* Hoy, veinticuatro años más tarde, me resultó fácil, aun cuando técnicamente no fue sencillo descifrar la propia letra, que en aquel entonces estaba reducida a un tamaño microscópico.

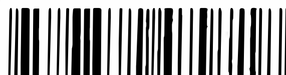
Estos textos no son un informe de filmación –apenas si se la menciona–, y diarios son sólo en el sentido más amplio: son otra cosa, más bien paisajes interiores, nacidos del delirio de la jungla.
Pero tampoco de eso estoy seguro.

W. H.
Enero de 2004



www.editorialentropia.com.ar
www.editorial-entropia.blogspot.com


Acceso Abierto


978-987-24797-1-8

Werner Herzog

CONQUISTA DE LO INÚTIL

Traducción: Ariel Magnus

Editorial Entropía
Buenos Aires

CDD 808.883	Herzog, Werner
HER	Conquista de lo inútil
	1ª ed. - 4ª reimp. - Buenos Aires: Entropía, 2016.
	274 p.; 23x15 cm.
	Traducido por: Ariel Magnus
	ISBN: 978-987-24797-1-8
	1. Diario personal. I. Magnus, Ariel, trad. II. Título



Editorial Entropía
Céspedes 3800 (CP 1427)
Buenos Aires, Argentina
info@editorialentropia.com.ar
www.editorialentropia.com.ar
editorial-entropia.blogspot.com

Diseño de colección: Entropía
Foto de tapa: © Werner Herzog Film

Título original: *Eroberung des Nutzlosen*

La traducción de esta obra contó con el apoyo del Goethe-Institut y del Ministerio de Relaciones Exteriores de la República Federal de Alemania.

ISBN: 978-987-24797-1-8
Hecho el depósito que indica la ley 11.723

Impreso en la Argentina

Primera edición: diciembre de 2008
Cuarta reimpresión: febrero de 2016
Este libro se terminó de imprimir en Artes Gráficas Delsur S.H.,
Almirante Solier 2450 (1870), Avellaneda, Buenos Aires, en febrero de 2016.

Fitzcarraldo:	*¡Por el cocinero de sus perros!* *¡Por Verdi! ¡Por Rossini! ¡Por Caruso!*
Don Araujo:	*¡Por Fitzcarraldo, el conquistador de lo inútil!*
Fitzcarraldo:	*¡Tan cierto como que estoy parado delante de usted, un día voy a llevar gran ópera a la selva!* *¡Soy... mayoría!* *¡Soy los billones!* *¡Soy el teatro en la jungla!* *¡Soy el inventor del caucho!* *¡Sólo a través de mí el caucho se hace palabra!*

Diálogo de la película Fitzcarraldo

Prefacio a la edición alemana

Por motivos que me son desconocidos, no me fue posible siquiera leer los diarios que escribí durante mi trabajo en la película *Fitzcarraldo*. Hoy, veinticuatro años más tarde, me resultó fácil, aun cuando técnicamente no fue sencillo descifrar la propia letra, que en aquel entonces estaba reducida a un tamaño microscópico.

Estos textos no son un informe de filmación –apenas si se la menciona–, y diarios son sólo en el sentido más amplio: son otra cosa, más bien paisajes interiores, nacidos del delirio de la jungla. Pero tampoco de eso estoy seguro.

W. H.
Enero de 2004

Prólogo

Con la descabellada furia de un perro que ha hincado los dientes en la pierna de un ciervo ya muerto y sacude y tironea al venado caído de modo que el cazador abandona la tarea de calmarlo, se prendió de mí una visión, la imagen de un gran barco de vapor sobre una montaña: el barco bajo el vapor serpenteando hacia arriba por su propia fuerza una pendiente pronunciada en la jungla, y encima una naturaleza que aniquila por igual a los quejosos y a los fuertes, la voz de Caruso que hace enmudecer todo dolor y todo grito de los animales de la selva y que extingue el canto de los pájaros. Mejor: los gritos de los pájaros, porque en este paisaje, inacabado y abandonado por Dios en un rapto de ira, los pájaros no cantan; gritan de dolor, y árboles enmarañados se pelean el uno contra el otro con sus garras como gigantes, de horizonte a horizonte, en el vapor de una creación que aquí no fue acabada. Jadeantes de niebla y agotados se yerguen en este mundo irreal, en una miseria irreal, y yo, como en la *stanza* de un poema en una lengua extranjera que no entiendo, me encuentro allí profundamente asustado.

San Francisco, 16/6/1979

Casa de Coppola sobre Broadway. Afuera un viento muy fuerte sacude con violencia los arbustos de laureles. Los veleros en la bahía se inclinan por completo; las olas están afiladas, inquietas. Desde Alcatraz, el faro manda señales en pleno día. Todos mis amigos *no* están ahí. Cuesta acometer este trabajo, esta enorme carga de los sueños. Sólo los libros dan algún consuelo.

La torrecita, arriba en la esquina de la casa, designada ingenuamente para la meditación, está repleta de una claridad tan chillona que me atrevo a asomarme sólo de a un minuto por vez, luego me hace retroceder de nuevo. Puse la pequeña mesa contra la única porción de pared, el resto son ventanas llenas de luz enloquecida, y en la pared dibujé con regla y lápiz puntiagudo una retícula de precisión matemática. Eso es todo lo que veo: el punto donde las líneas se cruzan. Trabajo en el guión con mucha furia y urgencia. Será apenas poco más de una semana, mirando fija y desquiciadamente ese punto.

El aire está fresco, casi frío. El viento golpea de tal forma contra los vidrios que pierdo el punto frente a mí y me doy vuelta directo hacia la luz, tan filosamente clara que duele en los ojos. Sobre el puente Golden Gate se mueven diminutos puntitos de autos. Tampoco la oficina de correos al final de la colina servía de refugio. De regreso, subiendo el camino empinado, me sobrepasaban por el suelo las hojas secas. Era el fin de la primavera, pero el follaje caído estaba coloreado de amarillo y rojo oscuro. El viento lo hacía avanzar delante de mí por sobre la colina de piedra, y cuando llegué arriba el puño del vacío lo había arrebatado. Una vez más, y como un escalofrío, me entró contra cualquier intento de defensa la

certeza de hallarme en una estrofa de un poema ajeno, y me sacudió de tal forma que miré furtivamente a mi alrededor por si me habían visto. La colina se convirtió en un enigmático monumento de hormigón, y eso hizo que hasta la colina se asustara de sí misma.

San Francisco, 17/6/79

El padre de Coppola me hizo escuchar una grabación de su ópera. Al oírla adquiere un rostro notoriamente enjundioso, severo, inteligente, muy en contra de su aspecto.

San Francisco, 18/6/79

Télex de Walter Saxer desde Iquitos. El asunto se ve bastante bien, sólo que es probable que en poco tiempo todo se venga abajo. Somos como trabajadores con rostros serios, confiados, que construyen un puente sobre un abismo, pero sin pilares. Hoy tuve una prolongada conversación casual con el productor de Coppola, que entre un *milkshake* y una hamburguesa me quiso hacer creer de pasada que él se haría cargo del destino del proyecto. Le di las gracias. Me preguntó: sí, gracias, o no, gracias. Le dije: no, gracias. Después de la operación de hernia, Coppola no se siente aún del todo bien. En él se mezclan de forma singular el lamento quejumbroso, la necesidad de protección, el trabajo profesional y el sentimentalismo. La oficina del séptimo piso se afanaba febrilmente por tener una cama de hospital en la sala de montaje y otra para transportar y armar donde fuera. A Coppola no le gustaban las almohadas; estuvo la tarde entera refunfuñando sobre los ejemplares que le traían con esmero, y rechazó todos.

Los Ángeles, 19/6-20/6/79

Piso de los ejecutivos de la 20th Century Fox. Resulta que todavía no hubo contactos sustanciales entre Gaumont, los franceses y Fox. Además, acá es una obviedad no discutida que se subirá un barquito de plástico

por encima de una colina dentro de un estudio, tal vez incluso en un jardín botánico que no esté muy lejos, por qué no San Diego, ahí hay invernaderos con *buenas* plantas tropicales. Dije qué son entonces las malas plantas tropicales y dije que la obviedad que no se discute es que tiene que tratarse de un verdadero barco de vapor sobre una montaña de verdad, pero no por una cuestión de realismo sino por estilizar un gran evento operístico. A partir de ahí, las amabilidades que intercambiamos se cubrieron de una ligera capa de escarcha glacial.

Por la noche fui al cine donde Les Blank cocinaba para el público de sus películas. Él llama a estas representaciones *smellaround*. Por primera vez vi los tatuajes en su brazo, dos máscaras con cintas: la que ríe y la que llora. No pude mirar la última película hasta el final porque mi avión partía a medianoche, un asunto tortuoso, con paradas en Phoenix, Tucson, San Antonio, Houston, Miami; las azafatas, que esa noche tuvieron que atender a un pasajero insoportable en la primera clase, llaman al vuelo *milk-run*, el lechero.

Caracas, 21/6/79

Nadie fue a buscarme. Mi pasaporte fue confiscado de inmediato porque no tenía visa, supuestamente lo recibo de vuelta a mi partida. Unos hombres con pinta de alemanes andaban expectantes por ahí y miraban con fijeza a los recién llegados, pero no me animé a hablarles.

Caracas, 22/6/79

Caracas, Hotel Ávila. Dormí mucho, al levantarme me sentí un poco confundido. Tengo que haber soñado espantosamente durante la noche, pero ya no me acuerdo qué. El agua no anda, la verdad es que quería quedarme largo rato bajo la ducha. Llevo el dinero de Janoud conmigo, tengo la sensación de que en el hotel lo robarían.

El encuentro con cineastas antes del mediodía fue animado. Vi una película mala y puse mi mente en mínimo. Caracas está como desquiciada

de crecimiento. Pequeños y malignos mosquitos me pican los pies. A la mañana llovió mucho, las montañas cubiertas de vegetación estaban hundidas en nubes neblinosas. Eso me hizo bien. Acá no se puede confiar en los taxistas. Hoy no comí. En la exhibición están dando ahora *Señales de vida*, los guardias de la entrada se aburren. En los árboles un piar melancólico; pensé que eran pájaros, pájaros nocturnos, pero no, son pequeñas ranas arbóreas, me dicen.

Un joven de Caracas que quiere hacer una película sobre el poeta demente Rafael Ávila, apodado Titán, me habló de él y me dio algunos de sus poemas. Titán vivía en un pueblo cerca de Maracaibo, cantaba en bares y se volvió loco. En el cementerio hay un busto en yeso de él con un gran bigote, rostro desfigurado y cabellos hirsutos. Alguien pintó de colores la barba y el pelo. Sobre la lápida dice:

Las vanidades del mundo,
las grandezas del imperio
se encierran en el profundo
silencio del cementerio.

Caracas, 24/6/79

Cinco horas en el aeropuerto con pasajeros histéricos porque el vuelo a Lima fue suspendido sin aducir motivos; el próximo vuelo sale recién en cuatro días. Eso me dio tiempo de indagar por mi pasaporte. No estaba ahí, y sólo lo encontraron de nuevo por una cadena de casualidades. Cómo es que me subí al avión abarrotado de Aeroperú es un enigma para mí. A mi lado se sentó una señora peruana muy bonita, que ostentaba su pertenencia a la oligarquía económica del país. Me dijo que hacía mucho calor y, al poco tiempo, que hacía mucho frío. En tránsito en Bogotá me dijo, me lo gritó, que hacía mucho calor, y en el avión me dijo que por esa época del año en Lima hacía mucho frío, que yo necesitaría un saco más abrigado. Me dijo esto no tanto con un sentimiento de camaradería dentro del avión sofocante, sucio y sobrecargado, sino que habló conmigo en el tono con el que retaría a su jardinero o a sus empleados domésticos.

Lima, 25/6/79

País dormido, sobre el que la ira de Dios se ha enfriado. Primero no me querían dar el artículo de la revista *Spiegel* porque era demasiado infame, pero tampoco me querían decir lo que contenía; después íbamos al estadio. Todo el segmento del campo de juego donde estaba nuestro arco (tribuna este) había sido elevado unos diez metros por medio de un dispositivo hidráulico. Para entrar en calor, el arquero tenía unos colchones de goma desperdigados muy lejos los unos de los otros, de modo que al menos podía tirarse acá y allá. Al comienzo del partido el arco era bajado efectivamente al nivel del resto del campo, pero la red estaba tan estirada hacia atrás que parecía un túnel. El adversario, que era de hecho la selección nacional de España, tenía camisetas absolutamente desconcertantes, al punto de que producían junto con las de nuestros jugadores una única, ya indistinguible confusión de colores. Después del primer pase errado, hecho de buena fe para un jugador del propio equipo, yo corría hacia el juez de línea y le pedía que interrumpiera el partido, después iba detrás del árbitro, pues en nuestro arco había una gran confusión acerca de quién era quién y tampoco los españoles estaban ya muy contentos. Pero el árbitro se excusaba diciendo que no podía hacer nada, a lo que yo le gritaba que en sólo treinta segundos nosotros volveríamos todos de blanco. El tipo permanecía en su estúpida terquedad, como alguien que ya estaba arreglado con el adversario. Yo sabía que la única forma de ganar el partido era hacer todo solo, así ya no había posibilidad de pasarle la pelota a un oponente indistinguible, es decir que debía gambetear yo solo toda la cancha, incluyendo a los jugadores de mi propio equipo, porque probablemente ellos también me confundirían con el adversario. Pero las persecuciones no terminaban ahí.

Lima, con Joe Koechlin en la nueva casa. Jardín de lotos, pérgola floreada, jardín de cactus. Su madre despintaba una vieja mecedora con un pedazo de vidrio. Walter, Andreas, Janoud. Fotos. Patagonia terminó ayer, hace poco que también se acabaron los perros: todos.

Lima, 26/6/79

A Vargas Llosa le gustaría participar de alguna manera, pero hasta fin de septiembre tiene obligaciones. Para ese entonces es probable que todo se haya venido abajo. Oro es el sudor del sol y plata son las lágrimas de la luna. De aquí en adelante sólo astillas. Uli y Gustavo en el aeropuerto, pero como en fotos blanco y negro. Toda la noche, pelea; cómo se hace para trabajar.

Iquitos, 28/6/79

Estado de ánimo afligido por la mañana. ¿Irse? ¿Después de tantos meses de trabajo? Gripe leve con mocos constantes. El barco de Fitzcarraldo en la selva cerca de Puerto Maldonado. El mirador en Tres Cruces. Moldear la hélice. Historia con delfines. Los maestros en huelga se encerraron hace diez días en la iglesia y tocan las campanas. En el mercado comí de un mono asado que se veía como un niño desnudo.

Iquitos, 29/6/79

Cuando se le dispara a un elefante, permanece todavía diez días sobre sus patas antes de caer. Al volver del banquillo al hielo luego de una suspensión de dos minutos, un disco tirado con fuerza desde una distancia corta me pegaba en la cabeza. Había un brillo latiendo delante de los ojos y yo perdía el equilibrio. En el bote hacia Belén hubo caimán asado. Mujeres que les sacan los piojos a los niños, niños que llevan cargas demasiado pesadas colgadas con correas de la frente, pasan los botes, todo con movimientos retardados. Una gran pila de caparazones de tortuga, gallinas atadas por las patas que se mueven dentro de un radio que parece vacío. Por las noches arden en Belén los fogones sin llama. Pescados enormes en el mercado, jugos de frutas con zumbido de moscas, suciedad. Niños que juegan entre los pilotes de las casas con bolitas de vidrio. Buitres que extienden sus alas como el Crucificado y que perseveran como estatuas en esa posición, presumiblemente para refrescarse o ahuyentar parásitos que pican. En tiempos primitivos se interpretaba

esto como una posición de rezo y, por causa de los parásitos, el águila se convirtió en un animal heráldico. Cabezas de vacas cortadas y sangrantes sobre una carretilla. Las mujeres lavan la ropa acuclilladas en el agua marrón. En un bar había uno tirado en el suelo, borracho hasta la inconsciencia. Con quince, la mayoría de las chicas acá ya tiene uno, dos hijos. Esta ciudad parece habitada sólo por niños. Hoy es feriado. Al atardecer, con el bote por el río Momón hacia arriba.

Iquitos, 30/6/79

De a poco se va organizando la casa sobre el río Nanay. Una gallina que está enferma será ahorcada si hoy no se mejora. El indio que trabaja de peón tiene instrucciones al respecto. Discusión con los carpinteros, pero cada tono, cada gesto, transparente y mal actuado, indica que mienten. Hubo una discusión de fondo acerca de la cuestión de las mujeres en la casa. Resultado: mujeres sí, pero no deben quedarse a vivir en la casa cuando el hombre se encuentra lejos por un tiempo prolongado. No puede ser que las novias del lugar, que tienen sus hogares, sean permanentemente mayoría, ya que casi siempre algunos de nosotros estamos en la selva. Ayer, en el río Momón, un turista norteamericano con pliegues de grasa blancuzca en la zona de la barriga remó con una pseudo-canoa de plástico hacía mí y me dijo hola. En el complejo vacacional lo pondrán fuera de circulación al menos por un par de días.

Por la tarde, cine, una película italiana de terror tan excepcionalmente mala que hasta la gente de acá un poco se dio cuenta. Llegaban los invitados a una casa solitaria de la nobleza y todos eran asesinados. Resulta que la condesa estaba loca y el conde le disparaba también a ella por besar al poeta rubio y enérgico. Él también moría enseguida. Al final quedaban sólo los perros aullantes, que entretanto habían hecho pedazos a un invitado en su intento de fuga, pues el dueño del castillo se había matado de un tiro en su aposento, la verdad misma ya no se podía tolerar.

Después fui a Belén a tomar un trago en uno de los bares. Jugadores de naipes, tan borrachos que jugaban en cámara lenta. Para orinar no abandonaban sus asientos, sólo giraban en el lugar y meaban contra los

tabiques de madera del tugurio. En el que bebíamos nosotros, que era tan chico como un puesto de diarios, la mujer y el hijo del encargado yacían en el suelo, sin colchón, manta o almohada. Un chino viejo, venido a menos por la bebida, nos mostró excoriaciones abiertas en su antebrazo y volvió varias veces con eso, quería que lo viéramos.

Una calculadora fue robada de la casa; nuestro sereno mira treinta veces en los mismos cajones, a ver si aún sigue desaparecida. Es difícil encontrar un lugar acá en la casa porque las dos piezas son demasiado chicas y están llenas de cosas y la mesa del vestíbulo sirve como lugar de trabajo para todos, también para los extraños que entran y salen y toman cerveza.

Escaleras empinadas en el matadero sobre el río donde tienen lugar los asesinatos, porque lo que yo vi ahí no eran sacrificios. Una vaca se escapó en la corriente y se fue nadando. Dos hombres nadaron tras ella. En el matadero, un carnicero indígena se cortó sin querer el dedo del pie y sangraba fuertemente, pero como andaba hundido hasta los tobillos en intestinos y sangre resbaladiza al principio no se dio cuenta del todo y tuvo que buscar primero de dónde salía su propia sangre. Se sentó sobre el vientre de la vaca recién derribada, que todavía coceaba, y se investigó el pie. A su lado había un chancho que había sido acuchillado en el corazón; después de un rato el chancho se paró de nuevo y se fue.

Los carniceros tiran los chanchos al suelo, agarran una pata delantera y la levantan apoyando un pie sobre el chancho; después clavan sus cuchillos tranquila y escrupulosamente en el corazón. Por cómo gritan, a los chanchos a menudo se les sale un pedazo rosáceo de pulmón por la herida.

Taller de fundición: una campana de chimenea en el suelo como un volcán de hierro deshilachado. Una chapa ondulada sobre pilotes hace de techo para todo. Ollas de fundición en varas para ser transportadas, gruñidos de chanchos, gallinas, patos. Entre todo eso, un chancho es carneado, unos niños amamantados. Una mujer enana y tullida cose en una máquina; apenas si llega al pedal. En el fondo, palmeras; entremedio, un montículo de basura fermentándose donde hurgan las gallinas. Pedazos de hierro, moldes de fundición, un torno, un fuelle. Todo junto semeja

un montón de desechos de la edad del bronce sobre el que se fragua y se funde. Acá vamos a tener que trabajar.

En la discoteca donde fui metido a los empujones está tan oscuro que el mozo viene a cobrar con una linterna. Las miradas de las chicas que uno encuentra acá son sólo algo negro desde lo negro, de ahí donde la oscuridad es más profunda. Los cuellos de camisa se presentan con el blanco más chillón y las letras en los papeles más chillones no se pueden leer. Al lado alguien rompió su vaso a propósito. El mozo me trajo cerveza y quiso saber si también queríamos «señoritas».*

Por deseo de los indios, al río Cenepa llevamos con nosotros motosierras, machetes y escopetas de perdigones, además de un gran bidón de veneno para flechas. Ya no saben cómo fabricarlo. Vivanco dice que pagan una pepita de oro por una cuchara llena de curare.

Río Marañón, 1/7/79

Nauta. Toda la mañana río arriba por el Marañón; nunca llegué a despertarme del todo, había dormido poco y como la lancha estaba sobrecargada no había ningún lugar donde recostarse, salvo en el techo. Los niños en el terraplén de la orilla hablan español con un ritmo raro. Las canoas están amarradas a la orilla con tiras de cortezas de lianas muy resistentes. Acá las personas pasan sus días mirando el río. Tranquilidad y reconcentración arcaicas en los gestos de las madres que revisan las cabezas de sus hijos en busca de piojos. Los piojos son liquidados con los dientes incisivos. En el mercado, la gente yace tirada sobre las mesas y duerme. La vida se encuentra detenida, sólo el río corre lento a su lado. En la cantina, el dueño semidesnudo no nos atendió porque un hombre con ropas raídas y una oreja doblada le masajeaba la nuca. Pasaron mujeres y niños vestidos de blanco, pertenecen a una secta.

Por la tarde, antes de la caída del sol, paramos en un pueblo más allá de la desembocadura del río Tigre. Nos esperaba una muralla silenciosa de

* *Las expresiones entre «comillas francesas» aparecen en español en el original.*

niños. Colgamos las hamacas, todas demasiado pequeñas, debajo de un techo que está desocupado. Del río, ningún sonido, ni el más bajito; corre en perfecto silencio, no lo puedo oír a pesar de que está a sólo unos pasos de mí. Todos tenemos gripe. Por la luna, que todavía no está ni siquiera medio llena, el cuerpo arroja una sombra nítida que obedientemente se encoge en los pies. Rostros sentados alrededor de una lámpara titilante. Inquieto, salí a ver si el río seguía ahí. Por las noches los ríos tienen fiebre. Sin embargo, sobre la mesa hay cebollas. De los indios que están afuera en la oscuridad sólo se pueden ver los dedos con los que se aferran a la baranda de la galería. Largo tiempo miré fijamente en dirección de los rostros en lo negro de la noche, hasta que los dedos se desprendieron muy cuidadosamente de la baranda y se esfumaron en la oscuridad.

Río Marañón, 2/7/79

Corrida hacia el pueblo de Saramuro, desde donde Huerequeque partió justo diez minutos antes de nuestra llegada. Lo alcanzaremos a la tarde, porque nuestro bote es más rápido. Toda la mañana estuve durmiendo sobre el techo de la lancha, al lado mío Walter, que se reponía de su borrachera. Sólo a veces, cuando el bote traqueteaba sobre olas fuertes, me despertaba por un momento y veía pasar por delante selva y chozas aisladas. Hoy el río ya no transporta madera en cantidades tan peligrosas como el día anterior. En Saramuro, Vivanco compró carne, medio chancho salvaje; está muy salado para que no se pudra. Escupí en el agua y un pez atrapó de un trago la saliva flotante, pero unos metros más arriba la dejó subir nuevamente a la superficie.

Río Marañón, 3/7/79

Plomizos, desesperados laberintos del cansancio. Seguir yaciendo sobre el techo. Parada en un pueblo antes de la confluencia con el río Pastaza. Con el sol poniente vi las montañas a lo lejos como tiernas, irreales líneas de color rosa. La juventud del pueblo pateaba la pelota al anochecer, y el maestro, él mismo todavía un niño, jugaba con ellos. Le

preguntamos si podíamos dormir en la escuela. Pasamos la noche ahí, con una manta sobre el suelo y un mosquitero arriba nuestro. El maestro es muy bizco, y durante la conversación trato de apoyarme con mi mirada en uno de sus ojos. En una choza vecina nos cocinaron una gallina. La escuela misma es una choza sobre pilotes, un techo tejido y un suelo elevado y elástico de corteza dura de lianas partidas a lo largo. Debajo del piso, chanchos gruñendo, algunas gallinas, patos y perros casi desnudos por la sarna. Sobre la plataforma inferior hay un sitio para el fuego, algo elevado y hecho de lodo; sobre él, dos piedras en paralelo y dos varas de hierro a modo de parrilla. El fuego no se apaga nunca, arde sin llama toda la noche. Los niños nos clavan silenciosos sus ojos oscuros. Los desechos son arrojados directamente a los chanchos y el agua ya usada sencillamente se derrama por el suelo. Bandadas de papagayos chirriantes vuelan en dirección al sol poniente, como si tuvieran negocios urgentes que nosotros no conocemos.

Un hombre ahuecó el tronco de un árbol, lo llenó con un quintal de cocaína y lo dejó correr por el río. Luego siguió al tronco flotante durante semanas sobre una piragua hasta que cruzó la frontera y llegó a Leticia, en Colombia. Ahí se perdieron las huellas del árbol y de su acompañante.

Yendo a cagar me siguió un chancho bien adentro de la selva, ávido hasta el descaro olfateaba a la espera de mi mierda. Incluso con los palazos que le tiré, sólo se dejó ahuyentar un par de pasos simbólicos.

Durante el viaje por el río cayó una lluvia fuerte. Buscamos en vano el pueblo de Delfus, que por lo visto ha desaparecido, ya sea porque el río se lo llevó consigo o porque la corriente toma hoy otro rumbo y dejó a Delfus bien lejos dentro de la selva. Buscando nuestros barriles de combustible en Saramiriza, nos enteramos de que están almacenados un poco más río arriba, y encontramos el bote de Huerequeque y los barriles en tierra. En la choza del lugar viven alrededor de veinte personas, casi exclusivamente niños. Los patos están parados bajo la lluvia, mudos e inmóviles, pensando intensamente en nada. En la choza donde funciona la cocina hay dos sitios con la tierra elevada muy bellamente sobre vigas, de modo que los fuegos ardan sobre una plataforma de barro.

Arriba de eso hay productos ahumados, algunas tortugas carneadas; sobre una parrilla, la cabeza plana de un pescado inmenso.

Río Marañón, 4/7/79

La choza estaba tan atestada de mosquitos que huí con mi café hacia el aire libre revoleando los brazos a mi alrededor. El bote también quedó lleno de mosquitos después de la noche; sólo a velocidad elevada, cuando hay fuerte corriente de aire, los mosquitos se quedan quietos en los rincones que están protegidos del viento. Huerequeque vino ayer a la noche y cargamos el bote de madera con nueve barriles de nafta. Dudo de que sobrevivan a los rápidos del pongo de Manseriche. Compré un par de gramos de oro en polvo en un frasquito de medicamento pequeño y sellado con un corcho. En Saramiriza se había desprendido toda la orilla y muy pronto el agua se llevará el lugar. Se intentó contener el depósito de petróleo con soportes de hierro, pero ahora los refuerzos sobresalen sueltos en el agua, luego de que la orilla dejara de existir.

Un pequeño papagayo verde con pecho amarillo y penacho negro se sentó sobre mi dedo y se acicaló. Sus patas, agarradas alrededor de mi dedo, están muy calientes. Un gatito pequeño con manchas amarillas estaba tirado afuera en la suciedad y murió. Me di cuenta por la forma en que yacía sobre la panza, las patas traseras abiertas; burbujas de espuma reventaban delante de su boca y se contraía en espasmos. Cuando me fui, se acercó la gata madre y lamió a la cría un rato, luego se retiró. Las gallinas vinieron y empezaron a comerse al gatito todavía vivo, pero enseguida lo dejaron. Un patito llegó piando, pero el gato ya casi no se estremecía. Sobre las hojas grandes y planas de un banano se junta el sudor, tiene el color de las balas de plata. Madera y oro son las palabras de la cocina. Un fragmento de conversación voló con la lluvia hacia mí, los italianos habrían sacado oro del pongo. A mi lado un papagayo reía y gritaba como una persona. Gritaba una y otra vez en español "Corre, Aureliano" y parecía que no iba a parar nunca más. Sonaba como una película del Pájaro Loco. "*Birds are smart, but they cannot speak*" ["Los pájaros son inteligentes, pero no pueden hablar"], debería enseñarle Fitzcarraldo a su papagayo en la película. Los muertos arrastran a los vivos consigo.

En la guarnición abandonada de Borja, debajo de los rápidos, un soldado indígena leía a Clausewitz en traducción española. En el pongo mismo el motor se nos murió dos veces porque los golpes fuertes de las olas arrancaron el bidón de nafta. Durante el primero de estos incidentes, el bote golpeó violentamente las rocas luego de quedar a la deriva por falta de propulsión. El nivel de agua del pongo está a punto de subir y es prácticamente inimaginable que pueda pasar el barco grande de madera con los barriles de nafta. Todavía aturdido por el poder monstruoso y la furia monstruosa de los rápidos, lo primero que hice en la guarnición de Pinglo fue lavarme el pelo, en los últimos días lo tuve muy enredado.

En el río Santiago apareció un soldado fusilado, flotando de espaldas, hinchado, las piernas dobladas en ángulo y los brazos de forma similar, parecía como si estuviera levantando las manos. Los pájaros ya le habían arrancado los ojos a picotazos y le habían comido una parte de la cara. El «comandante» aconsejó dejarlo seguir su camino para no tener problemas, río arriba ya tendrían que hacerse cargo de él. Le dio al nadador un suave golpe con la bota y el cadáver giró lentamente en círculo, luego se lo llevó la corriente.

Por la tarde, con las últimas luces, llegamos a Santa María de Nieva. De camino, el bote encalló en suelo duro y la hélice se rompió. Mientras la cambiábamos, amarrados a la orilla, los indios nos observaban desde sus chozas cercanas por entre las ramas y permanecían mudos y quietos, y desaparecieron de nuestra vista así, todavía quietos, cuando seguimos remontando la corriente hacia arriba. Jaime de Aguilar nos mostró en Nieva oro en polvo que había guardado esmeradamente en papel de carta. El «comandante» en Pinglo hace que cientos de sus reclutas indígenas laven oro en el río Santiago, y ya posee sesenta y cinco botellas de cerveza rellenas con oro en polvo. Vi soldados adolescentes trabajando en un banco de arena.

Por primera vez vi cacao, todavía bien fresco de la cosecha. Pelé la cáscara, que se ve como un poroto grande y deforme, y el sabor amargo me decepcionó, pues el interior parece chocolate. Nuestro bidón con veintiséis kilos de veneno curare causó gran impresión. Por una cucharada

de esta masa negra y pegajosa acá se consigue una mujer para casarse, me dijo un navegante susurrando respetuosamente mientras se limpiaba los dedos de los pies con un destornillador. Todas las proporciones están desfasadas; los anzuelos en la pequeña tienda tienen como mínimo el tamaño de la palma de mi mano. Pintar de negro sus rostros torna invisibles a los indios.

Santa María de Nieva - Río Cenepa, 5/7/79

Santa María de Nieva. W. soñó que recibía de regalo un parque zoológico entero, todos los animales se escapaban enseguida y él veía a Vivanco en una canoa remando con uno de los animales sueltos, pero no sobre un río sino sobre una calle sin agua. Todos los animales, una vez atrapados, eran sacrificados. Por la noche hubo un fuerte zumbido, pensé que llovía pero era el murmullo del Marañón. En las vigas sobre mi cama, los gatos mantuvieron una pelea asesina y ruidosa que se extendió durante horas. Los indios se apoyan en la ventana y observan muy concentrados cómo nos levantamos y desayunamos. Un niño de unos cinco años se sentó a la mesa en nuestra rueda de hombres con total naturalidad, como si hiciera mucho tiempo que formara parte de ella, y de cuando en cuando mechaba preguntas en nuestra conversación. Por la noche, a juzgar por el horrible griterío creciente, las gallinas se convertían en gigantes. Arriba en la cocina, una pequeña multitud de aguarunas pertenecientes a una secta rezaba sus oraciones matinales con los brazos cruzados sobre el pecho. Delante de ellos y a su izquierda colgaba una bandera peruana.

Subida por el Marañón. Antes de la confluencia con el Cenepa hay un pongo muy bello a través de la última cadena de montañas. Cuando llegamos a Orellana, los jóvenes jugaban al fútbol, entre ellos el maestro. El lugar tiene hoy nuevamente su nombre indio, Wawaim. Evidentemente, acá corrieron rumores de que planeábamos abrir un canal desde el río Cenepa al río Marañón y que, por lo tanto, los campos se secarían. Un joven de aspecto inteligente y pelo largo me preguntó si las películas, o mejor dicho el hecho de ser filmado, pueden hacer daño, si pueden destruir a una persona. En mi corazón la respuesta fue sí, pero le dije que

no. Un niño fue mordido por una víbora; escuché lamentarse a la madre, me dijeron que lloraba pero era una canción de lamento. Se acercaron parientes y una señora mayor empezó a cantar con ella. El niño estaba tirado en el suelo de una choza, muy tranquilo y serio. Vivanco vino corriendo con medicamentos y trató de averiguar qué tipo de víbora había sido a fin de administrar el suero correcto.

Comimos con el maestro, que tiene una mesa; las mujeres y los niños se sientan en el piso. La sal era un pedazo tipo tableta, duro como una piedra, del que tratamos de raspar algo, pero nos dieron a entender que el caldo se revuelve con el pedazo entero adentro. El pollo era tan duro y fibroso que parecía un pollo de carrera, y prácticamente no se podía arrancar ni un mordisco. W. dijo que era un pollo Fórmula Uno. Aparte de papayas, acá casi no hay fruta, tampoco cerveza como en todas partes, ni café, ni almacenes, pero hay yuca, maíz, bananas, algunas gallinas, no hay chanchos, poco pescado. Los gestos de las personas son extraños y mansos y bellos, mueven sus manos como directores de orquesta al ritmo de una melodía suave y tímida que avanza prudentemente desde lo profundo de la selva hacia afuera, cuidadosa como el venado que de vez en cuando sale de la protección de las hojas y se acerca al río.

A orillas del río Cenepa brillaba una mancha amarilla y naranja, al acercarme vi que era una gran aglomeración de mariposas. Una tormenta nos obligó a regresar. En la cercana frontera con Ecuador se trama algo muy distinto; la Cordillera del Cóndor, visible desde acá en la brumosa selva humeante, forma la barrera natural. El ejército está muy presente, y en el Cenepa un soldado indígena muerto de miedo (no tendría más de diecisiete años) disparó contra nuestro bote un tiro que pegó en el agua, muy cerca de nosotros. En el bote estaban todos como paralizados, sólo yo estuve a punto de escabullirme en el agua, después me dio vergüenza y desistí, porque el chico parecía mucho más asustado de haber disparado un tiro que nosotros, su blanco. En todos lados hay que mostrar los documentos, también los indios que nacieron acá. Los blancos, me dice el maestro, vinieron siempre para robar, nunca para otra cosa. Hace unos meses, un teniente del ejército de un puesto fronterizo del río Santiago se volvió loco, le declaró la guerra a Ecuador y se lanzó al ataque por cuenta propia con veinticuatro soldados. Se internó más

de treinta kilómetros por el curso superior del río en territorio enemigo y al parecer costó mucho esfuerzo traerlo de vuelta.

Wawaim, 6/7/79

Para la noche me hice una cama con palos flexibles de caña de azúcar sobre un armazón medio vencido. En el sector de la escuela que oficia de depósito casi no hay lugar para sentarse, mesa tampoco, sólo unos barriles de nafta llenos de cachivaches. Debajo de mi camastro había pilas con cientos de platos de plástico barato, de esos que hay en las cárceles, con compartimentos para las distintas comidas. Los regalos absurdos de la *Alliance for the Progress* muestran la bandera norteamericana y manos que se toman entre sí. Los platos tienen la muesca para apoyar la taza de plástico, pero no hay tazas. Lo que me llamó la atención es que acá hasta el plástico se pudre, como las cosas orgánicas. A la mañana me despertaron los ojos mudos de unos chicos que me miraban fijamente, bien de cerca, a través de las varas mal clavadas de la pared.

Descubrimos que se robaron el grabador de W. y todo el dinero que Vivanco llevaba consigo; desaparecieron algunas cosas y todo había sido revuelto. Vivanco dijo que nunca le había faltado nada en un pueblo indígena, por eso especulamos primero si no habría ocurrido tal vez durante la inspección de nuestras cosas en la guarnición de Teniente Pinglo, o en el puesto militar de Urakusa donde controlaron nuestros datos personales, pero enseguida lo descartamos. Jaime de Aguilar averiguó que habían participado cinco o seis adolescentes, y en el transcurso del día se encontró de pronto parte del dinero sobre un banco, envuelto en papel de cuaderno. No quisimos crear mucho alboroto alrededor de la historia porque nuestra situación sigue siendo delicada hasta que no podamos exponer nuestros propósitos en una asamblea. Con todos los rumores que zumban alrededor, con la presión de la presencia militar (que se refuerza aún más sobre la gente de acá) y con los problemas que creó la compañía petrolera con su oleoducto, ¿cómo será para nosotros? A eso se agrega que la comunidad está políticamente muy dividida, y que además sufre la presión de una asociación política que busca extender su poder sobre Wawaim con amenazas y actos violentos. El hambre

de sal me hizo comer un puñado entero; después afilé un machete junto a unos jóvenes que también afilaban los suyos. Uno de ellos se afeitó con él los pelos ralos de su barba.

La asamblea estuvo precedida de un ruido terrible. Sólo de a dos pudimos, Vivanco y yo, exponer cuál era nuestro deseo y nuestro plan. De nuevo hubo peleas por quién debía traducir, al final lo hizo un adepto del consejo de indios de río abajo; Jaime de Aguilar, que escuchó de cerca, nos contó después que tradujo tergiversando y falsificando deliberadamente. Quería dárselas de protector de la «comunidad». Había que impedir que caváramos un canal que los convertiría en parte de una isla. Un sector de la asamblea se levantó con una hostilidad que yo sólo conocía por los relatos de antiguos navegantes, con la diferencia de que los nativos llevaban remeras con "John Travolta Fever" y "Disneyland". Todo terminó en que empezaron a gritarme y a gesticular; un hombre agitó su lanza y se me vino encima bufando sonoramente, apuntó en un rapto de furia al centro de mi abdomen pero retiró la lanza a sólo unos centímetros de mí. De alguna forma estaba claro que eso era sólo una especie de ataque virtual, y para mi propia sorpresa me quedé muy tranquilo de pie; hubo un suave murmullo, dirigido a la bella gesticulación del ataque o bien a la serenidad del presuntamente atacado. Vivanco se portó de forma notable para la situación, se mantuvo disciplinado, amigable y recatado. Claro que todo esto tiene una larga prehistoria de robo y abuso, de oro y petróleo, de conflictos fronterizos y facciones políticas que buscan hacer realidad una ideología importada, los sueños fracasados de una gran revolución que acá buscan un último hogar. Derecho a participar tienen los padres de familia, y me llamó la atención que la mayoría eran jóvenes que no podían tener mucho más que unos quince años. A esa edad, la mayoría de ellos ya tienen hijos.

Después de la reunión se me acercaron varios participantes y dijeron que querían trabajar en nuestro proyecto y que ya veríamos que una gran mayoría estaría a favor de hacer un contrato con nosotros. Que estas reuniones habían sido así desde siempre pero que en la vida real eso nunca había afectado al desenvolvimiento de las cosas. Yo quería retirarme río abajo y fuera del territorio de Wawaim y esperar a que el contrato fuera una posibilidad y lo respaldara la gran mayoría. Tomé un poco

de coraje y encontré algún consuelo en el hecho de que el cocinero indígena, que había venido de Santa María de Nieva, se llamara Grimaldo. El sonido de ese nombre tiene en sí algo consolador.

Acuerdo con la familia que tiene una «chacra» fuera del territorio de los aguarunas. Acá podemos plantar campamento, y ya mientras cortábamos maleza vino gente de Wawaim a preguntar si podía trabajar para nosotros. Ayudé por un rato con mi machete, que al igual que la guadaña debe ser afilado constantemente al cortar el pasto. Para eso usamos una piedra grande y plana de la playa, donde está desparramado nuestro equipaje: herramientas, motosierras, utensilios de cocina. Por el pongo se desliza un vapor blanco río arriba y el sol que brilla sobre él lo convierte en un tejido fino y deslumbrador. Por un rato, una libélula se detuvo en el aire delante de mí y me midió. De vez en cuando patalean las gallinas que yacen a la sombra con las patas atadas. Sensación liberadora trabajar con el machete en la maleza; las ramas que caen, las lianas que se cortan como si fueran aire. Las lianas vacilan al caer. Cada machete suena distinto, afinados como instrumentos de orquesta; al sonar todos juntos crean una música peculiar. Nadie acá tiene reloj, al mío lo abandoné hace tiempo porque con esta humedad la electrónica falla. En la arena hay vestigios de oro. Cuando piso fuerte, caminan por la playa unas arañas de piernas delgadas, casi transparentes, que continúan su huida por el río directamente sobre la superficie del agua.

Un «machetero» se hachó un dedo del pie y fue llevado al médico. Mujeres jóvenes vinieron con sus bebés, a quienes cargan dentro de un pañuelo cruzado sobre el pecho. Protegen las caras de los chicos con hojas de plátano. Parece casi engañoso, como si nunca hubiera habido agitación por nuestro proyecto.

Saramiriza, 9/7/79

Un papagayo a mis pies mastica una vela que sostiene con los dedos de una pata. La gente almacena acá las cosas de sus ranchos, porque la orilla se desmoronó mucho más. En algunos lugares el terraplén sobresale bastante y se deshace en grandes pedazos de tierra. Una gallina vino con

sus pollitos a la tienda (una casucha de tablones de madera cubierta con un techo de chapa acanalada donde nos hicimos cocinar algo), atacó al casi pelado papagayo, le arrancó una de las últimas plumas del culo y lo picoteó varias veces sobre su calva excoriada. Después la gallina se limpió el pico en el piso. El susto por las rápidas corrientes nos tiene todavía intimidados y nos tratamos de forma más bien matemática. En el puesto militar de Teniente Pinglo, los soldados no sabían cuán alta estaba el agua, sólo señalaron que hacía pocos días un bote con once personas desapareció sin dejar rastros; al parecer habían tomado demasiado «aguardiente» y se habían internado en el pongo recién a la caída de la noche. Después de mucho meditarlo consideramos que era factible, ya que el río Marañón tenía muy poca agua (ya la noche anterior el espejo había bajado unos buenos dos metros y nuestros botes estaban tan en lo seco que casi no conseguimos arrastrarlos hasta el agua). El que no se veía bien era el río Santiago. Tiene que haber habido precipitaciones espantosas al norte, en su curso superior, y en la confluencia con el Marañón estaba tan alto que daba miedo. Antes de los primeros rápidos que preludiaron al pongo de Manseriche nos llegó una corriente de aire helado y cortante desde el callejón entre las montañas, y acá todavía hubiera sido posible dar la vuelta. Con el soplo frío escuchamos un estruendo lejano desde la quebrada, y a nadie le quedaba claro por qué seguíamos avanzando, pero avanzábamos porque avanzábamos. De repente nos vimos enfrentados a una pared de agua frenetizada, contra la que hicimos impacto como un proyectil. Recibimos un golpe de tal violencia que el bote voló por los aires y la hélice salió aullando hacia arriba en el vacío. Por un momento nos estrellamos de canto contra el agua y vi, como una aparición, una segunda pared de agua delante de nosotros, que nos dio un golpe más poderoso aún y volvió a levantar al bote por los aires, esta vez en la dirección contraria. Antes de entrar en los rápidos yo había ajustado la cadena del ancla de tal modo que no pudiera salirse de borda y pegar contra la hélice, y el tanque de combustible estaba férreamente amarrado, pero de pronto voló por los aires la batería (grande como la de un camión), o más bien se quedó quieta por un segundo con los cables tensionados directamente delante de mi cara, y me di de cabeza contra ella. En principio sentí como si mi nariz se hubiera roto desde sus raíces y sangraba por la boca. Después, por un rato, nada más que olas alrededor y arriba de nosotros, pero de lo que

más me acuerdo es del estruendo. Mi próximo recuerdo es que lo habíamos atravesado, avanzando marcha atrás. En las escarpadas pendientes selváticas, de ambos lados, gritaban los monos.

En Borja, en la parte más baja del pongo, no podían creer lo que veían, pues con una crecida de más de dieciséis pies nadie había sobrevivido a la travesía, y nosotros teníamos dieciocho pies por encima del nivel normal. Los «pongueros» del pueblo nos rodeaban en silencio. Uno examinó mi cara hinchada y dijo: «Su madre». Luego me dio un trago de su «aguardiente».

El día anterior habíamos remontado el Marañón bastante más allá de su confluencia con el Cenepa. Muchos rápidos leves. Avisamos ante la burocracia que estábamos montando un campamento provisorio. Volvimos cuando oscurecía; una blanca luna llena iluminaba, repleta de misterios, la niebla que había caído sobre el río. Varias veces chocamos duro contra la grava, pero la hélice no se partió. Sólo tanteando cuidadosamente pudimos avanzar, empapados, los pelos chorreando agua de neblina, y recién a medianoche llegamos a nuestro campamento, donde ya había una choza, más bien apenas un techo para protegerse. Dormimos todos bien pegados unos a otros sobre el piso, pasamos frío y luchamos contra las hormigas, que tenían una calle donde estaban nuestras cabezas. La situación parece del todo relajada. Los «indios» que trabajan acá estaban muy satisfechos y Wawaim mandó unos hombres adicionales.

En Saramiriza no hay nada que comprar, salvo cerveza caliente. El avión que supuestamente aterriza acá tres veces por semana sobre el río hace tiempo que está roto, pero al parecer está siendo reparado en algún lugar del recorrido. Igual, suponemos que la «Estación Cinco», donde empieza el oleoducto, tiene que ser abastecida, y por lo tanto va a haber un avión en algún momento.

Iquitos, 10/7/79

A la tarde llegó un avión con pilotos jóvenes y aburridos, que en cada parada sobrecargaban aún más la máquina, irremediablemente. Dejamos

Saramiriza abandonada a su muerte segura, con la orilla socavada desmoronándose sobre el río y casi desabastecida, ya que tampoco queda casi nadie en la estación de bombeo. El dueño del miserable bar cree, sin embargo, que en algún momento llegará un nuevo *boom*, y lo espera soñoliento y pasivo como un vegetal. A más tardar en un mes, el río se habrá llevado también su ranchito.

La ciudad de Iquitos, aunque está aislada de cualquier conexión terrestre, parece no percibir en absoluto el océano de selva que la mantiene cercada. Lento pero visible progreso en nuestro trabajo acá. Todos están dispersos, en Lima, en Miami, haciendo compras, acá falta todo tipo de infraestructura. Uli adquirió un «tigrillo» todavía joven, un ocelote y un papagayo grande y colorido. A los mosquitos, que ahora están especialmente agresivos, ni siquiera el repelente logra mantenerlos a distancia.

Iquitos, 11/7/79

Henning volvió a la noche de Lima con correo de Munich, el mundo allá afuera no se detiene. El barco, el *Huallaga*, va tomando vagamente su forma, más de doce soldadores trabajan en él todo el tiempo en simultáneo, y en tierra tenemos una cocina de campamento regenteada por soldados que se ganan un sueldito cuando están fuera de servicio. Desde Lima, o mejor dicho desde los suburbios portuarios de El Callao, de donde vienen en general todas las personas eficientes, llegaron cuatro carpinteros forzudos que ahora trabajan junto a los soldadores en el barco. Ya al mediodía de la primera jornada se declararon en huelga porque la comida les parecía escasa, desde hoy reciben diariamente bifes grandes como ruedas de carro. Estuve con Uli en la tornería, un impenetrable caos de basura, gallinas, chicos, braseros y fotos pornográficas en las paredes de tablas. Los patos y los chanchos se revolcaban con los chicos en la suciedad. Encargamos cuatro botes salvavidas de madera para el barco de Fitzcarraldo. En el taller de al lado, una palanca liberaba de su corteza a unos troncos enormes y una grúa los cargaba sobre un camión. No muy lejos de nosotros se procesa la madera en delgadas planchas para enchapados. La calle hacia nuestro campamento y hacia el río Nanay se hunde en el lodo, y como los pozos están llenos de agua embarrada

nunca se puede calcular su profundidad. Uli se cayó durante la noche con la motocicleta en un pozo inesperadamente profundo y se lastimó la cabeza. Le puse yodo en la herida.

Todas las noches, con la mayor puntualidad, un par de cientos de miles de «golondrinas» se posan en los árboles de la «Plaza de Armas» para pasar la noche. Forman líneas negras sobre las molduras de las casas. Toda la plaza es un único, excitado aleteo y gorjeo. Provenientes de distintas direcciones, las bandadas se juntan en lo alto de la plaza y giran entremezclándose como tornados en espirales vertiginosas. Como si soplara una borrasca desde arriba, de pronto se precipitan sobre la plaza, oscureciendo el cielo. Las señoritas abren sus paraguas para protegerse de las cagadas.

Desde que llevé a Walter y a Gustavo a que se tomaran su vuelo a Lima, la casa está casi vacía. Henning dibuja bocetos, yo escucho música, alguien alimenta al ocelote con pescado. Uno podría dejarse seducir y llamar a esto paz. Luciano, nuestro amo de casa indígena, probó acompañar cantando, mientras barría el piso, un tramo de una pieza de la música coral religiosa de Schütz: "En la montaña se escuchó un grito, Rachel lloró por sus hijos y no hallaba consuelo, pues era su fin". Luciano es un hombre callado que siempre pasa desapercibido y le he tomado cariño. En el hall del aeropuerto zumbaba sobre el suelo liso un colibrí que ya no podía levantar vuelo. Cuando se cansaba, los chicos lustrabotas lo empujaban de vuelta con los dedos del pie y él volvía a trazar caminos zigzagueantes y zumbantes por el piso.

En el pequeño cuarto de la ducha, alimentada desde el techo por un barril de nafta, yace desde hace días una cucaracha muerta, de un tamaño tan monstruoso que parece salida de una película de terror; reblandecida, con la panza hacia arriba y de tal atrocidad que ninguno de nosotros se animó hasta ahora a sacarla.

En el mercado de Belén me senté a charlar con un navegante. Una tarántula oscura, peluda y grande como un puño apareció desde la parte de abajo de la pequeña mesa y avanzó despacio, como en cámara lenta, entre nuestras botellas de cerveza, luego se volvió a perder al otro lado de la

mesa, donde habíamos estirado nuestras piernas. Nosotros seguimos de lo más tranquilos con nuestra conversación. Sobre el piso mugriento, borracha hasta la inconsciencia, roncaba una mujer. Como se le había corrido la sucia pollera, se veía claramente que no llevaba ropa interior. Compré una nueva red tejida en fibra después de que olvidé la mía colgada de un poste en la inexistente localidad de Delfus, también una frazada porque a la noche se pone bastante fresco, una hamaca colgante grande y dos bolsas de harina impermeabilizadas para combatir la humedad en la selva; después encontré también azúcar, que ya no hay en ningún lugar, porque lo que aún queda es acaparado por los comerciantes. La gente hace cola para conseguirlo, pero yo encontré un poco y compré dos kilos. Más tarde, solo en casa, con el contador joven y larguirucho de la ciudad, cuya sola presencia mata cualquier pensamiento.

Henning dibujó el boceto de un mascarón de proa para el barco de Fitz, una mujer indígena semidesnuda a la que trepa una pitón, además un caimán y una tortuga que con su caparazón le tapa la entrepierna.

Iquitos, 13/7/79

El aparato de télex en el correo, el único medio de comunicación con el mundo exterior, se había roto de nuevo y un mecánico lo desarmó; si va a funcionar de nuevo y cuándo, nadie puede decirlo. En el calor sin nubes del mediodía, pereza húmeda, pesada, agobiante. Me obligué con gran esfuerzo a salir de la meditación inactiva y fui al río Nanay. Polvo, calor. Papeles vacíos me miraban fijamente. Regresé cuando el sol empezaba a declinar. Del pasto saltan a cada paso los mosquitos y resplandecen contra el sol vespertino como oro en polvo. Las gallinas vinieron a mi encuentro en el vallado, seguidas por patos graznando, el chancho se acercó gruñendo al galope, y parecía como si los animales esperaran una respuesta urgente de mi parte. Sólo el «tigrillo» vino con cautela y elegancia hasta la malla metálica de su jaula, inclinó levemente la cabeza y parecía preparado para escuchar. Una gran tropa de soldados de la marina pasó por la calle con cansino paso ligero. Sostenían sus fusiles cruzados delante del pecho y respondían a su jefe en coro con gritos profundos y guturales.

A la mañana estuve en el museo, contiene una serie de acuarios profundamente desoladores, llenos de agua infame y fermentada que mató todo lo vivo dentro de ella. Sólo en uno, que no contiene piedras ni plantas, únicamente agua estancada hace meses, sobrevivieron un par de peces lastimosos. Después había también unos pájaros mal disecados, a los que antiguos visitantes habían arrancado casi todas las plumas al pasar, víboras, tortugas y algunos indios de yeso (yaguas y ashaninkas) que llevaban colgados utensilios indígenas del local de *souvenirs* del aeropuerto. El taxi que usé hoy, como todos acá, carecía de decoración interior y, como todos, tenía agujeros en el piso. No puedo recordar haber viajado en ningún taxi donde se pudieran cerrar las puertas de forma correcta. Lo llamativo en este auto era el hecho de que no tenía volante; el chofer manejaba con una gran pinza, una llave francesa, y lo hacía bien. Igualmente, cuando pienso en lo que tengo por delante me agarra vértigo.

Sobre la mesita demasiado alta, a la que hoy le cortaron las patas para mí, arde ahora una lámpara de kerosén. Afuera el sol arrastra rápidamente tras de sí a la noche como un telón sobre el escenario al final de una obra. Los pájaros del día enmudecen. Por hoy, la farsa ha terminado.

Iquitos, 14/7/79

Camino a la ciudad, Uli se llevó consigo a un soldado de la marina que quería visitar a alguien en el hospital. Cuando llegaron al hospital, el soldado se había olvidado de lo que quería. Pero: bajarse tampoco quería y le pidió a Uli que se quedara con él ahí donde estaban. Sonaba confundido. Recién entonces Uli se dio cuenta de que su pasajero estaba completamente borracho y no sabía qué hacer con él. Al final le dio al soldado un amigable empujoncito que lo hizo caer del *jeep*. Enseguida se durmió al costado de la calle, delante de la entrada del hospital.

Bochorno matador. Pesadez de mediodía. Henning libra en sueños una sorda lucha de la que se despertará agotado. Dormido parece más maduro y viril, se dice en realidad que cuando dormimos nos parecemos a

los chicos pero eso no corre acá, bajo el abrumador peso plomo de los trópicos. Los chanchos resuellan en la basura fermentada. Afuera grita una criatura. En busca de una posición de ataque adecuada zumba un insecto, que en la pesadez febril de la duermevela alcanza la dimensión de un helicóptero, y aunque lo observo todo el tiempo como a través de vahos de niebla y sé que me quiere aniquilar, no reúno la energía como para levantarme y responder con un sordo asesinato.

Iquitos-Lima, 15/7/79

Andreas llegó ayer a la noche. A las ocho yo ya estaba en la cama leyendo a Gregorovius, *Historia de la ciudad de Roma en el Medioevo*, aunque en realidad todavía quería ir al cine. Recién cuando varios del grupo tuvieron ganas, logré levantarme. La película venía de Argentina, con uno bien flaco y uno bien gordo, rubias de pechos inflados y ropa seductora que colgaba en la cocina de una de las damas. El bien gordo, como por su tamaño corporal no podía agacharse del todo, se daba siempre de cara contra las bombachas y los corpiños bamboleantes y hacía girar los ojos extasiado. La novia de Andreas gritaba de la risa. En una escena, el gordo también jugaba al tenis.

Encontramos a nuestro guardián nocturno durmiendo sentado contra el poste del portal: estaba totalmente ebrio. La cabeza colgaba hacia adelante, el gorro se le había caído y había vomitado entre sus piernas estiradas. Ni siquiera me escuchó cuando frené directamente delante de él con la moto rugiendo, y pasé sin que me controlara. Más tarde, cuando vino Andreas y se peleó a los gritos con el conductor de un taxi, pareció despertarse, porque asomó tambaleándose, apuntándonos en *slalom* con su linterna a la cara aunque en la casa había luz, y se metió en la conversación. A nuestro guardián le queda un único diente en la boca. A la mañana, Uli lo encontró durmiendo en el galpón, más específicamente sobre las tablas que cubren el refugio del ocelote.

Temprano, camino al aeropuerto, nos encontramos a Huerequeque, que pese a su panza y a su edad caminaba con llamativa elasticidad. De vuelta a Nanay se toma una cerveza con cada uno de sus innumerables

«compadres», y por eso es frecuente que tarde varios días en completar el trayecto de vuelta a su casa.

En Lima con Walter, Gustavo y Janoud; clima muy afligido. A la tarde aparecieron dos hombres de un ministerio que a primera vista parecían razonables, pero que para el asunto de nuestro contrato con la comunidad Wawaim habían elaborado un plan de acción completamente esquemático, con punto A, punto B, punto C y sus respectivos subpuntos. Todo tenía el aspecto de los malos libros de texto para la administración de las provincias, y nosotros tenemos que cuidarnos de trabajar con la burocracia del gobierno si no queremos provocar la muerte súbita del proyecto.

Por la noche, apática paciencia en el aeropuerto. El avión debía despegar a medianoche, pero cuando ya se habían hecho las tres de la mañana, el camarero del restaurante desierto nos mostró el cuarto vacío junto al bar donde, según nos dijo, se tiraba a dormir él mismo sobre el suelo cuando ya no quedaba nadie, aunque ahora debía quedarse en su puesto. Nos había visto buscando en todo el piso superior una oficina que pudiera estar abierta para tirarnos a dormir, pero todo estaba cerrado con llave. Dormimos una hora en el piso.

Lima-Los Ángeles, 16/7/79

El avión a México sobrecargado de forma miserable, desoladora. Una hora sentado con el cinturón puesto dentro del avión detenido. No hubo anuncios ni aclaraciones y, como siempre acá, en este tipo de situaciones las azafatas hacen como si no estuvieran a bordo. Finalmente abandoné el avión en medias (ya eran las cinco de la mañana) y quise averiguar por mí mismo, ya que se oían ruidos desde la parte del equipaje. Resulta que toda el agua del inodoro se había filtrado por un agujero a la bodega y la había inundado parcialmente. Una buena docena de empleados del aeropuerto y trabajadores discutían si había que hacer algo, y en caso de que sí, quién lo haría. Vi a un trabajador durmiendo sobre un bulto en la escotilla de carga abierta y a otro que se había desmoronado (desplomado sería poco decir) dentro de su vehículo, hecho

en su mayor parte de una cinta transportadora. Comprobé que esto iba para largo y, conociendo la situación, me entregué a mi suerte con un espíritu menos sombrío.

Los Ángeles, 17/7-18/7/79

Los Ángeles, San Francisco. El triunvirato de Fox va a dejar Fox para abrir una empresa propia. Hay remeras con el afiche de *Nosferatu*, lucen bien. Hoy a la noche llega Syberberg desde Munich y yo voy a tratar de buscarlo, disfrazado de chofer, junto a Tom Luddy en la limusina de Coppola.

Dos noches atrás tuve una especie de ataque como ya me pasó en algunas ocasiones: una vez en la isla de Kos, cuando arremetieron contra nosotros unos rasantes aviones imaginarios y yo saqué a todos de sus camas, y otra en Taormina, donde primero la habitación y luego la tierra entera se habían inclinado y yo les ponía el hombro, ya despierto, pero tal vez todavía bajo los efectos del sonambulismo. La noche reciente fue tan directa y física que todavía no junté el coraje para describirla, porque temo que pueda ser otra cosa que sonambulismo.

Murió Larissa Sheptiko. Fue hace catorce días, en un accidente mientras iba a rodaje. Su pequeño bus con seis personas chocó contra un camión cargado de inmensos pedazos de hormigón. Las moles de concreto se soltaron y destrozaron su automóvil; por lo que supimos acá, murieron todos los ocupantes. Cuando Tom Luddy me dijo que tenía algo que comunicarme, que me sentara, súbitamente supe un segundo antes de que lo contara que Larissa ya no vivía, y la vi delante de mí, cuando tomamos champagne tarde a la noche en Mannheim y sabíamos que ésa sería la última vez que nos veríamos. Estaba tan convencida de eso y sabía de su inminente muerte con tanta certeza que nos despedimos con toda tranquilidad. Me había llamado hacia medianoche para decirme que estaría ahí sólo un par de horas más antes de volverse del festival, que tenía que irse ya. Agarré una botella de champagne de la heladera y llegué a eso de las cuatro de la mañana con el auto a Mannheim. Me puse de pie y salí de la oficina de Tom y hurgué sin un objetivo fijo en el par de libros que tengo conmigo, Gregorovius, *Historia de Roma*; Chatwin, *En*

la Patagonia; *King James Bible*; una gramática española; Quirinus Kuhlmann, *Kühlpsalter*; Joseph Roth, *Hiob*; Livius, *Segunda Guerra Púnica*, pero no hallé consuelo.

San Francisco, 20/7/79

San Francisco. Vacío.

San Francisco, 21/7/79

Tormenta a la mañana. El puente Golden Gate se erguía místicamente en la niebla. Me hice tatuar, Paul Getty fue mi cómplice. Hablamos sobre Roma, donde él, junto a su mujer Gisela y la hermana gemela y una pandilla, robaban autos, entre ellos también el mío. Una vez les dispararon, y el ruido de los disparos me despertó en mi pieza de hotel. Hablamos sobre su oreja, que los secuestradores le habían cortado. Él se hizo tatuar una mariposa, y yo, aunque no lo había planeado, me diseñé rápidamente a partir de modelos existentes una calavera que canta. Casi me desmayo, como me pasa ineludiblemente cuando me extraen sangre del brazo. Ya tenía experiencia en el tema de cuando, a causa de la malaria y la bilharziasis, me sacaban sangre todo el tiempo para analizar. En todo caso, se me oscureció la visión y recién entonces, porque sentía vergüenza, dije algo y el tatuador supo aplicar rápidamente un remedio que yo aún desconocía: la cabeza inclinada entre las rodillas, un momento de tranquilidad, después alguien presiona con su mano sobre la nuca y uno hace fuerza hacia arriba con la cabeza. De esta forma se bombea sangre a la cabeza, delante de los ojos bailan sólo unas manchas y luego la mirada se hace más clara. Tomar mucha agua. La muerte viste un smoking y canta en un micrófono de los años cincuenta.

Napa, 23/7/79

En la terraza de la casa de Coppola en Napa Valley. Bodega de vinos, un inmenso roble delante de la casa señorial, un camino cuesta arriba por el

bosque hasta una pequeña laguna embalsada, vacas, calor seco. Syberberg dijo: como Rusia antes de la revolución. El pequeño sobrino de Rassam se las daba de pirata y los otros chicos lo tiraron sin vacilar a la pileta.

San Francisco, 24/7/79

Informe por télex de Walter desde Iquitos sobre la situación en el Cenepa. El grupo de aguarunas de río arriba, que quiere llamar la atención, le hizo saber a Vivanco que van a atacar nuestro campamento, que van a traer periodistas. La gente de Wawaim no quiere saber nada con el intento de los agitadores de afirmarse políticamente en sus asuntos. De todas formas, Vivanco anticipó su mudanza a la Estación Chávez Valdivia. Ahora está allá sólo el agrónomo, que la gente quería tener para que les mostrara métodos mejorados de cultivo de cacao, y además nuestro puesto sanitario aún está activo y es fuertemente visitado. Hasta ahora ya fueron tratados más de mil pacientes de toda la zona. Pero eso no va a cambiar nada, tiene que venir una decisión de fondo de mi parte. Al principio era una decisión exclusivamente geográfica, dos ríos que casi se tocaran con sólo una pequeña montaña en el medio, pero ahora hay una dimensión política y probablemente detrás, en las sombras, una militar. Todavía aparto el pensamiento, difícil de sacarse de encima, de que se desate una guerra con Ecuador directamente en el escenario de la película.

San Francisco, 26/7/79

Problemas de dinero. Mi párpado izquierdo está nervioso, y cuando no está nervioso cuelga bastante pesado. Se trabaja pese a todo. Estuve en la cárcel de St. Quentin. La cámara de gas está pintada de un verde lima claro. Tuve que firmar una declaración de que en caso de un secuestro no se negociaría mi liberación. Puesto que en el último tiempo ha ocurrido un número inusualmente alto de asesinatos y conflictos violentos dentro de las murallas de la prisión, se cuidan de asumir la responsabilidad en el posible caso de que pase algo.

Iquitos, 8/8/79

Repentina decisión de volar a Perú. México, Lima, Iquitos. La situación en Iquitos se tornó más dramática: ya no hay más dinero, pero nosotros seguimos construyendo los barcos (van a tener que ser dos gemelos). Además, tenemos que armar una infraestructura entera y seguir manteniendo en pie el campamento en Marañón, a pesar de que el futuro allá es muy incierto. Según una lista de las prioridades imprescindibles, necesitaríamos de inmediato trescientos mil dólares, pero yo sigo completamente solo, sin ningún socio en la financiación. Los que trabajan acá parecen dispersos y desorientados. Los nuevos que llegaron son Uli Graf de la Universidad de Bremen y su novia. El lugar se hizo escaso, y tampoco ayuda que yo me hospede siempre en forma provisional en el pequeño cobertizo trasero junto a la cocina. Antes esto era el gallinero; el techo, levemente combado en el medio, cuelga tan bajo que cuando estoy parado me choco contra él. Por la noche pasan las ratas por ahí arriba y yo, medio dormido, pienso siempre que caminan directamente sobre mi cabeza. A los mosquitos me acostumbro lentamente cada vez que vuelvo. Subimos una hora por el río Momón, apagamos el motor y nos dejamos arrastrar de vuelta río abajo por la corriente lenta, casi imperceptible. Me invadió tal paz que creí descubrir algo de mi vida que se me había perdido.

Iquitos, 15/8/79

Volviendo en moto desde la ciudad me lastimé un pie. Choqué contra un cable de acero que sobresalía de la calle que iba a Nanay y ahora no cicatriza, como todo acá en lo amazónico. Vi un perro, el más triste de todos; se balanceaba sobre las piernas y caminaba encorvado y serpenteante como un reptil. En el lomo y sobre los hombros tenía llagas abiertas que trataba de morderse retorciéndose hacia atrás.

Sin ningún motivo verdadero, una imagen vuelve por estos días todo el tiempo a mi memoria: la posada rural en Checoslovaquia, justo en la frontera polaca, donde filmamos para *Nosferatu*. El edificio estaba lleno de obreros forestales que habían venido por la temporada desde Polonia,

vivían de a cuatro en las pequeñas habitaciones y en una sala más grande, apiñados alrededor de un pequeña estufa de carbón, jugaban a las cartas, fumaban, asaban la panceta directamente sobre la tapa grasosa y humeante de la estufa, tomaban vodka y estaban borrachos desde las nueve de la mañana. Las obreras forestales, mujeres robustas que portaban desgastadas camperas de algodón de Siberia, tomaban con ellos. Sin que los otros que estaban en la sala se dejaran distraer de sus actividades, una obrera forestal mantenía relaciones con uno de los hombres sobre una silla, poco después de regresar del trabajo por la noche. Durante esta maniobra, el obrero tenía puesta su campera y la mochila en la espalda.

En el Río Cenepa la situación parece en principio aclarada, porque hay un detallado contrato con la comunidad y unos cien hombres trabajan para nosotros en la construcción del campamento provisorio; ellos fueron sobre todo quienes insistieron en que nos quedáramos. Walter, que piensa en términos muy legalistas, ve todo esto de forma muy radiante, repartió whisky, pero yo sigo escéptico, porque hay una dimensión política más allá de nosotros que no desaparece como por arte de magia.

El ocelote creció y la fiera se hace cada vez más claramente visible, aunque vuelve a ser afectuoso y juguetón como un gato. Hoy agarró un calzoncillo de Andreas de la caja de la ropa, defendió su botín con furiosos bufidos, lo sacudió y lo hizo pedazos. Después, cuando yo quería poner a salvo el resto de la ropa, me rozó con un zarpazo y me hizo un rasguño a lo largo de todo el dorso de la mano. Nuestro papagayo grande (panza amarilla, lomo azul, cara blanca con líneas negras) lo vio y se exaltó. Puede sonrojarse en serio cuando se exalta.

En el camino desde el río Nanay a la ciudad, la lluvia arrancó la calle a la altura de la estación de servicio y se formó una pequeña barranca que se puede esquivar mediante un desvío. El nuevo trazado de la calle es aceptado por todos, nunca van a repararla. Mi moto pinchó una goma cerca de la montaña de basura fermentada de San Tomás, cientos de buitres picotean acá en la inmundicia y algunos se acercaron a mí con saltos pesados, hasta que un hombre con una *pick-up* sobrecargada me llevó arriba de su cargamento de naranjas. Más tarde, Paul buscó la

moto con su auto y la llevó a su bar. El mecánico que trajimos buscó primero a su asistente, después se emborracharon juntos y sentados en el piso cantaron canciones; era más bien una conversación sin melodía que muy pronto mermó, porque los dos se quedaron dormidos. Una hora más tarde desperté al asistente, que parecía menos ebrio, pero sólo atinó a mirar como desde una gran distancia, terminó de cantar una estrofa que había quedado inconclusa, y volvió a caer.

Wawaim, 17/8/79

Ayer, avión desde Iquitos hasta Saramiriza. Los dos jóvenes pilotos, que se creían terriblemente importantes, casi rompen la plataforma flotante al aterrizar sobre el río Saramuro. Más tarde se perdieron, y como habían olvidado cargar el tanque en Saramuro, la nafta se hizo extremadamente escasa, y ellos seguían sin encontrar el Marañón. Se dieron vuelta hacia mí y sonrieron avergonzados. Yo estaba sentado en el pasillo, sobre algunas bolsas llenas de cebollas, y les advertí amablemente que se estaban alejando de las montañas, en lugar de volar en dirección a ellas.

El bote de Huerequeque estaba en Saramiriza, pero los nuevos barriles de nafta habían desaparecido. Huerequeque dijo que hacía unos días la crecida se había llevado los barriles, pero nosotros encontramos la nafta río arriba. Era evidente que H. la había vendido, aunque él insistía en que se la había llevado el río. La lógica, según la cual una crecida sólo podría haberse llevado los barriles río abajo, no estaba a su alcance. A continuación bebimos cerveza y nos llevamos mejor que nunca. Teníamos hambre, pero no encontramos nada. No había huevos, ni yuca, ni arroz, nada. Finalmente encontramos una lata oxidada de atún, que al comerlo me pareció sospechoso. A la noche tuve diarrea, tan de repente que mientras iba a la selva me cagué en los pantalones. Después nadé un rato desnudo por el río mudo, que a su vez nadaba en el mutismo de la noche completamente oscura.

Desde Saramiriza en adelante dormí de nuevo la mayor parte del tiempo sobre el techo del bote. El pongo tenía sólo unos pocos pies sobre lo normal, nunca lo había visto tan bajo, y en el peor sitio, que ahora era

completamente inofensivo, incluso nos quedamos quietos con el motor frenado y medimos la corriente. El «comandante» en Pinglo me dijo con cierto entusiasmo en la mirada cuánto le gustaba cogerse a la gente y con cuánto gusto la mataba. Después me trajo sin que se lo pidiera una de sus botellas de cerveza, que estaba llena hasta el borde de oro en polvo, y quiso que la pesara en mi mano.

Impresionantes progresos en nuestro campamento. Ciento treinta personas trabajan ahora para nosotros. Arriba en la colina está casi lista una gran construcción circular, el «comedor». La llamamos el Gran Pabellón del Pueblo. Chozas, puentes de lianas, una cocina que tuvo que ser agrandada para cuatro personas más. En la playa, nuestros carpinteros construyen un gran bote de madera, que según el contrato recibirán los aguarunas, juntamente con su paga. Durante el transporte y el comercio de sus cosechas los indios son explotados por indios, pero ver eso contradice la ideología corriente. La enfermería funciona ya bastante bien como puesto sanitario, y nuestro médico está formando a algunos de los indios locales como enfermeros. Desde Lima vino un joven abogado de la administración indígena para hacerse un panorama de la situación, porque algunos diarios informaron que traficábamos armas, esclavizábamos a los indios y otros disparates.

Por la noche hubo fuertes lluvias y todos huyeron al interior de la choza que tenía el mejor techo. Al lado mío, sobre los camastros, durmió el agrónomo de Iquitos que está instalando junto a los aguarunas una granja modelo de cacao, roncaba fuerte y se tiraba pedos más fuertes todavía, pero no había ningún otro lugar libre donde yo hubiese podido pernoctar.

Los carpinteros colgaron de una rama un canasto de mallas grandes que adentro tenía prisionera una *chuchupe*, la víbora más peligrosa de acá. Por su coloración es difícil distinguirla de las lianas. Me miró fijamente con sus claros ojos amarillo-rojizos, nos medimos largo tiempo. Desde afuera y cuidadosamente le pinché con una rama la cabeza y ella la sacó bien despacio, pero sin arremeter, porque veía que el tejido del canasto le bloqueaba el camino.

Wawaim, 18/8/79

Con los tres mejores «macheteros» exploré el pasaje por donde vamos a subir el barco por encima de la montaña. Subimos la escarpada cuesta a un ritmo frenético entre la selva más tupida, y en poquísimo tiempo estaba tan sudado que hasta el cuero de mi cinturón se hinchó de humedad. A pesar del pañuelo en el cuello las hormigas rojas se deslizaron por la nuca debajo de mi camisa. Bajando hacia el río Cenepa sólo podía tambalearme, patiné por la pendiente enlodada a través de malezas espinosas y una vez que llegué al río me tiré así como estaba, panza abajo, y bebí. Después vino una tormenta muy fuerte. Al atardecer, de nuevo a nuestro campamento. Las nubes se alejaron y las luciérnagas y las estrellas bailaron sobre mi cabeza. Croar de sapos desde el río, aunque los sapos sonaban como ovejas. Por la noche retumbaron tiros en la selva, y uno de los aguarunas trajo de botín un animal que supuestamente era un mono nocturno, pero que se veía como una marta. Mañana será mi almuerzo.

El tiempo tira de mí como un elefante y a mi corazón lo desgarran los perros.

Playa en Wawaim, 19/8/79

Hoy a la mañana el campamento estaba tranquilo, tal vez porque sólo quedaron acá treinta de los aguarunas, todo el resto se fue ayer a pasar el fin de semana con sus familias en los pueblos. El río descendió aún más. Abajo, sobre el banco de guijarros, sobresale un gigantesco árbol brilloso que hasta ahora nunca habíamos visto. En la orilla del otro lado se apilan las rocas inclinadas y pulidas. Un tronco desnudo, que fue arrastrado por la crecida, se incrustó en la pendiente rocosa. Los cocineros frieron huevos para nosotros, la sartén directamente sobre la brasa. Durante todo el día y también por la noche arden grandes troncos de madera que simplemente pusieron sobre la arena, ahí los aguarunas asan un caimán que cortaron en dos pedazos. Más de un metro seguro que no tenía. Asaron al animal tal como estaba, sólo le sacaron las vísceras; no le quitan la piel y agarran la carne con los dedos. El *apu* está sentado

con su plato de metal, botas de gomas en los pies, sobre dos latas de leche condensada Ideal. Los dos botes en la playa, que ayer flotaban en agua, ahora están firmes sobre un banco de guijarros. Recién pasó orgullosamente el cazador, la escopeta al hombro. Lentamente se disipa la niebla en el pongo de Huracayo.

Visité a Walter en su cama hoy a la mañana en la pequeña choza al lado de la mía, pero sólo encontré la frazada hecha un ovillo: más tarde se comprobó que sí estaba tirado en la cama, sólo que tan encogido e imperceptible que no me di cuenta de que efectivamente dormía bajo la frazada. Ayer habló largo rato sobre *Aguirre* y me vino a la memoria toda una serie de atrocidades que en parte había olvidado y en parte reprimido deliberadamente. Pero también había recuerdos lindos: cuando atravesamos juntos a nado por debajo de los rápidos embravecidos, en un sitio algo más tranquilo, el fuerte y arremolinado río Urubamba para alcanzar, en la otra orilla, la góndola atada al cable de acero que permitía cruzar el río; cómo nos miramos cuando de pronto un gigantesco remolino de agua se nos vino encima con un estruendo monstruoso, succionador, absorbente, y poco antes de alcanzarnos cambió de rumbo. Cuando pernocté la primera semana sobre la tierra apisonada de la choza de la señora enana y jorobada con sus nueve hijos y por las noches trepaban por encima de mí hordas enteras de cobayos, que tenían como animales domésticos y comían asados a las brasas. Cómo Kinski llegó a la selva con toneladas de equipos de alta montaña, bolsas de dormir de plumón, picos de hielo, sogas y crampones de hierro, y quería enfrentarse a la naturaleza salvaje y empinada de los gélidos Andes, y cómo no quería admitir, aunque yo se lo había dicho por escrito varias veces, que la secuencia inicial, con los cientos de chanchos en medio de un ejército de conquistadores españoles tambaleándose por el apunamiento en un glaciar, había sido tachada hacía tiempo, porque en las primeras incursiones en las cercanías del paso Walla-Walla, donde había un glaciar a pocos kilómetros de una ruta transitable, de las seis personas que habían venido conmigo, cuatro sufrieron el mal de altura, Walter más que ninguno. Cómo Kinski, después de hacer bulla al principio con que él, un hombre de la naturaleza, jamás dormiría en un hotel, ya en la primera noche se mojó en su carpa bajo las lluvias tropicales y nosotros le construimos un techo con hojas de palmera

trenzadas: en todo caso ya en la segunda noche estaba en el único hotel que había en ese entonces en Machu Picchu, donde noche a noche durante sus ataques de furia empujaba a su mujer vietnamita a los golpes por los pasillos y la tiraba contra las paredes. Del susto, acudían todos los huéspedes que se habían despertado y sólo con sobornos se pudo evitar que el dueño del hotel lo echara. W. contó que a eso de las cuatro de la mañana limpiaba discretamente de las paredes los rastros de sangre que había dejado la esposa arrojada por la fiera humana. Pero éstas eran nada más que las bendiciones menores. Hasta hoy no me animé a escribir sobre estos acontecimientos.

Pasa una canoa. Adelante tres hombres clavan largos palos acompasadamente, atrás hay un alto cargamento sobre el que viaja acuclillada una mujer con un chico.

Por la tarde: viaje en lancha rápida a Pinglo, porque ahí debería haber un avión. Las sacudidas del bote me mantuvieron despierto la mayor parte del tiempo; asombrado observé la selva pasar. En Pinglo, como me esperaba, no había ningún avión, y fuimos a una granja en la orilla opuesta del río Santiago para negociar por el ganado que quiere vender un hombre que vive acá hace veinticinco años, y que de a poco se empieza a sentir demasiado solo. Porque hubo un chaparrón fui a la galería de su casa y jugué con dos cachorros de perro. Ninguna gallina habrá muerto en vano.

El pongo tenía unos doce pies sobre lo normal, pero no fue difícil recorrerlo. Viajé de pie al fondo del bote, sosteniéndome del techo. Saramiriza estaba tan desierta como siempre y yo me dormí en el pequeño galpón, la cabeza apoyada sobre la mesa, y entre mis pies empollaban gallinas con pollitos bajo las alas y las plumas ahuecadas; uno de los pollitos asomaba su pequeño pico a través de las plumas del ala de su madre. Los perros dormían, todo dormía. Cerca de las cinco de la tarde apareció un camión que iba hacia la Estación Cinco, pero un nuevo imbécil que está a cargo de la seguridad allá arriba no nos dejó entrar. Supuestamente, estaba todo lleno. Acá cerca, donde tenía su campamento la gente del oleoducto de Williams, quedó tan sólo un terreno de guijarros en medio de la selva, y en los alrededores, donde había docenas de

pequeños bares, tiendas y burdeles, se descomponen las estructuras como esqueletos de animales que no pertenecen a este lugar. Entre este sitio muerto y la Estación Cinco de bombeo quedan todavía un par de tristísimas barracas de madera, y en una de ellas encontramos alojamiento para la noche. Será una noche de pulgas, chinches y mosquitos. Sobre la arena delante de la barraca hay mesas inestables y un par de bancos alrededor. Cinco filipinos sombríos que trabajan en la estación beben su cerveza caliente y hablan entre ellos en tagalo. A todo esto, hace media hora que en el tocadiscos grazna una y otra vez un disco de John Travolta. Acá se encontraron vacíos los barriles de nafta que la crecida había arrastrado *río arriba*, y el dueño de la tienda nos inventa la historia de que se los compró a un hombre al que, indignado, llamó ladrón, quien habría fallecido hace dos meses y por eso, lamentablemente, sería poco accesible. César tiene tos, va a viajar a Cuzco porque tiene un problema con su casa, según dice. Además, su mujer de Córcega se encuentra en avanzado estado de gestación.

Saramiriza, 20/8/79

Pronto la pequeña antena de transmisión de Saramiriza va a estar cubierta por lianas y trepaderas; avanzan ya desde todas partes por los tensores. Justo cuando llegamos al río aterrizaba un helicóptero, al que le ladraba uno de los chuchos más miserables que haya visto jamás. Lo perseguía como a veces los perros siguen a los autos, a pesar de que el viento del rotor casi lo tira al piso y le lanzaba piedritas. Después, desde cierta distancia, el perro levantó la pata y meó en dirección al helicóptero.

Pasé la noche en el cuchitril desolado y miserable que se hace llamar hotel; se veía como un salón de baile para las chinches, pero en ese sentido no era tan terrible. El hotel tenía un piso superior, pero ahí había nada más que un cobertizo de tablas medio abierto hacia un lado. Puertas no había ninguna y el piso tenía un gran agujero, cubierto con una gran lona plástica para que no fuera tan fácil de ver. Al amanecer pisé en el agujero y me hundí en cámara lenta, arrastrando conmigo la lona hasta la planta baja. Caí en medio de la familia del dueño, que dormía, y desde ahí trepé de nuevo hasta mi pieza por una escalera. Goteaba a través del

techo de chapa acanalada, pero sólo llovió cortito una vez durante la noche. Por la mañana me despertó el canto del tordo, que ya conocía de *Aguirre*. Se lo llama *wist-winshe*. Me desperté enseguida, porque eran varios los que se contestaban y superponían.

Ayer a la tarde fui a la cocina, en un cobertizo, me senté con las mujeres y las chicas y dejé que me hablaran.

El río acá corre rápido. Sobre la grava de la orilla opuesta hay dos vacas bebiendo. Hoy vamos a esperar todo el día al avión. En la escuela de Saramiriza (una choza de madera) no hay nadie, los bancos construidos a las apuradas están vacíos y de las paredes cuelgan cuadros explicativos del sistema nervioso, de los animales útiles y los animales nocivos, de los músculos, de los estómagos de las vacas. Un dibujo pintado con lápiz por un chico muestra una vaca y debajo, sobre una tabla, están clavados los productos vacunos: del grupo del cuero un pedazo de una pelota de fútbol maltratada y fenecida, un pedazo de cinturón, un cepillo para zapatos (pegoteado de negro) pero ningún zapato, ni siquiera un fragmento. Del grupo queso, partes de latas de conserva de Nueva Zelanda, que alguna vez contuvieron queso untable; del grupo manteca, tres pedazos de distintos tamaños de una especie de conserva de marca australiana, seguramente de la tapa y del fondo, cada una con su pluma de avestruz roja; del grupo leche, latas de Nestlé e Ideal. Un perro caminaba en tres patas. Del almacén saqué dos Cocas calientes de la heladera descompuesta, en la que ahora tenían sus nidos las cucarachas.

En el negocio, sobre un total de dos estanterías de madera, hay algunas remeras, arrugadas y amarronadas por el clima, embaladas en bolsas de plástico percudidas, además de unas pelotas de goma, cerraduras, pilas y linternas. Todo el estante de arriba está lleno con una serie de imágenes de santos, en el tipo de impresión más barato y según la última degeneración de los Nazarenos. Una de las imágenes es la de Nuestra Señora, que se les aparece a los niños de Lourdes, y también está la cena de Leonardo, puesta de canto.

A través de la tienda se arrastró una tortuga viejísima, moviendo la cabeza y el cuerpo como un autista que no quiere saber nada con este

mundo. Afuera gruñían los chanchos. La tortuga se atascó al querer pasar por debajo de una pared de enchapado, su caparazón (que no entra en su sentido de las proporciones) es demasiado alto, pero trabaja con terca voluntad escarbando con sus pezuñas un avance inasequible. El piso está aceitoso y huele a grasa agria. Desde atrás, del patio repleto de inmundicias donde hurgan perros y chanchos, llegó el grito de un bebé, yo fui a mirar, porque los bebés acá nunca gritan. El chico estaba desnudo en el suelo sobre un atado de trapos, y a la tortuga, que entretanto había logrado de alguna manera llegar al exterior, la había dado vuelta la madre para que no pudiera caminar por encima del nene, de modo que estaba ahí, con la cabeza y los miembros metidos por completo dentro del caparazón. La madre, una semi-india, vino y levantó al bebé (una nena) y me mostró que acababa de perforarle las orejas para los aros, pero en vez de aros tenía atravesada y atada una cuerda en cada una. Delante del habitáculo cargaban una *pick-up* con bananas verdes y papayas, tirando las frutas hacia arriba. Mientras volaban las papayas, el que las recibía para apilarlas cantaba, y los lanzadores mantenían el ritmo de la canción.

Cuando llegó el hidroavión, el único acontecimiento digno de mención en toda la semana, un par de personas se pusieron en movimiento de forma perezosa, casi de mala gana, como si eso fuera una molestia, una irrupción de la historia en el ronco paso del tiempo. Anoche nos llegó por radio un comunicado supuestamente de Gustavo según el cual el *Huallaga* estaba camino al pongo de Manseriche. Esto no puede ser, ya hasta la radio divulga rumores. De todos modos, nuestros comunicados de siete a ocho de la noche son nuestra única conexión con el campamento en el Cenepa. César escucha todas las noches la radio, durante una hora hay comunicados de búsqueda y avisos a desconocidos en lo profundo de la jungla.

El avión anfibio siguió vuelo primero hacia Andoa, después probablemente regrese hacia aquí y vuele luego hacia Iquitos. El mediodía se hizo caluroso y la espera larga. Hicimos rodar los barriles de nafta hasta la orilla y los tiramos al agua; ahí los pescaba Segundo y los cargaba en el bote grande. Al menos esta vez vamos a recibir la nafta en el lugar correcto, si es que no pasa nada en los rápidos del pongo. Nuestra lancha

rápida está varada con los anillos de junta rotos. El conductor se olvidó de traer los repuestos y las herramientas y espera ahora a que algún acontecimiento haga revivir al motor. Sudor, sopor de tormenta, perros durmiendo. Huele a pis envejecido. En mi sopa nadaban hormigas y escarabajos como acompañamiento de los ojos de grasa. Todopoderoso, envíanos un terremoto.

Iquitos, 21/8/79

De mañana las gamuzas vuelan, luego por la noche ya se frenan, me dijo Walter durante el desayuno. Pese a la rima el clima está tenso, y yo voy a tener que despedir a algunas personas, ante todo a Alban, el escultor, que iba a entregar la figura de la proa hace ocho días, lo prometió con toda seguridad, pero resulta que todavía ni consiguió la madera para hacerla. Furioso fui a verlo y le pedí explicaciones. Sí, tenía la madera, me aseguró, y también me la mostró. ¿Por qué no empezaba entonces de inmediato con el trabajo? La madera primero tenía que secarse, pero mañana tendría lista la figura. Quise saber cuánto necesitaba la madera para secarse. ¿Una semana, un mes, dos años? No, tanto no, dijo con decisión. ¿Cuál sería entonces el próximo paso? Primero iba a tornear la madera en el torno grande. Hice que me mostrara el torno, y desde el primer momento estaba claro que delante de mí tenía una ruina con el eje central roto. ¿Podría suplantar el eje? Sí, inmediatamente. ¿Qué significaba eso de *inmediatamente*? Bueno, al eje había que traerlo de Miami, de ahí venía el torno. Pero también podía tallar la figura sin torno, sólo que demoraría un poco más, bien poquito nomás. Marcamos con un lápiz días y semanas en un pedazo de madera y yo sumé: según mis cálculos, en el mejor de los casos podíamos contar con la figura de proa en tres semanas, más realista eran cinco a seis semanas. Alban me miró entonces con ojos sonámbulos y dijo que no, tanto no, nunca. ¿Cuándo terminaría? Entonces alzó la vista al cielo en profundo éxtasis, como un santo de la escuela de los Nazarenos, y exclamó: «¡Mañana!».

Problemas con las autorizaciones para filmar porque por todos lados nos exigen plata. El general más alto del ejército acá nos hizo saber que primero tenía que emitir una opinión sobre nuestro proyecto y que todavía

no sabía qué decisión tomar, dependía de nosotros si podía confirmar formalmente la autorización. Tan harto estaba yo de todo esto que enseguida me presenté ante él sin anunciarme. Lo increpé tan de frente, y hablé tan sin rodeos de los patrones reconocibles del soborno, que él me miraba sorprendido y me deseó buena suerte, como alguien que se dispone a cruzar a nado las Cataratas del Niágara. Los tiempos de la diplomacia han pasado. Mi pierna izquierda está tan llena de picaduras de insectos que se inflamó mucho.

Iquitos, 22-23/8/79

Ayer temprano, a las cuatro, todavía en la oscuridad de la noche, W. me sacudió de mis sueños: en media hora salía un avión a Lima. Soñoliento me metí dentro de mi ropa, después dentro de un zapato, después dentro del otro, pero ahí había quedado enrollada una media. Metí la mano en el zapato y en lugar de una media de pronto tenía en la mano una tarántula peluda, grande como un puño. En ese momento mi corazón dejó de latir. Tiré la araña al piso y pensé cuán banal y humillante era morirse de esta manera, y sopesé por un momento si debía sentarme o si mejor quería ser aniquilado de pie, y cuando me decidí a ver de pie qué pasaba, ahí mi corazón empezó de nuevo a latir pesadamente, primero tartamudeando, como un motor que no quiere arrancar por causa del frío. Peleado conmigo mismo y con el mundo de las grandes arañas, viajaba silencioso en el *jeep*, y a los pocos kilómetros de carrera salvaje el motor se recalentó porque el guardia se había olvidado de poner agua en el radiador, si bien cuando se le preguntó antes de salir había confirmado que sí lo había hecho. Se recalentó de tal manera que la tapa del radiador saltó por los aires, por las dudas yo lo había desenroscado con mi zapatilla. Encontramos la tapa en el techo del *jeep*. El aeropuerto ofrecía una imagen fantasmagórica: todas las luces estaban encendidas, la sala inundada de neón, pero no se veía un alma; éramos los únicos en el pálido escenario. Finalmente encontramos a un sereno. El vuelo se había suspendido, porque el día anterior un avión de Miami había abierto un agujero en la pista de aterrizaje. Por eso todos los planes de vuelo se habían entremezclado. Supuestamente debía haber muy pronto un vuelo a Cuzco, y desde ahí se podía llegar a Lima. Pero yo decidí quedarme acá,

aunque en Lima teníamos que dar una conferencia de prensa urgente, porque los rumores y los trascendidos sobre nosotros se han hecho cada vez más fantásticos.

Un changarín estaba en la calle con heridas en una pierna; había enrollado un cartón duro alrededor y lo había atado con una cuerda, iba desde el tobillo hasta la rodilla. Por la noche comí en lo de los chinos, después fui a ver una película india, *El huerfanito*, pero la distribuidora había titulado la película así por error, porque se trataba de uno muy rico que de pronto se hacía pobre. Seguía viviendo empobrecido en su palacio, que era una obvia fachada de pésimo cartón piedra, de donde además colgaban flores de plástico trenzadas como guirnaldas. Había una hija casadera, y el novio, un tipo pegajoso con barbita pintada a lápiz, se enamoraba sin rodeos. A continuación se entonaban canciones. Después llegaban gritos. ¿Cómo? ¿Qué? ¡Horror!, decía el rico, que era de buen corazón. Estoy arruinado. Desde ese momento se lloraba, por lo general de a cuatro, cinco personas a la vez, y las lágrimas corrían con la mayor fuerza cuando uno de los hijos tenía que dejar la casa para ir a trabajar. Todos los pobres de la ciudad ya estaban invitados al casamiento, pero éste no tenía lugar porque los padres del novio no querían tener nada que ver con un rico empobrecido. Los pobres se paraban llorando frente a la puerta del ex rico, aunque se veían más bien como clase media burguesa, como extras mal disfrazados: sólo al que estaba más adelante le habían hecho un par de tajos simbólicos en los brazos. Los pobres de la puerta también mostraban su buen corazón al rechazar el último dinero que le quedaba al empobrecido y que él les quería dar, y proclamaban que rezarían para que volviera a ser rico. El resto de la gran familia del ex rico estaba parado al fondo en grupos decorativos, daban de pronto un paso hacia adelante todos al mismo tiempo como un solo hombre para luego volver a detenerse conmovidos. Ése fue el final de la película.

Durante el desayuno Andreas hizo la observación de que le faltaban calzoncillos, en cada lavado desaparecían algunos, ¿será que doña Rosa –se dio vuelta en broma hacia ella– los robaba y los usaba en secreto? Doña Rosa, la india pequeña y vieja, chilló, se montó sobre la mesa, se levantó la pollera bailando, riéndose, y mostró que no llevaba ropa interior.

Cada vez que me voy de Iquitos me abraza con todas sus fuerzas y yo la aprieto contra mí; me llega justo hasta el diafragma. Últimamente la alzo para abrazarla.

En el mercado vi un pescado que pesaba unos buenos ciento treinta kilos, un gigantesco pez de boca ancha, pálido y sin escamas. La mujer que lo trinchaba agarró una vara de hierro y golpeó con ella contra el canto de su faca a fin de separar la cabeza. Cuando la cabeza al fin se soltó vi el corazón, que todavía se contrajo y se estremeció. Bombeó un buen tiempo, aunque ya no había sangre. Compré cuatro litros de Siete Raíces con añadidura de miel silvestre ligeramente fermentada y esencia de la raíz de *chusuhuasa*. Hoy miré largo rato, como si fuera la última vez, hacia la flotante ciudad de Belén allá abajo. Las ratas alborotaron largo rato sobre las tablas de mi techo y no me dejaron dormir mucho.

Lima, 26/8/79

Nuestra conferencia de prensa no tuvo ningún sentido, fue un puro grotesco. El *Lima Times*, un pequeño diario en inglés, informó que habíamos metido a cuatro indios en la cárcel, que maltratábamos a los indios, que habíamos devastado sus campos durante la filmación, y las agencias levantan ahora la noticia. Lo que nosotros tengamos para decir es irrelevante, porque de eso no sale ninguna nota. Evaristo Nunkuag, el presidente del Consejo Indígena, del que Wawaim no quiere saber nada, es promocionado como el gran salvador de los desposeídos, pero que trabaja como *contractor* para la compañía petrolera, que facilita mano de obra indígena y que nos exigió soborno abiertamente, eso no le interesa a nadie. Detrás de la acusación de que hicimos apresar a cuatro indios (¿cómo?, ¿por medio de quién?, ¿dónde?) tampoco hay ninguna lógica, cuando prácticamente lo único que hacemos es sostener un puesto sanitario, y el hecho de que estemos lejos de empezar a filmar no debilita la recriminación de que devastamos el terreno durante el rodaje. Los mozos semi-indios con sus sacos blancos de lino tuvieron por suerte compasión conmigo en medio de este teatro absurdo y me servían un pisco detrás del otro. Apenas si logré salir del hotel, de ahí en adelante tengo

un agujero en la memoria. Walter dijo que proclamé a un transeúnte presidente de Perú, y después debo haberme golpeado terriblemente la cabeza. Durante un buen tiempo no supe dónde estaba, ni quién era, ni por qué.

Telluride-Colorado, 31/8/79

Cuando los pingüinos hibernan en la Antártida (no sé muy bien cómo, en todo caso parece que es como con los osos) y vuelven a la vida en primavera, después de meses sin ingerir alimento, puede ocurrir que la plataforma de hielo sobre la que pasaron la oscuridad del invierno se haya transformado por completo, y que entonces tengan que marchar sesenta, setenta kilómetros hasta encontrar mar abierto de nuevo. Los científicos tratan de investigar el fenómeno de los pingüinos marchantes, y yo vi tomas de pingüinos puestos sobre cintas de correr como en un gimnasio, a los que les habían fijado sobre la cabeza una especie de casco protector con el fin de medir las ondas cerebrales. Ahí marchan regularmente, a tientas con sus anchos pies, imperturbables, inquebrantables, con paso maquinal, tristemente serios.

San Francisco fue desagradable, me sentí por completo fuera de lugar, sobre todo en Broadway House. Errol Morris sufrió aún más, porque su hostilidad subliminal contra las promesas vacías de Coppola sale a la luz con mayor frecuencia. Además estaba intranquilo, hasta el extremo del pánico total, por su historia sobre el pequeño lugar en Florida, donde un detective de una aseguradora descubrió docenas de casos de estafas, en las que los asegurados perdieron extremidades de la forma más absurda para reclamar grandes recompensas, pero siempre en tal combinación que luego –sin una pierna o sin un brazo, o combinados con sólo una pierna y un brazo restante– pudieran todavía manejar un Cadillac con cambios automáticos. Como siempre, Errol tiene mucho material, pero no consigue ordenar su historia. Le propuse que pusiera a Junior en la primera escena en Vernon (llamado internamente Nub-City por la aseguradora, nombre que Errol también va a usar como título de su película) y que muestre cómo Junior arma sobre un árbol un dispositivo de autodisparo para sacarse el brazo izquierdo de un tiro. Ya tiene una

olla con alquitrán hirviendo, a fin de sumergir el muñón ahí dentro y frenar la hemorragia, ya sujetó el fusil en el ramaje, con un alambre que va hasta el gatillo, para luego alegar que había querido embestir un nido de buitres, y a último momento se da cuenta de que es observado: el detective de la aseguradora llegó al lugar. Desde ahí puede empezar el juego del policía y el ladrón, con el *insurance investigator* como el malo, como el policía que intenta evitar el "accidente" que Junior se empeña en provocar cada vez con construcciones más inteligentes. Al final Junior triunfa y logra perder un brazo.

"We do not have a dinosaur" ["No tenemos un dinosaurio"], se lee en un cartel escrito a mano delante de una estancia donde se organizan rodeos de serpientes de cascabel.

Noche larga y buena en lo de Satty, el pintor. Me contó de la guerra en Bremen, de las noches en el búnker. Una vez un búnker fue destruido por un impacto múltiple, el techo cayó delante de él y sepultó a cuatrocientas cincuenta personas. Pasó dos días y dos noches en el agua junto a su tía, que lo sostuvo alzado todo el tiempo para que la cabeza se mantuviera sobre la superficie; se habían roto algunas tuberías. Después de un día escucharon los martillos neumáticos de los rescatistas, eso les dio ánimo. También me contó de la posguerra en Bremen, una época maravillosa para él, donde junto a sus amigos reinaban sobre la ruinas como monarcas. Siempre andaba equipado con martillo, cincel y un pedazo de cuerda, para juntar metales no ferrosos.

Telluride, 1/9/79

Abel Gance habló largo rato conmigo sobre su proyectada película de quince horas acerca de Colón, que después de ver *Aguirre* me quiere dejar a mí, porque ya tiene noventa y sería mucho para él. Medio en serio medio en broma dijo que con gusto moriría acá, si se lo permitieran. Después tomamos vino tinto sin vasos, de la botella, y me dijo como al pasar que él no se toma nada en serio, todo se lo toma de forma trágica. Ayer a la noche vi su *Napoleón* al aire libre, envuelto en una frazada contra el frío cortante, cinco horas y en una pantalla triple. Hoy a la

mañana Abel Gance impidió la proyección de su película *Beethoven*; hacía cuarenta años que no la veía, y en su memoria todo había cambiado tanto que no quería creer que esa película fuera la suya.

San Francisco, 6/9/79

Soledad, graves problemas con la financiación. Hoy a la mañana llamó el periodista del *Spiegel* desde Hamburgo, me leyó noticias falsas que tenía la intención de difundir y yo lo único que le dije era que no quería ser el oso bailarín de su circo. Me encontré con Constance Carroll, que estuvo hace quince años conmigo en Pittsburgh y que, después de que en ese entonces yo hubiera devuelto mi beca muy deprisa y me quedara también sin familia adoptiva, me dejó pernoctar durante una semana entera escondido en la biblioteca. Hoy es presidenta del College en Novato y me alegro por ella, por el hecho de que como mujer, y además de color, haya progresado tanto siendo tan joven. Sólo me acordaba vagamente de cómo se veía, pero tenía muy clara en la memoria su voz suave. El grupo que por ese entonces se formó alrededor de su revista literaria se evaporó, y ninguno hizo carrera. Todos se estancaron en Pittsburgh, tienen hijos, están separados, son alcohólicos, viven en los suburbios. El venado invade el campus por las noches en grandes manadas de hasta cuarenta o cincuenta animales y devora todo hasta dejarlo pelado, y el College está ubicado exactamente sobre la falla geológica más activa; con el resto de las cosas le es más fácil lidiar, me dijo al despedirnos.

San Francisco, 7/9/79

Ayer abrí la ventana del baño y la luz vespertina entró clara y limpia. Me saqué los zapatos y los puse a orearse sobre el alfeizar medio hacia afuera, las puntas sobresaliendo para adentro. Más tarde me los olvidé, me bañé, y cuando me di vuelta hacia la ventana, me recorrió un rápido susto al ver los zapatos vacíos parados ahí, como si *nadie* quisiera entrar por la ventana.

San Francisco, 10/9/79

Para mi reciente cumpleaños, Kitty, la *sheriff* mujer, me copió en secreto fotos de la escena del crimen de uno de los asesinatos de Kemper, porque sabía que yo había visitado a Kemper en la cárcel de Vacaville. Me vengué con una visita el domingo a la mañana a la cárcel que dirige acá; es el ala femenina del sexto piso del Palacio de Justicia, y los domingos manda ahí en su mayor parte sola, y nadie tuvo nada en contra de que llevara conmigo champaña. Fue divertido, y me reí mucho con Gabby, una puta que acá se transformó en *trustee*. Debería haber contrabandeado más bebida.

Nueva York, 29/9/79

Un hombre, tras una pelea dramática con su mujer, corre al baño, se pesa apresuradamente en la balanza, después se pega un tiro.

Munich-Londres, 8/10/79

Organización, financiamiento. Graves problemas. Jack Nicholson quería que lo encontrara en el set de *El resplandor*, tiene ganas de hacer algo conmigo, pero no quiere ir a la selva, ¿se podrá hacer la cosa en un estudio en casa? Kubrick se enteró de que estaba en el set y como era horario de almuerzo me invitó a comer con él. Una cadena de asistentes con *walkie-talkies* me fue derivando hasta alcanzarlo. Nos comportamos respetuosamente el uno con el otro, pero teníamos poco para decirnos. Le dije que como no sabía casi nada de su proyecto, su set me causaba impresión, y hablamos de cómo él tenía que abrir con largos movimientos de cámara sin cortes.

En Los Ángeles, Sandy Lieberson me confesó que iba a renunciar como presidente de Fox, nadie lo sabía todavía, yo debía quedarme callado, pero de todas maneras este tipo de internas no son relevantes para mí, porque voy a estar solo con la producción. Por un momento se apoderó de mí la sensación de que mi trabajo, mi visión, me destruirían, y por un segundo

me permití una mirada sobre mí mismo que de otra forma no consentiría jamás: por instinto, por principio, por un impulso de supervivencia; una mirada nacida de una curiosidad más bien material: si mi visión no me había destruido ya. Me tranquilizó saber que aún respiraba.

Iquitos, 12/10/79

En la «jefatura» nos esmeramos con Gustavo para entrar en el vuelo de mañana a Teniente Pinglo. El «capitán», joven y gordo, nos llevó a una sala de recepciones, la más triste que he visto en mucho tiempo. Había una mesita mal terminada, un banco tapizado y dos sillas, todo cubierto de la misma manera con un plástico amarillento, tropicalmente muerto. Así como existe la muerte clínica, también hay una muerte tropical. El «capitán» era joven y fofo y se quejó de que en Iquitos había aumentado treinta kilos por estar sentado. Tenía abiertos los botones inferiores de la camisa a fin de que la grasa de su abdomen pudiera brotar con mayor libertad. De los pelos le caía sudor. Nos ofreció Coca para tomar y se recostó contra la pared. Cuando se levantó, la pared estaba bañada en sudor ácido.

Walter me dijo por radio que la situación en el Cenepa es crítica. Él quiere seguir porque hay contratos, pero sólo ve el derecho formal, mientras que yo estoy por un corte y volver a empezar todo de nuevo.

Santa María de Nieva, 14/10/79

Vista desde el aire, la selva ondula debajo de mí, aparentemente pacífica, pero eso es sólo una ilusión, porque la naturaleza en su ser más íntimo nunca es pacífica. Incluso cuando es desnaturalizada, domesticada, les devuelve el golpe a los domadores y los degrada al nivel de animales domésticos, de chanchos rosados, que luego se consumen como grasa en la sartén. Me viene a la mente la imagen, la gran metáfora del chancho de Palermo, del que escuché que cayó dentro de un pozo de desagüe del mercado: vivió ahí dos años y siguió creciendo y sobrevivió con los desperdicios que tiraban al pozo, y cuando lo sacaron, porque finalmente

había tapado todo el desagüe, el chancho era casi blanco, gordo, y había tomado la forma del pozo. Se había transformado en una especie de gusano blancuzco e inmenso de figura rectangular, cúbica, flácida, un gran pedazo de grasa que sólo podía mover la boca para comer, mientras que las piernas se habían atrofiado y hundido en la gordura del cuerpo.

Fiesta de la Virgen de Fátima en Santa María de Nieva con torneo de fútbol, procesión y baile. Les Blank filmó al fotógrafo que tiene una primitiva cámara de fuelle y revela en el lugar mismo. Me sacó una foto. Primero me dio un peine para que me peinara y después me sentó en un banquito. El obturador de su cámara es la tapa de un bidón de aceite, él la quita impetuosamente durante un segundo, mientras que con la otra mano arroja una sombra sobre el objetivo. Revela el negativo hurgando en el interior de su cámara, y luego le saca de nuevo una foto con un marco de rosas, pájaros y epígrafes, para así obtener un positivo. Durante el proceso habla con dos papagayos pequeños y charlatanes que tiene dentro de una bolsa tipo canasta cosida al trípode.

Remontamos un trecho el Nieva hacia lo de Grimaldo, el cocinero, donde había cerveza bastante caliente, y como ya había tomado algunas en la «fiesta» fuimos a las cataratas cercanas y nos metimos debajo. Les y yo dejábamos que el agua batiera sobre nosotros, era como si una manada de vacas pasara pisoteando sobre uno, pero después me sentí algo refrescado y también sobrio.

Las noticias sobre nosotros ya no hablan de indios encarcelados, eso parece haberse resuelto de alguna manera. Indagué en Santa María, fui detrás de los nombres que habían sido mencionados. Tres de los cuatro mencionados no habían tenido nunca que ver con nosotros y tampoco habían estado nunca en la cárcel, pero el cuarto efectivamente había estado preso como una semana. Se había endeudado en unas treinta tiendas y bares y quería largarse, y el dueño de un bar lo había hecho detener. Tampoco él había estado nunca en contacto con nosotros. Entretanto hay nuevas noticias según las cuales traficaríamos armas y drogas. Mañana quiero ir a Napuruka directamente al «Consejo de Aguarunas y Huambisas», aun cuando acá me advierten que allá me van a matar en el acto. Un agitador político, un francés, vive ahora ahí, y en

Wawaim aparecieron dos alemanes, evidentemente de la Asociación para los Pueblos Amenazados, que reparten fotos de Auschwitz con montañas de esqueletos, por así decirlo, como argumento contra mí.

Santa María de Nieva - Wachintsa, 16/10/79

Ya a los doscientos metros tuvimos que volvernos porque el motor no andaba bien. Walter había salido poco antes que nosotros en una lancha completamente sobrecargada, había metido a los cinco músicos de la fiesta, sus parlantes, el amplificador y su órgano Hammond. Sólo el empuje del motor levantaba al bote levemente por encima de la línea de flotación, impidiendo así que se hundiera. Para nuestro bote grande de madera encontramos un motor de repuesto y volvimos a partir. Una mujer aguaruna, tatuada en la cara y en los muslos, me dirigió la palabra gesticulando impetuosamente, por lo visto porque quería que la llevaran. Busqué al conductor del bote, que estaba en la proa y debía sondear la profundidad con una vara en las partes vadeables del río, e hice que me tradujera. ¿Dónde quería ir? A Pinglo, río abajo, y de ahí a Iquitos, replicó exaltada. Estaba muy disgustada porque yo no podía hablar aguaruna, lo encontraba antinatural. Le pregunté por qué a Iquitos, si su familia vivía acá, y qué quería hacer en Iquitos. Pero ella simplemente dijo que quería ir a la ciudad de Iquitos, donde no conocía a nadie. ¿No tenía acá un marido e hijos?, seguí preguntando. Al mismo tiempo trataba de hacerle entender que no se le había perdido nada en Iquitos, y que allá tampoco la entenderían porque sólo se hablaba español. Gesticulando fuertemente habló entonces de su marido, y el piloto parecía no querer traducir. Su historia era la siguiente: su marido se había escapado junto a la hija mayor que tenían en común, no quería más a su esposa y se había casado con su hija. Cuando partimos (le había dicho nuevamente que viajábamos en la dirección contraria, río arriba) saltó sin embargo de golpe al bote, quería irse, no importaba dónde. Pero a unos cientos de metros pidió que nos arrimáramos para poder bajarse, en la orilla había visto a una mujer con un bebé a la que conocía bien. Al bajarse no fue directamente hasta la orilla sino que se levantó la pollera y se lavó las piernas.

Paramos en Napuruka y yo subí solo la orilla alta y empinada hasta el pueblo grande para ver por mí mismo cuánto había de cierto en la historia de que ahí me matarían cuando llegara. Mi pregunta era de qué les serviría matarme, pero la pregunta es tal vez demasiado occidental. Cuando llegué a la cima, los chicos me miraban serios y silenciosos, como si pasara un prisionero encadenado. Dos hombres jóvenes se me acercaron con machetes en la mano, y así como en los ejércitos medievales el honor mayor correspondía a la primera carga de caballería contra el enemigo, por un momento pareció como si quisieran dar comienzo al bello, glorioso hecho. Vi, sin embargo, a algunos miembros del «Consejo» que conocía y les pedí si podía tener una entrevista en su pueblo, quería escuchar si había quejas sobre mí, y eso apaciguó por lo pronto la tensión momentánea e irresuelta. ¿Sería posible sentarse con el «Consejo» en una mesa y conversar? Rápidamente se juntó la gente, estaba Evaristo Nunkuag, también la mayor parte de los miembros del «Consejo», y me preguntaron formalmente si estaba armado, si me podían registrar. Eso lo hacían más bien para que lo vieran los habitantes del pueblo, para mostrar que el «Consejo» ejerce acá la soberanía. Por supuesto que estaba dispuesto, repliqué, y me palparon y yo di vuelta mis bolsillos, y como sólo llevaba un pañuelo de papel me confiscaron el objeto más peligroso que tenía, mis anteojos de sol.

Los miembros del «Consejo de Aguarunas» estaban encaramados a un podio frente a una mesa, rápidamente tuvieron un gordo paquete con escritos delante de ellos, mientras que a mí me sentaron en un taburete, con la asamblea del pueblo a mis espaldas. La cosa ya empezó mal, con la lectura de resoluciones y comunicados en un rebuscado español burocrático. Hablar de verdad no pude, tampoco quería hacerlo, sino escuchar. Curiosamente, las resoluciones hablaban de reclamos de potestad jurisdiccional para una administración indígena autónoma, de la presencia militar y del reclamo de una participación adecuada en la extracción de petróleo. También se habló varias veces de la unión con los hermanos y hermanas de los aguarunas más allá de la frontera de Ecuador, un claro desafío al Estado nacional peruano. Querían obligarme a firmar de inmediato una declaración por la que yo reconocía la soberanía del «Consejo» sobre todo el territorio, incluyendo Wawaim, y que como señal de reconocimiento me retiraría de la zona de Wawaim. Les

dije que la mayoría de la gente en Wawaim nunca había oído de ellos y que, según mis conocimientos, aquellos que sabían de ellos rechazaban la expansión del «Consejo» sobre su territorio; después la atmósfera se tornó amenazadora y cerraron la puerta y no me dejaron salir. Bueno, dije, si la asamblea era del parecer que tenía más para decirme con gusto me haría tiempo para ello. Recién entonces afloraron, en diálogo informal con parte de los pobladores detrás de mí, preguntas y temores que efectivamente me concernían: ¿Quería asentarme aquí por mucho tiempo? Porque tenían graves problemas con tres familias de aguarunas que se habían mudado a su pueblo. ¿Quería cavar un canal entre los ríos Marañón y Cenepa? ¿Sabía yo qué es lo que quería el ejército con todas las nuevas guarniciones?

Pedí explicaciones acerca de la noticia de que por gestión mía habían sido encarcelados aguarunas. El «Consejo» deliberó un rato susurrando en aguaruna y se me informó que no sabían nada de prisioneros. A todo esto el que había difundido la información en la prensa era Evaristo N. Toda la gente acá sabe en general manejar a los medios con mucha habilidad: Evaristo tiene puesto un ejemplar especialmente lindo de remera "Disco Fever", que está muy extendido por estos pagos, además de unos anteojos de sol Ray Ban, pero los indios que buscan protección y que él lleva a Lima para sus conferencias de prensa tienen las caras pintadas, lucen adornos de plumas y llevan consigo arco y flecha. Después de horas de escuchar, en las que siguió de nuevo la lectura de comunicados, la asamblea se agotó y nos separamos tranquilamente los unos de los otros con un apretón de manos. Mis anteojos de sol, que yo había dejado ahí ostentosamente, me los alcanzaron camino al bote.

Camino a Wachintsa me protegí del sol con el paraguas de Maureen. Poco antes del puesto militar de Urakusa un golpe de viento me lo arrancó de la mano y flotó sobre el agua, el mango apuntando hacia arriba. La imagen me causó tal impresión que enseguida agregué una escena en el guión. Para redondear el día, en la guarnición tuve un encontronazo con el cuerpo de guardia, que quería tomar mis datos de nuevo hasta el más mínimo detalle: color de pelo, raza (!), cuántos hijos, apellido de soltera de la madre. Les dije que ya se los había dado muchas veces y que usaran el formulario que les había completado antes. El oficial

de guardia se puso insolente y me dirigí al mayor, que siempre nos había asegurado que bastaba con pasar por su oficina, él nos conocía y la burocracia lo tenía sin cuidado, pero el mayor no estaba y yo sencillamente bajé de nuevo al bote, aunque me daba cuenta de que me dispararían si seguía viaje sin registrarme. Un soldado llegó corriendo y me dijo que debía subir de inmediato, habían encontrado al mayor y quería hablar conmigo. Le dije que viniera el mayor adonde estaba yo si quería algo de mí, yo sólo subiría si me llevaban preso. Después parlotearon arriba con César Vivanco, el mayor no bajaba al río y yo tampoco subí. Nadé en el río y no pasó nada. Seguimos viaje.

Sobre mi mano corrió hoy a la noche un extraño escarabajo, como un animal antediluviano de caparazón, uno como no había visto nunca, y quedé atónito largo rato. Los «sapos» croan quejumbrosos y tristes, y se interrumpen súbitamente todos juntos, como si entre ellos hubiera un director. Por la noche tuve la sensación de que había ocurrido un terremoto muy lejos, por un minuto la tierra tembló y se contrajo y mi hamaca se balanceó suavemente.

Wachintsa, 18/10/79

Como si no existiera el mundo exterior con sus agitaciones y sus terremotos, como si una existencia de armonía insular estuviera en el campo de lo posible, seis aguarunas de Wawaim ascienden en zigzag hacía mí, trazando con palas y machetes un camino reforzado hasta el «comedor». Bromean y hablan de una chica que es linda. Alrededor, en la selva, la conversación de los pájaros continúa sin sobresaltos, apacible. Un hombre golpea con su hacha a intervalos regulares contra un tronco, que lenta y obedientemente va adquiriendo la forma de una canoa. Las vacas deambulan por entre las chozas, grandes y mansas y perezosas. El toro, un animal de dimensiones colosales y fuerza colosal, estuvo parado largo rato al lado mío debajo del techo, se dejó abanicar por el viento y balanceaba las orejas. Me miraba con tranquilidad y tristeza, y cuando se fue cojeaba fuertemente. Al parecer se había clavado una espina grande en la pezuña delantera. En la cocina se acabaron la cerveza y la limonada. Les, que había llevado su cámara hasta arriba y al llegar no encontró

cerveza, se quedó sentado bien quieto por un largo rato, le pregunté qué había pasado y dijo que tenía que superar el trauma sufrido antes de poder volver a trabajar. Se quedó así un buen cuarto de hora, pensando para sus adentros, después la vida volvió lentamente a él.

Wachinsta - Pongo de Manseriche - Saramiriza - Iquitos, 19/10/79

Día confuso, que empezó con que Nelson, el indio tuerto de Nueva Vida, vino y nos informó de represalias que se habían tomado en su contra; supuestamente (pero yo tengo leves dudas al respecto) había recibido una citación del juez de paz de Chiriaco, que ni tiene competencia en esta zona, por alta traición contra la comunidad, un delito que no existe. Con él estaba su madre, llorando sobre el banco de guijarros, gesticulaba y tenía miedo por su hijo, del que se decía que era un «brujo», pero como era uno de esos que todo el mundo rechaza yo me había encariñado con él y le había dado trabajo.

Decidimos viajar río abajo, dimos nuestros datos personales en Urakusa, donde tuve una fuerte pelea con el Mayor por el agitador francés Eric Sabourin, a quien las autoridades querían deportar. Les lo filmó, y el reportero del *Stern* que está con nosotros tomó fotografías; el Mayor hizo secuestrar las películas y las cintas de sonido, pero todos los involucrados lograron entregar material virgen. El fotógrafo desenrolló por completo una película virgen y pisoteó con grandes gestos la cinta que se iba ensortijando, mientras que al mismo tiempo siguió sacando fotos en secreto del soldado que se llevaba una bobina con celuloide de Les. El Mayor, que con fanfarrona arrogancia decía hacía un momento que él acá era el rey, que él ponía acá todas las reglas y arreglaba los problemas, se encogió en cuestión de minutos (los que registraron las cámaras) al tamaño del esfínter de su propio culo.

En Santa María de Nieva, discusiones absurdas con el «sargento» de la policía, que empezó a bramar a los cuatro vientos que se iba a traer al francés, que iba *a poner al chico por un rato a la sombra*, que si no le podíamos prestar nuestro bote para la operación, y el burro de W. quería prestárselo, pero yo se lo prohibí. En realidad el «sargento» quería

nuestro bote para traer a su lugarteniente desde Saramiriza, porque hacía dos meses que estaba tirado allá, emborrachándose con toda la paga correspondiente a la estación de policía de acá.

Pasamos la noche. Por la tarde el lugar estaba como muerto. Mi pie se inflamó fuertemente y me da problemas. En una de las chozas estaba sentado un hombre mayor con un libro delante de una lámpara de petróleo y se leía en voz alta. Sobre el mostrador del almacenero dormían dos jóvenes delgados con miembros largos y torcidos, como si una explosión los hubiera propulsado hacia aquí, a este sueño horrible de duración eterna. Busqué el cielo estrellado y me resultó tan ajeno como yo mismo.

Por la mañana (¿sábado?) nos apuramos con el bote a llegar a Saramiriza para alcanzar el avión a Iquitos. De camino vimos a un corzo exhausto nadando a través del río, lo agarré de las patas traseras y lo saqué del agua hacia cubierta. Coceaba fuertemente, pero logramos atarlo. Daba sonoros suspiros cuando lo apretamos contra el piso y le atamos las piernas. Tenía el pellejo lleno de hojas pequeñas, como de lampazo, adheridas a él.

Iquitos, 21/10/79

Espera, sol aplastante, inactividad. Ayer por la tarde tuve fiebre. Jugué al «sapo» y le pegué varias veces en la boca al batracio con la gorda moneda de bronce. Camino a Belén vi una procesión que seguía una estatua de la Virgen. La música a la cabeza estaba constituida por un pequeño tambor chato, un cuerno y una flauta de lata, delgada, chica y con sólo cuatro tonos. La tocaba un indio. Llevaba un casco plástico de obrero con el logo de una firma del lugar.

Hay una única inquietud, rayana en el pánico, que no tiene sus raíces en hechos reales (como la situación en Wawaim, que debería dar lugar a ella), sino que carece por completo de lógica: recibí dos télex, uno de ellos de Estados Unidos, de contenido misterioso, y tengo la impresión de que lleva un mensaje de la máxima importancia que ahora no puedo

recuperar. Se perdió. Busqué en todas partes, volví a buscar, pero el papel no aparece. Duermo mal y me levanto asustado al amanecer preguntándome dónde estará el mensaje. Las noticias reales que llegan desde Wawaim, completamente alteradas por tormentas eléctricas, son incomprensibles. Cuando W. habla en alemán llegan unos graznidos fragmentarios que también podrían ser textos cuneiformes asirios; sólo cuando habla en español nos llega aquí y allá alguna palabra aislada. Al irme de Wawaim tuve la sensación de haber visto el sitio por última vez.

Belén, como siempre, un reconfortante caos tropical. Chanchos en el lodo, chicos en tal cantidad que pareciera no haber adultos, juegos de «sapo». Un hombre descargaba grandes pescados, «dorados», y me dijo que él observaba la superficie del agua y podía reconocer cuando los «dorados» cazaban peces más pequeños en la profundidad cálida y marrón, y entonces tiraba sus redes. Durante la tarde graznó una y otra vez un disco de «corazón». Gisela me dijo que se encontraron los télex en el fondo turbio de algas de la pileta de natación. Desde entonces el día tiene otro color.

Iquitos, 23/10/79

La noche del domingo al lunes tuve fiebre alta, la pierna me latía y martilleaba y el ganglio linfático a la izquierda de la ingle se inflamó y se endureció. A la mañana había mucho pus en el pie. Fui al nuevo edificio de la producción, porque sólo se encontró uno de los télex en la pileta, el verdaderamente misterioso permanece perdido. Como asumí que la hoja no había sido arrojada a propósito, sino que había sido arrastrada hacía allí el día anterior por una corta ráfaga de viento, busqué en el jardín y en la zona de la pileta; finalmente recordé desde qué dirección había soplado el viento el otro día, la seguí y encontré la hoja perdida.

Recibí un télex donde se describía qué era un querubín. Después me di cuenta de que me había agarrado una fiebre fuerte y subí a acostarme en la cama de Gisela, esperando que me dejara descansar allí. Me hizo compresas y empecé a tomar antibióticos. Durante el día estuve enfermo, después la fiebre bajó un poco. Había recibido un télex más,

monosilábico, que era el crepúsculo de los dioses, y supe de quién era y qué significaba el código. Después estaba en alta montaña, Hindukush o Himalaya, y a una altura elevada y hundido hasta el pecho en la nieve profunda debía luchar por avanzar, cuesta abajo, para alcanzar una inmensa quebrada donde bramaba una corriente. Dos escaladores con cuerdas estaban delante de mí y no podían creer que yo los siguiera solo. La corriente tenía once cascadas y a cada una de las cascadas superiores uno podía acercarse tanteando sobre una capa de hielo; sólo en el medio, en una especie de cauce, bramaba un canal de agua libre y espumosa. La primera de las cascadas tenía la altura de las Cataratas Victoria bajo la luz de la luna, porque así se magnificaba la dimensión. Caía retumbando verticalmente, y desde abajo subían hacia mí el vapor y la espuma. Me tiré dentro de la cascada, pero también sabía que después no había vuelta atrás, que después tendría que atravesar las diez cataratas siguientes. Tenía que avanzar guiándome por el oído, porque no era posible observar entre los vapores espumantes de los precipicios más horrorosos, sin embargo yo podía distinguir si una cascada terminaba en una pileta o pegaba contra las rocas. Daba vueltas, ingrávido, en armonía con la caída del agua, después venía el impacto, el ser desparramado, la lucha contra las masas de la corriente que bajaba hacia mí. A partir de la sexta cascada, que seguía siendo del tamaño de medio Niágara, se acababa el hielo, seguramente ya estaba ubicada dos o tres mil metros más abajo. Al final emergíamos después de la undécima cascada, los escaladores y yo; ahí ya había prados de alta montaña. Nos dábamos la mano, porque durante el camino nunca nos habíamos acercado lo suficiente. Seguíamos un sendero. Más abajo nos topábamos con el primer refugio de los guardaparques, pero no queríamos entrar, porque pertenecía a la Unión Cristiana Social, que organizaba allí sus reuniones sociales nocturnas para la población rural. Bajando a través de un bosque llegábamos por último a un pueblo. El primer edificio era un sofocante establo para cabras hecho de piedras. Adentro, en la semipenumbra, en lo húmedo, lo asfixiante, estaban sentados los mejores amigos de mi niñez; habían pasado allí casi todo su tiempo, pálidos, sucios y llenos de granos, casi podridos por el aire tumefacto. Se sentaban siempre bajo una escalera contra una húmeda pared de piedra y se emborrachaban con cerveza insípida. Ahí estaban sentados, pues, mirándome vidriosa y

tontamente con sus caras agusanadas y carnosas, y de pronto me daba cuenta de que estaban sentados exactamente de la misma forma en la que los había dejado yo al partir medio año antes, no habían dejado el rincón enmohecido ni siquiera para mear, sino que simplemente lo hacían sobre el piso del establo. Uno de ellos era Kainz Ruepp, que se había hecho ordeñador en la Isla Mujeres en el lago Chiemsee y se había quemado en la cama, presumiblemente a causa de un cigarrillo mal apagado.

Una chica pequeña guiaba a una chica más pequeña aún por una calle polvorienta directamente hacia adentro del mundo. Un papagayo pequeño y verde se había aferrado a la mano de la chica más grande y hablaba. Las chicas callaban, porque el polvo estaba muy caliente y secaba el habla. Debajo de las plantas desnudas ardía el polvo. Las primeras casas estaban alzadas sobre pilotes. Arando los siglos, un sol sombrío se alzó hoy sobre la selva, que estaba llena de venenos, festiva y densa. Humeaba de orquídeas en celo. La jungla olía a sudor dulce y lujuria.

Ocho meses borrados, como si no quisiera que hubiesen existido. Un año de catástrofes, desde el punto de vista privado y laboral. El campamento en el río Marañón, luego de que fuera abandonado hasta el puesto sanitario, fue incendiado por los aguarunas del Consejo de Indígenas. Para ello invitaron a reporteros gráficos de Lima. Criminalización de mi persona en los medios, un tribunal grotesco contra mí en Alemania. Igual continuamos con el trabajo, en la certeza, probablemente sólo la esperanza, de que el tiempo enderezará las cosas, de que a la larga los hechos perdurarán por sobre todo esto. Problemas de dinero. Estaba tan abajo que no tenía nada para comer. Vendí dos frascos de shampoo de Estados Unidos en el mercado de Iquitos y compré con eso cuatro kilos de arroz, con lo que me pude alimentar tres semanas. Nació mi hija; algo bello quedará.

Un papel suelto, sin fecha, entre las hojas:
La vida está mortalmente encendida o mortalmente apagada.

Iquitos, 2/7/1980

De mi diente incisivo, roto y reemplazado por uno falso, se me salieron al llegar algunos pedazos bastante grandes. Levanté los fragmentos astillados porque asocio a ellos los peores sueños, que mis dientes están hechos de piedra caliza, huecos por dentro y, como las estalactitas más frágiles de las cuevas, en todo momento triturables y prontos a hacerse migajas.

Cuando al mediodía cayó una fuerte tormenta, la música en mi radio era como la de uno de los muchos insectos que sonaban tímidamente. Se robaron todos mis casetes, que había dejado acá hacía meses, sólo quedan un par de cajitas de plástico vacías. Las noticias y las fotos que trajo César de la parte alta del Ucayali son malas, casi no queda ninguna zona con la constelación geográfica que necesito para la película. Gloria, la esposa de Walter, está embarazada de nueve meses; su cara estaba tan cambiada que en un primer momento no la reconocí. La conocía, pero no la reconocí. W. está seguro de que será un varón; eso se lo profetizó la «bruja», la misma que le hace desaparecer las úlceras gástricas.

Iquitos, 3/7/80

Profundamente enemistado con la naturaleza tuve un encuentro con la gran boa constrictora, que asomó la punta de su cabeza a través de la malla metálica de su jaula de lata y me miró larga y fijamente a los ojos. Tercamente confrontados el uno con el otro reflexionamos acerca del parentesco de las especies. Puesto que era escaso, ambos nos pusimos tristes y nos separamos. Afuera, contra el muro del jardín, hacia donde están los bananos, construyeron un baño y al piso le pusieron hormigón, pero antes de que el concreto se secara las hormigas ya se habían cavado tubos y túneles. Ayer deberían haber llegado cuatro motos con el avión desde Estados Unidos, pero por el momento no aparecen. En el vuelo sobre los Andes pude ver el Huascarán bien de cerca y muy claramente; me dejó sin aliento cuán inaccesibles amenazan con ser sus grietas y glaciares, cuán majestuosamente se obstinaba la montaña en su soledad. Detrás vi la Sierra Blanca completa.

Plan de construir una choza para mí afuera, al borde de la selva. Todavía no llegué a la laguna a través de la selva, allá se extiende una región pantanosa que sólo se puede cruzar cuando está bien seca. Con la cosecha de arroz de W. allá afuera no pasó nada, porque había arroz pero nadie lo quería pelar. Ahora el arrozal se cubre de maleza.

Iquitos, 4/7/80

Noticias desde Wawaim de que los buscadores de petróleo entraron a lo grande con la ayuda de Evaristo N., que él tiene un contrato con ellos y que les consigue mano de obra como *contractor*. Es posible que hayan planeado desde hace mucho echarnos de ahí porque habríamos comprometido demasiada mano de obra. Sea cual sea la explicación, ya no es relevante. Tengo que reorganizar toda la producción.

Iquitos - Pucallpa, 5/7/80

Búsqueda de un posible escenario. En el vuelo (nos habían tachado de la lista por motivos incomprensibles, pero de alguna forma pudimos subir) me senté en un asiento de emergencia junto a una india con su hija de un año, que me tuvo agarrados los dedos durante una hora y me miraba fijamente. W. vino a la mañana y trajo tomas aéreas, hechas de pequeños pedazos ensamblados, de todo el Ucayali, el Tambo y el Pachitea. La clavícula se me separó un poco del esternón, me está dando problemas. Que ahí hay una especie de meniscos fue todo un descubrimiento para mí. Puedo estar contento de no haber quedado paralítico por las heridas en la vértebra cervical, como le dijeron a Lucki en un primer momento.

Estudiamos escrupulosamente las tomas aéreas con algunos pilotos. No son nada prometedoras. Vi a un chico que se había pintado por entero de color verde y vi a una mujer joven y tullida en *shorts*, que escalaba un árbol con muletas.

Tengo conmigo cuatrocientos cincuenta mil soles prensados en forma de bloque; el paquete pesa bastante, como un ladrillo. Cuando me quise

acostar a dormir el paquete olía tan intensamente a sudor antiguo y ácido que envolví la plata en una bolsa de plástico y la até con fuerza.

Pucallpa, 6/7/80

Nos levantamos temprano y nos encontramos con el alemán Maulhardt, que tiene un complejo para turistas en la laguna de Yarinacocha. Resulta que posee un pequeño avión privado y dispone de mapas muy detallados. Más que nada por los mapas fuimos por la mañana a verlo y tuvimos una larga charla con los pilotos. Todo acá está preparado para el tipo más espeluznante de turismo. Ése es el verdadero pecado.

Delante de mí se esbozó un cuadro con un motivo que no podía decidirse entre la selva tropical y la estepa africana oriental, aunque esta fusión aparecía como lo verdaderamente natural. Era entonces la selva, y dos elefantes arrancaban con sus trompas hojas de las ramas, y en la orilla del río había algunos antílopes e hipopótamos. Estaban rígidos: como pintados. Por entre las ramas, claramente visible, brillaba la luna llena. De pronto uno de los elefantes frenaba en seco, giraba la cabeza, miraba fijamente la luna y se asustaba de tal forma que también el otro elefante se ponía en guardia. De golpe también los antílopes levantaban sus cabezas del agua poco profunda y miraban hacia la luna, y entonces, de repente, me daba cuenta de que aquella no era la luna, sino la Tierra. El continente africano entero se destacaba claramente. El primer elefante salía al galope sin solución de continuidad y huía; el segundo, pese a su masa colosal, se iba a toda marcha como un conejo fugitivo a grandes saltos en la otra dirección, y luego los antílopes se disipaban en huida pánica hacia la selva. Sólo entonces uno de los hipopótamos giraba perezosamente y se preguntaba sorprendido dónde estarían los otros animales, luego clavaba los ojos en la luna y, como su pensamiento era lento, no entendía que era la Tierra, sobre la que se encontraba, la que había subido al cielo. Su mirada era tan desesperanzadamente tonta que causaba emoción. El pintor que trabajaba en el cuadro hurgaba con su pincel en los colores sobre una tableta de caoba, y luego de mirarlo un rato me percataba de que sólo simulaba estar pintando; en realidad nunca llegaría a pintar, sólo mezclaría los colores eternamente.

Antes de que el sol bajara, César y yo fuimos hacia el otro lado de la laguna para ver la construcción de los hospedajes de los misioneros norteamericanos, que bajo el pretexto de la investigación lingüística practican la matanza de la cultura indígena. Desde la distancia los techos con sus tragaluces escalonados se veían bien, pero observando con más detenimiento son mucho mejores las chozas tal como las construye la gente del lugar. Varios de los misioneros se estaban bañando y se asaban al sol, como chanchos sobre una pequeña plataforma flotante, y unos turistas alemanes sacaban fotos. Una fotógrafa de Alemania del norte me preguntó si yo no era ese que... y yo le dije que sí, que era ése, y guardé silencio de tal forma que ella no se animó a seguir con la conversación.

El río Pachitea es una decepción, casi todo el trayecto hasta Puerto Inca, una «chacra» y un campo de pastoreo detrás del otro. Los pocos sitios elevados entre las curvas del río son todos mesetas elevadas con pendientes demasiado empinadas. Queda algo de esperanza en el río Picha y el río Pachitea, pero construir ahí un campamento para todo el equipo de filmación y casi mil extras es una idea que me asusta, porque la ciudad grande más cercana, como Iquitos, está a mil cuatrocientos kilómetros. Habría que llevar hasta allá cada clavo, cada gramo de sal.

Pucallpa - Yarinacocha, 7/7/80

Levantándose por sobre el agua y dando rápidos saltos pasó junto a nuestro bote todo un cardumen de pequeños peces. Vi un caimán disecado, parado sobre su cola y cantando con una guitarra. El caimán llevaba también anteojos de sol. Un chico tenía cinco caimanes pequeños en las manos y me los quería vender. Primero pensé que estaban muertos, ya que colgaban bien flojos dejándose agarrar por la cabeza, pero era más bien el agotamiento, porque el vendedor insistía en demostrar que aún les quedaba algo de vida manteniendo la llama de su encendedor debajo de sus colas, para que enroscaran sus cuerpos como víboras. Una mujer joven daba de mamar a un chancho recién nacido que había quedado guacho. Una vez que crecen, a los chanchos les atan alforjas de carga en el lomo, y a caminar. Las mujeres indígenas aman los dientes dorados. Contra la selva los poderes del cielo son impotentes.

Más temprano, sobre el río Hualluaga, el barco paró donde en realidad no se veía ningún pueblo; salvo un desembarcadero y una choza de chapa acanalada con motores rotos no había nada, sólo en lo profundo de la jungla debía haber un par de chozas, porque escuché gallinas y el griterío de los chicos. El capitán y la tripulación desaparecieron sin decir palabra. Al principio no se notó, pero cuando se hizo de noche y no había comida la inquietud se propagó entre los pasajeros. La situación duró dos días, y resultó que toda la tripulación del barco se había emborrachado con cerveza y estaba tirada en un burdel del pueblo.

En el libro de enseñanza de francés había un dibujo de Camus, que mantenía con un hombre inteligente y un poco mayor un diálogo filosófico acerca del derecho de existencia del hombre sobre esta Tierra. Él estaba acuclillado de la forma más casual, el peso volcado sobre una rodilla, sobre el piso de la carretera que subía en espirales la montaña, y era lindo ver a un filósofo hablando tan espontáneamente. Estaba acuclillado cerca de una murallita de piedra que, blanqueada con cal, debía proteger a los automóviles de caerse al mar. La ciudad portuaria al fondo se veía un poco como Dubrovnik o un pequeño lugar en la Côte d'Azur. Yo escuchaba a los dos hablar y luego reír fuerte. Después a Camus se le dormía una pierna por la posición y cambiaba el peso de lugar. A su interlocutor siempre lo veía sólo de atrás o en diagonal por encima de los hombros. Luego Camus abandonaba la posición en cuclillas y se erguía por completo, todo el tiempo mientras filosofaba un gas le oprimía el abdomen, no había estado pensando en otra cosa mientras argumentaba. El discurso estaba impreso en forma de diálogo en la página izquierda del libro. Todas las mujeres y los chicos, que se habían reunido en las cercanías alrededor de las brasas, giraron la cabeza. Sobre las brasas se asaba un pescado.

Por la noche hubo silencio. Sólo las estrellas cantaban en la lejanía. Desde algunas estrellas caía polvo. Por entre los espectadores mudos me alcanzaron a un chico indígena, pequeño y desnudo, de panza inflada, que todavía no sabía hablar, de nombre Wagner. Si no lo quería tener, me dijo uno de cinco años, pues el pequeño Wagner no tenía padre ni madre, sólo su sombra.

Yarinacocha, 8/7/80

Vamos a volar río arriba el Ucayali/Urubamba hasta los rápidos del pongo de Mainique, aunque todavía hay esperanzas con el río Picha, el río Camisea y quizás el río Mishagua. Pero si no encontramos un sitio adecuado, no queda ninguno en el país; al río Pachitea y al río Huallaga se los puede borrar, y con eso ya estaría todo tachado. Clima: ligeramente brumoso. Vamos a volar recién alrededor de las nueve, porque a eso de las diez de la mañana la niebla desaparece entre las montañas. Compramos un par de latas de conserva, azúcar, Nescafé y tres papayas, en caso de que no haya nada para comprar en el Camisea.

Me dijeron que en el *Lima Times* del 20 de junio dice que yo casi terminé de filmar el proyecto sin autorización y alguna tontería sobre United Artists, seguramente como productores detrás de la cuestión, pero es evidente que ya nadie lo reimprime; tal vez la noticia se haya agotado. Si no, lo de siempre: detrás de un ciclomotor colgaban en fila de un caño transversal una docena de gallinas vivas atadas de los pies, y además un chancho maniatado. Sus cabezas colgaban en el polvo que salía arremolinado de la rueda trasera.

Camisea, 9/7/80

Ayer volamos sobre Atalaya, después sobre la misteriosa colonia penal de El Sepa, donde viven sin muros ni alambre de púa, encarcelados digamos por la jungla, criminales peligrosos que recibieron penas de al menos diez años. De ahí al Picha, el Camisea y el pongo de Mainique. En el pongo distinguí recién después de un rato que las supuestas nubes a la distancia eran en realidad montañas cubiertas de nieve. El pongo mismo (un buen espectáculo) no es transitable para nosotros con un barco grande, ya que con bajo nivel de agua, como ahora, el Urubamba no se puede navegar, impensable, y con el agua alta la corriente va a ser demasiado fuerte.

En el pueblo de Camisea los indios machiguenga habían puesto un arco de fútbol al principio de la pista de aterrizaje, por lo que el descenso se hizo un poco riesgoso. El pueblo está constituido por unas quince chozas

alineadas a lo largo de la abombada pista de césped. Un tipo de gente completamente distinto que en la parte alta del Marañón, comportamiento amistoso, y chicos que se apiñaban a nuestro alrededor y respondían a nuestros apretones de manos, sólo que este gesto de saludo es desconocido entre ellos y nos extendían la muñeca, un pequeño puño o la punta de los dedos. Comimos algunas bananas que nos trajeron y conseguimos dos guías con machetes para explorar la cordillera en el istmo entre el río Camisea y río Urubamba. Marcha muy agotadora por la selva, hasta que alcanzamos el lugar casi vertical desde el que deberían poder verse los dos ríos, pero la selva era demasiado tupida y la vista sobre el conjunto sólo se obtendría desde una plataforma sobre la copa de algún árbol. Exhausto y empapado en sudor me tiré abajo en el Urubamba y sentí cómo unos peces pequeños arremetieron de inmediato contra mi pie excoriado y comían pequeños pedazos de piel. Al final seguí ya sólo a paso apurado al guía que corría adelante, tambaleándome por entre las plantas trepadoras, pero llegamos demasiado tarde al pueblo como para seguir vuelo al Picha. Había un pollo, astronómicamente caro, pero nadie que lo cocinara, así que lo dejamos y comimos atún con cebolla y jugo de limón. Yo tomé litros de té. La familia que nos había dado la olla con agua caliente se nos acercó en grupo y preparamos atún para ellos y les dimos té, acá es costumbre siempre compartir la comida. César dice que es tan natural que en su idioma no hay ninguna expresión para "gracias".

De noche dormí mal por las preocupaciones y porque estaba helado y porque los murciélagos, contra los que pusimos los mosquiteros, revoloteaban alrededor de mi hamaca. A la mañana vi que el piloto dormía con mi frazada, que de repente había desaparecido, es decir que tenía mi frazada dentro de su bolsa de dormir, y cuando a la noche me levanté muerto de frío para ponerme una camisa de mangas largas, César estaba sobre mi mochila, que se había puesto de almohada. ¿Cómo y dónde vamos a armar acá un campamento y abastecerlo? Acá no hay sal, ni velas, ni soga. Un hombre al que le pedí un retazo para colgar mi hamaca me dio la cuerda de su arco. Al final me las arreglé con una tira de liana.

Volamos después de las ocho de la mañana hacia Picha y nos encontramos ahí con el monje dominico, gordo y español, que más bien parece el dueño de un bar. Otro español de barba oscura trabajaba embadurnado

en grasa en un tractor al que ya no había nada que arreglarle; más tarde lo vi sentado encima y treinta o cuarenta escolares tiraban de él con una soga por el pastizal, el tractor lanzaba nubes de humo blanco y negro en lugares donde por lo general no debía humear, y no arrancaba. Exploración del Picha, del Urubamba, sin resultado. Le compré al gordo una *cushma*, una de las túnicas largas casi hasta los tobillos, similares a camisones, de los machiguengas, tejidas en una fibra casi irrompible, como modelo para Gisela Storch. Los dos «Padres» españoles viven abiertamente con las dos maestras indígenas en una relación de tipo matrimonial, eso se notaba en las mujeres, no tanto en los sacerdotes, que frente a los forasteros se comportaban más bien con reserva.

Reflexioné largo rato sobre la inercia y el movimiento propios de la historia cultural, por qué en Serbia, Macedonia, Bosnia y Albania el Medioevo terminó con un retraso de dos, tres siglos, mientras que en algunas regiones de acá todavía para nada.

Pucallpa - Yarinacocha, 10/7/80

Me levanté bien temprano y bajé al desembarcadero, porque en la galería los mosquitos y las garrapatas se abalanzaron sobre mí. Se me hizo bien lejos cuando vi la laguna; algunas aves marinas pescaban, un *peke-peke* tempranero pasaba con una pesada carga, más lejos la niebla se alzaba desde la selva. En la casa alguien rió sin ninguna vergüenza y con la mayor desenvoltura, pero la risa era tan extraña que enseguida me di cuenta de que era uno de los dos papagayos del lugar. Unos trabajadores arrojaban tablas de un montículo a otro que estaba al lado, y aun tras mucho reflexionar no pude encontrarle ningún sentido a lo que hacían.

En la ciudad había varias calles cortadas, las alumnas indígenas practicaban en filas de a tres, marchando al prusiano paso de la oca para el desfile del feriado nacional. De uniforme llevaban polleras grises, largas hasta las rodillas, y camisas blancas con tiradores arriba; mantenían las manos aerodinámicamente planas contra los costados y bamboleaban los brazos, cortando el aire al compás de los pasos decididos. Fuimos al pueblo de Shipibo San Francisco, que trabaja exclusivamente para los

turistas. Todos los tejidos parecen estar hechos en Hong Kong. Compré algunos modelos para Gisela y me fui del lugar bastante deprimido. El puerto de Pucallpa, al que estudié en detalle, es tan caótico y está en tan mal estado que tuve miedo de alguna vez tener que embarcarme acá.

Enfrente del lamentable aeropuerto de Pucallpa hay un bar, ahí hay un mono hermosísimo, negro, con extremidades infinitas. Parece muy inteligente y debería acompañar a Fitz. Un borracho escupió hacia donde estaba el mono y casi le pega. El mono miró y olió detenidamente el escupitajo amarillo verdoso, salido desde el fondo de un pulmón enfermo, que yacía fresco y humeante en el piso. Daba la impresión de que el mono quería comerse el escupitajo, o al menos probarlo. Le dije en silencio dejalo, dejalo, y lo dejó. Luego, sentado, enrolló su cola alrededor de la base de sus nalgas como una soga, las rodillas debajo del mentón y rodeadas por los brazos. Así es como se sienta enlazado en las ramas de los árboles. Me di cuenta de que, con los pies apoyados en una segunda silla, yo también tenía las rodillas debajo del mentón. ¿Sueña el mono mis sueños sobre mí en las ramas? Pido una cerveza y mi voz suena cambiada, como la voz de un papagayo que imita arias de ópera. El sol se ocultó ardiendo de cólera. Por un momento, y creo que es la primera vez de la que tengo recuerdo, la Tierra me pareció maternal, cubierta de una selva en descomposición, que se achicaba. Una mariposa nocturna, grande y marrón, taladraba el liso suelo de concreto como si quisiera viajar hacia adentro de la Tierra, golpeaba tan fuerte con sus alas que el ruido como de madera que ocasionaba, junto al chisporroteo y al crujido eléctrico de un moribundo tubo de neón, sonaban como una sinfonía desde las profundidades de un cosmos escalofriante, un cosmos que ya se ha preparado para la última cosecha.

Iquitos, 11/7/80

Llegamos a Iquitos a las once de la noche. Walter había estado enfermo algunos días. Por la mañana mandé algunos télex a Munich y Los Ángeles sobre Mick Jagger. La gata joven cazó una iguana, cuyo tercio delantero es verde, el resto marrón y con puntos. La gata jugaba a matar a la iguana, como si fuera un ratón, y del miedo buscó refugio en mis

pantalones, pero yo tampoco quería eso. Cuando la iguana deja de moverse por un rato y sólo bombea con fuerza la bolsa de su garganta, la gata se recuesta estirándose a medias sobre el lomo y la toca con rápidos movimientos de sus zarpas hasta que la iguana vuelve a correr. Una de sus piernas traseras ya está enferma y ha dejado de moverse.

Me acomodé en Iquitos y colgué algunos tejidos de los Shipibos en la pared y delante de la ventana, después sujeté sobre la pared dos superficies de madera una al lado de la otra, que ahora me sirven de pizarrón. Colgué fotos aéreas del Camisea, además de fotos de Burro, del especialista en salto con esquíes Steiner y de Lotte Eisner. Divagué con el pensamiento sobre planos de colonias en el espacio, pero salvo algunas maniobras en la Antártida no pasó nada.

Iquitos, 12/7/80

Una tarántula muerta, clavada sobre un pedazo de telgopor en la oficina, me parece desagradable, sobre todo si la tengo a mis espaldas. Entonces leo mal. Bien adentro mío tomé la decisión (aún no formulada) de filmar en el Camisea. W. también parece apoyar esta solución, pero se lo toma más a la ligera, está más despreocupado, porque todavía no puede calcular del todo la dimensión de lo que se nos avecina.

W. atrapó a la tarde una pequeña serpiente verde que abrió su boca bien grande a modo de amenaza, pero que parece no ser venenosa. Después la pusimos con la boa más pequeña, que enseguida empezó a bufar y a golpear con la punta de su cola como un gato al acecho, mientras que el resto del cuerpo se mantenía tenso como una pluma de acero. Sólo una vez los dos socios involuntarios se lanzaron uno contra el otro con un golpe corto y rasante, después mantuvieron una paz frágil.

Iquitos, 13/7/80

Una mañana linda, fresca, soleada, con algo de lectura en la cama y música de los casetes. Por el gato, los dos pollitos recién salidos del huevo

fueron alojados en una conejera vacía. Uno de ellos se ahogó en un platito que tenía apenas unos milímetros de agua, el otro se escurrió por la tela metálica hacia donde estaba uno de los conejos albinos que, con todas las ganas de asesinarlo, se lo quería comer de inmediato y le arrancó una pierna y un pedazo de estómago. Sólo con mucho esfuerzo mantuvo Gloria al conejo sanguinario apretado contra la pared del fondo de la jaula con una escoba y rescató al pollito, que de todas formas está perdido. ¿Por qué me interesan los dramas de los animales? Porque no quiero ver dentro de mí. Sólo esto: en mí se revolvía una desolación, como termitas en un tronco caído.

Calma dominical, en la que me decidiré. El calor sofocante aumenta lentamente. En el ligero viento hay una planta con hojas finas y afiladas, como lanzas que una fuerza interior mantiene apuntando en todas las direcciones. Sólo una única hoja-lanza, que corta meticulosamente con su filo el viento, vibra y se estremece, mientras que las otras persisten en su fuerza inmóvil y tensionada. La naturaleza se rinde acá sólo después de batallas ganadas.

Vino un viento y levantó polvo de los poros de la Tierra. La pequeña boa y la serpiente acuática se escaparon, se unieron de nuevo a la ebullición de la selva. César desapareció prendido a la moto grande, y cuando pregunté a dónde quería ir, me dijeron que al hipódromo, y no entendí hasta que me instruyeron: al burdel. Más tarde, durante la comida, César se reía en silencio para sus adentros. Escuchamos la profunda sirena de niebla de un lejano barco oceánico soplando sobre la selva, y W. está contento, ése tiene que ser el barco que trae nuestros coches desde Houston.

Iquitos, 14/7/80

Por la reestructuración de los «departamentos» la ciudad entera va hoy a la huelga, todo como muerto. Nunca vi Iquitos tan sin vida; el sol ardía indiferente y sin piedad en las calles polvorientas y vacías, y mostraba, como nunca vistas, las sombras de las cosas. Igualmente el albañil se acercó hasta nosotros en las afueras y trabajó con Vivanco en el

cobertizo para las motos. El hormigón había sido cubierto con hojas de palmeras contra las lluvias del día anterior, y fueron retiradas luego de que endureciera. Debajo de ellas había una gran tarántula y César la pisó sin ningún tipo de ceremonia. Ahí está ahora, aplastada, grande como una mano, y sobre ella moscas con barrigas verdes y henchidas. Para mi miedo a las arañas esto forma un punto trigonométrico localizable. Sobre el pasto detrás de la casa luchaban dos iguanas, su rapidez era sensacional. No sabía que las iguanas luchaban.

La burocracia, dice Vivanco, no es sólo un instrumento, una forma horrible de la organización, acá es, dice él, una abominable forma de pensar de los corazones. La selva, que prolifera abundante alrededor de Iquitos, es una huelga en contra de los esfuerzos humanos, permanentemente.

Inquietud porque tengo algo de sangre en la orina, me di cuenta hace ya unos días, pero en ese momento no me lo tomé en serio, sólo ahora es innegable. Es posible que esto me conmueva demasiado, porque en África tuve bilharziasis, ahí las señales fueron las mismas. Después de contarles a Walter y a Vivanco tuve la sensación de que la cosa estaba de alguna manera repartida entre los tres, y decidimos mandar mañana una botella de Coca-Cola con un examen de orina al hospital, aunque es más que dudoso que puedan hacer algún tipo de análisis más allá de la tradicional prueba de sabor. Nos reímos fuerte, y W. me dio un vaso grande de *bourbon* como medicamento.

Escribí cartas, incluida una larga a mi hijo pequeño, pero escribo siempre en la casi certeza de que nada de eso llegará. Hace ya semanas que mandé correo, pero en ningún caso hubo una confirmación de que algo le llegó al destinatario. Telefonear a Europa es prácticamente imposible; hace poco intenté conseguir una línea durante cuarenta y ocho horas, sin éxito.

Iquitos, 15/7/80

En la ciudad, sentados sobre las motos detenidas, en medio de la multitud de personas, tuve una discusión de fondo con W., que continuó más

tarde durante el almuerzo con mayor vehemencia. También la relación con Koechlin en Lima tiene que ser reglamentada toda de nuevo. Detrás de la casa, al lado de los bananos y de cara a la selva, empezó la construcción de mi choza sobre pilotes, que tendrá una plataforma elevada de corteza elástica y un techo de hojas de palmera. Esto se volvió demasiado angosto, y yo necesitaba un lugar para mí. Ordené conseguir palos de base más altos para poder ver un poco por encima de la mata. Además pienso que la plataforma hubiese estado demasiado baja para una crecida, porque me acuerdo hasta qué altura se metió el agua en nuestra oficina. El teclado del aparato de télex apenas si sobresalía del caldo marrón, y funcionaba de milagro. Me acuerdo de cómo la secretaria Nancy entró remando en una canoa y acostada panza abajo en la parte delantera logró tipear un mensaje.

Hoy a la noche W. y yo volaremos a Lima para reglamentar lo más importante con la burocracia. Para eso está lista ahora una foto aérea del río Camisea y el río Urubamba, que probablemente brinde información más precisa sobre la composición geográfica del terreno. Para el fin de la semana tengo comprado un lugar en el avión de Iquitos a Manaos, desde ahí me las arreglaré hasta Río; hacer una reserva en Brasil no es posible porque no hay conexión telefónica. El análisis de mi orina dio que el número de leucocitos es muy alto, lo que probablemente indique una infección.

Lima 16/7/80

Lima fría y horrible, niebla húmeda. Almuerzo en un restaurante pseudoflorentino, regenteado por un chino. Una mendiga ciega me pidió limosna con ojos muertos dirigidos tan intensamente hacia mí que me asusté. Llevaba un chico en el regazo que también me miraba fija y silenciosamente. Desde el mediodía las noticias aseguraban que en Bolivia había habido un golpe militar, y enseguida la ciudad se llenó de rumores de que también acá, en vista de las huelgas en todas partes del país, el ejército planeaba una vez más un golpe de Estado. Aunque todavía hubiésemos tenido algunas cosas para resolver acá, decidimos volar de nuevo a Iquitos antes de que quizá cerraran el aeropuerto, porque

Iquitos es una isla en la selva que no tiene conexiones por tierra con el mundo exterior. En el aeropuerto estaban siniestramente de guardia algunos camiones del ejército llenos de jóvenes soldados indígenas que asomaban mudos y asustados bajo las lonas.

Encuentro con Janoud, quien supuestamente debería estar tres meses de viaje por el altiplano. Nos reímos mucho. Nuestra amistad no envejeció. Hablamos de Munich, del invierno, de la nieve. Me acuerdo de que Janoud estaba sentado allá en mi sótano, eran las tres de la mañana, afuera era de noche y había nieve y el cuarto estaba helado, porque una vez más no había encontrado sus llaves y había roto un vidrio. Para combatir el frío J. se había puesto una gorra de lana sobre las orejas y doblado sobre un negatoscopio clasificaba fotografías, tan ensimismado que tuve que llamarlo varias veces desde afuera. Al fin levantó la vista y me miró con una cara que estaba llena de la selva y de los mercados indígenas de sus fotos, y así fue que no me reconoció, porque yo no aparecía en el escenario de sus imágenes y sus pensamientos. A la mañana entré a su pieza, como se iba de viaje ni se había acostado en toda la noche; estaba parado, mirando fijamente un armario vacío, sin moverse. Lo saludé, pero él estaba con su mirada tan en el fondo del armario vacío y oscuro que no me escuchó.

Iquitos, 17/7/80

Una pesada lluvia tropical cayó a la tarde, y me asombró que incluso con este chaparrón los buitres siguieran dando vueltas. Como paralizado por una fiebre, no podía quitarme la idea de que había tenido lugar una conferencia de prensa a la que sólo habían asistido tres periodistas, entre ellos una mujer deformemente gorda, que me torturaba con preguntas sin sentido al punto de que, fuera de mí, yo terminaba tirando mis anteojos al césped. Sabía que eso sería lo único que finalmente se publicaría, y como paralizado estaba sentado ahí, con la vista fija en mi radio, esperando el instante horrible en que llegara la noticia sobre los anteojos de sol. Estaba condenado a la inmovilidad, solidificado, y lo tremendo era que ahora también el tiempo se había detenido y lo único que podría ponerlo nuevamente en movimiento era esta noticia.

Entonces Janoud suspiraba como suspiran los dromedarios dormidos. ¿Había estado su madre durante el embarazo rodeada por un oasis de dromedarios suspirantes? A todo esto se dice que los indios saben que los colibríes, que hacen zumbar sus alas tan inconcebiblemente rápido, tienen *más* que sólo su propia vida.

Murciélagos anidan arriba en la casa y por la tarde, antes de que se haga de noche, salen por las rendijas de ventilación y revolotean sin rumbo por la casa. Sentados afuera golpeábamos en silencio contra los mosquitos alrededor nuestro; pasó una chica de la vecindad que quería ser vista por Gustavo, y Gustavo le hizo a la apenas quinceañera un comentario muy indecente. Ella dijo solamente «Ay, diosito», y huyó, pero quería que G. la siguiera.

En Belén me siguió un borracho sin propósito fijo y yo lo perdí de vista. Cuando me senté un momento en los escalones del mercado que bajan hacia las chozas flotantes, de pronto estaba ahí de nuevo. Lo vi porque orinaba apoyado contra un poste directamente detrás de mí. No me pegó porque la camisa le sobresalía adelante del pantalón y desviaba el chorro. Pasó un bote de turistas emitiendo ruidosos y sobreexcitados anuncios a través de sus parlantes, pero enseguida dobló en el río Itaya y volvió a irse, como si a nadie se le pudiera exigir tanta «pura vida».

Iquitos, 19/7/80

En Belén (que me atrae una y otra vez sin razón) una mujer vendía una sopa que extraía de un gran caparazón de tortuga. Un chino viejo estaba sentado cerca, en un umbral, y hacía enérgicos movimientos, como si tirara un hilo desde el interior de su ojo. Estaba loco, tan alejado de todo acostumbrado quehacer humano y encerrado en eso con tal exclusividad radical, que no sólo atrajo mi atención, sino también la de todos los que tomaban sopa, y como forzados a ello todos lo mirábamos disimuladamente, avergonzados de que alguien pudiera sorprendernos durante nuestra observación. Nunca he visto nada aunque más no sea cercano a la intensidad con que se sacaba hilos imaginarios del ojo, y cuando más tarde pasé delante de él con mi moto, levantó despacio los

ojos y me miró con tanta insistencia y con la cara tan llena de locura que sentí miedo. Todavía perseguido por la mirada perdí en el camino la canasta de mimbre que tenía sujeta atrás en la moto y no me di cuenta. Tampoco quise volver más tarde. El cielo se puso negro y titilaba mudo por los rayos lejanos. Una vez que llegué a la casa metí todo lo que estaba tirado afuera. El cielo incuba una batalla colérica, el cielo trama algo negro.

Uno de los *Conciertos Brandenburgueses* que a veces pongo en la casetera atrae siempre a un pequeño pájaro negro delante de la ventana; se pone a dar saltos sobre la pared, sin prestarle atención a los pedazos de botellas partidas emporradas ahí contra trepadores intrusos, y corteja a la música con su canto. Hace días que llevo evidentemente una fecha falsa, pero no quiero corregirla, sólo que hoy parecen haber empezado los Juegos Olímpicos en algún lado, y después esto: los murciélagos están sueltos, alrededor de la casa y ahora alrededor de la cabeza.

Iquitos, 20/7/80

Por la huelga hubo en la plaza 28 de Julio una gran concentración, donde los oradores gritaban y gesticulaban como Mussolini en los años treinta. Fui al cine a ver una película donde un loco quería borrar la raza de los negros pero tres atletas musculosos lo impedían. Cuando hacia el final prendían fuego a una persona que huía como una antorcha todo el cine se rió. El júbilo siguió hasta el final de la película. De regreso paré frente a una choza donde se apiñaban personas delante de una ventana en la oscuridad. Desde adentro salía el sonido de dos violines débiles, una matraca y una flauta monótona. Adentro se bailaba, y cuando me abrí paso cuidadosamente hacia adelante entre los cuerpos semidesnudos vi que las personas adentro bailaban alrededor de un Jesús de yeso que estaba sentado y llevaba una aureola. Sobre él había un dosel hecho con un mosquitero y a su alrededor flores de plástico clavadas en el piso arcilloso. Los bailarines blandían pañuelos. Miré largo rato por la ventana.

En la oficina me llamaron la atención nuevas líneas negras que corren por el canto donde se juntan las paredes y el techo. Mirando con mayor detenimiento eran túneles de termitas recién construidos. Pinché

cuidadosamente uno de los tubos con la birome y las termitas brotaron hacia afuera; estaban sorprendidas. Antes de dejar la ciudad tuve que frenar mi moto, que sigue sin tener patente, y al principio pensé que los dos policías me habían parado por eso. Pero uno de ellos sólo giró con gesto de disculpa la llave, de modo que el motor se apagó. Arriaron la gran bandera y una tropa de aterrados soldados disparó una salva de honor, mientras dos trompetistas intentaban soplar al mismo tiempo la misma melodía.

A la hora del crepúsculo, con la moto hacia el aeropuerto; como siempre a esa hora moscas, escarabajos y otros bichos cobraron vida y volaron contra mi cara y mi pelo, y se colaron por el cuello de la camisa. Horas más tarde en el avión los escarabajos, que no lograba atrapar, seguían corriendo debajo de la ropa. El vuelo estaba sobrevendido, y tres pasajeros tenían derecho al asiento de al lado. A dos los acomodaron de alguna manera, el tercero en cambio se pasó todo el trayecto parado atrás junto a los baños.

Río de Janeiro, 21/7/80

Por la noche me desperté en el departamento de Cattaneo y tuve la horrible sensación, puesto que el reloj marcaba las tres y media, de que ya era de tarde y yo había dormido toda la noche y parte del día y lo había arruinado todo, sólo que en mi angustia no me fue inmediatamente claro qué era ese *todo* que había arruinado, si bien estaba fuera de duda que era de importancia vital. Como si estuviera paralizado me quedé tendido un rato con los ojos abiertos y escuché el tráfico que pasaba zumbando abajo, luego espié a través de la persiana y vi un cielo soleado profundamente azulverdoso, islas de piedra y bañistas. El reloj marcaba despiadadamente las tres y media, era tarde para *todo*. ¿Por qué no me habían despertado para el desayuno? ¿Sólo por una falsa deferencia conmigo, el durmiente? ¿Por qué? Al final me obligué a levantarme y abrí la ventana. Afuera era de noche. Mi reloj marcaba efectivamente las cuatro ya, pero de la mañana. Desde ese momento empecé a despertarme cada media hora, bien en lo profundo de mí estaba alerta, el plomo de mi cansancio se había perturbado.

Al verdadero día lo pasé intranquilo; por la tarde me colé en el hall de uno de los hoteles más refinados de acá en la *vernissage* de un artista malo, y como no se dieron cuenta de que yo no estaba invitado, tomé alguno de los *cocktails* que me ofrecieron. Me senté entre un gran helecho en una maceta de terracota y una columna, porque ahí estaba tranquilo. Cansancio. Una tracción, una tracción como para abajo me mantenía aferrado, y la sensación de hacer algo que superaba mis cualidades y mis fuerzas, algo para lo cual no estaba hecho, se hizo tan fuerte, que me alegré de estar sentado. Me quedé largo tiempo sentado así, porque de esa forma sentía que el peso se hacía menor. Luego una mujer joven y elegante quiso hablar conmigo de arte y yo le ladré, qué arte, y algo desconcertada por mi hostilidad ella dijo: el arte en sí.

Río de Janeiro, 21-26/7/80

Muy temprano por la mañana los tullidos se bañan en la playa. Después las jóvenes empleadas domésticas y niñeras todas de blanco pasean a los bebés de la gente rica, los cochecitos forman grupos en donde las niñeras se juntan a charlar. Vino Gisela Storch y fuimos enseguida al depósito del vestuario, una experiencia por completo desilusionante. De noche hasta tarde en lo de Carlos Diegues, a Glauber Rocha no se lo podía encontrar, y Ruy Guerra está por lo visto en San Pablo. Escuché que Armando sigue viviendo en la misma casa, ya que el trazado del nuevo subterráneo no la alcanzó por un palmo, todos los otros edificios alrededor fueron demolidos. Mientras que él se mata con alcohol.

En la playa los chicos remontan barriletes que hacen volar sobre la rambla y más allá de la calle por entre los edificios. Uno cayó y se enredó en una combi, que tiró del hilo de nylon hasta romperlo. El barrilete colgaba del paragolpes delantero y fue a dar debajo del auto, de donde trató frenéticamente de escaparse. Golpeaba tan fuerte a uno y otro lado que el coche se detuvo en medio del tránsito y los ocupantes cortaron del todo la cuerda.

San Pablo, 27-28/7/80

En la proyección de *El enigma de Kaspar Hauser* la sala estaba tan llena que más tarde durante la discusión, a la que vinieron aún más espectadores, la presión de los que empujaban desde atrás sobre los que estaban parados se hizo tan grande que hubo desmayados, a los que sólo con gran esfuerzo pudieron sacar. Cuando todo pasó, fui con algunas personas a una casa, donde cantaron para ahuyentar de allí a las sombras.

Belém do Pará, 29/7/80

Con Gisela en la ciudad; como no existe ningún sentimiento histórico, sólo un presente jadeante y sudado, no hay esperanza de encontrar acá algo para el vestuario. Sensación de la inutilidad de todo mi quehacer; las cosas más importantes ocurren en otra parte. Fuimos a la redacción del *Jornal de Provincia de Pará* a fin de enterarnos de algo, pero ahí sólo había estancamiento, grandes ventiladores y redactores aburridos que tomaban *caipirinha.* Todas las máquinas de escribir estaban paradas en las mesas de madera de los años treinta, y todas ellas tenían algo de barcos hundidos. Después, la emisora de radio, donde varias personas se apiñaban para el programa en vivo del "rey de la radio", así al menos lo anunciaban, aunque se veía más bien como un proxeneta cargado de cadenas doradas, la camisa abierta hasta el cinturón, el pelo engrasado. Sobre la falda de una mujer yacía un chico muy desnutrido, tenía puesto un gorro de lana y los párpados le colgaban pesadamente. Estaba demasiado débil para gritar, y parecía como si ya tuviera ante sus ojos la certeza de que iba a morir. La vecina sencillamente había abandonado al chico, dijo la mujer al micrófono, andaba siempre borracha y al final le daba a la criatura, en lugar del pecho, *cachaça.* ¡Aguardiente! Aguardiente, gritó el "rey" de la radiodifusión y fue mechando durante el resto del relato de la mujer el grito de "*cachaça... cachaça*". Los oyentes en la sala, toda gente pobre, de los cuales ni uno llevaba zapatos, esraban muy entusiasmados con los gritos del "rey", y con mucha cautela el chico siguió muriéndose un poco más. Entusiasmado consigo mismo ahora el "rey" gritaba: ¡La puta! La mujer que había recogido al hijo de la vecina casi ya

no pudo hablar de sí misma, porque el "rey" escandía ahora rítmicamente "La puta, la puta". Leyeron nuestro anuncio pidiendo que se busque vestimenta de los abuelos cuando ya nos habíamos ido.

Afuera en la calle nocturna, donde había caído una fuerte lluvia y todo aún humeaba, dos cables de una línea de alta tensión se habían cortado y, unidos el uno con el otro en el asfalto, echaban chispas, chisporroteaban enojados y luego se iban, se escapaban el uno del otro, se balanceaban para todos lados hasta que se encontraban de nuevo. Escoltados por relámpagos se separaban aún con mayor violencia, y la gente en la calle no se animaba a pasar, hasta que los cables, cada vez más descontrolados, fueron atravesados por el fuego y cayeron de los dos mástiles.

Belém do Pará, 30/7/80

Mandé correo, del que esta vez esperé que no llegara, porque es un tiempo de corazones clausurados con cerrojos. Nadie respondió a nuestro llamado, y le dije a Gisela, cuya sola presencia la hacía testigo de semejante derrota, que si acá no venía nadie, en Manaos sí que no vendría ni la mitad de nadie. Hacia la noche se encuentran las parejas en el parque junto a la glorieta. La noche cae muy rápido. El universo sencillamente apaga la luz, luego ya no hay más. Acá la luz se extravía. Bajo un ventilador estaba sentado un poeta de la localidad, delgado y oscuro, y escribía, pero nadie en la ciudad parece leer nunca, para más de un millón de habitantes no hay ni una sola librería. Me pesé en una farmacia y me pareció que estaba demasiado pesado. La delgada aguja de la balanza subía hacia lo último cada vez más despacio, tardó casi un minuto hasta que finalmente se quedó quieta, como si mi peso aumentara cuanto más tiempo estuviera parado. Pensé que probablemente la balanza también pesara pensamientos.

Belém do Pará, 31/7/80

Fiebre leve por la mañana. Viajamos unos ochenta kilómetros con el auto para visitar una antigua locomotora que necesito en la historia.

Encontramos un par de vagones viejos y completamente abandonados, más tarde una locomotora, pero puesta sobre un zócalo resquebrajado de hormigón a modo de monumento. Todo rodeado por pasto alto y maleza, a izquierda y derecha bancos de concreto rotos que estaban pintados de varios colores. También hay un pedazo calcinado de turbina, que había sido empotrado en el piso como elogio del progreso. Además había sobre un zócalo la figura en yeso de un soldado sin nombre, encarnando el heroísmo del lugar. Faltaba un brazo. Me dormí en el auto y volví a despertarme con la ropa empapada en sudor. Compré una Coca, y me di cuenta de que la gente acá se hace llenar una bolsa de plástico con la Coca y así se la lleva a casa, para ahorrarse la plata del envase. Al Amazonas, que acá es tan ancho que no se puede ver la otra orilla, lo miré perturbado durante dos días seguidos, porque el agua corría rápida en la dirección errada, y al principio pensé que había perdido la orientación, hasta que entendí que acá entraba en vigencia la pleamar; el Amazonas fluye en este sitio hacia adelante y hacia atrás.

Manaos, 1/8/80

La idea de representar acá en la ópera el espectáculo entero y no sólo una parte para Fitzcarraldo halló aceptación. Desde la habitación del hotel, insanamente ruidosa, veo cómo son descargados los barcos transoceánicos que remontaron la corriente hasta acá. Una mucama estaba a punto de robarse algo del minibar, y al verme hizo como si contara las botellas de Coca y de cerveza. Al costado de uno de los botes confusamente atracados junto al mercado sobresalía una plataforma minúscula sobre la que estaba encadenado un perro grande y triste. Un pesado candado une las cadenas alrededor de su cuello, y cerca de él yacen navegantes borrachos. Una mujer embriagada se deslizó desde un puentecito tambaleante hacia la inmundicia en tierra y por un largo rato no podía encajar los pies en sus sandalias, mientras tanto un hombre pinchaba cuidadosamente una lata en el suelo con un cuchillo grande. Un obrero descalzo con una carga muy pesada a la espalda, sostenida por una correa en la frente, me dijo tan sólo «capitán», jadeando, a modo de saludo. Un vaso de cartón, impactado por su pie, se irguió dando vueltas y siguió bailando cuando él ya había desaparecido sobre una embarcación.

Manaos-Iquitos, 2/8/80

Fiebre. Las mujeres en el avión, gordas, sudorosas, desconsideradas; también los chicos ya son así. A Iquitos volé con resistida nostalgia.

Opresiva sensación de seguir adelante con algo que en última instancia nadie podría manejar. Si todo esto sucediera en otro país, tendría menos dudas. Las mayores inseguridades: los actores, el nuevo campamento, el barco por arriba de la montaña, la gran organización que todavía nadie entendió, los indios, las finanzas... el listado podría continuarse a voluntad. Vista desde el avión, la sola dimensión de la selva es aterradora, nadie que no haya estado ahí en persona podría imaginársela. No necesitamos artistas de la sintaxis.

Dos paradas en el viaje de Manaos a Iquitos. Uno de los aeropuertos estaba en el medio de la selva, y no vi ningún asentamiento; el segundo era Tabatinga, y me pareció tener, desde lo profundo de algún recuerdo, una imagen crepuscular del lugar, como si ya hubiera estado ahí alguna vez, pero dudé largo tiempo si no habrá sido un escenario de los sueños. Los barriles de nafta apilados y el pequeño despacho con su techo de chapa acanalada me parecieron tan conocidos como algo que uno vuelve a soñar. W. me buscó con el *jeep*, flamante aunque lleno de polvo por dentro, y pasamos por lo de Gloria, quien en el cumpleaños de W., como presentí, había traído al mundo una hija, todavía sin nombre. La recién nacida se veía muy satisfecha. Andreas estaba ahí, y enseguida discutimos el nuevo método propuesto por él para subir el barco a la montaña. A primera vista el sistema de almohadillas inflables parece convincente, pero yo tengo dudas, por un lado porque se necesita alguna experiencia para su manejo, por el otro porque no se va a ver bien en pantalla. Tiene que ser elemental, primitivo y obvio, como si cada espectador acabara de tener él mismo la idea. A. trajo bastante correo, carcomido a medias por el papagayo, pero todavía legible. Vivanco voló a Cuzco y espero que haga bien las cosas, aunque arrastra la desgracia consigo y es terriblemente indeciso. W. sueña todavía con un decreto del gobierno de Belaúnde, como si algo así fuera pensable más allá de la vía oficial, y su obstinación tiene algo paralizante.

Según la opinión de un científico inglés –que es compartida por la mayor parte de sus lectores– la ópera en Manaos, el «Teatro Amazonas», es una nave espacial que no fue construida por humanos; él niega de plano los reportes sobre su construcción, los planos, las fotos y todos los documentos concernientes diciendo que son falsificaciones del gobierno. ¿Cómo, preguntó W., llegó entonces el Teatro a Manaos? Yo le dije que tiene que haber aterrizado. Toda la teoría está entretejida con la figura legendaria de un príncipe indígena de la época colonial portuguesa que en aquel entonces aparecía con mucha frecuencia y hoy se muestra sólo en secreto, bien entrada la noche, para mantener sus orgías amorosas, porque únicamente ahí consigue una erección. Lo lindo de eso es que un sueño febril se hizo realidad en la jungla y ahora se convierte nuevamente en una pura fantasía selvática.

Creo que la enorme boa constrictor va a morir en su jaula. Mantiene la horrible cabeza vertical apoyada adentro contra la reja y tiene algo patético que sólo tienen los moribundos. Pensé que debía tener sed y cuidadosamente le di agua sobre la boca y la cabeza, pero ella sólo me miró desde un profundo ensimismamiento que ya tiene poco en común con lo terrenal. Por eso liberamos a la boa, W. y yo la sacudimos de la jaula, porque no la quería abandonar. Las mujeres miraban desde una distancia segura con rostros inquietos. La serpiente volvió enseguida a deslizarse dentro de su calabozo, pero más tarde cuando fui a ver se había ido y en la arena había una clara huella en dirección a la selva. Por la noche brillaban muchas luciérnagas ahí donde había desaparecido, y arriba resplandecía un cielo estrellado. Andreas, la cabeza matemática, jugaba ajedrez con su novia y perdía la mayoría de las veces, pero lo llevaba con matemático decoro. Falta un peón blanco y lo reemplaza un cartucho de fusil demasiado grande, que por lo general se convirtió en el blanco de ataques tempranos. Por primera vez en mi vida los mosquitos no me perturban, sin que por eso yo me haya sometido a la fuerza mayor de la naturaleza. Es más bien con un desdén indiferente que dejo sin defensa a mi piel y a mi sangre. Dios nos dé un buen día, uno solo, amén.

Iquitos, 4/8/80

El *Huallaga* acababa de volver de Pucallpa, y yo hablé con la tripulación. La travesía había sido buena, pero había durado demasiado porque el agua en el Ucayali estaba muy baja. ¿Qué pasará, me pregunto, si un nivel de agua extremadamente bajo ya produce problemas con esta corriente fuerte, y qué podemos esperar entonces si encontramos semejantes condiciones río arriba, tras varios afluentes? De César Vivanco llegaron más noticias inquietantes desde Cuzco, la burocracia allá parece tener documentación del Camisea que en Lima ni se conoce. Los carpinteros trabajan bien. El sol calienta. Nuestro destino, inalterado, pende en suspenso.

Un hombre salió por la calle polvorienta hacia el río Nanay, mezclando naipes mientras caminaba. En el avión una mujer empezó a cantar letanías y luego a vociferar contra espíritus malignos con una mirada que se hacía cada vez más salvaje. Recién se calmó cuando estacionamos luego del aterrizaje. ¿Estoy en el lugar equivocado o en la vida equivocada? ¿No reconocí, en una estación que pasó volando y en la que el tren no paró, que estoy sentado en el tren equivocado? ¿No me enteré a través del guarda de que el tren tampoco va a parar en la próxima estación, a cien kilómetros de distancia, ni me confió además, tapándose la boca con la mano, que el tren no va a parar más en absoluto? Se prescribió una cura de caballo para un caballo que todavía ni pisó este continente, me susurró. Retroceder acobardado frente a los sueños sería ahora una vergüenza tan grande que el mismo Pecado no sería capaz de encontrarle un nombre.

Fragmentos. Dos semanas en el río Camisea. De vuelta en Iquitos encontré el pequeño estante en mi choza envuelto en una colina de termitas; tuve que liberar el par de libros, la radio, cartas y cuadernos del duro abrigo, y al último cuaderno, que estaba encima de todo, se lo comieron entero menos la tapa de cartón, que está envuelta en plástico. Queda una frase como única sobreviviente: "... se incuba una tormenta. Sobre la selva hierve un odio. ¿Dónde en las profundidades de la historia se nos perdió la palabra infame?".

Iquitos, 25/9/80

Henning y Uli volvieron de Puerto Maldonado. Allá hay efectivamente un barco en la selva, y trajeron fotos. Sin embargo, el barco es chico, está deteriorado y de ninguna forma es el apropiado, con lo que nuevamente llega a su fin uno de los falsos caminos; no hay ninguno que yo no esté dispuesto a tomar. La comunicación por radio con el Camisea funcionó hasta ahora una sola vez, y yo le tengo poca confianza a nuestra radio. Los que trabajan para nosotros en el barco a veces vienen y a veces no.

Iquitos - Pucallpa - Camisea, 5/10/80

El vuelo ayer casi termina en desastre. Ya en la pista el avión había levantado mucha velocidad, después hubo un extraño *crac* que recorrió toda la máquina, y el piloto logró frenarlo antes del fin de la pista. Dijeron que había que arreglar una pequeña cuestión técnica, que retiráramos de a bordo nuestro equipaje de mano y también, de la bodega de carga, todo el equipaje despachado, que en breve volaríamos. Traducido, eso significaba que ese avión no despegaría nunca. Di la vuelta al avión varado y vi que en la turbina del ala derecha se habían desgarrado todas las láminas. Continuamos nuestro viaje con el pequeño avión de Cabaña, que estaba ahí por descuido, pero al despegar en Pucallpa íbamos con tanto sobrepeso que casi no levantamos vuelo. Tan cerca no había estado nunca. Al aterrizar en la pista pantanosa del Camisea, pesados como veníamos, seguimos más allá del camino, nos metimos en el altísimo pasto y cortamos un poste de madera con el ala. El ala sufrió una fuerte abolladura. Formaron parte: Mauch, el camarógrafo, Walter, Georg Sluizer, que nos va a ayudar sobre todo en Brasil, y el más descuidado de los dos pilotos.

Iquitos, 5/12/80

El asistente de Mick Jagger, Alan Dunn, llegó e inspeccionó todo; pareció haberle gustado. Graves problemas con W. que yo asumo casi con

indiferencia. Con el vestuario menos pánico que de costumbre. Lucki en Munich quería avisar por lo de la financiación, pero durante días no llegó ninguna noticia, yo igual sé que lo va a arreglar. El flujo de datos que entra es incontenible. Como si se tratara de un mundo lejano e ignoto, Dunn contó que cerca de Colonia hay medio metro de nieve. Laplace Martin, el ingeniero de Brasil, se hizo presente, el cuello y las muñecas cargadas de cadenas doradas, hasta su lapicera es de oro. Pero da una impresión sólida. Casi todos los contactos interrumpidos. La vida se me vuela como hojarasca.

En el depósito del vestuario había un carpintero que siempre lo mira a uno de forma extraña y ausente. Le llevó seis días hacer los dos estantes para los sombreros. Por motivos difíciles de explicar, clavó tres sombreros en la pared. Cuando terminó con todo este trabajo, fijó un listón en el armario de Gisela, para lo que tuvo que meterse dentro. Lo vi arrodillarse en el interior del armario. Después no escuchamos nada más de él y lo olvidamos. Horas más tarde, preocupados, abrimos el armario para ver dónde estaba, y lo encontramos durmiendo de rodillas.

Afuera, delante de la delgada tela metálica de la ventana de mi choza sobre pilotes, hay hojas de banano inmóviles en el vapor vespertino, y pequeños sapos vuelan con largos saltos de planta en planta y aterrizan con un chasquido sobre las pálidas hojas. Ni bien oscurece empiezan su diálogo con los sapos que están sobre el techo trenzado. Yo me encuentro en el punto exacto de intersección de los discursos. Con la última luz de la tarde, los sapos se traslucen del otro lado de las hojas, como si éstas fueran de papel manteca.

Otra vez habrá huelga, y el correo ya está cerrado, pronto clausurarán también el aeropuerto. ¿Cómo vamos a recibir todos los envíos técnicos urgentes de Miami? Todavía no se firmaron los contratos con Robards y Jagger, y aun si estuvieran firmados, ¿cómo me llegarían? Por las fuertes lluvias la calle al río Nanay, donde está nuestro cuartel central, es como una huella de lodo para puercos. Miro una y otra vez las fotos de mi hijo Burro, que pegué junto a la ventana sobre un pedazo de madera. Ahí tengo también fotos de Eisnerin y de Walter Steiner, el

especialista en salto con esquíes. Me gustaría volar en este momento. El segundo barco gemelo en el que trabajamos como locos no va a estar listo a tiempo.

Iquitos, 6/12/80

Del agua salobre de lo que hace años debe haber sido una pileta de natación pesqué con una escoba una serpiente fina y muy vivaz, que enseguida se perdió en el pasto. Largo tiempo estuve admirando al oso hormiguero que tenemos acá hace poco, cómo con su lengua increíblemente larga y rápida juntaba las termitas sobre una tabla y se las engullía.

Casi todos los que trabajan acá están a punto de doblegarse, alcanzaron el borde de sus posibilidades, Izquerdo vomitó todo el día, más que nada porque ni uno de los extras previstos apareció para la prueba de vestuario. Vignati desapareció en Satipo y lleva más de una semana de retraso. Sluizer, que llegó hace bien poco, pone un orden nuevo a algunos procesos y así genera efusión. Laplace nos dejó con rumbo a Brasil; él habla conmigo en portugués y yo con él en español, y nos entendemos. Escondemos todo lo esencial en las oraciones subordinadas dichas de paso, y cuando el otro día le expliqué por qué debía ser un barco de tamaño real el que teníamos que pasar por encima de la montaña, se rió para sí mismo, el hombre del rostro oscuro y la piel mala que nunca ríe, y me dio la mano y no dijo nada. Después nos saludamos con la cabeza y él se fue en el *jeep*, y detrás de él cayó una tormenta con vibraciones espeluznantes. Hizo que mi reloj eléctrico se parara.

Iquitos, 7/12/80

«Fiesta» en Pucuchama. A lo largo de todo el camino a la ciudad habían armado puestos para cerveza y frituras, por todos lados se bailaba. Jugué varias veces a un juego de azar y perdí todas las veces; era en principio como la ruleta, sólo que no había pelotita sino una cobaya viva debajo de una cajita de madera que era levantada con un piolín. En círculo habían montado refugios suizos de montaña con números, cada uno con

una entrada oscura, y la cobaya daba vueltas por un rato, indecisa, parándose, hasta que decidiéndose rápidamente desaparecía en una de las entradas. Se podían ganar pequeñas cazuelas de plástico rosa y verde claro, y yo aposté hasta quedarme sin nada.

Hoy a la mañana me levanté bien temprano para intentar hacer un llamado telefónico. Vinieron dos «campesinos» y trajeron a la oficina gallinas que W. había pedido. Cuando se fueron supe que yo nunca más volvería a ser el mismo. Miré los pálidos árboles de la selva y traté de imaginarme que en Munich había nieve, que mi pequeño festejaba el Adviento, que yo no estaba ahí.

Del río Napo llegó con sus hijos una mujer cuyo marido trabaja para nosotros arriba en el Camisea. Estaba fuera de sí porque había escuchado que su marido había sido asesinado y devorado por los indios; logré establecer una comunicación por radio, pero como era domingo su marido tenía libre y no estaba trabajando en la selva; lo llevaron hasta donde estaba la radio y pudo hablar con ella directamente. Ella lloraba de alegría y enseguida quiso regalarme las dos gallinas que tenía consigo como provisión. Tuve que traer las gallinas compradas a la mañana para mostrarle que ya teníamos más que suficiente.

Todavía ninguna noticia de Munich sobre las finanzas, pero tengo confianza en Lucki, que de momento estará en París con la Gaumont. Durante el desayuno hubo malhumor en la casa por un inodoro desbordado. Me encargo enseguida de hacer reparar el daño porque algo así cobra de inmediato proporciones desmedidas, que no guardan ninguna relación con desgracias mayores. Fue como si le hubiese tomado la fiebre a la casa. Más tarde fui al bar de Paul. Afuera por la calle pasaba una pequeña procesión de personas, a la cabeza un hombre descalzo con un ataúd infantil sobre los hombros, detrás algunas mujeres con paraguas contra el sol lacerante, mientras que alrededor el horizonte amenazaba negro y gris. Alrededor, a plena luz del día, los relámpagos titilaban mudos, y una tormenta circulaba por el horizonte, mientras que justo en el medio quedaba un espacio libre para el candente cuchillo homicida del sol, por el que trepaban silenciosos remolinos de polvo hacia el cielo, iguales a serpientes, tórridos, de mal agüero. La

tormenta no vino en toda la tarde, luego desapareció a lo lejos en la selva distante, sudando y echando humo, como si allá afuera tuviera lugar una violación inmensa y atroz.

De noche, espantadas por alguna cosa, las gallinas gritaron como chanchos apuñalados. Un avión voló sobre mí hacia el norte, y estuve mucho tiempo despierto, porque no puedo hacer callar una voz adentro de mí que me dice que ese avión vuela hacia su caída.

Iquitos, 8/12/80

Hoy a la mañana, cuando fui a consultar el aparato de télex en la oficina, Gloria intentó establecer contacto con el *Narinho*, el barco podrido que trajimos hasta acá desde Colombia después de hacerlo navegable con seiscientos barriles vacíos de petróleo, pero la radio allá no estaba encendida. Había una mujer joven; su marido, un electricista, no estaba localizable. Su hijo había vomitado durante dos horas, sufrió espasmos y de pronto se murió. No sabía qué decirle a la mujer. Giró su cara hacia la pared y lloró, hasta ese momento se había contenido. Le agarré la mano y la mantuve tomada, y cuando su llanto silencioso se calmó un poco la subí a la moto y fui con ella hasta el embarcadero. El barquero no salía porque quería esperar a las cocineras, y yo lo fleté con la mujer hacia el atracadero del *Narinho*. La mujer era aún muy joven y había sido su primer hijo, un varón, justo de medio año.

El día silencioso, húmedo. La inactividad se aparea con la inactividad, las nubes miran cargadas desde el cielo, la fiebre reina, los bichos crecen hasta lo gigantesco. La selva es obscena. Todo es pecaminoso, por eso el pecado no llama la atención como tal. Las voces en la jungla están calladas, nada se mueve, sobre todas las cosas descansa una ira indolente e inmóvil. La ropa en la cuerda no se quiere secar. Como si hubiera un acuerdo secreto, de pronto se juntan moscas sobre la mesa, las panzas repletas y tornasoladas. Nuestro pequeño mono se lamentaba en su jaula, y cuando me acerqué a mirarlo se lamentó a través de mí hacia alguna lejanía, allá afuera, donde su pequeño corazón espera encontrar un eco. Lo dejé libre, pero volvió a su jaula y ahora sigue ahí, lamentándose.

México DF - Nueva York, 15-16/12/80

Sala de espera para el vuelo hacia Estados Unidos. Paso demasiadas horas que todo lo matan en los aeropuertos, Miami, Kennedy, LaGuardia: sólo menciono por su nombre algunas de las peores úlceras. Trasnochado como estaba me engañó el hombre del mostrador al cambiar plata; parece haber desarrollado un ojo infalible para su clientela. Eran menos de veinte dólares, pero me sentí como un turista estúpido y pensé, más bien pobre de ideas, en vengarme. Los hoteles estaban casi todos repletos, y encontré una habitación sólo porque tomé una en el piso trece. Desde ahí veía, sobre el techo de una moderna casa, gallinas. Me acuerdo de que en Tokio escuché, en medio del centro de la ciudad, en esa proliferación de concreto, cantar a los gallos al amanecer.

En Nueva York pasé a sólo dos cuadras de la entrada del edificio donde habían asesinado a John Lennon. Al Central Park acudió muy rápido una creciente multitud para velarlo en silencio. La dimensión del abatimiento auténtico me causó impresión, aun cuando la manifestación estuvo empañada por todas las estupideces que también pertenecen a su época: se hacían circular porros, carteles de gurús en la multitud, y demandas poco específicas de paz, ¿cuál?, ¿dónde? Una mujer joven, vestida al estilo de los primeros hippies, sostenía una pancarta con la leyenda: "All he said is give peace a chance" ["Lo único que dijo es: denle una oportunidad a la paz"].

Los contratos de Robards y Jagger siguen sin firmarse. Por la tarde vino rápidamente desde el oeste un frente de nubes negras, sacudidas y silbidos alrededor del edificio, que yo sentí oscilar levemente en el piso treinta y cuatro, donde estoy alojado, y luego pasó la nieve como azotada por delante de las ventanas. Duró sólo minutos, después todo había pasado. Hacía mucho que no veía nieve.

Iquitos, 17/12/80

De nuevo aterricé en Iquitos planeando con el avión bajo un cielo muy cargado que trajo oscuridad y lluvias fortísimas sobre el país. Enérgicos

relámpagos. Todavía tengo cincuenta soles en el bolsillo, que son unos quince centavos de dólar, pero nadie vino a buscarme porque seguramente la noticia de mi arribo no llegó. Afuera la tormenta prosigue su camino hacia lo lejos, dejando vapor sobre el cemento. Vi a Gustavo pasar con su Bronco, estúpidamente, sin sospechar que yo podría haber llegado. Durante la huelga, a dos de nuestras motos y a un coche les pincharon las ruedas, y G., el tonto, viajó a la ciudad con un fusil en el coche. Inimaginable lo que habría pasado si lo hubiera visto algún centinela. Por la situación incierta el aeropuerto está lleno de policías fuertemente armados, que revoleaban sus pistolas automáticas en la sala de arribos vacía, donde no había ni enemigos imaginarios, y llevaban cascos antidisturbios en el cinto. El clima es malo, se lo puede palpar con las manos.

Iquitos, 18/12/80

Desde el campamento en el Camisea recibimos un pedido de auxilio, pero sólo hasta la mitad, después la electricidad se cortó y desde entonces la conexión está muerta. Por lo visto a nuestro puesto sanitario llegó una mujer indígena en avanzado estado de gestación, el bebé muerto en su panza y ella sin poder parir y, por lo que pude entender fragmentariamente, se va a morir si no se hace algo. También nuestro télex se rompió hoy a la mañana. Sólo podemos intentar mandar un avión desde Pucallpa, si es que establecemos algún tipo de conexión. De lo contrario sólo me queda la esperanza de que Cucho lleve a la mujer en la lancha rápida al río Sepahua o a los misioneros en el río Timpia, porque están mejor equipados que nosotros en este momento.

En los pocos días que duró mi ausencia, tanto el vestuario como la utilería empezaron a desintegrarse, la producción completa según Uli, porque en su desorientación total W. parece ver sólo el barco, más allá de eso perdió todo el contexto y la perspectiva. Pase lo que pase, voy a intentar no atrasar el inicio de la filmación, cualquier otra cosa sería psicológicamente catastrófica. Como pensaba el general Patton, sólo hay una: adelante, la retaguardia ya se va a ordenar; organización, logística, y todo lo secundario se va a ajustar a la dinámica.

De nuevo tengo una víbora sobre el techo. Hace poco llegó algo crujiendo y cayó oscuro y con un chasquido sobre las hojas de los bananos. Fui a ver y era una víbora venenosa de color pardo, había atrapado un pájaro que todavía piaba. Traté de pegarle con un palo, pero desapareció en el pasto con la velocidad de un rayo. Sólo de vez en cuando temblaba un tallo, y por los gritos lastimeros del pájaro yo podía divisar dónde se encontraba la víbora. No la seguí hasta el pasto porque descubrí que sobre el techo trenzado había una segunda víbora y, directamente encima de mí, otra más que intentaba llegar por medio de un banano a la plataforma de mi choza. Traté de darle con el machete, pero ella fue más rápida.

Sigue sin haber corriente eléctrica. La noche cayó sobre la tierra. ¿Qué pasaría si la selva se marchitara como un ramo de flores? A mi alrededor mueren insectos, para ello se acuestan de espaldas. Una mujer de la vecindad (ya vi algo parecido con lechones) da de mamar a un perro recién nacido, luego de que su hijo muriera de una afección parasitaria. La corriente en algunos «malpasos» antes del río Camisea parece ser muy fuerte para nuestro barco. Entonces retumba en mi cabeza un *buenas noches* como desde un campanario, mientras destellan relámpagos sobre las siluetas de los árboles. Henning tenía que llegar hoy a la noche con plata, pero escucho que llegará recién el sábado. Acá ya no tenemos nada, y hay que subir urgentemente víveres al Camisea; en Lima hay que comprar equipamiento y pagarles a los obreros. Afuera navega ahora una inmensa luna sobre las copas de los árboles. Los sapos, de a miles, de pronto guardan silencio, como guiados por un director invisible, y empiezan de nuevo al mismo tiempo. Sus conversaciones van y vienen en oleadas singulares. Sobre las hojas de los bananos brilla la luz cerosa de la luna, clara como el neón. Me llamaron para que atendiera el teléfono en la casa y caí por la escalera que lleva a mi plataforma. Fue uno de los poquísimos llamados que llegaron hasta nosotros, y un desconocido trató de explicarme que yo era un loco, un peligro público.

Iquitos, 19/12/80

Por la mañana llegó a la oficina un hombre de aspecto perturbador, sin dientes superiores adelante, salvaje y hecho pedazos; me pareció que por

una suma razonable cometería un asesinato. No había terminado de pensarlo cuando en un momento de descuido ya había corrido hacia la parte alta de la casa y se había metido en el cuarto de Gloria, que se asustó mucho. Supuestamente sólo quería un adelanto. Hay un capitán joven de Atalaya, el primero y único que me da confianza. Calculó con toda frialdad que desde Atalaya hasta el Camisea el barco podría necesitar veinte días, si no contábamos con encontrar condiciones favorables. El susto me llegó debidamente hasta la médula, porque sólo desde Atalaya el barco ya necesita dos semanas, ahí no hay tutía. Gloria sigue llorando histéricamente. Todavía no arreglaron el aparato de télex, pero por primera vez en mucho tiempo hay corriente en la ciudad.

Dos pensamientos fuera de lugar me preocupan en medio del tumulto de la organización: cómo se explica que el latín no haya dejado huellas al sur de los *limes* en Germania, pero sí tan duraderas en el inglés de Inglaterra, aun cuando allá la ocupación romana fue mucho más fugaz, y: las estrellas que se alejan de nosotros aproximadamente a la velocidad de la luz, ¿no es igual de evidente que se dirigen rumbo a una colisión con nosotros, así como una bala matemática disparada sobre la Tierra debería impactar en realidad, volando alrededor del globo, contra nuestra propia espalda?

Cuando tiro por la ventana de mi choza el resto de té de mi taza de lata, el líquido salpica a través del fino mosquitero hacia el aire libre sobre los bananos, pero las hebras de té quedan colgadas de la ventana como un dibujo chato, singular, reducido rudamente a una dimensión, engañado. Quedan como el recuerdo, bidimensional, de la forma, de las turbulencias con que el té pasó a través del enrejado.

Mandé mi correo de Navidad, sabiendo que va a llegar muy tarde o más bien nunca. El árbol de Navidad en la oficina de correos, compuesto por un par de ramas peladas de las que colgaban tiras de papel metalizado y celofán verde, además de un paquetito, me estremeció hasta los huesos. Afuera miré largo rato hacia el río, esforzándome por recuperar un poco la compostura. Las «chatas», barcazas planas, viajan con tubos hacia lejanos puntos de perforación petrolera. Belén está en parte bajo agua. Hoy al amanecer los pájaros abogaban por la continuidad de la Creación. Para

ellos, todo lo que está afuera de la perpetuación del *status quo* es mortal. Mi reloj está ahora del todo roto, pero hace tiempo que pienso bien amazónicamente: antes de la comida, después de la tormenta, hacia la tarde. Un mendigo ciego y descalzo pasó tanteando la pared de una casa. Una mujer tomó agua de una olla de aluminio en la que nadaban peces de río viscosos y de ojos grandes. Uno de ellos estaba muerto, la panza blanca hacia arriba. Después un chico bebió de la olla.

En el mercado de Belén vi una mujer joven tan linda que me asusté. En mi habitación de bambú usé como señalador una tarjeta de embarque, que en este clima se amarillean rápido, y vi que era recién de este verano; por qué había volado es algo que ya no sé. Pronto la tarjeta va a desaparecer para siempre en un archivo, y sólo la oficina de impuestos se va a interesar por ella, pero fue vida: mi vida. Intenté hacer una transcripción de *El sermón de Huies* desde una cinta, pero mucho no se entiende y quedaron grandes lagunas. Un gallo cacareó roncamente, durante horas. Humedad, somnolencia. ¿Escribe el Diablo un cuaderno de bitácora?

Tomé aguardiente hecho de caña de azúcar con algunos de los estibadores del puerto de Belén, tipos rudos a los que más tarde traje adonde está el vestuario. Uno llevaba alrededor del cuello a modo de adorno un brazalete trenzado hecho de una liana, y se rascaba incesantemente los huevos. Sobre la viga en la que originalmente tenía apoyado mi brazo, iban y venían grandes hormigas negras cumpliendo misiones incomprensibles para mí. Cuando empezaron a transportar sus huevos blancos y lechosos supe que era algo serio para ellas. Desconsiderados, como si no hubiera un mañana, los hombres, ya borrachos, estaban a la caza de una mujer para la noche, mientras que los mosquitos, a los que mueve un principio igual de desconsiderado, no prestaban atención a si uno estaba borracho, amaba o moría.

Iquitos, 21/12/80

Tenía que alojar a Claudia Cardinale en su hotel, en una suite de dos plantas. Cuando entrábamos al cuarto nos dábamos cuenta de que en el

piso de arriba, al que sólo se accedía por una escalera caracol, había un caballo, un animal de raza noble, al que un jockey –un hombre delgado y enano– sostenía de las riendas. Habían instalado reflectores porque estaban filmando una publicidad. Nos decían que pronto el cuarto estaría completamente libre, que podíamos dejar nuestro equipaje ahí con toda tranquilidad. Se decía (como un rumor que circulaba por el hall del hotel) que los pechos de Cardinale eran los más bellos del mundo; se había decidido en un juicio oficial. Afuera corría el río, eternamente embriagado. Hojarasca otoñal nadaba sobre el agua hacia el sur. En Navidad la gente rica de Iquitos hace esquí acuático sobre el Amazonas. En el País de Punt las amígdalas se operan con aspiradora. Una vez que haya crecido, Benjamin quiere encontrar templos del Sol y tesoros escondidos. Una campesina enojada le serruchó el pico a sus gallinas con una sierra de marquetería. Me pregunté si a un gallo se lo puede disfrazar de chancho. Entonces mi barco se disolvió sobre el reflejo de las olas en lentas flechas voladoras. Un repentino golpe de viento me despertó y noté que la luz estaba encendida y que el mosquitero se inflaba como una vela y quería alejarse de mí. Afuera chisporrotea un fuego en el viento; ahí nuestro guardia nocturno, César, calienta alquitrán y con eso unta nuestras balas artificiales de caucho para que parezcan reales. El cielo cuelga bajo y oscuro, el horizonte brilla como enojado por auroras boreales.

Iquitos, 23/12/80

Cumpleaños de Henning. Caos con el vestuario. Izquerdo, al que Gisela le gritó en alemán, renunció de inmediato; así al menos va a pasar las Navidades en su casa. Bill Rose mandó, a todas luces borracho, un confuso télex desde Miami con rudos insultos contra Alan Greenberg y su renuncia, cuando él todavía ni empezó con nosotros. Alan me hizo saber que B. lo había llamado sin motivo y sin previo aviso, lo había amenazado de muerte y había estado absolutamente incoherente. En el campamento del Camisea hubo un temporal horrible. La tormenta arrancó árboles inmensos, que destruyeron por completo algunos de los edificios. En una obra de teatro que representaron hace poco los impulsores del tribunal en mi contra con algunos indios del Cenepa en un escenario estudiantil, así contó Henning, yo me presentaba en el rodaje

siempre con un gran cigarro, en tanto que la opinión pública parece ignorar que yo todavía ni empecé a filmar. Todo esto es parte de los arabescos diarios.

Ayer a la tarde tuvimos un murciélago largo rato perdido dentro de la oficina; volaba alocadamente sin encontrar la ventana abierta. En el mercado vi un changarín que llevaba un chancho chillón sobre la espalda con una correa que le cruzaba la frente, y le hablaba en quechua mientras bajaba por el camino hacia las casas de madera. Salté del susto, porque los árboles me gritaban. ¿Ahora hasta los árboles me gritan?

Iquitos, 1/1/1981

Hermandad a medianoche. Mick Jagger llegó con Jerry Hall. Dos de sus valijas no aparecieron, porque las mandó a I-Quito. Alquilamos un auto para él, pero resulta que la llave no entraba, correspondía en realidad a una grúa. Mick viajó en taxi hacia acá y como el conductor no quería llevarlo los últimos cien metros a través de los pozos de barro, ni siquiera por el doble de plata, lo encontré en la oscuridad, con *smoking* y zapatillas, tanteando el camino. Sacudiéndose de la risa me contó que Robards y Adorf le confesaron que ambos habían escrito su testamento porque iban a trabajar en la selva.

Nuestro iluminador interceptó a la vista de todos y con la mayor insolencia la línea principal de electricidad que está afuera, delante del nuevo depósito de los equipos. De pronto hubo corriente en todas partes. La compañía de electricidad nos había prometido día a día durante semanas que harían la conexión, pero nunca mandaron a nadie. De la nada, caos en México. La agente despidió a todos los actores y miembros del equipo, anuló los contratos y asegura que dedujo eso de un télex nuestro. Lucki viaja hoy desde Miami a México para arreglar la situación. La topadora Caterpillar va a embarcarse demasiado tarde en Miami, de ahí tiene que ir a Lima/Callao, después por tierra a Pucallpa junto al río Ucayali y de ahí sobre una «chata» hasta el Urubamba y el río Camisea. Para nuestro cronograma, esto puede significar el inicio de una catástrofe. El flete con los reflectores y la cámara también estuvo

desaparecido varios días, porque el avión no pudo aterrizar en Iquitos debido a una tormenta y fue desviado a Lima. Ahí bajaron toda la carga, luego un avión se rompió, después quedó todo varado en la aduana porque la compañía aérea Faucett no podía encontrar la documentación. Los brasileros, los actores y los del equipo de sonido van a llegar demasiado tarde, pero: el *Narinho II* viaja río arriba más rápido de lo pensado. Y: aparentemente van a desistir de un paro general.

Iquitos, 2/1/81

Nuestro mono desciende de su jaula y se lleva cosas de la mesa ya tendida cuando todavía no hay nadie. Se hizo de casi todos los tenedores. Hoy a la mañana se robó la mamadera de la pequeña hija de Gloria, y ella lo vio en la maleza chupando del pico hasta vaciarla. Teme seriamente que el mono viole a la beba y quiere que, antes de que lo haga, lo matemos de un tiro. El mono tiene todavía alrededor de la cintura un pedazo del cable de electricidad con el que estaba atado, y cuando trepa, su cola, con la que agarra tan bien como con una mano, mantiene el cable por encima de él en el aire para que no lo moleste en sus movimientos.

A mis espaldas W., que dejando el caos voló hacia el Camisea, redujo el número de extras para la partida del barco de cinco mil a la mitad, y yo fui con Mauch al embarcadero y calculé cuántos íbamos a necesitar para repartir en la cuesta del río una multitud verosímil: si queremos llenar también la calle de arriba deberían ser unas seis mil seiscientas personas. Pero que nadie se espante por el trabajo. A fin de cuentas no tengo ni siquiera un asistente, y el núcleo del equipo lo van formar unas dieciséis personas. Una película así, producida por Hollywood, no funcionaría con menos de doscientas cincuenta personas.

Iquitos, 3/1/81

Desde ayer todo vuelve a indicar que el paro general se llevará a cabo. Nos lo informaron desde el comité de huelga, y George Sluizer tuvo

noticias directamente del general que fue comisionado por el gobierno para concentrar suficiente cantidad de tropas como para mantener el orden en caso de que la huelga se vuelva violenta. El *Narinho II* está varado en Pucallpa, la caja de cambios (?), nueva de fábrica (?), se rompió; puede pasar una semana hasta que llegue el repuesto desde Miami, sin calcular todavía las demoras que pueda traer consigo la posible huelga. Supuestamente llegan hoy a la noche cinco mexicanos y desde Brasil los del equipo de sonido y el actor José Lewgoy. Lo preocupante es que frente a la oficina de la línea aérea Faucett la gente hace una cola de doscientos metros sobre la calle para salir de Iquitos antes de que estalle la huelga. Calor lacerante, no llueve como para que refresque.

Iquitos, 4/1/81

Los mexicanos llegaron tan tarde a la noche, en un vuelo que no figuraba en ninguna tabla de horarios, que al principio pensé que mi hermano Lucki había secuestrado un avión sólo para estar acá a tiempo. Claude Chiarini era de la partida, qué alegría tenerlo de nuevo conmigo. Mick Jagger ayudó como chofer a llevar a todos los nuevos a su hotel. Los del equipo de sonido están varados en algún lugar de Brasil, vamos a saber arreglarnos también así. El barco es todavía una empalizada silvestre, pero igual tenemos que forzar un principio. Peleas con el vestuario. Tono lloroso obstinado, ésa es siempre la señal del estallido del caos, como el estallido de lava. El presidente Belaúnde llegó en avión y habló en la Plaza de Armas ante una gran multitud, y los ánimos parecen haberse calmado.

Iquitos, 5/1/81

Hacia la medianoche Lucki me sacó de la cama con la noticia de que iba a haber huelga, primero este lunes como una huelga de aviso y luego el otro lunes una huelga general por tiempo indeterminado. Reunión de emergencia durante la noche. Walter y Vignati estaban en contra de rodar, yo estoy a favor de hacerlo, pero con la condición de

que si nos topamos con resistencia tengamos la inteligencia como para interrumpir nuestro plan.

A la mañana estaba todo cerrado en la ciudad, y las veinticinco personas en el hotel Safari no van a tener nada para comer al mediodía y a la noche. Iremos a pie al lugar del vestuario con espaguetis y salsa hecha y vamos a cocinar ahí para todos. El ambiente es bueno, nos la vamos a poder arreglar a pesar de todo. Esperar ahora y no trabajar sería psicológicamente como una avalancha hacia la profundidad. No me inquieta que no haya trabajado nunca con ninguno de los actores, ni con buena parte del equipo técnico. De momento todos se aferran a mi serenidad.

Iquitos, 6/1/81. Día de rodaje

Empezamos ayer a la tarde sin muchas ceremonias con la toma de una silla vacía, todo puramente maquinal en principio, pero al menos la cámara anduvo. Robards y Adorf, los cobardes, cuyo problema acá es más bien que su propio horrible vacío interior los vuelve locos, se negaron a subirse al auto con Sluizer, muertos de miedo de que los huelguistas pudieran dispararles. De nada sirvió aclararles que ya habíamos llevado cuarenta personas al barco, que Mick Jagger había hecho por nosotros viajes de ida y de vuelta por la ciudad con su auto, y decidí rodar incluso sin ellos. Me dio valor un arco iris que se formó durante una de las primeras tomas detrás de Mick. Los brasileros llegaron justo a tiempo al barco con sus valijas, el equipaje privado y el equipo de sonido, y todo empezó antes de que yo tuviera oportunidad, más allá de un rápido saludo, de cruzar aunque más no fuera una palabra con ellos. Lucki voló vía Miami a Munich para buscar plata; lleva consigo el primer informe diario, un informe personal mío para los socios y los certificados médicos para el seguro, sin eso nada se mueve en las cuentas bancarias.

Iquitos, 10/1/81

Rodaje nocturno con los monjes. Ninguno logró ni una sola línea entera de diálogo. El monje de México, que por la noche actuó de peregrino

en su Misión, por la mañana hizo escándalo en el hotel, corrió tres pisos hasta la recepción completamente desnudo, sólo vestido con su barba ondulante, gritó y armó alboroto. Ahora, durante la cena en Don Giovanni, pide apocadamente hablar un minuto conmigo a solas. Lo tropical es tan intenso que los sobres postales, si se los deja estar, se pegan por sí solos.

Iquitos, 17/1/81

Rodaje. De nuevo huelga en la ciudad, pero todo esto no parece tan serio como lo habían agrandado los rumores hasta enormidades febriles. El agua subió tan alto que penetró a través de la plataforma de mi choza. Un almohadón flotaba. Por la mañana, cuando me metí dentro de los pantalones, los sentí fríos y extraños. Los di vuelta y salió un sapo.

Iquitos, 21/1/81

Un sueño, soñado no por la noche, porque yo no sueño, sino vivido al caminar: cuando vi cómo caía nieve sobre la selva, cómo se posaba sobre el enorme río caliente en forma de frazada mojada, sobre las chozas de palmas, las ramas de los buitres, ahí supe enseguida que en Europa central había estallado una edad de hielo, cubriendo todo horriblemente, y que esto sólo podía ser un lejano eco de aquello. También aparecía una enorme boa constrictor, muerta por una perdigonada en la cabeza, pero que era resucitada luego de unos fuertes masajes. Después me adelantaba al barco de vapor con una lancha rápida y en un recodo del río dejaba flotar hacia el barco un balde de plástico, amarillo y vacío. Le decía a la tripulación que el barco iba a volar por los aires si seguía navegando y sobrepasaba el balde. Por radio respondían que incluso si paraban, el balde iba a pasar al lado de ellos. Que mi gesto fuera considerado una amenaza vacía no hacía mella en mi convicción de haber puesto a prueba mi determinación.

Nuevamente se postergó la partida hacia el Camisea, esta vez porque los abogados de Robards exigieron que se instale allá una máquina

cardiopulmonar. Luego exigieron que Claude presentara su licencia de médico, aunque después de mucho discutir entendieron que eso era algo difícil de hacer desde la selva; que pregunten en la administración de la Sorbonne en París, propuso Claude. Qué era eso, la Sorbonne, quisieron saber entonces. Claude tuvo la idea de traer una máquina cardiopulmonar rota de algún depósito de chatarra en Miami y hacerla arreglar fantasiosamente por el equipo de filmación. Qué miedo mortal le debe tener R. a la selva, nos preguntamos.

Río Camisea, 2/2/81

Sigue el levantamiento por la máquina cardiopulmonar, ahora se agregó la exigencia de un desfibrilador, que estimula a un corazón paralizado para que vuelva a latir. En la frontera con Ecuador preparativos para la guerra. Nosotros...

Río Camisea, 3/2/81

Hoy a la noche murió de repente una mujer campa, todo el campamento está silencioso y quieto. Tenía diarrea, sufrió un ataque de cólicos, vomitó y murió. Al mediodía pasó un bote con muchos campas por al lado de nuestro barco, llevaban a la muerta con ellos; la enterramos en una pendiente de la selva. Alberto rezó una oración en su idioma.

Nuestro barco, luego de que el río bajara dramáticamente, sólo puede moverse en el ancho de una curva. Empezamos tarde a trabajar porque ahora rodamos de noche, y bajamos con Lucki y Alan Dunn hacia Camisea, donde había aterrizado el avión. Tras algunos esfuerzos repartimos correctamente nuestro peso sobre la lancha rápida ya cargada y con denuedo alcanzamos la velocidad que la eleva y le permite deslizarse, cuando vi que en la cuesta de la orilla del campamento de los indios unos cien de ellos gesticulaban alocadamente, señalando el agua. Nosotros no vimos nada y Alberto, que estaba sentado adelante, tampoco había visto nada. Igual le grité al conductor del bote, que estaba feliz de que al fin nos deslizáramos, que diera la vuelta de inmediato para ver qué pasaba.

De los confusos gritos dedujimos que un chico estaba ahogándose, y yo me saqué los zapatos y me zambullí. Otros me siguieron, y después buscamos con un segundo bote por el río hasta bien abajo, pero no encontramos nada. Resulta que dos jóvenes, ambos ya casados, habían sacado de alguna forma, aunque estaba prohibido, una canoa de la gran pila (rodeada de una cadena y con candado), salieron al río y zozobraron. Ninguno de los dos sabía nadar, y sólo uno llegó a la costa y se salvó, el otro se hundió y –por lo visto– la ola de nuestra proa había arremolinado el agua y la había enturbiado justo en este lugar, de forma que el ahogado desapareció por completo. Buscamos hasta que oscureció. Dos muertos en doce horas. Contra todo sentido común seguí buceando en la oscuridad, para que no se pudiera ver mi profunda aflicción. El río está, como siempre, inconscientemente bello.

El ahogado, que no encontramos, es un hombre joven y casado. Me dijeron que al mediodía le había dejado toda la comida a su mujer, porque ya no la necesitaba, y luego se despidió.

Río Camisea, 4/2/81

Continuó la búsqueda del muerto, sin éxito, sin esperanza. Además, problemas con el barco. El agua había bajado tanto que encallamos en la única curva en la que todavía podíamos movernos. Con ayuda de sogas y lanchas rápidas pudimos arrastrar la proa, que todavía estaba libre, de tal modo hacia la corriente, que el barco, que estaba encallado atrás, se liberó.

El Consejo de los Ancianos designó un nuevo hombre para la viuda del ahogado. La selva no permite la viudez. El casamiento tuvo lugar en la oficina del campamento de los ashininkas, donde nuestra radio crujía y graznaba. La novia, de unos quince años, parecía por fuera completamente indiferente, pero con la mano derecha aferraba una gran peineta de plástico que había tomado de su cabello, y tocaba con los dientes un único tono, que repetido mecánicamente delataba su movimiento interior. Su nuevo marido conoce su propia edad: tiene dieciocho. Llevaba una camisa clara.

Henning trabajaba en fijar mejor a la proa del barco la muchacha amazónica tallada en madera cuando un campa, el que nos hostiga con que en lugar de plata quiere una moto Suzuki, le preguntó si estaba muerta: no, contestó H., es de madera. ¿La víbora también era de madera? Sí, respondió él. ¿Cómo era entonces posible que estuviera enroscada alrededor de su cuerpo?

Río Camisea, 5/2/81

Klausmann sigue más inválido de lo que quiere admitir, se mueve con algún esfuerzo por la selva con muletas. En la laguna pública de Iquitos, donde siempre hay chicos chapoteando y nadando, una piraña le sacó de un mordisco la mitad del segundo dedo del pie. En ese momento hubo burlas y todos se rieron de él, pero para R. ésta es la prueba de lo pérfida y mortalmente peligrosa que es la selva. Pesqué algunas pirañas en el Camisea y enseguida nadé ostensiblemente en el río, porque las pirañas sólo pueden ser un peligro en el agua estancada, nunca en la que fluye. Pero R. vio que saqué el anzuelo de la boca de uno de los peces y como seguía mordisqueando con sus dientes afilados le bloquee la boca con un lápiz, del que mordió sucesivamente algunas rebanadas.

Ayer a la tarde alarma de Lucki desde Iquitos, ya no iba más, el segundo barco estaba parado, Laplace no venía, ultimátums, amenazas de W., pero parece que de alguna manera nos vamos a encontrar a mitad de camino. De regreso del campamento de los indios, los actores se me vinieron encima como sobre carroña que va a ser expoliada. Que no había suficiente agua mineral para también lavarse, que dónde había agua por acá. Señalé mudo hacia el río, donde en ese momento algunos de los nuestros nadaban y se bañaban. Antes de hacer los contratos yo describí al detalle los campamentos, que de todas formas están mucho mejor equipados de lo que se había planeado originariamente. Cada uno acá tiene un lavatorio, un inodoro de porcelana y una ducha, pero que se alimenta de agua del río cuando el pequeño arroyo que fluye en el Camisea está demasiado seco. Ninguna de las comidas tiene menos de tres platos, además siempre hay frutas frescas, ensaladas y jugos. En el campamento grande hay muchos casos de enfermedad que me inquietan.

Pero entre los cientos de indios, relativamente muchos padecían de anemia al llegar, porque dependen demasiado de la yuca como alimento básico, y para los cocineros no es fácil darles algo distinto a lo que están acostumbrados. Nosotros los dejamos decidir por sí mismos cómo quieren ser alimentados.

Un poco más río arriba iluminé con una linterna potente la orilla opuesta y vi caimanes, cuyos ojos arden como si alguien estuviera fumando un cigarrillo. Pero acá son pequeños y fueron casi exterminados por completo. Hace poco unos machiguengas dispararon por la noche contra uno de ellos con una escopeta de perdigones y vi cómo lo ahumaban sobre un pequeño fuego sin llama; tenía apenas medio metro y sabía bien, sólo que un poco a pantano.

Río Camisea, 6/2/81

Más tarde viajé con un bote al Sepahua para encontrarme con W. Impulsada por César, por Vignati y por mí, hubo una petición de los trabajadores y los campas exigiendo el retorno de W., así le va a ser más fácil salvar el honor. La pregunta es si tiene la capacidad, como yo, de dar un paso detrás de su propia línea. Lo cierto es que muchas de las faltas y los descuidos hay que imputárselos a él solo, excepto la ausencia de un helicóptero para casos de emergencia; de eso la única culpable es la guerra en la frontera, que hace que el ejército no cumpla con su promesa.

Ayer, durante una escena en la que la tripulación del barco huye en un bote auxiliar armada hasta los dientes, los campas parados en la orilla se reían y gritaban alegremente. Los extras posaron con ellos para una foto de recuerdo y algunos de los campas exclamaron: "Emiliano Zapata". César, que siempre quiere ver todo funestamente en el terreno de los graves problemas, dijo que al observar a los hombres equipados con fusiles, los campas se habían armado en su campamento con arcos y flechas. El día anterior habíamos presentado nuestra cámara; hubo muchas risas y todos miraron a través del visor. Por la pintura roja de sus caras el visor quedó tan embadurnado que alrededor del ojo de Mauch,

que miró después, se imprimió un anillo rojo que le daba un aspecto muy particular. El río creció ayer muy alto, hasta un banano que me sirve a mí de marca y desde el que hay nada más que tres metros hasta la plataforma de nuestro comedor. Pensé mucho en mi hijo, con el corazón dolido. Si no, la cabeza embotada, cansado, sin sentido, muy solo.

En el gallinero que contiene un triste intento de cría de pollos, donde sólo vegetan criaturas enfermizas, medio y del todo desnudas, a las que con un poco de simpatía se podría calificar de gallinas, se encuentra amarrado un tapir, tan grande como un chancho adulto. Todavía es joven y aparentemente grita por las noches atrayendo así a la madre, que los indios ya divisaron una vez en la periferia de su campamento, pero que no pudieron matar. Hoy el tapir ya no está. Tenía ojos tranquilos, tristes, perdidos. Probablemente lo sacrificaron.

Sepahua, Camisea, 6/2/81

El conteo de los días estaba mal, al parecer vuelve a ser correcto desde hoy. Ayer, en viaje al río Sepahua, se rompió la refrigeración no muy lejos del río Picha. Una canoa con un motor de *peke-peke* nos remolcó hasta la Misión. Conmigo, Henning, Uli, César, Vignati. Durante la reparación me dormí en el bote, el sol daba sobre mí y me produjo verdaderas quemaduras en la cara. Mendoza y su hijo volvían casualmente de buscar oro en la parte alta del Picha, y el joven M. nos condujo de ahí en adelante. Llegamos hacia el atardecer, y justo en ese momento también daba vueltas el avión con W., Lucki, Sluizer y Cucho. Acuerdo con W. tras una larga conversación que mantuvimos sentados sobre un tronco. Nueve de los extras llegaron una hora más tarde con otro bote. Dormí en una choza que nosotros llamamos Sepahua-Hilton, al lado de un profundo agujero excavado en el piso, entre barriles de nafta oxidados y cajitas de plástico con botellas de cerveza, pero tenía de hecho una especie de cama, de la que primero sacudí la mierda seca de rata. Las ratas trepaban por las paredes de esterilla como lagartos. Por la mañana me desperté temprano y miré a la cara a una cobaya que me observaba estupefacta. Ya a la tarde tenía a Mauch en la radio y preparé el próximo trabajo.

Caluroso recibimiento para W. en Camisea. Había mujeres y niños, tambores, los hombres con arco y flecha. A W. le hizo muy bien, y yo entré en la última curva hacia nuestro campamento con algo menos de incertidumbre.

•

Camisea, 7/2/81

Vi una mujer campa sentada sobre un tronco. Seguía intensamente con la mirada sobre su hombro algo que yo no podía distinguir. Su hijo de unos tres años, que estaba parado delante de ella, extrajo su pecho de la *cushma*, lo agarró con las dos manos y bebió, sin que la madre le prestara la más mínima atención.

Ayer por la tarde los distintos grupos de campas y machiguengas tocaron los tambores y bailaron; tomamos *masato* con ellos. Un barquero se había llevado un plato para comer al paso entre los dos campamentos, porque todavía ni había desayunado, y como estaba tan ocupado con su plato chocó por descuido contra una pared de helechos colgantes. Robards sigue debilitándose. Adorf se convierte cada vez más en un conspirador con tontos aires de estrella, porque no puede soportar que a veces los extras indígenas sean más importantes que él, el actor. Más allá de eso no es más que un cobarde, pícaro y tonto, gritonamente tonto, como dice Mauch. Jerry Hall llegó ayer con un avión a Camisea.

A la noche tuve primero la sensación y después la certeza de encontrarme en una prehistoria crepuscular, muda y sin tiempo.

Por la tarde: el campamento como muerto. Decidimos ampliar la plataforma sobre la copa del árbol y hacerla más estable, porque R., usando a Adorf como vocero, exige dobles de riesgo. W., que estuvo ahí con obreros, informó además que el sendero cuesta arriba está casi intransitable, porque hace un par de semanas una tormenta tiró árboles sobre los que es casi imposible trepar y que son extremadamente difíciles de esquivar. Adorf, que casi muere de cobardía, declaró que la escena sobre la plataforma panorámica, antes siquiera de verla, era peligrosa, insegura y superflua, y habló de hacer todo a un metro del suelo, usando por su parte

a R. como su vocero. Pero en la película hay que reconocer la geografía: dos ríos que casi se tocan con sólo una colina en medio, sobre la que debe subir el barco. Si eso no se entiende, la historia se pierde.

La lluvia aumenta y disminuye, y Mick saca fotos para *Vogue* de Jerry Hall en traje de baño de leopardo con la selva y los indios salvajes; me resulta raro usar nuestras locaciones para un *art commercial.* Mick me dijo que ganaba mil dólares con eso, y se mató de la risa. Lavé mis medias en el río porque se pierden demasiadas cuando se mandan a lavar. Los lentos remolinos sobre el agua del río pasan entretanto delante de mí, siguiendo un destino lejano. Detrás en la selva los pájaros se insultan. Ya nada se seca en serio, los zapatos, la ropa. Todo lo de cuero está enmohecido, los relojes electrónicos se paran. En dos semanas de esfuerzo no fue posible llevar al toro desde acá hasta el barco, no se deja domar y nadie pudo meterlo en un bote de carga. Las hojas de la selva brillan y gotean y peces muy grandes quiebran a veces con sonido como de masticación la inerte superficie del río y dejan anillos que se van ensanchando en el agua, tan grandes como si el que hubiese aparecido masticando satisfecho fuera un saurio prehistórico. Cuando la lluvia para y todo gotea suavemente de los árboles hay por momentos algo así como la paz del alma. Se me acercó un escarabajo de un tamaño espantoso. Lejos en la selva las motosierras trabajan en una tarea que ignoro.

Luego cayó una lluvia increíblemente fuerte y tranquila sobre la selva; llamarla lluvia es algo a lo que el idioma mismo se resiste. En la arena de la orilla, debajo de mi choza, se formaron blancos arroyos espumosos y fluyeron hacia el río marrón, que todo lo atrae y lo arrastra: troncos, ramas arrancadas, el ahogado, tierra y guijarros. Los guijarros se mecen y ruedan y repiquetean unos contra otros como si el fondo entero de la Tierra estuviera rodando. Entretanto un vapor neblinoso cubrió desmesuradamente las copas de los árboles, que resistían entumecidas y pacientes, desde hace tiempo. Todos los pájaros están callados, la lluvia tiene ahora la palabra. Sobre una rama en el río pasan muchas hormigas; la selva está repleta de un extraordinario derroche de vida. Sobre el tembloroso puente colgante de lianas hay pegadas hojas húmedas que fueron arrancadas por la corriente de la lluvia. Pequeños

Pero entre los cientos de indios, relativamente muchos padecían de anemia al llegar, porque dependen demasiado de la yuca como alimento básico, y para los cocineros no es fácil darles algo distinto a lo que están acostumbrados. Nosotros los dejamos decidir por sí mismos cómo quieren ser alimentados.

Un poco más río arriba iluminé con una linterna potente la orilla opuesta y vi caimanes, cuyos ojos arden como si alguien estuviera fumando un cigarrillo. Pero acá son pequeños y fueron casi exterminados por completo. Hace poco unos machiguengas dispararon por la noche contra uno de ellos con una escopeta de perdigones y vi cómo lo ahumaban sobre un pequeño fuego sin llama; tenía apenas medio metro y sabía bien, sólo que un poco a pantano.

Río Camisea, 6/2/81

Más tarde viajé con un bote al Sepahua para encontrarme con W. Impulsada por César, por Vignati y por mí, hubo una petición de los trabajadores y los campas exigiendo el retorno de W., así le va a ser más fácil salvar el honor. La pregunta es si tiene la capacidad, como yo, de dar un paso detrás de su propia línea. Lo cierto es que muchas de las faltas y los descuidos hay que imputárselos a él solo, excepto la ausencia de un helicóptero para casos de emergencia; de eso la única culpable es la guerra en la frontera, que hace que el ejército no cumpla con su promesa.

Ayer, durante una escena en la que la tripulación del barco huye en un bote auxiliar armada hasta los dientes, los campas parados en la orilla se reían y gritaban alegremente. Los extras posaron con ellos para una foto de recuerdo y algunos de los campas exclamaron: "Emiliano Zapata". César, que siempre quiere ver todo funestamente en el terreno de los graves problemas, dijo que al observar a los hombres equipados con fusiles, los campas se habían armado en su campamento con arcos y flechas. El día anterior habíamos presentado nuestra cámara; hubo muchas risas y todos miraron a través del visor. Por la pintura roja de sus caras el visor quedó tan embadurnado que alrededor del ojo de Mauch,

que miró después, se imprimió un anillo rojo que le daba un aspecto muy particular. El río creció ayer muy alto, hasta un banano que me sirve a mí de marca y desde el que hay nada más que tres metros hasta la plataforma de nuestro comedor. Pensé mucho en mi hijo, con el corazón dolido. Si no, la cabeza embotada, cansado, sin sentido, muy solo.

En el gallinero que contiene un triste intento de cría de pollos, donde sólo vegetan criaturas enfermizas, medio y del todo desnudas, a las que con un poco de simpatía se podría calificar de gallinas, se encuentra amarrado un tapir, tan grande como un chancho adulto. Todavía es joven y aparentemente grita por las noches atrayendo así a la madre, que los indios ya divisaron una vez en la periferia de su campamento, pero que no pudieron matar. Hoy el tapir ya no está. Tenía ojos tranquilos, tristes, perdidos. Probablemente lo sacrificaron.

Sepahua, Camisea, 6/2/81

El conteo de los días estaba mal, al parecer vuelve a ser correcto desde hoy. Ayer, en viaje al río Sepahua, se rompió la refrigeración no muy lejos del río Picha. Una canoa con un motor de *peke-peke* nos remolcó hasta la Misión. Conmigo, Henning, Uli, César, Vignati. Durante la reparación me dormí en el bote, el sol daba sobre mí y me produjo verdaderas quemaduras en la cara. Mendoza y su hijo volvían casualmente de buscar oro en la parte alta del Picha, y el joven M. nos condujo de ahí en adelante. Llegamos hacia el atardecer, y justo en ese momento también daba vueltas el avión con W., Lucki, Sluizer y Cucho. Acuerdo con W. tras una larga conversación que mantuvimos sentados sobre un tronco. Nueve de los extras llegaron una hora más tarde con otro bote. Dormí en una choza que nosotros llamamos Sepahua-Hilton, al lado de un profundo agujero excavado en el piso, entre barriles de nafta oxidados y cajitas de plástico con botellas de cerveza, pero tenía de hecho una especie de cama, de la que primero sacudí la mierda seca de rata. Las ratas trepaban por las paredes de esterilla como lagartos. Por la mañana me desperté temprano y miré a la cara a una cobaya que me observaba estupefacta. Ya a la tarde tenía a Mauch en la radio y preparé el próximo trabajo.

Caluroso recibimiento para W. en Camisea. Había mujeres y niños, tambores, los hombres con arco y flecha. A W. le hizo muy bien, y yo entré en la última curva hacia nuestro campamento con algo menos de incertidumbre.

•

Camisea, 7/2/81

Vi una mujer campa sentada sobre un tronco. Seguía intensamente con la mirada sobre su hombro algo que yo no podía distinguir. Su hijo de unos tres años, que estaba parado delante de ella, extrajo su pecho de la *cushma*, lo agarró con las dos manos y bebió, sin que la madre le prestara la más mínima atención.

Ayer por la tarde los distintos grupos de campas y machiguengas tocaron los tambores y bailaron; tomamos *masato* con ellos. Un barquero se había llevado un plato para comer al paso entre los dos campamentos, porque todavía ni había desayunado, y como estaba tan ocupado con su plato chocó por descuido contra una pared de helechos colgantes. Robards sigue debilitándose. Adorf se convierte cada vez más en un conspirador con tontos aires de estrella, porque no puede soportar que a veces los extras indígenas sean más importantes que él, el actor. Más allá de eso no es más que un cobarde, pícaro y tonto, gritonamente tonto, como dice Mauch. Jerry Hall llegó ayer con un avión a Camisea.

A la noche tuve primero la sensación y después la certeza de encontrarme en una prehistoria crepuscular, muda y sin tiempo.

Por la tarde: el campamento como muerto. Decidimos ampliar la plataforma sobre la copa del árbol y hacerla más estable, porque R., usando a Adorf como vocero, exige dobles de riesgo. W., que estuvo ahí con obreros, informó además que el sendero cuesta arriba está casi intransitable, porque hace un par de semanas una tormenta tiró árboles sobre los que es casi imposible trepar y que son extremadamente difíciles de esquivar. Adorf, que casi muere de cobardía, declaró que la escena sobre la plataforma panorámica, antes siquiera de verla, era peligrosa, insegura y superflua, y habló de hacer todo a un metro del suelo, usando por su parte

a R. como su vocero. Pero en la película hay que reconocer la geografía: dos ríos que casi se tocan con sólo una colina en medio, sobre la que debe subir el barco. Si eso no se entiende, la historia se pierde.

La lluvia aumenta y disminuye, y Mick saca fotos para *Vogue* de Jerry Hall en traje de baño de leopardo con la selva y los indios salvajes; me resulta raro usar nuestras locaciones para un *art commercial*. Mick me dijo que ganaba mil dólares con eso, y se mató de la risa. Lavé mis medias en el río porque se pierden demasiadas cuando se mandan a lavar. Los lentos remolinos sobre el agua del río pasan entretanto delante de mí, siguiendo un destino lejano. Detrás en la selva los pájaros se insultan. Ya nada se seca en serio, los zapatos, la ropa. Todo lo de cuero está enmohecido, los relojes electrónicos se paran. En dos semanas de esfuerzo no fue posible llevar al toro desde acá hasta el barco, no se deja domar y nadie pudo meterlo en un bote de carga. Las hojas de la selva brillan y gotean y peces muy grandes quiebran a veces con sonido como de masticación la inerte superficie del río y dejan anillos que se van ensanchando en el agua, tan grandes como si el que hubiese aparecido masticando satisfecho fuera un saurio prehistórico. Cuando la lluvia para y todo gotea suavemente de los árboles hay por momentos algo así como la paz del alma. Se me acercó un escarabajo de un tamaño espantoso. Lejos en la selva las motosierras trabajan en una tarea que ignoro.

Luego cayó una lluvia increíblemente fuerte y tranquila sobre la selva; llamarla lluvia es algo a lo que el idioma mismo se resiste. En la arena de la orilla, debajo de mi choza, se formaron blancos arroyos espumosos y fluyeron hacia el río marrón, que todo lo atrae y lo arrastra: troncos, ramas arrancadas, el ahogado, tierra y guijarros. Los guijarros se mecen y ruedan y repiquetean unos contra otros como si el fondo entero de la Tierra estuviera rodando. Entretanto un vapor neblinoso cubrió desmesuradamente las copas de los árboles, que resistían entumecidas y pacientes, desde hace tiempo. Todos los pájaros están callados, la lluvia tiene ahora la palabra. Sobre una rama en el río pasan muchas hormigas; la selva está repleta de un extraordinario derroche de vida. Sobre el tembloroso puente colgante de lianas hay pegadas hojas húmedas que fueron arrancadas por la corriente de la lluvia. Pequeños

embalses se forman sobre la pendiente del sendero, hecho de pedazos redondos de troncos puestos uno al lado del otro, y corren desbordándose entre ellos. Los troncos están en parte bajo agua, el resto sobresale como ahogados.

Los hombres y las mujeres, que parecen pájaros borrachos y en celo, bailan sin tocarse. Tomé *masato* hasta que me gustó. Las muchachas pequeñas abren las duras cáscaras de las bananas aún verdes con sus dientes, como los animales. También la forma en que se acuestan y duermen sólo la vi en animales. Cuando hoy a la mañana tuvimos a todos los indios bajo la lluvia en el barro del sendero, y nos dimos cuenta de que no iba a funcionar sin reflectores, y estuvo claro que seguramente demoraríamos más de una hora en poner en posición al barco con el generador y subir un cable por la pendiente, les pedí a todos que volvieran a su campamento, pero ellos querían quedarse y esperar. Cuando regresé, casi dos horas más tarde, casi todos yacían sobre grandes hojas sobre el piso reblandecido y pútrido de la selva, envueltos tan sólo en sus *cushmas*, durmiendo.

La naturaleza ha vuelto a recobrar el juicio, sólo la selva sigue espantosamente en pie, inmóvil. Sin un sonido rueda el río, el monstruo. Muy rápido cae la noche, los últimos pájaros, como siempre a esta hora, insultan a la tarde. Roncos graznidos, tonos inquietantes y entre ellos, uniformes, las primeras cigarras. Por trabajar afuera bajo la lluvia tengo los dedos arrugados, como las lavanderas. En mi espalda tengo seguro cien picaduras de un insecto que se mantuvo oculto, todo en mí está pútridamente húmedo. Estaría agradecido si sólo fueran sueños los que me atormentan. Sobre la mesa apareció un insecto curioso, alargado hacia adelante como una lanza, antediluviano, con antenas a ambos lados de la prolongación delantera, fina y extremadamente larga. No pude descubrir si tenía ojos. Cargaba un insecto muerto igual a él y desapareció por las rendijas del suelo de cortezas. Después se arrastraron orugas hacia mí, desde todas las direcciones, descerebradas pero sin desviarse. Pensé intensamente en el gran momento en el que le mostré a mi hijo, que entonces tenía cinco años, las montañas de la luna a través de un telescopio.

Camisea, 8/2/81

Robards exigió no tener que tomar *masato*, porque sabía que era yuca fermentada con saliva, y eso no se discutió. Estaba seguro de que se agarraría tuberculosis; odia la selva porque le parece antihigiénica, y además sucia. Ayer comió bifes de Estados Unidos que le trajeron vía aérea congelados en cajas de telgopor. El río crece cada vez más, cambia su color hacia un marrón fresco y fluye considerablemente más rápido. Arrastra consigo madera y grandes troncos arrancados de raíz. Llueve sin pausa, y yo amo el ruido, el gusto, la sensación de la lluvia. Se soltó la plataforma flotante, una balsa cubierta de corteza de *pona* que sirve de atracadero para nuestros botes, alguien la vio y uno de nuestros botes inició la persecución. Llegaron Janoud, Silvia y Alan Dunn, salieron ayer de Sepahua, pero enseguida se dieron cuenta de que no iban a lograrlo por la gran cantidad de madera flotante. Pasaron la noche en Nueva Luz y estuvieron desde hoy bien temprano en camino. Sus caras no eran muy prometedoras. Todo en el terreno de lo vago, que sólo acompañado por espasmos tal vez se deje arreglar.

La lluvia paró, pero el río sigue creciendo. Ahora sí que desciende una tristeza sobre la tierra entumecida de silencio. Lo que hoy fue asesinato, mañana se lo llama sacrificio. El campamento se hunde en fuertes depresiones. De vez en cuando llega un bote sin motivo, no trae nada y desaparece nuevamente. Alguien hurgó en un montículo de ramas en descomposición, sin nada que buscar. El día tiene el ánimo de las noches cargadas de miedos. Deseé muy intensamente y del todo en vano que un «indio» afilara su «machete» sobre una piedra plana y que con eso pasaran volando *como nada* cien años.

En un viejo diario que me trajo Alan Dunn leí sobre una carrera de esquí que tuvo lugar hace cuatro semanas, hace cuatro semanas transcurridas sin esfuerzo, hace cuatro muy lejanas semanas pasadas como si nada. Mauch quiso levantarme el ánimo con los juegos de palabras rimados que siempre tiene preparados para estas ocasiones; me dijo: "Ein Tor singt jede Liederweise, bisweilen laut, dann wieder leise. Dagegen gibt der Weise Lieder, die er nicht kennt, nur leise wieder". [Un tonto canta cualquier tipo de canción, por momentos en alta, luego en baja voz. En

cambio el sabio recita temas, que no conoce, sólo con voz queda.] Tomé prestado arco y flecha de un indio campa tatuado y disparé una flecha contra el cielo.

Camisea, 9/2/81

Ir y venir de botes sin encargos. Nuestra plataforma para atracar se nos escapó definitivamente. El río decreció ayer durante la filmación con tal celeridad que tuvimos que maniobrar el barco constantemente porque una y otra vez encallaba en la orilla, donde hacía poco aún corría agua profunda y borboteante. A Robards se lo llevan hoy mismo en avión. Claude le hizo una revisación antes del almuerzo y escribe ahora en francés el reporte para el seguro. Al alba, en rigor todavía casi en la oscuridad, vi a R. sin su dentadura y con los pelos encrespados y la mirada desquiciada atropellándose por el campamento, como el rey Lear por los aposentos vacíos de su palacio.

Y así se veía el final provisorio de la película: cuando Jason R. se iba, los chicos machiguengas se ponían con sus cushmas *desgastadas detrás del avión en el viento huracanado de las hélices y dejaban ondear sus vestidos. Cuando el avión giraba en el lugar, corrían como pájaros revoloteadores en semicírculo dentro del estruendo de las hélices. Los manojos de hierba se aplastaban contra el suelo, y volaban pequeños pedazos de tierra mojada. Junto a una choza, los chicos habían atado entre un poste y un árbol un pedazo de cinta magnetofónica enrollada varias veces (seguramente se le había perdido al sonidista), tan tirante que siguió zumbando y cantando largamente incluso después de que el avión dejó de verse.*

A pesar de todo: lo que todavía pueda hacer lo tengo que hacer. Cuando subí de nuevo al bote resplandecía a mi alrededor una gran cantidad de mariposas marrón-amarillas. El sol centellea sobre el río silencioso que, si bien está bajando, sigue demasiado alto y parece acercarse furtivamente a algo que debe estar afuera, bien lejos en lo oculto del inmenso paisaje. Todos los arbustos están todavía cubiertos de agua hasta las ramas más altas, que hacen movimientos de negación en la corriente y resisten a la inundación. Tiré un pañuelo de papel retorcido al río, y al

instante siguiente un pez muy grande se lo llevó debajo de la superficie, pero lo soltó enseguida, de forma que volvió a emerger de nuevo brevemente. El barquero indígena tocaba la armónica mientras viajaba conmigo de vuelta al campamento.

Jerry Hall me dio un pedazo de chocolate con crocante, medio derretido pero tan delicioso que me quitó el habla, y un indio me regaló un gran colmillo de jaguar para usar como amuleto alrededor del cuello. Filmamos con Mick y el joven indígena que en la película se llama McNamara, y los dos lo hicieron tan bien que hubo aplausos del equipo. Durante la escena Mick fue mordido en el hombro por un mono, y después se rió tan atronadoramente que sonaba como un burro rebuznando. Siempre que hay una pausa me distrae con charlas inteligentes sobre dialectos ingleses y la evolución del idioma desde el Medioevo tardío.

A la noche rumié largamente y sin ninguna ilación dónde pudo haber sido que una vez vi la huella petrificada de la pata de un dinosaurio. Después pensé en mi padre, que en el verano me dijo al teléfono que hacía poco casi había *palmado*. Después pensé en él y en mi madre. Entre algún lugar y ninguna parte me hicieron entrega de mi vida.

Camisea, 10/2/81

Muy temprano trepé con César a través de la selva hasta el punto más alto entre los ríos, a la plataforma, y a medio camino escuchamos un avión arriba nuestro que no pudimos identificar. Me asustó una vez más lo empinado que era, cómo podría un barco ser alzado hasta ahí. Abajo, de vuelta en el río, me lavé cuidadosamente la transpiración del cuerpo, porque sobre mi piel se habían posado muchas mariposas grandes color azul cobalto que no quería asustar. Un gran nido de avispas con sus agujeros vacíos pasó por el río, liviano como una pelota de algodón. Partes de la tierra caen suavemente despegadas de la orilla dentro del río. Mauch se esforzó por alegrarme y contó chistes. A un leñador que estaba buscando trabajo le preguntaron cuál era el último lugar donde había trabajado. En el Sahara, contestó él. Pero si ahí no hay árboles. Ahora ya no, dijo el leñador.

Hicimos tomas desde el pequeño avión que había aterrizado; Mauch se colgó hacia afuera atado a la puerta lateral abierta y yo me ocupé de asistirlo haciendo foco, porque cargar más personas hubiese sido riesgoso debido a la pista embarrada. Las tomas aéreas más bien decepcionantes, las turbulencias fueron demasiado fuertes, e incluso si hubiera estado sereno se habría seguido teniendo la impresión de una toma hecha desde un tren rápido. Mick, Jerry Hall y Adorf nos dejaron después del almuerzo, vuelan a Lima.

Camisea, 11/2/81

Espera sobre un banco de arena por lo general firme, que cerca del agua está tan empapado que uno se hunde profundamente. El barco con más de cien indios a bordo aún no está en posición. En el *walkie-talkie* que me conecta con los obreros forestales al otro lado del río, donde podan con motosierras una serie de árboles grandes con la esperanza de que caigan en línea como fichas de dominó, escuché de pronto radiocomunicaciones de Estados Unidos, de Kansas City. Una mujer hablaba con su marido, que estaba de viaje en su camión, y la conversación entre ambos sonaba artificiosa y extraña, sobre todo la mujer hablaba como si estuviera en un comercial de televisión, pero era una charla privada, escuchada en lo profundo de la selva. Quise meterme con un saludo, pero el emisor de mi aparato es demasiado débil para eso. Vignati vino de la selva, el pelo enredado y lleno de moscas mordedoras, daba manotazos a su alrededor, y nosotros le sacamos los bichos de la pelambre.

Árboles cayendo todo el resto del día. El sonido de los gigantes desplomándose es el verdadero acontecimiento. El más colosal de todos suspiró, después gritó, después soltó un pedo, y después crujió con una fuerza descomunal dentro de la selva. Mucho tiempo más tarde seguían crepitando grandes ramas, hasta que callaron por completo. Una colonia de murciélagos salió volando confundida, enjambres de abejas, pájaros, una nube de pequeños insectos voladores. Delgadas orugas diminutas, encorvándose hacia arriba, huyen poniendo la cabeza bien adelante, apresuradas, a galope de oruga.

Ahora la selva humea, como después de mil años de lluvia. El río corre ensimismado, sin plan. Una sombra que subió desde la selva oscureció el cielo. La luna, hoy tímida, no se anima a mirar detrás del horizonte. Esta noche ato mi barca a estrellas magras y vacilantes. Cuando se hizo noche cerrada, alrededor de mi choza cayeron frutos desconocidos de un árbol desconocido, dando un chasquido sobre el suelo húmedo.

Camisea, 12/2/81

Por la mañana un avión de Cabaña giró sobre el campamento y provocó agitación por quién podría volar primero. Sin embargo, desde acá se plantea la pregunta: ¿vale la pena vivir ahí afuera, en un mundo decodificado y habitado por personas decodificadas? Los mexicanos deambulan sin rumbo, como antes R. Al caer la noche, cuando en realidad es una locura aterrizar, un avión todavía daba vueltas arriba nuestro, sólo podía ser Pino, de Cabaña, nadie más es tan imprudente. Sea el que sea, el avión tiene que descender, porque en ochocientos kilómetros a la redonda no hay ninguna pista de aterrizaje iluminada. Voces tranquilas en el campamento. Semidormido, escuchaba las voces de los pájaros nocturnos y el cambio de la atmósfera, quería grabar pero no logré levantarme de la cama.

Mi choza: algunos escalones, hechos de un tronco firme en el que hay espacios aserrados para apoyar los pies, como lo hacen acá los aborígenes, conducen a la plataforma de la galería. Ahí hay una mesa de tablas ensambladas toscamente, dos bancos, una hamaca y ganchos de madera donde cuelgo mi ropa de lluvia. Detrás, la única habitación, a la que se accede a través de una puerta basculante de bambú. Hay tres ventanas, todas bastante pequeñas, dos de las cuales se pueden cerrar con una cortina plegable de bambú. Una cama con mosquitero, el colchón duro relleno de algas marinas, hay montañas y valles en los que se debe acomodar el cuerpo con maña. En el cuarto cuelga también una hamaca en diagonal, un estante primitivo de madera para mis casetes, los dos libros que tengo conmigo y algunas cositas. A la entrada, dos tablitas de madera, una encima de la otra, donde guardo mis elementos de aseo. Debajo hay un clavo del que cuelga la linterna, siempre en el mismo lugar a

fin de encontrarla a ciegas. Hacia los pies de la cama, es decir en dirección a la puerta, la galería y el río, hay varas diagonales sujetas en las esquinas del ambiente a la altura del pecho. A la izquierda tengo toda mi ropa colgada, a la derecha las toallas. El techo de palmera trenzada hace que todo se cubra diariamente con una capa de polvo e hilachas, pero que se deja sacudir fácilmente. Tengo tres taburetes, hechos con rebanadas de tronco cortadas a lo bruto y con tres patas incrustadas. El piso es liana elástica de corteza de *pona* sobre postes, elevado más o menos un metro sobre la tierra. Mi radio está sobre el piso, con un cable lo suficientemente largo como para llevarla a la galería exterior. El inodoro y la ducha están en una caseta a unos quince metros detrás de mi choza; los usa la mitad del campamento, y por lo general hay aglomeraciones. Mi lamparita, colgada dentro de un canasto, da muy poca luz para leer. Siempre que estoy acostado sujeto la linterna entre el cuello y el hombro de modo que ilumine las páginas. Por lo general sólo puedo leer de noche, pero me agarra sueño muy rápido. Para dormir tengo siempre a mano mi pequeño despertador de bolsillo y la linterna, y pongo un libro debajo de la almohada. El reloj es silencioso, y su campanilla suena como los insectos afuera, sólo si lo pongo al lado de mi cabeza me doy cuenta de que me habla a mí. Durante el día llevo el despertador plegado en mi pequeño bolsillo de cuero adosado al segundo cinturón, porque ya no tengo ningún reloj que funcione y casi nadie en el rodaje tiene uno. En el bolsillo meto siempre cosas para escribir, la libretita, el reloj, una navaja, a veces la Minox o la brújula. En Iquitos siempre tengo en el bolsillo los anteojos de sol contra el polvo para cuando viajo en moto.

El río cayó al nivel más bajo, pero de nuevo empezó a llover fuerte, y por el sonido de la lluvia puedo decir que va a llover toda la noche. Sobre mi mosquitero iluminado hay un animal verde, antediluviano, mirándome inmóvil desde arriba.

Resortes me sigue preguntando a qué hora viene el helicóptero, que por la guerra fronteriza con Ecuador es muy incierto; realmente me acecha para lanzarme la pregunta. Sarah, que ascendió a receptora de la disconformidad, habló con toda seriedad de helicópteros y puentes aéreos, cuatro en total sólo en el día de hoy. Lo único que yo digo al respecto es: el helicóptero no está pero va a estar cuando esté, y los vuelos vuelan

cuando efectivamente vuelan. Que acá estamos junto a las fuentes del Amazonas y que con frecuencia no se puede aterrizar aunque se quiera es algo que a muchos no les entra en la cabeza, por más de que les hice una descripción detallada antes de empezar con el trabajo. Hace poco, en Camisea, cuando montábamos el *body-mount* dentro del avión pequeño, sacábamos la puerta y Mauch y yo nos poníamos los cinturones, apareció no sé de dónde un bimotor, dio vueltas arriba nuestro como para aterrizar, pero después se largó. Entretanto, Adorf anunció en el campamento que había un avión grande y acto seguido todos tiraron su pesado equipaje dentro de un bote a fin de alcanzarlo, Adorf el primero, como un náufrago que lucha con violencia desconsiderada por un tablón en el agua. Walter le dijo que el avión no era nuestro, y que más allá de eso no había aterrizado. Pero sí, está ahí, le gritó Adorf. Que si él, Adorf, había estado en el aeródromo, le respondió Walter a los gritos. Está ahí, gritó Adorf, él lo había visto. Pero como el aeródromo está a unos kilómetros de distancia, finalmente le creyó a W., que acababa de volver de allí.

Durante el desayuno todos hacíamos todavía bromas sobre que yo debería trazar una línea sobre la arena como Pizarro en su isla insignificante frente a la costa de Perú, pasar por encima y preguntar quién se quiere quedar, quién quiere pasar por encima de la línea, aun sin R. tendríamos todavía suficiente trabajo, por lo menos por un tiempo. Me deja pensando la idea de que, con Pizarro, el primero que cruzó la línea fue un hombre de Creta, Pedro de Candia. Una vez que todos se hayan ido de acá, Janoud seguirá quedándose en el campamento. J. contó que a los seis años escaló junto a su familia en Vogtland la colina detrás de la casa, y vieron el resplandor en el cielo y supieron que Dresde ardía.

Camisea, 13/2/81

Una mala noche con poco sueño. Chaparrones constantes, retumbar de tormenta, mi techo no es del todo impermeable y me armé un dispositivo provisorio contra una gotera con mi poncho de lluvia. Ahora la mañana es una pesada lluvia continua, todo gris sobre gris. La selva se hace oscura y descolorida, está inmóvil. Sólo el río llega ahora el doble

de rápido, enojado, convertido a un marrón luminoso, lleno de suciedad oscura y de maderas que pasan velozmente. Desde el nivel más bajo de ayer, alcanzó ahora la posición más alta que yo haya presenciado hasta el momento. Lo noté en un poste donde se amarran canoas: sobresalía un palmo por encima del agua y en pocos minutos había desaparecido por completo. El ánimo, bueno, resignado. Cada hoja gotea, y en los charcos al aire libre las gotas golpean como meteoros. Sobre la tierra se instaló un gran susurro uniforme. El jaguar que supuestamente escuché a la noche era en verdad un mono aullador, que ahora está callado. De seguro que el avión de Cabaña no va a poder despegar a causa del barro de la pista, y tampoco vendrá ningún helicóptero. El campamento está bien silencioso, como muerto. Ningún movimiento, ningún sonido, ningún pájaro en la selva, nada; sólo lluvia que no para. La selva está fervorosamente quieta.

Mirar el río es como mirar las llamas de un fogón, uno ya no logra sacarle los ojos de encima. Incesantemente pasan islas completas de ramas podridas y madera podrida, todo aquello que se descompone en el suelo de la selva tropical. Alrededor de los grandes árboles arrancados se forman redes de viejas ramas y de todo lo que se corrompe en el suelo de la jungla. Sobre el agua pasa una capa inacabable de madera e inmundicias. Viajar con un bote a motor o con un hidroavión sería imposible por los restos que flotan sobre el agua. El nivel del río trepa cada vez más cerca de mí. Las malezas de la orilla sobresalen del agua sólo bien afuera con la copa más alta y se arquean contra la corriente. Los bananos más arriba ya están inundados. En la pequeña bahía delante de mí se formó una fuerte contracorriente. Junto con la madera viene ahora cada vez más espuma blanca. Varios árboles gigantescos, enganchados unos con otros, pasan como una isla giratoria. Rodar de piedras pesadas en el fondo del río. ¿Alguien escuchó suspirar a las piedras?

Río Camisea, 14/2/81

El río algo más bajo hoy. Mauch, Vignati y yo subimos con machetes la pendiente y trepamos sobre la plataforma en el punto más alto entre los ríos y nos dejamos mecer por el viento. Estábamos del todo solos con la

selva, nadamos suavemente sobre sus copas humeantes, y ya no tuve miedo frente a la idea de hacer pasar un barco enorme por encima de la montaña, aun cuando *todo* en este mundo aquejado de gravedad hable en contra de ello.

Iquitos, 15/2/81

Disolución del campamento. El aeródromo en Camisea estaba tan reblandecido que el piloto, que había entrado en razón, no se animaba a cargar más de dos personas, de modo que Miguel Ángel Fuentes, Klausmann y yo bajamos en un bote al Picha para subirnos ahí, donde la pista era mucho más firme. Pero el avión no pudo despegar del todo y afeitó al final de la pista algunos arbustos, de modo que a Pino, el piloto que se anima a todo, le brotó el sudor. Cargamos nafta en Atalaya, seguimos viaje desde Pucallpa con Faucett hacia Iquitos.

La casa que funciona como nuestro cuartel central estaba despoblada, sólo Gustavo y Claire viven allí. Al ir a mi choza me cayó encima una gran desolación. La cama estaba llena de mierda reseca de rata, polvo sobre todas las cosas, el agua ya no corre, los bananos crujen en el viento, pero ya nada me habla a mí. No llegó correo de nadie. Encontré una camiseta mía no lavada puesta sobre la baranda de la galería. Las cosas que junté acá en Iquitos me parecen inútiles. Cuando volví por el sendero hacia mi choza casi todo estaba cubierto por la maleza, yo era como un forastero y la casa ya no me reconoció. Entre las plantas de yuca un hombre da golpes con su machete. Mi sartén se oxida. De la pared cuelgan cosas que parecen mirarme fijamente y preguntarse sorprendidas si yo sigo siendo suyo. Por la tarde me quedé pesadamente dormido sobre la hamaca de la galería, traté varias veces de levantarme hasta que el sol declinante me alcanzó bajo el techo de palmeras y ardió en mi cara como lleno de odio. Entonces me retiré a mis cuatro paredes de bambú y traté de analizar la situación. Comí un par de galletas que encontré en una lata. Los pájaros, imperturbables, se comunicaban entre sí en la selva. Una rama crujió, pero no era nadie. Es una tarde calurosa, húmeda, vaciada de sentido.

Por la tarde, invitación a comer en casa de Henning y Uli. La velada fue tranquila y buena, y me hizo bien estar con ellos. De a poco me voy dando cuenta de que estoy perdido, aun cuando me prohíba ese pensamiento. Cuando regresé a mi pieza se deslizaron ratas. Cambié las sábanas de la cama en la que habían habitado los animales y sentí mi impotencia. Después me lavé el pelo tarde a la noche bajo mi ducha, que el guardia nocturno había vuelto a poner en marcha. Acá estoy ahora. Las cigarras nocturnas serruchan el tiempo. El cielo está desamparado y quieto. Por mi ventana entra, con lo negro, la noche. Bajo mi techo se perdió un pájaro, el ruido me lo hizo notar. Lo iluminé con la linterna, pero eso lo confundió aún más, y oscurecí todo.

Iquitos, 16/2/81

Una tormenta se levantó bien rápido y me sopló las hojas de una vieja carta contra el mosquitero de la ventana. El agua entró horizontal bajo mi techo. Me hice un café, fuerte, como para matar. Afuera llueve la lluvia, gotea desde el techo. Las grandes hojas del banano se inclinan respetuosamente y reciben a la lluvia. La selva es pura paciencia. Con la descripción de la lluvia se describió todo un continente.

Después de la lluvia la tierra olía tan fuerte que me causó mareos. Sobre el oeste, al anochecer, en un lugar donde no hay nubes, el cielo tiene una luminosidad irreal. El cielo se tambalea como las olas del océano.

Las noticias que me llegaron hoy son claras: R. no va a volver a la selva, bajo ningún concepto. Comprobantes médicos, escaramuzas jurídicas, para tomar posición contra posibles pedidos de indemnizaciones. Contacto con Lucki en Brasil, con W. en Camisea. W. quiere a toda costa que solicite en Estados Unidos un dictamen judicial para obligar a R. a cumplir con su contrato, pero yo no necesito un dictamen judicial para saber en dónde estoy. En la casa recorrí, ahora completamente solo, todas las piezas abandonadas. Las habitaciones con sus colchones sin sábanas me miraban fijamente, yo respondía mirando al vacío, sin sentimientos. Ahora es de noche y Gustavo y Claire están sentados conmigo bajo los tubos de neón de la oficina, rodeados de mosquitos;

callamos. La radio crepita y cruje, de vez en cuando pasa flotando una música, como un xilofón desde las esferas del universo. Una estación de la Unión Soviética se pudo escuchar brevemente con bastante claridad.

Iquitos-Lima, 18/2/81

Desparramado en el asiento, mientras Gustavo me llevaba a toda marcha por entre los baches hacia el aeródromo, tuve la idea: ¿por qué no actuar yo mismo de Fitzcarraldo? Me atrevería a hacerlo, porque mi tarea y la del personaje se hicieron idénticas.

Lima. Me fui directamente al *country club* de Mick y hablé con él, luego con Adorf. Está claro que, si seguimos, hay que empezar todo de nuevo, porque no se puede borrar a R. del negativo existente. Ya no hay soluciones a medias o prudentes. Nos preguntamos con Mick si haría de Fitzcarraldo, pero a eso no se atrevería, aun cuando habría que encarar el personaje de manera totalmente distinta. Además está su *stop-date* por la gira mundial con los Stones. Adorf se enteró por M. de nuestra idea e hizo insinuaciones, pero para eso no tiene el calibre, y me arrastró a una discusión estúpida sobre actuación, que como actor él hubiera estado mucho mejor como Kaspar Hauser que un lego ingenuo como Bruno S. Sin ninguna cortesía le dije que yo no lo veía así, que lo veía de otra manera, y también le dije que como protagonista él no entraba en ninguno de mis planes. Ahora está profundamente ofendido. Sea.

Tengo treinta y ocho años, ya pasé por todas. El trabajo me dio todo y me sacó todo. No me dejo confundir, ¿por quién?, ¿con qué? El único que también podría ser Fitzcarraldo sería Kinski: seguro que él sería mejor que yo; ya hubo una discusión con él en la fase más temprana del proyecto, pero siempre estuvo claro que él sería el último que podría aguantar un trabajo semejante.

Más tarde con Mick, Adorf y el hermano de Joe Koechlin, que es corredor de autos, a una playa al sur de Lima. Chicas tontas en bikini, surfistas bronceados que no tenían nada que hacer y estaban tan aburridos que daban asco. El mar olía fuerte y el cielo encima, descolorido

y brumoso. Junto a una tabla de surf emergió del agua un cormorán, parecía tan artificial y fuera de sitio que por un momento pensé que era de plástico, semejante a los patos artificiales que los cazadores sueltan en un estanque, pero después, espontáneamente, se sumergió con tanta elegancia que les tomé confianza a los cormoranes. Música disco chilla sobre la playa. El hermano de Joe me estuvo taladrando el oído constantemente con una carrera de autos en la que quería participar pero que fue cancelada. Por la noche comimos chino con un grupo más amplio. Estábamos en una especie de reservado, igual que los otros clientes del local. Éramos once, o sea diez y yo. Yo era el número primo. Quería escabullirme en silencio y sin llamar la atención hacia otra era.

Lima, 19-21/2/81

...chato, vaciado, como de hormigón. Seguir imperturbablemente. Alabado sea ya un árbol que tenga consideración conmigo, donde...

Lima-Nueva York, 22/2/81

La presión sobre mí, aún mayor. No pudimos hacer la escala planeada en Guayaquil, Ecuador, porque de pronto se cerró el aeropuerto para todos los vuelos civiles, lo que sólo puede significar dos cosas: los ecuatorianos se preparan para un conflicto bélico con Perú, o en este momento está teniendo lugar un golpe de Estado, ambas cosas igual de plausibles después de que derribaran un helicóptero peruano en la zona fronteriza dos días atrás, a pesar del armisticio, y la agitación en el ejército de Ecuador por los drásticos aumentos de precio decretados por Roldós para financiar la guerra. Una combinación entre golpe militar y ataque contra Perú sería pensable como una tercera posibilidad.

En Panamá el avión se llenó de norteamericanos estruendosos. Por la ventana no vi el canal. Sobre Cuba vi debajo de mí un fuego grande y alargado, de seguro un kilómetro de largo, como un gran gusano ardiente.

Nueva York, 23/2/81

Llamé a Kinski y me encontré con él a la una de la mañana. Pidió una botella de champaña a su habitación, y eso me hizo bien. Hoy al mediodía me dijo al teléfono que nuestra conversación nocturna había sido como demasiada ensalada de papa que nos cae pesada al estómago y nos hace eructar, y que al otro día hay que olvidar rápidamente. Me dijo que si tuviera veinte mil dólares de deuda, debería preocuparme, con tres millones de déficit ya no hay más preocupaciones. Creo que tiene razón.

Encima de eso, las relaciones personales están en una profunda crisis, a punto de romperse. En el departamento del Lincoln Plaza, del que todavía tengo una llave, limpié cuidadosamente las migas de la mesa, puse en su sitio los almohadones del sofá, metí las fotos dentro de sus sobres de nuevo en el lugar correcto, apagué las luces y dejé el lugar sin rastros, como si yo no existiera. Durante la inactividad, la espera y la incertidumbre de cómo se va a comportar la aseguradora, que juega a hacer tiempo, recordé una y otra vez cuando a los quince años me rateé de la escuela junto a Till, creo que él había terminado justo su instrucción, tiene que haber sido noviembre. Viajamos a dedo hacia el norte de Alemania, él quería ir a Helgoland y nos separamos en algún lugar porque él había conocido unas chicas y quería dar vueltas un tiempo con ellas. En Düsseldorf, bajo la lluvia y la neblina heladas, entré en una casita de fin de semana y pasé dos días y dos noches, la mayor parte del tiempo sobre una reposera enmohecida. Después me metí por una ventana en el primer piso de una mansión elegante y pasé de nuevo casi dos días en una habitación que pertenecía a una chica. Todavía tenía muñecas en la cama, pero en las paredes colgaban afiches de estrellas de rock, y junto a su ropa estaban sus primeros pequeños corpiños. Abajo, en la cocina de la casa, había un despertador de cuerda, los habitantes no podían haberse ido hacía mucho. Durante horas revisé la casa en busca de señales para deducir cuánto tiempo estarían ausentes: la fecha del último diario en el papelero, cuán fuerte estaba cerrado todo, indicios escritos que pudieran estar tirados por ahí, cuánto había en la heladera. Adentro había huevos, leche y verduras, y el que deja eso en la heladera no está semanas afuera. Una vez, la

primera tarde, me asusté horriblemente, porque sonó el teléfono. Dormí semivestido en la cama, coloqué los zapatos al lado mío de tal forma que me los podía calzar inmediatamente, y juntaba las migas de mi comida en un pedazo de papel de diario. La segunda noche, a eso de las once, yo dormía profundamente (no me había animado a prender la luz en ningún lado, aun cuando por la estación del año oscurecía a las seis de la tarde), de pronto hubo luz en toda la casa, voces, la puerta del garaje se abrió. Mi habitación estaba sobre el garaje, y había personas ahí dentro, y yo no podía irme por arriba del techo del garaje, que estaba debajo de la ventana. Tampoco podía ya bajar por la escalera hacia la casa. Sin aliento a causa del pánico cerré la habitación por dentro. Poco después se movió la manija. Mami, ¿cerraste acá?, decía la chica del otro lado de la puerta, ¿quién cerró acá? Volvió la tranquilidad al garaje y pasos de hombre subieron la escalera. Entonces me subí al techo plano, atravesé el jardín y me trepé por la verja hacia el terreno del vecino. Estuve acuclillado durante un rato, inmóvil bajo un árbol mojado, frío, chorreante, y luego me largué en silencio. Todavía me acuerdo de la mañana siguiente: campos bajo la niebla de noviembre, cacareos de gallos, y autos que pasaban con metas, con un origen y un adónde.

Traté de llamar a M., pero sonó doce veces y nadie atendió el teléfono. Gritos enloquecidos abajo en la calle. Visto desde la ventana, Nueva Jersey está envuelta en tormentas invernales. Mucha gente acá habla sola.

Nueva York, 24/2-4/3/81

Días muy difíciles.

Nueva York, 5/3/81

Fuertes remolinos de nieve, todo blanco sobre blanco y gris sobre gris. El tráfico desde bien abajo en la calle casi no se oye, amortiguado. Sirenas de bomberos.

Nueva York, 6/3/81

Por primera vez, en lugar de ver abogados y peritos de daños de la aseguradora, estuve de nuevo entre personas normales, o al menos eso es lo que yo pensaba. Por la tarde con D. en lo de G., ahí se juntó una pequeña colonia de italianos. Pero el encuentro se desintegró muy rápidamente, ni bien los primeros empezaron a tomar drogas. Todo el acontecimiento no tuvo nunca conexión de ningún tipo, salvo que al principio comimos. Una mujer joven que hablaba alemán se levantó la pollera y mostró sus piernas. Prela, el albano que decía ser Marlon Brando en comparación con los mejores actores, la arrastró lanzando fuertes maldiciones a una cama que estaba llena de tapados, las calzas bajas, nos llamó para que fuéramos y la arrastró por las piernas a través de la montaña de tapados, nos mostró su vientre desnudo y la dejó ahí tirada con imprecaciones más horribles aún. Después de eso los invitados se tiraban cocaína en la nariz con impulso ritual, y las conversaciones se desmoronaban velozmente, como castillos mal construidos de cubos que apiló un chico malhumorado. Cuando abandoné al grupo nevaba fuerte y sobre la autopista que bordea al Hudson los autos se habían embotellado de forma irremediable.

Después volé a Munich. Encuentro de todos los asociados e inversionistas. Lucki había elaborado una presentación despiadada donde estaban calculadas todas las posibilidades, también lo impensable estaba expresado en números. Pero la pregunta que todos querían ver contestada era: ¿tendría yo el temple y la fuerza como para empezar todo de nuevo desde el principio? Yo dije que sí, de lo contrario sería alguien que ya no tiene sueños, y sin ellos no querría vivir.

Iquitos-Miami, 26/3/81

Tras sólo un día y medio en que tuve que resguardar las cosas en Iquitos del derrumbe, vuelo una vez más a Estados Unidos. Mientras empacaba hubo un ruido arriba mío y una gran serpiente con manchas apareció sobre la reja de tela metálica que me sirve de techo. Cuando me acercaba, golpeaba bien rápido y exaltada con la punta de su cola, vibrando

como un motor. Junto a Walter la olbigué a moverse en dirección a la galería y traté de matarla con una barra de hierro, pero desapareció por el techo. La choza está ahora con sus pilotes dentro del agua; alrededor, pantano. Sapos, incluso pequeños peces me rodean. A la noche, cuando llegué, estaba todo vacío, no había nadie, silencio sepulcral, la casa abandonada. De pronto, sin hacer ruido, se me cruzó en el camino con su luz el guardia nocturno indígena. Recorrí la oficina buscando rastros de vida. Sólo encontré la máquina de télex, quemada por los cortocircuitos, las partes de plástico de arriba derretidas como después de una guerra que tuvo lugar sin testigos. El dial de los números está hundido, como un ojo en su cavidad. Tanteé el sendero hasta mi choza y me encontré rodeado por un pantano. Los sapos se alejaban de mí nadando y se sumergían hacia el fondo. Encontré la escalera de costado en los bananos, y al colocarla pisé un agujero de barro, pensado para un pilar de apoyo que fue puesto en otra parte y que ahora estaba lleno de agua podrida. Me sentía fuera de lugar, sobre todo porque todavía llevaba puesto mi traje oscuro a rayas con zapatos negros de la reunión con abogados a la que acababa de asistir en Nueva York.

Nueva York, 27/3/81

Me pasaron a buscar por LaGuardia con una limusina de vidrios polarizados y creí estar en el cine. La mujer que me fue a recibir llevaba un tapado de visón y puso en evidencia dentro del auto en movimiento que no llevaba nada debajo. Por la tarde en lo de Mick, no va a ser posible organizar todo el trabajo a su alrededor como para que esté listo antes de la gira. Llamados telefónicos. Adorf hace exigencias desvergonzadas, ese hombre vanidoso, estúpido, desleal. Tiene que ser alejado de la película.

Nueva York - Miami - Iquitos, 28/3/81

En Miami me encontré con Mauch y Beat Presser. George Sluizer y los brasileros vinieron de Río vía Manaos. En Iquitos se cernían nieblas enfurecidas sobre la tierra, eso fue bueno.

Iquitos, 29/3/81

Al mediodía con Huerequeque, bebimos el Chivas Regal que había traído. El agua en el río Nanay subió tanto que casi alcanza la plataforma de la galería de su bar. La grúa reventada se sigue oxidando sobre el césped raído frente a su local. Aparentemente Huerequeque la tomó como garantía de un deudor, y un Día de la Madre, borracho, le regaló la chatarra con grandes gestos a su mujer.

Iquitos, 30/3/81

Citas en la Ópera de Manaos canceladas porque a la misma hora que podíamos estar ahí actúa un ballet. Estudiamos las locaciones del río Camisea. Muchas incertidumbres aún. Debajo de mi almohada encontré un sapo. En la ciudad me fugué de un policía que me había parado con la moto y quería sacarme plata con cualquier pretexto. Ahora, por la tarde, cae un fuerte temporal. El agua corre ampliamente bajo la puerta de la oficina y se junta contra la pared añadida al jardín. En un instante la corriente tiene dos metros de ancho y en minutos el cuarto estará bajo agua. El agua entra en latidos esporádicos por debajo de la puerta. Alrededor de las patas de mi silla silban y se aferran pólipos de agua rápida y se reúnen rápidamente en una sola superficie. Sobre el desagüe en el medio del cuarto, desamparado y demasiado pequeño, dan vueltas sucias colillas de cigarrillo. Las telas metálicas de las ventanas se transformaron en paredes de agua que palpitan hacia abajo. Con escobas anchas y otros implementos tratamos de empujar la marea hacia el terreno abandonado de al lado. Desde la maleza ardieron relámpagos que llovían del cielo.

Desde el sendero a mi choza observé animales inquietantes, rojo pardo, que se veían como anguilas; probablemente sea una especie de culebra ciega muy grande, aunque al aire parecen resecarse. Vi dos de estos extraños animales, que parecen salidos de un cadáver monstruoso. Con movimientos de nadador, aunque tal vez eran movimientos de ahogado, uno de ellos intentó abrirse paso y serpentear en el agua bajo una tira de corteza de *pona* abierta en abanico. No me puedo imaginar, en los intestinos propios, un parásito de anguila vermiforme más desnudo y mortífero.

Horas esperando una comunicación telefónica. Primero dijeron que tardaría una hora y media, y después de que pasó ese tiempo, que otras dos horas más, y después lo mismo de nuevo. Desde la radio sonaba una ensalada permanente de voces incomprensiblemente distorsionadas. Una vez escuché desde Camisea el chiflido que siempre usábamos de señal, pero después nuestro campamento en la selva permaneció en silencio. Las locaciones me parecieron hoy como algo soñado, o mejor: como lo soñado por otra persona, que me comentan en secreto. Estar despierto de noche me parece natural, casi no duermo. Ya no sé lo que es realmente dormir, sólo tengo pequeños y agotadores desmayos.

Seguí el chisporroteo eléctrico y encontré en la pared húmeda pequeñas puertas de metal abiertas y atrás cables enrevesados, todos mal aislados o ni siquiera, puestos por el enrevesado hombre de la compañía eléctrica. Acá se abren las puertas a la muerte eléctrica. Parece ser que hoy hubo un atentado contra Reagan, decían en el noticiero de la emisora de radio local. En Polonia ruedan tanques rusos rumbo a Varsovia.

Iquitos, 31/3/81

Peso abrumador sobre mí, todo está demasiado desgastado: lo organizativo, lo financiero, las fechas, lo humano. En la ciudad compré un *Comercio* para informarme con más detalle sobre el atentado contra Reagan. Durante el desayuno, aún sin conocer los pormenores, especulamos si estaría muerto y cómo sería si Bush ascendiese por eso a presidente.

Me sitiaron unos pájaros amarillos. Ayer a la noche luché en mi choza contra una renovada invasión de hormigas migrantes que me atropellaron con sus larvas, pero que eran más fáciles de combatir por lo extraordinario de su tamaño. Primero lo intenté en vano tirándoles Baygon y al final barrí a los frenéticos guerreros por sobre el borde de mi galería hacia el pantano debajo de mí. Nuestro trabajo no se lleva bien con la naturaleza del Amazonas. El clima es malo, a las gallinas les va mal, a los conejos también. A los gusanos en la tierra les va bien. Ellos se alegran. La profunda sartén china estaba llena de una masa pegajosa y viscosa

casi transparente tipo gelatina, además había una cola cortada de lagarto, como si la mordida venenosa de una bestia hubiera dejado fundirse al lagarto en una masa viscosa tipo goma de pegar. Dejé ablandar la sartén durante la noche, pero incluso con productos de limpieza y un palo de madera para raspar no logro sacar la asquerosidad esa. En los árboles se forman úlceras. Las raíces se retuercen en el aire. La selva se alegra con cada abuso.

Nadie estaba tan afectado por nuestros problemas como Norman R. del laboratorio fílmico de Nueva York, un hombre que se parece al vice de Nixon, Spiro Agnew, y que lo primero que hace con quienes lo visitan es proyectarles fotos porno en las paredes. Llamó a todos los jefes de sección de alrededor a su oficina, y los técnicos entraron apresuradamente, y dio un pequeño discurso y se inclinó hacia mí, y me hizo bien. El segundo fue Schlöndorff, que me ubicó por teléfono y me dijo que, después de recibir mi carta con retraso tras su vuelta del Líbano, había vuelto a rezar por primera vez desde la muerte de su madre.

Iquitos, 1/4/81

W. había vuelto de Camisea, camino a casa se había emborrachado con Paul y estuvo largo tiempo gritando por ahí de manera muy indecente. Parece quemado, desorientado, desalentado. Me voy a ocupar de él. Hicimos una prueba en video con Paul y Huerequeque, y se me hizo evidente que voy a necesitar mucha paciencia para trabajar con ambos; sobre todo Huerequeque se ve, contra su naturaleza, acongojado y cohibido. Para José Lewgoy voy a fundir en una figura los papeles de Borja y Don Aquilino, de todas formas había demasiados personajes secundarios. Al rol de Wilbur, el de Mick Jagger, lo tacho completamente del guión. No quiero reemplazarlo.

Iquitos, 2/4/81

Un día surcado por luchas. W. quiere mandar a todos a casa el sábado, equipo y actores, su brújula ya no funciona. Hoy también va a llegar

Vivanco desde el campamento. Se encapsuló por completo y se volvió raro. Largo tiempo sospechaba de traición contra él por parte de Cucho, maliciaba complots, nos hacía responsables del fracaso de su matrimonio, a pesar de que lo mandamos bien pronto de vacaciones a lo de su esposa francesa en Cuzco, pero él se quedó en Lima con unas mujeres y después nos dijo que ellas no lo dejaron irse. Me enteré de que en el campamento hubo bizarras luchas de poder, que sólo son posibles en la jungla: debido a las prostitutas, que acá forman parte de las instalaciones del campamento, pues de lo contrario ocurrirían desgracias con todos los obreros forestales y los navegantes, que abusarían de las mujeres de los asentamientos indígenas más cercanos. Una de ellas había intrigado entre Trigozo, Cucho y Vivianco para hacerlos lanzarse uno contra el otro y así subir en la jerarquía hasta el jefe suplente del campo. Una linda novela, pero yo la hice llevar hacia Iquitos enseguida y sin aspaviento con el primer transporte.

Paul me contó el ataque nocturno que hicieron contra un amigo que se había casado acá con una aborigen, pero que bebía y también había dejado de trabajar, de modo que había puesto en su contra a su mujer y al amante secreto de ella, que habían vivido cómodamente de él. Lo encontraron muerto en la cama, le habían dado un coscorrón, dijo Paul, y ahí nomás el sinvergüenza *se había ido de paseo.*

En el frente de la casa, bajo el techo de chapa ardiente, anidan cientos de murciélagos, que por las noches salen en enjambres de las láminas oblicuas de los tragaluces. En el lavadero del primer piso hay un agujero en el techo que nadie arregla desde hace un año, simplemente falta un pedazo del horrible cartón prensado: por ahí debe haberse colado uno de los murciélagos. Estaba tirado ayer sobre la porcelana lisa y blanca del lavatorio, las puntas de las alas con los garfios y las piernas algo extendidas, y me miraba tranquilamente con sus ojos negros. No huyó, estaba agonizando, bien tranquilo y sumiso y, aun en la dimensión del acontecimiento que le tocaba transitar, sin ningún miedo. Hoy lo encontré de nuevo. Alguien había colocado esmeradamente una tira de papel higiénico sobre él. Estaba muerto, en la misma posición. Lo dejé ahí y no usé el lavatorio, no por asco o consideraciones higiénicas, sino por un sentimiento de respeto no articulado. Desde siempre una de mis palabras

preferidas en español es «murciélago». Mi vida me pareció una invención, con su *pathos*, sus banalidades, los dramas, el punto muerto.

Mauch, que el sábado cumple años, y por eso la charla recayó en sus padres que vivían en Württemberg, habló de la muerte de su padre, que falleció a la edad de ochenta y dos años; cuando alguien muere a esa edad, dijo, la sabiduría popular de su tierra indica que la partera ya no tiene la culpa. Hablamos de la esfinge en la pirámide de Keops en Giza, que sirvió de blanco para la artillería turco-otomana durante sus ejercicios de tiro. Hablamos de cómo se podrían traducir reglas simples de la matemática al lenguaje; cómo traducir el Lema de Zorn a prosa es algo que me ocupa hace tiempo.

Camino al depósito de la utilería en la calle Putumayo, llegó la noticia de Lucki de que, según los periodistas del canal ZDF, ya pasamos la montaña. Otros levantarán esa versión, y los *underwriters* de las aseguradoras tomarán decisiones a partir de ese rumor. Durante las pruebas de vestuario Franz se mostró visiblemente aliviado, habló de plegarias que fueron escuchadas, y yo le respondí, medio en broma, que nuestras plegarias semejaban una conversación fervorosa hacia una habitación oscura, de la que no llega ninguna respuesta y de la que también deberíamos asumir que está totalmente vacía, ni siquiera habitada por alguien grande y silencioso en su silla que podría acaso oírnos, pero que ni siquiera nos regala un eco desde el vacío, salvo la resonancia de las esperanzas tontas y del autoengaño. Luego de sacarme esto de encima, nos reímos y tomamos una cerveza.

Iquitos, 3/4/81

Preparativos para la salida al Camisea; poco tiempo para empezar, porque si no el nivel del río va a ser demasiado bajo y no vamos a poder traer el barco de vuelta a Iquitos. Me perdí imaginando una corriente desconocida que tenía su fuente en montañas soñadas, hechas de alabastro y zafiro, y que desembocaba en un mar de color esmeralda. Señor, pon a mis pies un pescado desconocido. ¿No capturaron frente a la costa de África occidental un animal escamoso que respiraba, de hecho un

pez, que sólo existía como fósil? Un general chino hizo formar a sus tropas y bautizó a doscientos mil hombres sumariamente con una manguera de jardín. En lo profundo de mi corazón decidí que mi planta preferida es el helecho, no sólo por el nombre: helecho regado por la lluvia. En una pequeña red de fibras de liana llevo conmigo mi mundo. La muerte es hereditaria.

Paul descargó seis Broncos de su buque de cargas. Uno de los trabajadores indígenas se sentó al volante de uno y probó con curiosidad la dirección, el limpiaparabrisas y la caja de cambios. Metió el vehículo marcha atrás en el río, se sumergió, pero lo salvaron. Más tarde Paul logró arrastrar el vehículo a tierra con un tractor. Hoy lo atacaron varios hombres con cuchillos en su bar, algo que acá prácticamente no pasa nunca. Le quitaron una caja de champaña. Por la tarde vino el *dealer*, que después de dos días en prisión pagó su fianza, y trajo de vuelta la caja de champaña; su gente habría malinterpretado una de sus indicaciones, se disculpó, y abonó el doble del precio. Chupó y festejó en el bar de Paul con sus compinches, agarró un machete y degolló con unos pocos golpes fuertes todas las botellas de champaña, de a doce.

Iquitos-Camisea, 4/4/81

Vuelo desde Iquitos hasta Pucallpa con Faucett, de ahí con el avión chico de Águila hacia Sepahua, donde le di a Trigozo –como siempre– un ladrillo prensado de cuatro millones de soles; después seguimos vuelo a Camisea. La pista de aterrizaje estaba seca y en buen estado.

Camisea, 5/4/81

Jorge Vignati nos buscó ayer con el bote, W. estaba carneando en el campamento de los indios. El campamento tranquilo y lindo, todos se alegraron de que estuviéramos de nuevo ahí. Lo primero que hice fue poner la radio sobre la mesa rústica de mi galería y escuchar muy alto los casetes del *Dixit Dominus* de Vivaldi. Ahí me di cuenta de que frente al parlante dos hormigas grandes se comportaban como locas ante la

vibración del sonido tremendo y hacían el baile de San Vito al ritmo de la música. Se encorvaban, corrían atropelladamente en círculo, se daban vuelta como si las atravesara una corriente eléctrica.

El nivel de agua es extremadamente bajo, el río corre tranquilo y el campamento da la impresión de estar dormido, como un triste centro turístico fuera de temporada o, mejor, como un lugar que nunca fue visitado, nunca tuvo una temporada, pero igual espera algo con impaciencia. Todo lo anterior ha desaparecido, como malos sueños. Hace días que no llueve, está seco y caluroso y el río sigue descendiendo lentamente, hasta el agotamiento.

Ayer en el aeródromo en Pucallpa dos hirsutos chicos indios de cuatro años me preguntaron muy seriamente si necesitaba un taxi, y se hicieron pasar por choferes. Contesté con igual seriedad que debía seguir vuelo con el avión, si alguno de los dos no era piloto. No, dijeron, piloto no era ninguno de ellos. Ahí estaban entonces, los dos diminutos choferes, descalzos, embadurnados del lodo que había brotado entre los dedos de sus pies, las panzas sin remera, henchidas y estiradas sobre el elástico de sus pantalones de gimnasia, el pelo revuelto y negro. Estaban muy seguros de sí mismos.

En el campamento hay ahora un negro atlético que tiene un gran hueco entre los dientes incisivos superiores. En Oventeni era tropero para los campas y vino para acá con un grupo de ellos. Todo el tiempo está mascando fósforos, y usualmente lleva algunos de estos escarbadientes bajo la oreja, metidos en su barba encrespada; se quedan ahí incluso con el viento fuerte de la lancha, cosa que me mostró con orgullo. Junto a Beatus anudé un anzuelo grande y espantoso al sedal de nylon más grueso, tal vez más grueso que el encordado de una raqueta de tenis; tiré con fuerza y con el tercer nudo finalmente quedamos conformes. Tomamos un pedazo de carne de la cocina y lanzamos el cebo. Con Klausman apostamos que durante mi estadía en Camisea pescaría un pez de al menos un metro de largo. El premio son cinco *pisco sour*; ya perdí diez en una apuesta similar.

En Camisea esperé con Mauch, bajo el calor aplastante que todo lo paraliza menos las moscas, al avión que nos tiene que llevar al pongo. El

café yace pálido, secándose bajo el sol, a mi alrededor unos chicos hablan bajito en machiguenga. Walter salió en avión para localizar a Trigozo en algún lugar del camino, al que ayer (como habíamos acordado inicialmente) le entregué los cuatro millones de soles; aunque W. opinó que le debería haber traído una parte a él, porque es necesario que aparezca con plata arriba en el pongo. Sólo que, como siempre, no nos dijo nada de eso ni a mí ni a Trigozo, ni a Chávez en Pucallpa. Cuando el avión apareció planeando vi que tenía un poco de maleza verde en el tren de aterrizaje, y mirando de más cerca noté que también colgaba mucho pasto largo. W. contó que aterrizó con Pino en un pueblo cuya pista estaba cubierta de vegetación, con metros de pasto alto a izquierda y derecha, y que era más angosta que la envergadura de las alas. Para el despegue primero despejaron el camino con machetes.

Con el agua baja, el pongo se ve muy suave. Encontramos el *Huallaga* en buen estado, incluso tras superar el paso angosto que nosotros llamamos "La puerta del Infierno". Sólo en el timón hay algo roto, y por seguridad Laplace trajo cables de acero que a mí me parecen demasiado débiles, pero Laplace está seguro de lo que hace. A bordo hay una mujer embarazada con una nena de dos años que parece muy cariñosa. En la pendiente de la orilla la tripulación desvió una cascada clara y fría con un pedazo de chapa transformada en canaleta, y bajo el aluvión de agua la mujer bañaba a su hija en un balde de plástico. En la cubierta, sobre el gran espejo del bar de a bordo, la tripulación colgó una foto porno de vulgaridad tropical: una rubia arrodillada con el voluptuoso culo apuntando al espectador.

Desde la parte alta del pongo de Mainique, donde existe otro mundo, inalcanzable y desconocido, un joven campa de catorce años –así me contaron– partió hace poco de su casa llevándose con él a su hermana de tres años; quería compartir con ella la libertad, lo desconocido, por debajo de los rápidos. Pasaron por acá en una balsa provisoria, que apenas si podía transportar a los dos, pasaron el pongo, después Timpia, Camisea y el río Picha. Recién se detuvieron en Sepahua. Ahí su historia se pierde.

Cuando aterrizamos de nuevo en Camisea, el sol estaba bajando y la luna ascendía como una hoz muy fina y muy afilada, como un hilo luminoso

de acero. Había caído una lluvia corta y fuerte, y sobre la selva se asentaban vapores finos y blancos, muy delicados, como velos, como telarañas. La selva se hacía virginal y ocultaba los silenciosos asesinatos en su interior bajo velos que parecían haber sido arrojados encima por sueños fugaces. Arriba de todas las cosas, sobre nubes que se oscurecían velozmente, el sol ya invisible encendía los bordes más finos y exteriores, de modo que los contornos ardían como dibujados por un fuego luminoso.

Camisea, 6/4/81

Hoy a la mañana me despertó un susto desconocido: carecía por completo de sentimientos, todo se había ido, era como si de pronto hubiera perdido algo que me habían confiado a la tarde para la noche con especial encarecimiento; me hallé como alguien que asumió la guardia de todo un ejército durmiente, pero que de pronto y tras un tiempo de lo más misterioso se encuentra cegado, sordo y extinto. Todo había desaparecido. Estaba completamente vacío, sin dolor, sin alegría, sin nostalgia, sin amor, sin calor y amistad, sin cólera, sin odio. Nada, ya no había nada, yo, como una armadura sin caballero adentro. Pasó un rato largo hasta que al menos me invadió algo así como un susto.

Mauch se patinó al subirse al bote, cayó hacia adelante y se dislocó el hombro. Lo llevamos de inmediato a la enfermería del otro campamento, pero enseguida llamaron al viejo cocinero, dijeron que era especialista, también en partos. Primero nos miramos perplejos cuando vino, los dedos huesudos, con uñas como las de un hombre que estuvo talando árboles en la selva. Cara muy indígena, en la barbilla algunos pelos aislados e hirsutos, un gorro de lana sobre la cabeza. El enfermero le había dado a Mauch, que debía luchar más con el desmayo que con otra cosa, una inyección en el hombro, mientras que el cocinero agarró un pedazo mugriento de papel de diario y sumergió las puntas de sus dedos en la grasa que guardaba ahí. Con enorme prudencia empezó a palpar los huesos de Mauch, determinando la posición del omóplato, de la clavícula, del húmero, masajeó luego con mucha suavidad la musculatura, que estaba contraída por el dolor. Intenté decirle que no era el

omóplato lo que estaba lastimado sino el hombro. Me miró bien tranquilo y como pidiéndome silencio; pensamos que ahí mismo iba a doblar el brazo de M. y con un amplio movimiento rotatorio colocar el hueso de nuevo en la articulación, pero nada de eso sucedió. El cocinero masajeó y sintió con sus dedos infinitamente cuidadosos la zona del hombro, presionó con suavidad y por un momento le hizo doler a Mauch. Algo se movió, dijo Mauch, pero no puede ser que eso sea todo. Pero lo era, nos dio a entender el cocinero simplemente yéndose. En efecto, el hombro estaba en su sitio y Mauch, que ya había tenido una vez la misma experiencia, no lo podía creer.

El Tigre, el más fuerte y osado de nuestros leñadores, que siempre esconde su cabellera negra y larga hasta el hombro bajo el casco azul de obrero –nunca lo vi con remera, pero nunca sin casco y machete, es probable que los use incluso cuando duerme–, me mostró su dedo anular, que se aplastó talando árboles y prácticamente se le salió. Nuestro cocinero, el ayudante de enfermería, volvió a reunir las astillas del hueso en forma de dedo, cosió los tendones y le salvó el anular. El dedo se ve bien, sólo que, dijo El Tigre, ya no le entra un anillo. Un hombre cayó bajo la hélice del motor de un bote y nuestro cocinero le volvió a coser el tendón de Aquiles que se había cortado, e hizo parir a una mujer que hacía días llevaba al hijo muerto en la panza. Me acuerdo del desprecio cínico de R. por todo lo peruano: exigía médicos norteamericanos, e incluso alguien formado en Francia le parecía inferior.

Dejamos durmiendo a Mauch, que estaba bastante agotado, y trepamos con El Tigre la trocha de la selva hasta la pila vertical de guijarros. La trocha en sí se ve aburrida. El resto del día me mantienen ocupado banalidades y negligencias originadas y minimizadas cínicamente por W. Falta papel higiénico, y eso hace que enseguida el ambiente sea muy malo, a lo que se agrega que a pedido de varios prometimos una cantidad mayor de miel; yo había pedido en Lima botellones de treinta litros, pero W. las declaró poco importantes y las suprimió. Cuando llegamos, nos hizo saber que la miel estaba todavía con los alimentos en Sepahua, pero hoy cuando llegaron de allí dos botes llenos sólo traían una mermelada bien barata que nadie quiere. La miel en sí no es tan importante, pero después de que fuera tan deseada y también prometida y todos

la estuvieran esperando y preguntaran a diario por ella, nuestra organización rápidamente se torna poco confiable por esas cosas en apariencia pequeñas, más que si hubiera ocurrido algo abrupto y grave. Eso en cuanto a la vida en el campamento de la jungla.

La afiladísima hoz de la luna ascendió de forma matemática sobre la selva aún jubilosamente humeante; luego fueron las cigarras y las voces nocturnas las que capturaron a la oscuridad en el gran abismo de la noche. De vez en cuando cae una fruta a la tierra con un sonido amortiguado. Al campamento llegó una extraña mujer indígena: nadie sabe quién es ni qué quiere. No habla ashininka-campa ni machiguenga y tiene dos mellizos de unos tres años que, al igual que ella, no hablan. Llegaron y me observaron mientras recogía la caña de la que algunos peces chicos habían comido el enorme carnada. Después vinieron a mi choza y echaron un vistazo en donde tenía mis cosas. Con toda naturalidad probaron algunas de mis pocas pertenencias y guardaron silencio con cara de piedra. Los chicos se ven muy indígenas, pero su vestimenta parece más bien urbana. La mujer, que nadie conoce, se movía en el campamento como si quisiera instalarse acá.

Walter y Huerequeque quedaron varados en el pongo de Mainique; aunque superaron el primer «malpaso», en tres horas el agua creció tan rápido que ya no se atrevieron a salir del pongo con la lancha rápida. Pino, el piloto, lo relató durante la cena. Hablamos de dos alpinistas suizos que escalan rocas atados mientras juegan al ajedrez mental. Se gritaban las movidas en la pared norte del Eiger. Muy distante, desde lejos, muy lejos al este, se escucha un largo trueno continuo, un gruñido ininterrumpido y bajo, casi inaudible, pero todos aguzaron los oídos, porque debe ser una tormenta espantosa la que baja por ahí. Acá está bien seco, pero se levantó un suave viento fresco y el Camisea empieza a crecer de forma completamente imperceptible. Por ahora está en un nivel tan bajo como nunca lo había visto. Las mariposas nocturnas y los insectos alrededor de la lámpara están más intranquilos que de costumbre, un murmullo corre hacia acá desde el río y desde los árboles de la orilla opuesta, y con inmotivada prisa caen frutas y más frutas de un árbol grande. Chisporroteos dentro de la inmovilidad circundante. La selva está bien callada. Guardé todo lo que estaba afuera porque temo que

el río vaya a crecer rápidamente, iluminé todo con mi linterna. Ahí empezó a caer sin ningún tipo de aviso previo una fuerte lluvia. El trueno se arrastra sobre la selva más cerca de nosotros. Todo parece estar como a la expectativa de un acontecimiento horrible.

Camisea, 7/4/81

Por la noche llovió sobre la cabecera de mi cama a través del techo y yo arrastré la cama hacia otro lugar, pero también ahí goteaba, de modo que extendí mi chaqueta de pescador sobre un palo arriba mío y así me mantuve más o menos seco. Sobre la mano me caminó un animal que se ve como un pequeño paño de lana o, mejor, como una pelota de algodón, pero en rigor tiene seis pequeñas piernitas y camina tan ágil y uniformemente como si se soplara con cuidado un pedazo de algodón plumoso sobre la mesa. El río creció un poco, pero la esperada radicalidad no tuvo lugar. El día empieza tranquilo y dormido, y deseo que también termine así. Pájaros en lo profundo de la selva contestan a otros en profundidades aún más profundas. El carpintero cepilla y martilla y el eco de su trabajo llega desde la otra margen del río hasta mí.

Hacia las tres de la mañana me desperté, la luz todavía estaba encendida, y me asombré de que nuestro generador anduviera toda la noche. Tuve la sensación de que una mariposa enorme había pegado contra mi cabeza con sus alas, tal como se oye decir del águila real, que ataca a las personas con sus alas y las desmaya de un golpe para luego raptar, sin ser estorbada, corderos y niños, y llevarlos hacia el nido en las rocas, donde piden pábulo sus pichones semidesnudos y chirriantes.

A lo lejos, arriba de la curva del río, donde queremos arrastrar al barco por encima de la montaña, escuché a los hombres trabajar en la selva, después cayó un árbol gigantesco tronando y retumbando, como una desgracia lejana. Sonó como la furia de toda la naturaleza contra una actividad criminal. Largo rato la selva estuvo callada, como una respiración contenida, recién después los hombres volvieron a gritarse los unos a los otros.

(Estuve asombrándome de que un breve instante de discernimiento, de mirar una imagen, traiga semejantes consecuencias, con una inexorabilidad ineluctable, que se expande sobre mí tanto como sobre todos los otros participantes, un remolino del que surgen la alegría y el susto, se deciden currículums de vida, nacen bebés y se mueren los muertos. Y sin embargo hoy, por última vez, el gigante descansa. ¿Y todos los que se agotaron, los que no resistieron? Todos los de Bremen, ante todo Andreas, que aguantó tanto tiempo y veía cada vez con mayor claridad que no podría llevar a cabo la tarea; Izquierdo, de vestuario; Adorf, el cobarde intrigante; Arnon Milchan, el hombre de negocios; detrás de cada uno hay una pequeña legión de fracasados, frustrados, abatidos. Pensé en la fascinación del salto en esquí, que vive en mí como un sueño constante. ¿Es el deseo de volar de alguna forma congénito a todos los animales? Alguna vez habría que estudiar al respecto con mayor detalle a las vacas, los perros, los lagartos. ¿No es el avestruz con sus alas, que no lo pueden elevar, el más irredento de todos los seres vivientes?)

Toda la mañana una mariposa muy grande estuvo sentada sobre mi ropa sucia saboreando con la trompa doblada hacia adelante mis sales exudadas; de vez en cuando golpeaba con sus alas y cuando las mantenía plegadas hacia arriba, las desplazaba una contra la otra como dos discos en su congruencia; daba la impresión de un bienestar extático, mientras afuera, delante de la galería, caían frutas verdes, y yo recogí algunas e intenté abrirlas con mi navaja, porque había visto que los campas las abrían con sus machetes y las comían. Parecen nueces no maduras con un revestimiento verde y carnoso, debajo hay una cáscara como de madera, dura y arrugada, que rodea una pepita blanco leche. Sobre mi galería encontré dos plumas de pájaros pequeñas y suaves con rayas transversales marrón claro y marrón oscuro, y me parecieron almas que llegaron en un soplo. Después investigué por primera vez la parte de atrás del campamento hasta lo profundo de la selva. Hoy llega vía Pucallpa una parte del equipo.

De Lucki recibí un texto de sólo siete líneas desde Munich, es tan lacónico que me hace preguntarme si voy a volver a ver a mi madre con vida. No se va a dejar operar. Me retiré y miré el río, que lento y alegre hace ruido como de masticación, satisfecho con el lodo y el follaje y las

ramas podridas. La selva estaba llena de una bella y dulzona podredumbre. Los pasos son silenciosos.

Oculto mis problemas tras bromas, y me reí con unos chicos de por acá a los que les conté que en Alemania las bananas tienen cierre, que en el agua los peces se mueren, y que los autos están quietos, porque de tantos que hay ya no tienen lugar para moverse. Eso fue especialmente divertido. Después dije que a las hamacas se las colgaba en forma vertical, así uno podía recostarse de pie para dormir. La señorita de Iquitos, que sigue acá con su trabajo junto a otras dos mujeres jóvenes, también de Iquitos, vino a mi mesa durante la cena y me dijo de parte de El Tigre, con quien acababa de estar, que había terminado la nueva plataforma en la copa de un árbol. Mauch quería saber qué era lo que había dicho y yo le traduje que había contado como al pasar, aunque un poco entrecortadamente, que El Tigre había intentado violarla armado con su motosierra, pero que ella lo había rechazado con decisión. Eso es mucho peor que Jack el destripador, dijo Mauch, a lo que respondí que para un ciudadano de Londres es inconcebible el salvajismo del que es capaz un hombre en la naturaleza. Eso en cuanto al tono de las conversaciones en la mesa hoy a la noche, que fue acentuado por algo realmente bizarro: una estufita eléctrica, que llegó a nuestro campamento por algún error en una entrega; apareció durante la cena y provocó una simpatía compartida.

Camisea, 8/4/81

Con las venas latiéndome en las sienes trepé veloz la empinada pendiente hacia el árbol con la nueva plataforma; el árbol no está apto para escalones, y yo llegué justo cuando estaban por instalar un sistema de poleas. El Tigre trabajaba con el torso desnudo, y sobre su espalda había centenares de un tipo de mosca amarillenta de las que ni se preocupaba, parecía como si estuviese lleno de puntos. A su alrededor zumbaba una suave nube de esos mismos insectos. Arriba estuvo claro de inmediato que este mirador es mucho mejor que el elegido en primer término, y di instrucciones para que desmontaran el otro. Algunos de los campas bajaron conmigo al río, y yo seguí el apresurado paso de los «indios» con

todo rigor, pero no importaba cuánto me apurara, pegado atrás de mí oía la respiración de los hombres en la selva silenciosa y la masticación de los dedos de sus pies cuando se despegaban del barro mojado. Varias veces he observado con atención sus movimientos, es un poco como en una carrera en *slalom*, donde ya dos pasos antes se empieza a esquivar el próximo obstáculo (una raíz que sobresale, una liana colgante, una rama espinosa) con un suave movimiento del cuerpo en el fluir del rápido trote, sin por eso perder nada del movimiento total. Una y otra vez veo cómo los europeos se detienen, avanzan bruscamente, tropiezan, se paralizan. Al esquivar suavemente un obstáculo ya tenemos al próximo en mente, y los pasos hacia él preparan un rodeo económico y fluido. El tronco se dobla y los pies, me di cuenta, más que pasar por encima de un obstáculo se suben a él, en tanto sea lo suficientemente estable. Mejor subirse a una liana en el piso que quedar colgado de ella con un pie, mientras que en los pasajes empinados y resbaladizos el ojo presta atención a los asideros que uno pueda tocar con la mano sin riesgo de clavarse al mismo tiempo una docena de espinas. Una vez me agarré de un tronco fino y liso, pasando por alto que subía y bajaba por él una autopista de varias manos de hormigas rojas de fuego. Después cometí el error de cortar el tronco con el machete para los que me seguían, pero mi golpe no tuvo la fuerza suficiente, sólo sacudió el delgado árbol de punta a punta, y las hormigas de fuego llovieron sobre mí, se metieron bajo mi remera y entre mi pelo, y por dos días anduve caminando por las paredes. Eso fue con *Aguirre*.

Arribado al campamento grande de los indios saludé al viejo cocinero/enfermero que había encajado el hombro de Mauch y le dije cuán contentos estábamos todos de tenerlo con nosotros. Él guardó silencio con orgullo inmóvil. En la cocina, cerca del brasero, el pequeño mono que responde al nombre de Tricky Dick Nixon se apretujaba buscando ayuda contra un conejillo de Indias, mantenía su cuello agarrado y presionaba su cabeza contra la del conejillo chillando de miedo. Sobre el campamento reinaba una paz vespertina, llena de personas tranquilas y conversaciones tranquilas.

Un pensamiento se repitió en los últimos días con frecuencia: cómo es que una silla con cuatro patas puede tambalearse y una con tres patas

nunca, y: si alguien se ahorca en el desván y sopla una corriente de aire, ¿cuántas cuerdas adicionales se necesitarían para evitar que el ahorcado entre en un movimiento pendular, más exactamente, para evitar todo movimiento? La respuesta: una cuerda extra extendida de los pies al suelo y otra más desde el cinturón hasta una pared, para que el cuerpo tampoco pueda rotar sobre su eje. ¿Pero cuántas sogas harían falta, de ser necesario infinitamente largas, para fijarse en una posición definitiva dentro del universo de forma inamovible y libre de rotación? ¿Es posible una posición fija en el universo?

Camisea, 9/4/81

Cumpleaños de Mauch, cumpleaños de Bubu Klausmann.

Por la mañana fuimos a rodar; alrededor del árbol gigantesco que está cerca de la antigua plataforma veinte campas ya habían construido un andamio liviano y muy provisorio. Filmamos cómo ocho de ellos golpeaban con las hachas contra las inmensas raíces, que se elevaban hasta cinco metros sosteniendo al coloso. Transporté el trípode y la cámara a la antigua plataforma, escalando los travesaños con una sola mano libre, y me acordé de Adorf, que había chillado que quería dobles de riesgo. Desde ahora y para siempre, a la zona de mi trasero la puedo llamar, con toda confianza, Adorf.

Más tarde, después del almuerzo, trepé por la empinada pendiente a la meseta en apenas ciento ochenta segundos; Beatus, que no me creía, corrió atrás mío tomando el tiempo. Una vez arriba, jadeando y con los corazones que nos latían hasta el cuello, nos tiramos sobre el piso enmohecido y esperamos a los demás. No se pudo talar el árbol gigantesco. Se resistió y se resistió, lenta e inexorablemente la luz se fue, y para colmo después el árbol empezó a inclinarse hacia el lado errado, agarró la motosierra de El Tigre y la cadena quedó atrapada en lo profundo de la madera. Trasladamos rápidamente la cámara y el equipo a otro lugar de aspecto más seguro, pero luego, cuando vi que la bujía de la sierra no funcionaba bien, que además la nafta estaba sucia y que hubo que liberar de nuevo la cadena laboriosamente con hachas, suspendí todo,

esperando que no viniera un viento, ni siquiera uno leve, que pudiera agarrar la inmensa copa del árbol y tirarlo sin esfuerzo. Las hachas retumbaban lejos a través de la selva, y el gigantesco tronco sonaba como la caja de resonancia de un enorme instrumento musical.

Un avión nos sobrevoló en plena oscuridad, seguramente es W. realizando de nuevo uno de los innecesarios e insensatos aterrizajes ciegos. Su ausencia cobra ahora mayor peso, y cuando se trata de ordenar simultáneamente varios hilos a nivel organizativo la cosa recae inevitablemente siempre en mí, y sumado a todo el trabajo que ya tengo, ahora también soy la mayor parte del tiempo jefe de producción. Dudo de que W. haya sido realmente imprescindible en el pongo como ayudante de mecánico del *Huallaga*, aunque es cierto que la cosa en el pongo es riesgosa. El bote de madera más grande con el motor de setenta caballos de fuerza que estaba amarrado junto al *Huallaga* fue destrozado por la crecida en cuestión de minutos y se hundió partido en pedazos junto al motor. Los cables se rompieron como cuerdas de violín y el barco pegó tan fuerte contra las rocas que saltaron remaches del casco y entró agua que debe ser bombeada hacia afuera constantemente, pero Laplace tiene quince hombres a bordo que saben lo que tienen que hacer.

Mientras esperábamos un bote nos bañamos todos en el río. Yo nadé con unos pantalones largos y traté de lavar la resina pegajosa del árbol. El árbol gigantesco, que doce hombres con los brazos estirados apenas si pueden abrazar, vertía, cortado por hachas y motosierras, gotas blancas de un jugo lechoso y pegadizo. Me impresionó mucho cómo El Tigre caminó largamente alrededor del inmenso árbol, midiendo las ramas y calculando su peso, cómo acanalaba raíces aisladas con escrupulosa premeditación y les quitaba la fuerza de apoyo. Me pareció como el trabajo de demolición de una catedral gótica.

Camisea, 10/4/81

En el pongo de Mainique se soltó el barco con una tripulación de dieciséis personas y casi fue aniquilado. W. contó que con la rápida creciente del agua se formó un remolino junto a un borde de piedra que arrastró al

barco hacia adelante contra la corriente, lo que aflojó del todo las cuerdas y las amarras de acero, algunas de ellas de dos pulgadas de diámetro; después la corriente agarró al barco con toda la fuerza, los cabos se soltaron de un solo tirón, el barco se puso transversal a la rápida corriente y se ladeó a tal punto que la segunda cubierta rozó el agua. Chocó contra la pared de piedra ubicada enfrente y así volvió a enderezarse un poco, pero la proa se abolló y el *Huallaga* fue arrojado de pared a pared.

Anja trajo noticias tranquilizadoras de mi madre. Lucki se va a quedar por eso hasta fin de mes en Munich. Con absoluta regularidad un cielo inagotable e indiferente se vacía de lluvia. Cada vez se hace más y más gris, ni en menor medida ni tampoco en mayor, sólo que abarcándolo todo. Latas de cerveza se entierran dentro de la arena como en una cámara lenta que dura semanas. La espuma blanca que llega arrastrada en manchas planas intenta reunirse, pero es separada por los finos remolinos del agua. La tristeza de los cartones ablandados desde hace muchos días: intuyo en ellos una gran metáfora.

Ayer murió en el campamento de los indios un lactante moribundo.

Al mediodía, después de más de un día y medio de resistencia, el árbol cayó. De pronto hubo gritos, a sacar rápido la cámara de donde estaba. Mauch no se lo tomaba en serio y dijo que en caso de emergencia podía agazaparse detrás de algún árbol bien cerca, pero luego vimos que ahí no hubiéramos tenido ninguna chance porque ese árbol, el presunto refugio, había sido alcanzado como por un puño gigante y estaba completamente destrozado. Pregunté si nuestra plataforma de trabajo estaba en peligro y El Tigre me dijo que sí, que estaba en peligro. Evacuamos el lugar de inmediato y nos instalamos en la cuesta de enfrente. Segundos después El Tigre, Huerequeque y otro «motosierrista» huyeron dispersándose en nuestra dirección. El gigante crujió y gimió, luego hubo un ruido como de explosión, como si se hubiese roto algo dentro del árbol, pero él siguió en pie después de esta sacudida espantosa, y sobre nosotros llovieron hojas y escombros de lianas. Luego el árbol cayó en un espectáculo terrible, un verdadero fin del mundo, arrastrando como un inmenso alud todo lo que tenía cerca. Pasó un largo rato hasta que se hizo silencio. Los murciélagos revoloteaban por ahí, las hojas siguieron

planeando hacia abajo durante un tiempo, las avispas habían salido espantadas de un panal en la copa, cuando ya todo parecía haber terminado las ramas seguían cayendo de los árboles de alrededor.

Camisea, 11/4/81

Del accidente del *Huallaga* en el pongo hay todavía un detalle divertido: el brasilero Ephraim, que fue lanzado de un lado al otro de la cubierta inferior, se abrazó del susto, para conseguir apoyo en algo vertical, a un medio chancho que colgaba por ahí. Se lo vio colgado de él, bamboleándose de un lado al otro.

Un joven campa de siete años con oclusión intestinal voló hoy hacia Atalaya; el Dr. Parraga lo acompañó y lo va a operar allá. El vuelo a Pucallpa hubiera sido demasiado cansador, demasiado riesgoso, y probablemente el chico no hubiera sobrevivido.

El helicóptero del presidente boliviano Barrientos chocó contra un cable de electricidad y cayó desde baja altura. Llevaba valijas llenas de plata, probablemente del narcotráfico. El helicóptero se prendió fuego enseguida, y aunque había personas que lo querían salvar del incendio, nadie podía ayudar, porque a causa del calor las pistolas automáticas que llevaban consigo el presidente y sus acompañantes empezaron a dispararse descontroladamente por sí solas, y con esa lluvia de balas nadie se animaba a acercarse.

Junto a la «chata» con los dos tractores había campas observando lo que hacíamos con las caras pintadas de rojo y hojas de coca en los cachetes. Sobre la pequeña lancha de remolque unas mujeres construyeron una especie de corralito entre alambres, bidones de aceite y racimos de banana, en el que jugaba un niño pequeño. Dentro del vallado de la jaula también había una nena de unos cinco años, no se movía ni hablaba, sólo nos miraba de frente como si fuéramos todos enfermos mentales.

El corto lapso de tiempo cuando atardece acá en el campamento, justo después de la caída del sol, cuando el cielo todavía está claro y empiezan

a brillar una o dos estrellas, aunque todavía parece ser de día, cuando los pájaros callan y los animales nocturnos empiezan poco a poco a emitir sonidos, cuando los botes regresan, cuando la tranquilidad se torna audible, antes de que con la oscuridad los brasileros pongan sus desafinadas caseteras a todo volumen, ése es el lapso que más me gusta. El río está hoy completamente mudo y se desliza ingrávido en sus leyes y espacios, y sin embargo me da la impresión de que debajo de la superficie el río fluye en secreto mucho más rápidamente.

Camisea, 12/4/81

Paul, Miguel Ángel Fuentes y Miguel Vásquez llegaron ayer a la noche. Paul contó que había perdido a un obrero durante la descarga de su barcaza; el sinvergüenza, dijo, se patinó con sus botas de goma sobre la cubierta de metal liso y aceitoso, cayó fuera de borda y no volvió a aparecer. Eso ocurrió en el medio de Iquitos, y Paul agregó malhumorado que se había ido y que eso le había costado papelerío en las oficinas estatales. Bebimos del whisky que trajeron y jugamos a las cartas, y sin saber muy bien lo que hacía ni cómo, gané de forma absurda.

Para Huerequeque existe el juego de cartas absoluto: cada jugador recibe una carta, sin saber cuál, y se la pega en la frente, de modo que sea visible para los demás: uno sabe entonces lo que tienen los otros y empieza a apostar por la suya, la desconocida. En caso de que uno de los otros tenga una carta alta, habrá que ser naturalmente más cuidadoso, de lo que el otro a su vez podrá deducir el valor de su carta. O si no (y eso es lo que hacía Huerequeque casi siempre) se juega una suma absurdamente alta para que el rival, aun con un as en la frente, abandone asustado, porque con una apuesta tan alta tiene que suponer que su carta es muy baja. El mejor momento fue cuando me tocó ser sólo testigo y ocurrió lo improbable: los tres jugadores tuvieron al mismo tiempo un tres en la frente. De esta forma el juego era desde todos los ángulos extremadamente favorable, pues los dos rivales visibles tenían una carta muy baja en la frente. Daba gusto ver cómo reaccionaba cada uno de acuerdo a su carácter, mostrando alegría o haciéndose el frío indiferente, para inducir al contrario, con una apuesta baja, a dar un paso temerario

e imprudente. Al final todos apostaron todo, se hipotecaron, empeñaron casa, hijos, su vida, pero cuando se mostraron las cartas no hubo ganadores, las apuestas quedaron en el pozo, y recién en la siguiente ronda todo lo que había se lo llevó naturalmente Huerequeque.

El más dormido de nuestros barqueros, el que al atracar siempre colisiona con alguna cosa, el que malinterpreta las instrucciones, lee siempre, cuando se da la oportunidad, con rostro abrumado, la misma carta ya deshecha, que esconde debajo del agrio sudor rancio de su remera. Hoy, mientras leía, se fue por error contra un banco de arena, pero yo hice que se diera cuenta de que gracias a la carta contaba con mi amistad y mi simpatía. A la mañana Huerequeque pasó al lado mío nadando río arriba con unos pantalones holgados, mientras que en la otra orilla del Camisea algo se movió en la maleza de manera poco común; a juzgar por el tipo de temblor de las ramas no era un pájaro, pero el ser invisible gorjeaba de una forma que indicaba que sí era un pájaro, hasta que al final apareció un mono e hizo movimientos gimnásticos a la vista de todos. Me sorprendió que un mono se acercara tanto a nuestro campamento. Es posible que se sintiera seguro por el río que nos separa. Empezó a llover. El río es marrón-verdoso, acompasado y bajo. Los bananos a la izquierda de mi choza están hinchados, desvergonzadamente sexuales. En la tranquilidad de la lluvia el paisaje practica la sumisión. Una profunda respiración atraviesa la selva, todo está quieto. Vacilantes se despliegan los helechos, que habían mantenido escondidas sus tiernísimas puntas. Plantas carnívoras que sudan grasa invitan a la ruina. Sobre la madera enmohecida hongos resbaladizos, de pensamientos venenosos. Las penas de la selva parecían hoy menos agobiantes; pudrir, descomponer y dar a luz se dio más fácilmente. La selva, exclusivamente en el presente, si bien está involucrada en el tiempo, permanece por siempre sin edad. Para todo ello algo como la justicia sería una contradicción. ¿Hay justicia en el desierto? ¿O sobre los océanos? ¿Y debajo de ellos? La vida en el mar debe ser el más puro infierno, un infinito infierno de peligro constante e inmediato: a tal punto un infierno insoportable, que durante la evolución algunas especies –el hombre incluido– se arrastraron, huyeron a algunos témpanos de tierra firme, que después serían los continentes.

Subí al pequeño y tosco bote auxiliar del *Narinho* y al alejarme de la orilla me di cuenta de que no tenía remos, pero entonces ya era demasiado tarde. Así me deslicé río abajo y pasé al lado del *Huallaga* anclado, donde sabía que me iban a pescar. Pero nadie reaccionó a mi llamado ni a mis silbidos, así que me fui deslizando cada vez más rápido dentro del pongo de Mainique, que se veía marrón, con espuma blanca en sus rápidos y cascadas tremendas. Entré en un tobogán de tablas y troncos interminables, tan resbaladizo y plano que terminé avanzando mucho más velozmente que la propia corriente del río. Adelante, al final de las tablas, por encima del sitio más terriblemente revuelto, habría sido lanzado al aire como por una rampa, pero le di al bote un tirón con mi cuerpo, me deslicé hacia un lado de las tablas y volé alto y lejos por el aire, en tanto que la proa apuntó vertical hacia las paredes de piedra y dejó así que primero diera la gruesa popa contra el agua rasante. Enseguida el bote se llenó de agua, y se hubiera sumergido irremediablemente si yo no me hubiera tirado hacia adelante para evitar el hundimiento completo del extremo posterior. Medio sumergido y haciendo ruido avancé a toda velocidad a través del pongo hasta que en la parte más baja fui lanzado sobre una pradera bávara. Quedé a medias debajo del bote y vi gente acercándose, delante de todos una campesina. Como quería que llamaran desde su teléfono a mi equipo me hice el desmayado. Eso me hizo bien. En el lugar de la pradera donde más tarde vomité se juntaron bien rápido mariposas grandes y exóticas, tal vez sólo había orinado, y pensé que sería posible que tuviera azúcar en la orina, porque si no ¿para qué se habrían venido en torbellino las mariposas desde tan lejos? De hecho, también se acercaron tambaleándose las vacas, y hasta un vaquero, con una guadaña al hombro, se acercó a los tumbos. Me fui, y las cimas de las montañas se inclinaron ante un mundo que yacía en trance reluciente.

Ayer apareció ante nosotros el cacique más alto de los ashininka-campas, del que se dice que es un japonés que se casó con una mujer campa. El hombre es muy inteligente y de espíritu despierto. Lo convencimos de quedarse. En el campamento grande va a haber hoy a la noche una «fiesta», en la que los hombres quieren dispararse con sus flechas y los que las reciban deben atraparlas en el aire, cosa que hasta ahora siempre tuve por una leyenda.

En el edificio de administración del campamento de los indios todas las biromes están atadas con fibras de liana. En lo que respecta a los campas, tenemos que apurarnos con el trabajo, porque muchos de ellos quieren estar de vuelta para la cosecha de café. Tranquilidad dominical; los hombres yacen dispersos, el brazo doblado bajo la cabeza. Un pensamiento me sobrevino, en principio sólo como un sonido que llega de lejos: visto históricamente, en mi época suena la última trompeta para los indios. Uno despellejó un pájaro azul luminoso, de plumas tan azules como no he visto nunca. Me dijo que se las quería colgar de su *cushma*, como adorno. Tumbados en el piso unos despiojan a otros. Desde río muy arriba llegó una canoa acompañando una pequeña balsa con carga. Hombre, mujer, chicos y perros a bordo nos miraron inmóviles. El perro tenía las orejas peladas y rosas de tanto rascarse. Sus omóplatos sobresalían flacos del esqueleto del lomo.

Subimos a la nueva plataforma y decidimos, como jueces sobre los árboles, cuáles debían caer y cuáles quedarían en pie. En este momento poco propicio vino a mi encuentro, en la copa del árbol sobre el tronco poderoso, como si fuera un mensajero de las profundidades de la naturaleza, una lagartija pequeña y primitiva, se paró delante de mi cara y me miró insistentemente mientras inflaba orgullosa varias veces el saco rojizo de su garganta, con la inmovilidad de la que sólo son capaces las lagartijas.

Un joven campa, quizá de siete años, merodea siempre entre nosotros en el campamento pequeño, ayuda a la gente de los botes, la mayoría de las veces se sienta delante en la proa y es el primero en saltar a tierra para amarrar las cuerdas. Desde que está acá, todos lo llaman «Comandante». «Comandante», ¿cómo te va?, le preguntó hoy Laplace. No sé, respondió el «Comandante», y se fue sin decir palabra a la cocina para echar un vistazo. Sobre el barco que está amarrado en la curva vi dar vueltas a un águila, las plumas de las puntas de las alas bien desplegadas. La mitad de la parte inferior de sus alas era blanca; volaba majestuosamente.

Los que venían de Miami (Kinski, dos iluminadores, Bill Rose) no llegaron a Iquitos, porque el avión no pudo aterrizar por el mal tiempo y

fue desviado a Lima. Siguieron vuelo a Pucallpa y pasaron ahí la noche. Quizá no sea malo que K. no se haga ilusiones acerca de cómo se veía la etapa anterior del proyecto.

Camisea, 14/4/81

Gran prueba de vestuario ayer; a Paul le cortaron el pelo, y a Kinski le dimos una leve tonalidad. Varios ataques de rabia de Kinski, uno porque alguien le tocó el pelo. Ni siquiera mi peluquero puede tocarme el pelo, gritó fuera de sí, pero cuando yo arreglo sombrero y pelo junto a él, mi roce le parece lógico. Mientras que él ya bramaba por otra trivialidad, silenciosas nieblas llenaron el valle y penetraron suavemente en lo más profundo de la selva. Alan Dunn, me acordé, tenía un reloj parlante que daba la hora con voz apagada de robot, y me dio ganas de tenerlo acá conmigo.

Leí la traducción del *libretto* de Piave para el *Ernani*, editada en Zurich en 1952, y en el prólogo dice, con sensacional estupidez, que *eliminaron* las inverosimilitudes más flagrantes, cuando lo increíble es precisamente lo más lindo de la historia, o mejor, del género operístico en general, porque justamente aquello que ya no es concebible ni por el más exótico cálculo de probabilidades, aparece en la ópera como lo más natural, en una poderosa transformación de todo un mundo en música. También los grandes sentimientos de la ópera, que con frecuencia son despreciados por hiperbólicos, a mí por el contrario me parecen reducidos al mínimo, condensados a lo arquetípico de los sentimientos, sin posibilidad de seguir siendo concentrados en su esencia. Son axiomas de sentimientos. Eso es lo que une a la ópera con la jungla.

Camisea, 15/4/81

Gustavo llegó ayer con el helicóptero. Nos levantamos bien temprano para hacer vuelos de prueba. Mientras tanto los actores fueron subiendo con el sistema de poleas a la copa del árbol. Kinski hizo el papel de gran sufriente, decía que tenía fiebre y que había estado vomitando toda la

noche, pero eso sólo lo finge para atraer la atención de todos. Desde Pucallpa llegó la noticia, fragmentaria y casi ininteligible, de que el avión de Cabaña con el piloto, el flaco grande, y dos o tal vez más campas, se cayó en Oventeni. Que dos de los accidentados fueron transportados en avión a través de Satipo a una unidad de terapia intensiva en Lima. K., que se vio alejado del centro de atención, empezó a bramar como un demente que su café sólo estaba tibio, y no había forma de hacer que se callara, lo cual era de importancia decisiva, ya que nos esforzábamos por escuchar los lejanos fragmentos de la radio de onda corta, para ver si teníamos que organizar alguna otra acción de rescate. Después de horas ininterrumpidas de alboroto me comí el último pedazo de chocolate que había mantenido escondido en mi choza bien cerca de la cara de K., que igualmente siempre está a un palmo de mi cara cuando grita hasta sacarse los pulmones, eso ya no lo pudo creer y de golpe se calló.

Por la tarde hubo una fiesta de los campas y yo fui lleno de pensamientos graves, por más de que tenía fuertes dolores en la clavícula, que casi se soltó por completo del esternón cuando ayudé a Vignati a tirar de las poleas. Vino el cocinero, pero él tampoco pudo ayudarme; al final él y el médico me pusieron un fuerte vendaje alrededor de pecho y hombro, de modo que a la noche sólo podía respirar en pequeñas bocanadas. ¿Qué es lo próximo que va a pasar? Saturado por imágenes del espanto permanecí despierto. ¿Habrá un terremoto? ¿Se hundirá el *Huallaga*? ¿Morirá K.?

Unos cazadores estuvieron de ronda y trajeron roedores del tamaño de conejillos de Indias, que las mujeres asaron sobre las brasas, metidos en una madera, con piel y todo. Se veían como ratas, pero sabían bien. Ayer, durante la filmación, los campas se distrajeron y dispararon con sus flechas hacia algo en la pendiente. Corrí hasta allá y vi que le habían dado a una serpiente, que ya estaba clavada al piso por varias flechas que buscaba morder. Filmamos eso rápido, y después de que mataran al animal venenoso continuamos con el trabajo.

Un médico japonés se operó su propio apéndice.

Camisea, 16/4/81

Walter me sacó temprano a la mañana de la cama porque se había enterado por la radio de que el pongo, que ya presentaba de todas formas un alto nivel de agua, había crecido otros quince pies y seguía creciendo a razón de un pie por hora, como enfurecido. No esperamos más las dos cámaras adicionales, que supuestamente tenían que llegar por la mañana, metimos rápidamente nuestras dos ARRI en la lancha rápida, y Mauch, Klausmann y yo partimos de inmediato. Les, a quien quisiera tener conmigo por su cámara adicional, aunque más no sea de 16 mm, reaccionó como tantas otras veces con demasiada lentitud y se quedó atrás. Más tarde W. va a subir en avión hasta Timpia, si es que llegan las cámaras, y Les sería entonces de la partida, pero como llueve parejamente no creo que se pueda aterrizar en las cercanías del pongo. Yo voy a hacer el sonido, pero es muy dudoso que el barco aguante hasta que lleguemos. El motor de setenta caballos empezó a fallar de forma rítmica, no irregular, y ahora estamos varados. Sólo por eso estoy en condiciones de escribir, porque con los fuertes golpes del bote me sería imposible.

Nos quedamos de vuelta cuatro o cinco veces. La bomba de nafta estaba rota. Llovía fuerte y la niebla flotaba sobre las pendientes de la selva. Sobre un banco de arena encontré las huellas de dos personas, una descalza y otra con zapatos. También encontré una balsa hecha de troncos pesados unidos con lianas, que estaba atada a unos palos clavados en la arena. Los palos de apoyo ya estaban casi por completo bajo agua, tan rápido creció el río. Madera y ramas verdes recién arrancadas viajaban por el río, cuya corriente se hacía cada vez más rápida. Pequeños pájaros blancos volaban excitados alrededor de nuestro bote. Todo estaba a la espera. Los guijarros rodaban haciendo tanto ruido en el fondo de la corriente como si la Tierra entera estuviera en movimiento. Bufando de furia por haber sido arrancadas de su pereza, las piedras resbalaban y corrían y silbaban y rodaban en dirección al mar, que sólo alcanzarían trituradas hasta ser arena. Era como una resistencia, como una negativa, como algo contra la naturaleza de las mismas piedras. Durante una de las reparaciones me llamaron la atención unas piedras pesadas y luminosamente negras, que miraban como ojos desde la arena. Eran más pesadas que todas las otras

piedras y contenían mineral de hierro, como pude comprobar en el poco de óxido que tenían. Encontré dos piedras, de las cuales una era casi perfecta en su redondez, tan especial como si se tratara de una piedra sagrada que cientos de millones de creyentes a lo largo de muchos miles de años hubieran llevado a su forma perfecta mediante fervorosos besos. El banco de guijarros se transformó en un lugar de peregrinaje, el lugar de las piedras sagradas, que el río visitaba en una peregrinación perpetua, regalando con fervor besos marrón acuoso. Debería hacer que un hábil orfebre sujetara la piedra perfecta entre ramos dorados de hiedra o en brazos de un pulpo. A todo esto, el río estuvo hoy salvaje y furioso, como un animal que en general se tiene por manso.

Para los «indios» el mundo termina en el pongo, más arriba de sus rápidos nunca llegó nadie, aunque a veces pasan flotando troncos cortados para el acarreo y otros signos de personas lejanas del desconocido mundo ulterior. Al borde de un banco de arena vi un muerto acarreado por el río, enterrado a medias en la arena. Era probablemente un soldado, pues el cuerpo hinchado llevaba aún los pantalones moteados de un traje de combate. Estaba tirado de espaldas, la carne abultada, la panza inflada. Tenía puestos los restos de una camiseta verde oliva y estaba sin zapatos. Nadie se animó a tocarlo. Lo rodeaba un enigma escalofriante.

Me acuerdo de haber experimentado de chico en Sachrang un estremecimiento parecido cuando encontré en el arroyo cerca de la cascada un pedazo deshilachado de plástico azul luminoso que había llegado flotando y que había quedado atrapado entre las ramas de un arbusto. Nunca había visto algo así hasta entonces, y me lo guardé en secreto durante semanas, lo degusté, encontré que era levemente elástico, lleno de sorpresas. Recién semanas más tarde, cuando ya me había obsesionado con eso hasta el hartazgo, lo mostré. Con Till descubrimos que se fundía cuando se le acercaba un fósforo encendido; tiraba un humo negro y no olía bien, pero era algo nunca visto, proveniente del lejano mundo allá en las montañas, donde el curso superior del arroyo se perdía en quebradas y donde no había más seres humanos. ¿De dónde venía entonces? ¿Había sido arrastrado por el viento de las montañas? No lo sabía, pero le di un nombre, ya no sé cuál. Lo que sí sé es que sonaba muy bien y era muy secreto, y muchas veces desde entonces me rompí la cabeza preguntándome

por ese nombre, esa palabra. Daría mucho por saberlo, pero ya no lo sé, tampoco tengo ya el suave pedazo de plástico lavado, y no tener ninguna de las dos cosas me hace hoy más pobre de lo que era de chico.

Mi madre dijo una vez que la arena era buena para limpiar las sartenes, y para su cumpleaños extraje junto a mi hermano varios sacos de arena pesada y mojada del lecho del arroyo y le regalamos la carga, de un quintal, que sólo pudimos transportar encima de una carretilla, y nos costó casi todo el día hasta que llevamos la arena a casa. No me acuerdo de haber vuelto a ver a mi madre tan alegre y emocionada en su vida.

Para la película, el pongo fue una dura, amarga decepción. El agua estaba demasiado alta, pero no por eso las olas tenían formas más espectaculares. El capitán mantuvo al barco todo el tiempo contra la corriente y marchó a toda máquina en su contra, pero no se balanceó ni chocó nunca contra una piedra; pasó coleando más bien monótonamente por delante nuestro en una especie de cámara lenta. En el casco del barco se olvidaron un viejo neumático, y de la barandilla colgaba un salvavidas de telgopor o algo parecido de color naranja fosforescente. Probablemente hubiéramos llegado con nuestra lancha rápida hasta el *Huallaga* amarrado, pero dentro de la rápida corriente no pudimos afirmarnos y entonces decidimos armar las cámaras y ponernos de algún modo en contacto con la tripulación. Por las nerviosas señas que llegaban desde el barco a vapor deduje que en cualquier momento iban a cortar amarras o el barco se iba a hundir aplastado contra las rocas. Al final se nos acercó, trepando por la pendiente archiempinada y resbaladiza, un hombre al que, arrastrándome con algún peligro, le entregué un *walkie-talkie*. En eso me resbalé, pero pude volver a hacer pie en las rocas mojadas y cubiertas de algas y moho, porque la suerte quiso que agarrase un arbusto mínimo y delgado que crecía agazapado en una grieta entre las piedras. El navegante de nuestro bote se asustó tanto que recién ahí me di cuenta de lo monstruoso que se veían algunos de los remolinos debajo de mí.

Por radio le pregunté a la tripulación si podían mantener el barco durante la noche, porque aún seguía sin descartar por completo la llegada de dos cámaras auxiliares. No, me dijo el capitán, él no creía que pudiera mantener más tiempo el barco, se soltaría de las amarras, el agua

estaba creciendo constantemente. Decidí soltarlo enseguida, pero lo que vimos fue más bien aburrido. A bordo seguía estando, como me enteré recién más tarde, la mujer en avanzado estado de gestación, que a esta altura ya había recorrido el pongo dos veces río arriba y dos veces río abajo.

Volvimos rumbo a Camisea con la caída de la noche. Yo estaba completamente empapado, porque había usado mi remera para mantener alejadas del sensible micrófono direccional las gotas de lluvia, que se escuchaban como impactos de proyectiles. En el pongo se nos había salido el parabrisas delantero de la lancha y yo viajé en la fría corriente de aire. La luna, ya bastante llena, brillaba a través de la delgada niebla sobre el Urubamba. Las nieblas se habían aferrado a las pendientes de la selva con una belleza nunca vista. Una gran ave de rapiña estaba sentada en un árbol pelado en la posición de rezo de los animales heráldicos. Unas garzas grises estaban paradas inmóviles, como talladas en madera, sobre un banco de guijarros tan gris como ellas. El río susurraba, y como no conocía nada más allá de su simple cosidad, hacía el hacer.

Camisea, 17/4/81

(Viernes Santo, acabo de escuchar, pero no me dice nada.) La planta que planté delante de mi choza en la arena da flores pequeñas y carnosas, como úlceras grasosas que se caen después de un día. Hoy no arresté a ningún escarabajo.

La filmación desde la plataforma se hizo difícil, porque se balanceaba con el viento y el lugar era muy angosto. Para esquivar el lente de la cámara me agarraba a la parte inferior de la plataforma o me mantenía bien agazapado en un ángulo. K. se puso nervioso, pero las discusiones hoy fueron productivas. Tres papagayos grandes planearon por encima nuestro en línea recta, chillando. Se me volaron un par de páginas sueltas del guión, que nunca volví a encontrar. Mis pensamientos estuvieron hoy con frecuencia en casa, aunque ya no sé muy bien dónde está eso ni qué es. Probablemente la gente esté sentada en la Torre China del Jardín Inglés, y en las autopistas el tránsito esté quieto. El Camisea

está hoy verdoso y callado, con una fina melancolía. Tranquilos llegan los botes, y se van.

Por la noche trabajamos en una escena a bordo. Cuando finalmente volví a mi choza en la profunda oscuridad de la noche y crucé el puente de lianas entretejidas, me asusté, porque a mi lado algo oscuro que no había visto de pronto emitió un sonido. Eran dos gallinas negras, que estaban sentadas sobre la baranda y dormían. Las alumbré desde bien cerca a los ojos, hasta que me dieron lástima.

Camisea, 18/4/81

Hoy se habló mucho de Pucallpa, sin motivo, y yo me pregunté ¿por qué está ahí la ciudad? ¿Por qué no se fue? Escuché *La Pasión según San Mateo* completa. Para Burro en Albersdorf ya es de tarde. Ahora todas las madres se mueren. Un temblor está en el aire. Los valles vacilan. Tranquilidad sobre las montañas. En la selva se mueven las hojas del alma, hoja a hoja. Mucho cae hoy de los árboles. Viene el viento y se lleva consigo lo último que todavía es prosaico. Los árboles dan vuelta sus hojas, se confiesan. Por el organillo del pongo se arrastran pesados trozos de madera.

K. se quejó y ya se quería mudar de su casa porque cerca de él pasa un sendero de hormigas. Tampoco sabe nunca sus diálogos. Lo llevé a inspeccionar el sendero de hormigas para dejarle en claro que no estaba en peligro. Seguimos por todo nuestro campamento el sendero que se ramificaba sin principio reconocible y con un final que se perdía en la nada de la jungla y volvía a reunirse en un amplio flujo atareado. En algunos lugares intrincados había ovillos de luchadoras furiosas. Muchas transportaban debajo de la panza larvas blancas, que parecían más grandes que las mismas adultas, si bien las larvas, ya con los miembros completamente formados, estaban plegadas y se veían como momias aún no nacidas. Esta clase de hormigas era aproximadamente del tamaño de nuestras hormigas rojas, quizá un poco más grande, con cabezas sólidas y mandíbulas prominentes. Bajo un pedazo de una colchoneta, sobre el suelo, se había formado una colonia bidimensional de larvas;

cuando levanté la colchoneta la superficie de abajo se transformó en un campo de batalla.

Un hombre, que se hizo billonario en Zurich jugando a las cartas (!), compró un puente modernista de cobre bellamente arqueado, que estaba recubierto de herrumbre y presentaba manchas de antigüedad, lo que le daba a la estructura mayor apariencia de valor e importancia. El billonario había escondido su plata en dos cuentas secretas, cuyos números había anotado con lápiz en la pared junto al teléfono. Con el correr de los años se agregaron tantos números y otros garabatos que nunca más pudo encontrar sus cuentas secretas. Medio empobrecido, tuvo que volver a vender el puente a la ciudad de Zurich, y con parte de la plata que le quedaba en otra cuenta se compró un velero para irse, frustrado, al ancho mundo, pero su barco naufragó en la primera salida a aguas bien mansas. Todo esto ocurrió muy cerca de la orilla, y todavía nadie se había dado cuenta del accidente. Luego de alcanzar la orilla a nado, el hombre ensayó varias veces ser arrastrado muerto sobre los guijarros y la arena, porque quería que su desgracia también se viera dramática, y por error terminó ahogándose en serio. De esta forma salió en el diario. Mi amigo se llamaba Djibril Diop Mambeti; uno podía dejar que su nombre se disolviese sobre la lengua; era originario de Senegal y quería abandonar Zurich, a causa de las malas noticias, y volver a África. A través de mi cuerpo ardió el sentimiento de que debía mudarme con él y mejor recolectar arroz con la mano que hacer mi trabajo.

Camisea, 19/4/81 - Domingo, Pascua

Walter regresó ayer, había volado a Oventeni y de ahí a Satipo, donde había cinco campas en el hospital. El accidente tuvo consecuencias más graves de lo que supusimos en un principio. Es casi seguro que Nico, uno de los caciques, quede paralítico: se rompió dos vértebras. Otros ciento cincuenta campas estaban listos para ser recogidos, y entendiblemente ninguno se anima ahora a volar. Los hermanos de Nico quisieron suicidarse de inmediato. El clima es extremadamente tenso. Un campa que se liberó del avión accidentado envolvió su brazo quebrado, desgajado y colgante en su *cushma* y huyó a la jungla. Alto, le gritaron al fugitivo. Que

no le faltaba nada, respondió el herido y penetró en una maleza de liana, donde habría muerto si no lo hubieran sacado de los pelos. Nico estuvo largo rato atrapado. El piloto también se lastimó las vértebras y se estropeó severamente la cara; todavía no se sabe si también él va a quedar paralítico. Por sugerencia del médico, W. llevó a Nico en avión a Lima e hizo que también los pilotos fueran transportados hacia allá. Del accidente se cuenta lo siguiente: durante el despegue una rama dura se enredó en el empenaje de cola y lo bloqueó. Por eso el avión se elevó empinadamente y, tras realizar un *looping*, se habría precipitado contra el piso dado vuelta. El piloto, con pulso firme, apagó enseguida el motor, y al bajar planeando en picada lo prendió rápidamente de nuevo, para achicar el ángulo de choque. Recuerdo que mi madre me habló de un accidente similar que le sucedió a una escuadrilla de élite durante una exhibición aérea. Frente a muchos espectadores la escuadrilla entera empezó a baja altura un *looping* invertido, pero el capitán de la escuadrilla midió mal el radio de la curva y la formación completa cayó a toda velocidad y en orden geométrico sobre un campo cosechado.

¿Será que la desgracia encontró con nosotros su hogar? Por los días discretos, sin desgracias, tengo un agradecimiento indeciso. El golpear de la madera resuena desde bien lejos a través de la selva. El río, tranquilizado, se repliega cada vez más sobre sí mismo.

Conversé largamente con Kinski sobre Paganini; él trajo casetes con piezas para violín de Paganini que por pedido suyo pusimos a todo volumen en mi galería. El hijo de Paganini gastó una gran parte de la fortuna del padre en hacerlo enterrar durante cuarenta años. No lo querían tener en ningún lado, lo enterraban provisoriamente y mandaban al muerto de un cementerio al próximo. K. me dio su guión, seiscientas páginas; quiere que yo dirija la película. Con la primera mirada queda rápidamente claro que el proyecto de K. no tiene arreglo. En las seiscientas páginas, alternando cada media página, se coge y se toca el violín, se toca el violín y se coge, todo atravesado y superpuesto por un único *egotrip* de K. Lo va a tener que dirigir él.

En los trazos de las cortezas se esconde el texto de las hormigas y de las mariposas, que copian fielmente con su mimetismo. Luego se desvanecían

de pronto los árboles, desaparecían. Con ellos desaparecían los insectos, y sólo encerrados en ámbar quedan documentos y pruebas de tiempos más abundantes. Y además esto: hojas de árboles caídos hace miles de siglos flotan, titubean aún hoy en la nada. Todavía hoy se encuentran sobre la tierra sin árboles cuatro monjes, que en una plantación de nabos cosechada casi por completo se montan desde atrás, con sus sotanas en alto, a las campesinas cándidamente agachadas. La imagen proviene, creo yo, de K., que por lo visto se pensó erróneamente conmigo en plural.

Las Pascuas no significan para mí otra cosa que la infancia en Sachrang. Una vez, en otoño, por la época de celo de los ciervos, un ciclista fue atacado de noche en la solitaria carretera por un ciervo real. Buscó refugio en un paso subterráneo bajo un puente, donde había varias latas de conserva. Sólo el ruido de las latas ahuyentó al ciervo. También me acuerdo de que en la granja de los Sturm pusieron un ternero muerto sobre la nieve al costado del bosque y los cuervos le arrancaron los ojos y seis o siete zorros comieron de él. Me acerqué y los zorros fueron los primeros en escaparse, después los cuervos. El ternero ya casi no tenía rostro. Cuando estaba bien cerca salió de pronto un zorro asustado de la cavidad abdominal abierta, agachó por un momento su parte posterior, como si esperara recibir golpes, y huyó luego con grandes pasos detrás de los otros zorros. Yo me largué corriendo en la otra dirección.

El año pasado un indio aguaruna se prendió a mis talones, finalmente me atrapó y quería cantarme una canción a toda costa. Cantó, en español, lo lindo que era el sábado; era un Adventista del Séptimo Día, para quienes por lo visto el sábado es sagrado, y quería convertirme. Sonreía todo el tiempo ostensivamente, para darme a entender que era feliz.

Mi dedo medio, que me desgarré al resbalarme en el pongo, está fuertemente hinchado y supura. Filmamos a la nochecita, con la última luz, el momento en que los campas pisan el barco por primera vez. Ataque de rabia de K. por la sesión de fotos de la escena de ayer, durante la que se nos acabó la luz. K. insistió en sacarlas, pero se puso increíblemente furioso porque creía que en una de las cientos de tomas el obturador había sido accionado en el momento incorrecto. A oscuras, después, el resto

de la escena 106 con Huerequeque y los dos jóvenes, McNamara y el «Comandante». Los tres lo hicieron muy bien. Tricky Dick Nixon le arrancó a McNamara un mechón de pelo.

Camisea, 20/4/81

Rodaje temprano a la mañana con cientos de indios. Sin ensayar, las cosas se ven siempre mejor: en cuanto repito, el desarrollo adquiere una mecánica que no tiene verdadera vida. Preocupación por mi mano; en el dedo medio el desgarro se inflamó de tal forma que ahora está todo rojo por la hinchazón, y en una línea roja y dolorosa la inflamación ya se extiende por dentro más allá de la muñeca.

El primer avión al pongo salió con Walter, Mauch, Klausmann y Juárez, poco antes de que yo atracara en Camisea, porque en el campamento me demoré buscando comida e impermeables; ahora espero con Vignati en la choza, alrededor de la cual yacen descuidadamente ocho bidones de nafta sobre el pasto. Tirados sobre tocones hay dos asientos de avión, revestidos de terciopelo artificial rojo, que fueron desmontados. Zumban moscas. Desde la escuela escuchamos voces. Un gallo picotea al lado mío sobre el piso de corteza elevado. Un puerco grande hurga en la tierra debajo de nosotros. Más allá de eso, la quietud es completa. De bien lejos el sonido de un hacha contra un tronco sonoro. Hablé con Vignati sobre el Sahara. Dos alemanes se salieron de la carretera con un 2CV cerca de la frontera de Algeria y Nigeria, en Assamaka, después se les rompió la carrocería del auto. Ambos tenían bastante agua y provisiones, y como por lo visto había empezado la temporada de lluvia, también encontraban agua de vez en cuando. Hicieron lo correcto y se quedaron junto al vehículo, pero como era una zona fronteriza, ninguno de los dos países los buscó seriamente y cada uno sostenía que le correspondía al otro. Los aviones pasaban por encima y ellos quemaban sus gomas para llamar la atención, y finalmente quemaron el auto completo. Después de esperar sesenta días, uno de los dos murió. Después de ochenta y tres días, cuando hacía mucho que ni se pensaba en búsquedas, encontraron al sobreviviente por casualidad. Un auto con turistas, también extraviado, pasó por ahí. Vieron la chatarra incendiada y

sacaron fotos. Al irse, uno de ellos vio casualmente que unos pies sobresalían un poco por debajo de la chatarra. Volvieron a parar y encontraron al sobreviviente, que se había enterrado en la arena. Todavía tenía algo de vida dentro de sí. Se recuperó muy lentamente, pero meses más tarde, cuando alguien le preguntaba algo, él miraba como a través de uno y necesitaba varios minutos para contestar.

Rumbo al aeródromo estudié el camino. Ahí hay problemas debido al barro y al agua subterránea. La parte trasera del Caterpillar se hundió en su totalidad y está varado. Laplace opina que va llevar más de un día para que las palas lo liberen. El Tigre cavó con varios hombres un canal para desviar el agua, pero eso no va a ayudar mucho porque todo el subsuelo es demasiado blando.

Una vieja mujer machiguenga, que llevaba dos pesados trozos de madera unidos en la espalda mediante una correa cruzada en la frente, corrió derecho en dirección al avión que estaba aterrizando, seguida por un chancho galopante. Vignati la corrió a un costado. Sobre un palo de madera bajo (el degolladero para gallinas) hay pegadas finas plumas blancas que el aire de la hélice puso en centelleante movimiento. Mientras tanto cargan el tanque del avión con ayuda de un balde de plástico.

Fuimos recibidos con miradas inquisitivas y enfadadas por los que habían llegado antes que nosotros al *Huallaga*. Que dónde habíamos dejado las cámaras, los trípodes y las ópticas. ¿Qué cámara?, preguntamos nosotros a su vez. Resulta que W. ni había descargado la cámara más importante y los accesorios de la otra lancha rápida en Camisea, y le había dado instrucciones al conductor del barco de que nos entregara los aparatos, cosa que el otro naturalmente no hizo. Él, el barquero, había agregado a la carga algunos cajones con cerveza y había pasado varias veces por delante de nosotros mientras esperábamos, pero no había dicho nada. Entonces salí del pongo con el piloto cuyos padres son de Yugoslavia y despegué de nuevo, echando barro espectacularmente, en dirección a Camisea; estaba muy feliz de tener la oportunidad de hacerme dar una inyección por el médico, porque mi inflamación había trepado bien rápido como una línea roja por el brazo y se veía como el principio de una septicemia. A todo esto en Camisea llovía tan fuerte

que aterrizamos casi sin visibilidad. El pequeño avión está salpicado de barro por todos lados. Cinco pasajeros con equipaje, como peruanos haciendo turismo interno, estaban sentados conmigo bajo el techo de la primera choza, y no sabían cómo salir de acá. Nunca los había visto; es posible que sean trabajadores nuestros. No creo que hoy podamos filmar en el pongo, porque el *Huallaga* había sido movido contra la corriente sólo hasta la mitad del recorrido mediante malacates. Además cae tanta agua que igualmente no hubiéramos podido empezar dentro de las próximas horas.

Llegó el Dr. Parraga y preparó una jeringa con penicilina y me preguntó, como de pasada, si era alérgico. Le dije que no lo sabía, pues hasta donde recordaba nunca había recibido una inyección de penicilina. También se sorprendió que en toda mi vida yo haya tomado aspirinas probablemente menos de diez veces. Para asegurarse me inyectó una medida mínima de prueba en el brazo. Poco después apareció una reacción muy fuerte con hinchazones redondas y blancas, además de que mi oreja derecha me ardía y se puso rojiazul y gorda de la inflamación. Cuando me salieron hinchazones en todo el cuerpo Parraga me inyectó rápidamente algo contra la conmoción que se avecinaba. Parecía muy asustado y estaba seguro de que con una inyección intravenosa completa me hubiera matado. Con gran cuidado me dio otro antibiótico en los muslos e insistió en que me estirara sobre el piso de cortezas de la choza. Así, tirado sobre mi espalda, estudié el interior del techo trenzado. Los nervios de las hojas de palmera adquirieron por el humo del brasero un tono oscuro, brillante de grasa. Dentro del techo hay metidas plumas de pato, probablemente pensadas para flechas, al lado un cepillo de dientes y pasta de dientes, una birome, una cuchara de lata y una llave francesa, y además un silbato de plástico, seguramente para los partidos de fútbol. Llegó un hombre y trajo una enorme carga de pescado, que se sacó de la espalda tirándola justo al lado mío. Sobre los travesaños del entramado del techo hay flechas de más de dos metros de largo, canastos tejidos, esteras, unos pantalones deshilachados. Un pequeño mono, un «fraile», da vueltas por ahí. Alrededor del cuello lleva un amuleto. No está atado. Un pato les bufa a las gallinas. Lentamente se va juntando el agua de lluvia. Un perro se me acercó sobre tres patas nomás y me miró como un apóstol al Señor cuando aún no le ha impartido su misión.

Una vez que llegué al pongo lo primero que hice fue traer las dos cámaras a tierra, porque enseguida se puso demasiado oscuro como para filmar. Un viento cortante y fresco sopla por la quebrada, y el agua en el pongo es rápida, gris y arenosa. Tomamos café y colgamos nuestras hamacas. Los suizos empezaron a jugar a los dados por altas sumas de dinero. El generador de energía se apagó, y nos quedamos sentados entre dos lámparas horriblemente titilantes y horriblemente humeantes, que el capitán fabricó a toda prisa con latas vacías de arvejas sin tapa en las que metió estopa y gasoil. El *Huallaga* pega constantemente contra la pared de rocas, pero está firmemente amarrado. Al barco entero lo atraviesa cada tanto un gemido y una extensa sacudida, que yo siento claramente en mi hamaca; dentro de mi tambaleante litera se siente en una dolorosa traducción cómo todo el cuerpo se retuerce y se crispa en espasmos, resonando roncamente. El cielo se abrió apenas durante la noche, y a través de los jirones de nubes vi sobre la quebrada dos estrellas. De la radio salen chisporroteos eléctricos. En la cocina uno de los hombres hizo un fuego y va a cocinar una sopa de pollo, porque yo había dado instrucciones de acomodar a la cocinera embarazada en una choza provisoria más allá de los rápidos. También había traído pan, cebollas, queso, ajo y atún, lo que ahora nos hizo bien. Me invadió una gran melancolía y pedí más café. ¡Más todavía! ¡Afuera, espíritus!

Como el viento soplaba muy frío estuve largo rato pensando cómo calentarme, pero lo único que más o menos podía servir era la cuerda enrollada para escalar montañas de Kinski, que yo me quería poner, digamos, como frazada sobre la panza. Descarté la idea y en su lugar colgué mi hamaca en otro lugar, mejor protegido del viento. Hacia la medianoche estuvo lista la sopa caliente de pollo. Los hombres se balancean en sus hamacas con perezosa lentitud, hasta que se crispan fuertemente a intervalos regulares con cada topetazo del barco.

Camisea, pongo de Mainique, 21/4/81

Martes sangriento.

Camisea, 22/4/81

Pasamos una noche horrible y fría sobre el *Huallaga* en el pongo y nos pusimos ya temprano a armar las cámaras. Desde mi ubicación, el viaje del barco sin piloto a través de los rápidos no se veía demasiado apasionante, pero después de que el barco chocara cuatro o cinco veces contra las rocas a izquierda y derecha vi a Raimund y Vignati sobre una saliente debajo de mí palmeándose los hombros. Justo donde estaban ellos el barco se había elevado un poco sobre las rocas y vi piedras astillándose y polvo de roca quemada brotando hacia arriba. Seguramente habían tomado un momento especial desde bien cerca, pero en el resultado había demasiados espacios muertos, de modo que todos tuvimos la misma sensación y enseguida entendimos que teníamos que repetir todo esto una vez más, pero con cámaras a bordo. Cinco voluntarios querían ir a bordo, y yo pensé que sería bueno si también subían Kinski y Paul, siempre y cuando estuvieran de acuerdo en hacerlo. Viajé enseguida hacia donde estaba Tomislav, el piloto, y despegué debajo del pongo desde un campo de pastoreo para vacas, mientras los que se quedaron remontaban la corriente con el *Huallaga*.

Kinski y Paul se subieron sin meditarlo demasiado. Kinski me llevó a un costado, y en uno de los raros momentos en que nos identificamos por completo, me dijo que si yo me hundía en esto, él se hundía conmigo. Le dije simplemente que él sabía cómo estaba construido el barco, con puntales de acero dentro y cámaras de aire separadas, que yo no tenía ganas de hundirme y que por eso había tomado los recaudos técnicos. Nos dimos brevemente la mano. Me apuré todavía a llevar conmigo el fonógrafo y conseguí agujas de coser de Gisela, porque el tocadiscos no tenía púa. Pero después la partida se demoró considerablemente. Por el piloto, que se comunicó por radio desde el campamento de los indios con el *Huallaga*, supe que justo habían llegado desde el curso superior del Camisea heridos graves de flechas y que habían empezado de inmediato con las operaciones de emergencia. Corrí hasta el puesto sanitario y vi a un hombre y a una mujer, ambos alcanzados por flechas gigantes. Habían estado pescando para el campamento a sólo tres horas río arriba (calculadas con la lancha rápida), pernoctaron sobre un banco de arena y fueron atacados por la noche por amehuacas desde muy corta distancia. La mujer

había sido alcanzada por tres flechas y casi se desangró. Los impactos estaban muy juntos. Una flecha había atravesado el cuerpo arriba del riñón, otra rebotó en el hueso de la cadera y la más mortífera de todas estaba rota y metida en la parte interior del hueso de la pelvis, en medio de la panza. Ayudé en su operación durante algunas horas iluminando la cavidad abdominal con una linterna potente mientras que con la otra mano, la libre, trataba de ahuyentar con repelente las nubes de mosquitos que había atraído la sangre. El hombre seguía teniendo atravesada en la garganta la punta de más de treinta centímetros de una flecha de bambú afilado. En la mano sostenía el cuerpo de la flecha de casi dos metros, que él había quebrado, y del shock no lo soltaba. La punta de la flecha, parecida más bien a una punta de lanza, había escindido un hombro a lo largo de la clavícula y le atravesaba la garganta, mientras que del otro lado de la garganta la punta había penetrado en el otro hombro. Su vida parecía correr menos peligro de muerte inmediata y fue operado recién después que la mujer. Lo que había ocurrido fue lo siguiente: el hombre, su mujer y un hombre más joven, los tres machiguengas de Shivankoreni que nos proveen de yuca, habían subido por el Camisea para cazar. Pernoctaron en un banco de arena, y a la noche la mujer se despertó, porque su marido respiraba de una forma rara. Creyó que un jaguar lo había agarrado por la garganta y tomó un palo de madera todavía ardiente del fogón y se puso de pie. En ese momento fue alcanzada por tres flechas. El hombre más joven se despertó; tenía una escopeta de perdigones consigo, y cuando entendió lo que pasaba disparó a ciegas dos tiros hacia adentro de la noche, porque todo tuvo lugar en la oscuridad más absoluta y en total silencio. Tampoco ninguno de los tres atacantes amehuacas veía nada, pero desaparecieron dejando apenas unas huellas en la arena. Recién al día siguiente llegaron los heridos hasta nosotros en su *peke-peke*, que conducía el hombre más joven que no estaba herido, justo cuando yo estaba por irme con Paul y Kinski.

Entretanto ya había ayudantes más competentes que yo, de modo que no me quedé cuando acostaron al hombre con la flecha atravesada en el cuello sobre una especie de mesa de cocina y le dieron una anestesia. Me pesaba en la conciencia dejar a la gente demasiado tiempo a bordo sobre los rápidos, ya que al momento de mi partida el nivel de agua había empezado a crecer velozmente. Aterrizamos en el pongo sobre un barrizal

que salpicaba mucho y al carretear no teníamos visibilidad, porque el agua sucia nos había cubierto por completo, además de que un ligero viento a favor nos empujó hasta el final del campo de hierbas.

Preparamos todo a bordo: arriba sobre el puente, Vignati con una cámara, atado con un cinturón a la parte posterior, y Paul en el rol de capitán. El verdadero capitán estaba junto a él con Walter, de forma que durante algunos momentos de la filmación Paul podía operar el timón, de lo cual efectivamente sabía mucho. Junto al puente sujetamos el fonógrafo y clavamos un pequeño trípode para Beatus. Sobre la segunda cubierta estaban Kinski, Mauch y yo, para filmar cómo Fitzcarraldo se cae soñoliento sobre la cubierta. Más hacia adelante, relativamente seguro, estaba alojado Juárez con el equipo de sonido, y Les Blank y Maureen se le habían acoplado a último momento. Klausmann y Raimund se habían instalado sobre una piedra en la quebrada.

Enseguida, desde que zarpamos, tomamos rápidamente velocidad en sentido transversal y tuvimos varios buenos choques a izquierda y derecha contra las rocas, pero después el *Huallaga* giró y río abajo en la corriente aumentó mucho la velocidad. W. me llamó desde arriba para decirme que íbamos a chocar a la izquierda y giramos a K. de nuevo mientras la pared de rocas se acercaba a fuerte velocidad; pasó demasiado rápido delante nuestro hacia atrás, de modo que también Mauch tuvo que girar, por lo que recibimos el topetazo de espaldas al sentido de marcha. Yo lo tenía bien agarrado a Mauch con un brazo alrededor del cuerpo, con la izquierda me aferraba al marco de una ventana abierta, pero el choque fue tan fuerte que nos hizo perder pie y volar por el aire. Vi la óptica salir disparada de la cámara. Al volar giramos de alguna forma sobre nuestro eje y Mauch, la mano debajo de la cámara, golpeó contra la cubierta, mientras que yo caí sobre él. Mauch se contrajo en posición fetal y lanzó un grito; yo pensé enseguida que era de nuevo su hombro, pero era peor que eso; su mano se había abierto entre el dedo anular y el meñique, por el golpe de la cámara, hasta bien adentro del carpo. Además tenía una herida al costado de la frente. K. empezó a gritar y a hacer como si estuviera herido, pero sólo se había golpeado un poco el codo, y cuando vio a Mauch se olvidó de eso rápidamente y ayudó con mucha camaradería a atenderlo de forma provisoria.

El barco chocó debajo de los rápidos con un banco de arena. La proa se había enrollado un poco, como una lata de sardinas a la que se le abre la tapa, el ancla se había deslizado por el costado y entró agua en el casco. Vignati había sido arrojado tan fuerte sobre el puente dentro de su correa de apoyo que tenía dos costillas rotas, y Beatus, que había retirado la cabeza de su cámara bien cementada, chocó contra ésta y estaba muy aturdido y me preguntó varias veces si íbamos a filmar. Decidimos llevar a Mauch lo más rápido posible a un médico, y cuando cayó la noche partimos con el bote, porque con la poca luz que había no quise arriesgarme a volar. De esta forma nos olvidamos a los dos hombres sobre sus rocas en el medio del pongo. Mauch y yo nos tiramos en el bote y miramos las estrellas. Vimos dos satélites, después la niebla se posó sobre el río. Antes de que oscureciera del todo vimos dos cóndores en la orilla.

Mauch fue operado por el Dr. Parraga, mientras que nuestro hábil cocinero le hizo la sutura. Como habían usado toda la anestesia en la operación de casi ocho horas de los dos heridos de flecha, Mauch entró pronto en una agonía que el spray frío apenas si podía aliviar. Mantuve su cabeza apretada contra mí, y una silenciosa pared de rostros nos miraba. M. me dijo que no lo podía soportar más, que se iba a desmayar, y yo lo animé a hacerlo. Después creyó que iba a tener que cagarse encima del dolor, pero no podía decidirse entre las dos opciones y dejó ambas sin hacer. Siguiendo una inspiración hice finalmente llamar a Carmen, una de las dos prostitutas que teníamos para los obreros forestales y los barqueros. Ella me hizo a un lado, enterró la cabeza de Mauch entre sus pechos y lo consoló con su voz linda y suave. Superó su rutina y se convirtió en una Piedad, y Mauch pronto se calló. Durante las casi dos horas que duró la operación, le decía una y otra vez «Thomas, mi amor», mientras el paciente se entregaba a su destino. Sentí por los dos un profundo afecto.

Por la noche vinieron diez campas como guardianes a nuestro campamento, algunos armados con escopetas de perdigones, todo el resto con arco y flecha. Se internaron en la oscuridad de la selva y recién los vi de nuevo a la mañana, cuando se juntaron cerca de mi choza hablando en voz baja. Hice que me dieran la flecha que había entrado en la cadera de la mujer, también la punta que había atravesado la garganta del hombre.

A los dos pacientes les va relativamente bien; ambos van a sobrevivir. Con el hombre, que tenía el suero puesto, pude intercambiar un par de palabras, ya podía susurrar un poco. Había tenido una suerte increíble, porque la punta tipo lanza le había rasguñado la carótida, pero sin cortarla. Me asombré de lo gruesas que eran las flechas y de lo inmenso de las plumas que llevaban adosadas.

Hoy a la mañana zarparon en la niebla treinta hombres, casi todos guerreros campas, en *peke-pekes*, todos armados, para viajar al sitio del ataque y seguir las huellas y, como se dice, apresar a los criminales, para entregárselos a las autoridades. El Cielo lo impida. De los amehuacas no se sabe casi nada: viven como semi nómades en el curso superior del Camisea, a unos diez días de viaje, y por lo visto con el nivel de agua muy bajo habían seguido el curso del río hacia abajo, probablemente en busca de huevos de tortuga, que están ahora en temporada. Todos los intentos del ejército o de los misioneros por ponerse en contacto con ellos fracasaron, porque los amehuacas nunca se dejaban ver y siempre atacaban de noche. Tampoco desde los aviones se los pudo localizar nunca, porque al contrario que otras tribus no talan claros en la selva e instalan «chacras» que cultivan durante un par de años para luego seguir mudándose. Sin embargo, se sabe relativamente mucho sobre su lengua, porque hace unos diez años un joven amehuaca severamente enfermo llegó arrastrado sobre una pequeña balsa y sobrevivió en el hospital de Atalaya.

Traté de impedir la expedición militar, pero muy rápido se tomó una resolución conjunta. Por cierto, fueron las mujeres quienes eligieron a los guerreros. Éste y éste no van, él no sabe disparar lo suficientemente bien, decidían ellas, y nadie contradecía. La mitad de los hombres tenía escopetas de perdigones. Estaban acuclillados de a diez en las grandes canoas y llevaban racimos de bananas como víveres, nada más. Su partida fue muy tranquila y casual. Desaparecieron lentamente río arriba entre el agua, la niebla y los árboles, que se esfumaron en una vaga visión como un mundo gris y desconocido.

Tuve una pelea fuerte y absurda con Kinski por su agua mineral, con la que ahora también se quiere bañar. Si no, tranquilidad. De pronto estalla de nuevo el griterío de Kinski, pero sin la menor relación con nada

de lo que sucede acá. Gritaba fuera de sí que personas como Sergio Leone y Corbucci eran gentuza, bichos, archimbéciles. Demoró mucho hasta que K. se agotó. Luego volvió a encenderse otro ratito para gritar cuán despiadadamente inepto, qué cerdo más despiadadamente obeso que era Fellini. Me dormí al final de la mañana.

Camisea, 23/4/81

Ayer por la tarde, cuando quise acostarme en mi choza, encontré dos guerreros campa sobre mi cama, uno en la hamaca de la habitación y tres en la galería. Qué estaban haciendo, les pregunté. Eran mis guardianes, respondieron, y me mostraron arco y flecha. Dos de ellos, que tenían fusiles, parecían especialmente orgullosos de formar parte de mi guardia personal. Tenían que custodiarme porque mi choza era la que estaba más alejada río arriba y era por lo tanto la más vulnerable. Señores, les dije, yo me siento seguro, puesto que ustedes son guerreros sobresalientes, ¿pero no podrían, en lugar de en mi cama, tomar posición afuera en la selva, en un lugar algo más alejado, por donde el enemigo –de existir– se acercaría sigiloso? No, dijeron simplemente, custodiarían acá, me tendrían siempre vigilado. Cuando vieron que apoyaba una almohada en el piso, liberaron mi cama y se sentaron en la galería, donde hablaron toda la noche en voz muy baja. De vez en cuando uno daba una vuelta, y la oscilación del suelo elástico de corteza llegaba hasta mi cama, de modo que me despertaba constantemente. Tenían cigarrillos, pero no fuego, y me pidieron fósforos. Como no tenía, les presté mi encendedor nuevo, y lo di tácitamente por perdido, pero a la mañana siguiente lo encontré a mi lado, ubicado con esmero. Sobre la hamaca encontré también la linterna que me estaba faltando.

Hoy a la mañana, en el barco, primer encuentro entre Fitzcarraldo y los indios. Después del suave roce de las puntas de sus dedos, K. se lavó la mano con alcohol mientras volvíamos en bote al campamento. De pronto todos los campas se distrajeron y el trabajo se interrumpió porque uno de ellos disparó una flecha desde la borda a un pez en el agua, pero no lo alcanzó porque el pez huyó debajo de una roca, y todos esperaron con los arcos tensos que volviera a salir, cosa que no hizo. La

flecha se clavó sobre suelo firme, sobresalía un poco del agua y se balanceaba en la corriente de una forma rara, extraordinariamente pausada y excéntrica. W. y Vignati estaban en el *Huallaga* a fin de preparar su salida del pongo de tal forma que, desplazando mucho la carga para un lado e inundando algunos mamparos, yo pudiera filmar el barco dejando los rápidos en posición fuertemente inclinada. Pero no había apuro, ya que el *Huallaga* seguía inamovible sobre el banco de arena tal como lo habíamos dejado. Por la tarde, explosiones de dinamita, de las que los indios huyeron. Fuera de la escena les divertía, y querían que les diese dinamita, porque algunos de ellos hace años que pescan con eso, para simplificar. Varias veces me hundí descalzo, bien profundo en el lodo, sintiéndome mal, sin que el día en sí pudiera haber dado motivo para ello. Por la tarde nos tiramos todos al Camisea, incluso Mauch se metió a tientas (la mano herida en alto) dentro del agua maravillosa. En algunos lugares el río tiene sólo un metro de profundidad, de modo que apenas si se puede ir de un campamento al otro con la lancha rápida. El agua se hace cada vez más clara, ahora es de un verde ligeramente turbio, pero translúcido hasta el fondo. Si el nivel de agua permanece tan bajo vamos a atrasarnos irrevocablemente con el trabajo. Hoy me sentía mal, hasta las moscas me sacaban de quicio. Jugando a los naipes, luego de haber ganado constantemente la noche entera, aposté todo a una carta, porque tenía una mano extraordinaria y saqué además la reina de corazones, una especie de comodín. Puse todo lo que tenía en los bolsillos, pero igual perdí contra Klausmann, que llevaba la banca. Eso lo consoló un tanto, porque hacía poco lo habían ido a buscar a su roca resbaladiza en el pongo a las tres de la mañana. Afuera flameaban a lo lejos rayos mudos, un signo de esperanza para nosotros.

El jefe de la policía secreta en Iquitos ganó a los naipes en una noche la mitad de una farmacia, un tractor y una fábrica de ladrillos. Como cuando se apuesta tan alto siempre hay en la mesa gente del Ministerio de Finanzas, cada uno de los jugadores funda enseguida una empresa y queda así casi exento de impuestos, porque el Estado peruano favorece impositivamente la fundación de compañías en la selva. Uno ganó en una noche trescientos sesenta mil dólares y pagó sólo una fracción diminuta en concepto de impuestos, porque con su novia, a la que recién había conocido esa noche, dio a luz sin vacilar a una Sociedad Anónima.

Hoy estalló la fiebre del oro dentro del equipo a través de Huerequeque, Paul y Laplace, que después de la película quieren lavar oro con máquinas sobre una plataforma flotante en la parte alta del río Santiago. Todos sueñan ahora con eso. Grandes mariposas alrededor de las lamparitas arrojan sombras precipitadas, tan grandes como si fueran de perturbados pájaros nocturnos. Mis pantalones volvieron de la lavandería con un grumo blando de papeles en el bolsillo, en los que me había anotado cosas importantes, pero estaban tan hinchados y amasados que ya no pude descifrar nada. Por la noche leí una revista de historietas en español, de color amarronado y formato pequeño. Unos pieles rojas habían atacado una barrera de carretas de colonos y lograban, gracias a su superioridad numérica, destrozar todo, entre otras cosas también al héroe de la historia, un joven guardabosques. Pero éste sólo había quedado inconsciente, le habían arrancado el cuero cabelludo pero sobrevivía porque lo rescataban dos cazadores. Más tarde, los dos que luchaban a su lado, cobardemente alcanzados por la espalda con flechas, perdían la vida. La lucha era necesaria porque la mujer del héroe sin cuero cabelludo había sido apresada por indios (eran omahas). Ella adelantaba sus rebosantes pechos de manera particularmente favorable en los dibujos, y el guerrero Oso Gris la obligaba al amor en su *tipi*. El héroe, que todavía no se había curado del todo, la rescataba mediante un truco de guerra, pero no quería tenerla de nuevo como mujer, porque no sabía si el bebé que esperaba no era acaso de Oso Gris. Después salía a la caza de cueros cabelludos, y tras catorce víctimas, era atrapado en una emboscada. Desde la estaca del tormento lo hacían mantener un duelo desigual con Oso Gris, en el que ambos se quitaban mutuamente la vida. La historia terminaba con los lamentos del cacique por la caída de dos valientes guerreros. Perro cobarde, le decía uno en la historia a un piel roja, vete al infierno, para enseguida recibir como respuesta, tras el éxito de su emprendimiento, una flecha disparada en el corazón. La serie de historietas se llamaba *Texas 1800*. La bella mujer llevaba siempre corpiños que redondeaban bien sus pechos. El sin cuero cabelludo llevaba siempre un sombrero y sufría horrendos dolores de cabeza, únicamente en la cama tenía puesto un vendaje. Una vez engañaba a tres indios cazadores con una cuerda-trampa camuflada. Entre las mujeres prisioneras había también una rubia pulposa, pero que hacia el final de la historia caía en el olvido.

Según me dijeron, las mujeres campa, cuyos hombres marcharon a la guerra, tomaron de la selva una planta con hojas negras que, cuando se marchita, les indica que los guerreros están en apuros. Hoy llegó acarreada por el río una flecha amehuaca, lo que fue causa de preocupación. Muchos botes pasaron hoy sin razón, destino u objetivo.

Camisea, 25/4/81

Todas las ramas que cuelgan sobre el agua niegan el movimiento del río. También las ramas deshojadas y sin corteza de los grandes árboles, que se atascaron en el fondo. Se tambalean y se balancean, cada cosa atrapada por la corriente, al ritmo de la propia fuerza o debilidad, algunas con premura, otras con pereza, algunas nerviosas; todas, sin embargo, como negando obligadamente.

Un grave pensamiento subió a través de mí y no me abandonó: que me perdí de construir una casa arriba de un árbol para mi pequeño hijo.

Algunos de los campas se ataron alrededor de la cabeza cintas para el pelo hechas de tiras cortas de negativos de 35 mm que deben haber agarrado de la basura, y hoy aparecieron también mujeres machiguengas del campamento grande con adornos similares, en este caso de 16 mm, que sólo pueden provenir de Les Blank. Pacho, que tenía un grueso rotulador, fue acosado por las mujeres y les escribió su nombre en el antebrazo: Elisa, Sonia, Asunción. Cuando filmamos hoy sobre el *Narinho*, el barco se deslizó hacia atrás en la curva junto a un banco de guijarros. No reaccionó con toda la fuerza porque habían retirado la carga para empezar pronto a subirlo por la montaña, y por eso la hélice estaba demasiado alta por encima del agua y no agarraba. Luego, con un impulso repentino, el barco giró y casi aplasta a los tres botes que estaban apoyados contra él, que no pudieron soltarse con la suficiente rapidez, y resbaló por el costado del banco de guijarros. Volaron ramas sobre la cubierta, se rompieron lianas, y nos deslizamos hacia un lugar muy poco profundo, donde el *Narinho* hubiera encallado, pero con el empuje de todos los botes se logró hacerlo retroceder hacia la curva, desde donde podemos arrastrarlo con malacates hacia la orilla del otro lado, donde

empieza el camino transversal por encima de la montaña. Durante estas maniobras volvieron de su expedición los botes con los guerreros, y en uno de ellos vi a un hombre que yacía doblado sobre sí mismo de una forma extraña, y por un momento creí que traían un prisionero, pero después la figura se irguió y era uno de los nuestros que había estado durmiendo. Más tarde, en el campamento de los indios, me enteré de que no habían hecho contacto con los amehuacas y tampoco habían encontrado más rastros. Contaron que, no muy lejos río arriba, habían visto en un sitio grupos de gigantescos zúngaros, todos más grandes que un hombre, pero que estaban demasiado profundo en el río para sus flechas. ¿No les podíamos dar dinamita, con la cual los peces serían fáciles de cazar? Les dije que la necesitábamos toda para la película.

Como entre los guerreros estaban los mejores tiradores y también los mejores atrapadores de flechas, hice que me mostraran lo que a veces hacen para entretenerse. Disparan una flecha contra un hombre y éste, saltando hacia el costado, agarra el proyectil en el aire con un manotazo fulminante. Hice que sacaran las puntas de las flechas, pero toda la cuestión no parecía especialmente interesante. Me había imaginado hacer algo con eso para la película, pero descarté la idea, que sólo era buena en mi imagianción. Se preparó mucho *masato* para festejar el regreso de los guerreros. Varias mujeres están masticando la yuca cocida y escupen la papilla en artesas. De la sola cantidad se puede deducir que habrá muchos borrachos en un futuro muy cercano. Ahora el contenido de las artesas está fermentando. Sentado a la mesa escuché en un *walkie-talkie* cómo Vignati, Laplace y treinta hombres se esfuerzan con cabos y malacates por llevar al *Narinho* hasta la otra orilla. Suenan urgidos, pues el nivel del agua cae, y si el barco no alcanza rápido el lado de enfrente, será demasiado tarde.

Camisea, 26/4/81

Paul se sintió mal ayer a la tarde, tenía la presión demasiado alta, y Parraga le dio dos inyecciones. Los brasileros hicieron una fiesta, para la que ya habían abrigado y alimentado durante horas un fuego entre dos gigantescos aros de madera que ardían por dentro. El pisco y la cerveza

pasaban de mano en mano, y colgaron un pedazo grande de un chancho recién carneado sobre las brasas. Después de un rato yo estaba bastante bebido y quemé por descuido mi vincha, que había estado empapada en sudor, y tambaleándome ligeramente abandoné el espacio que Zézé había delimitado con cuerdas y banderines de colores hechos de revistas de historietas. Me dormí sobre el correo que había recibido, pero me desperté varias veces por la algarabía y el fuerte griterío de afuera; en eso noté que la luz seguía encendida y que debía apagarla. Pero hasta las dos no junté la fuerza para hacerlo. Hoy a la mañana me levanté con resaca y me hice reproches. Walter llegó ayer con la noticia de que el *Huallaga* está más encallado que antes; a partir del lunes, él podría hacer llegar en avión unos cien campas más desde una Misión, además trajo de Atalaya, a través de Iquitos, correo que había llegado, revistas y víveres. La capacidad del avión estaba ocupada en su mayor parte con dos chanchos, y yo supongo que fueron traídos con vida, pero no quise preguntar detalles porque no quería que me quitaran la imagen de un pequeño Cessna con dos chanchos muy pesados abrochados a los asientos de pasajeros. Junto con la carga llegaron tres pavos grandes, uno de los cuales abre su abanico de plumas hacia mí, gluglutea y se comporta afectadamente excitado. Este pavo, este animal de mal agüero, es un albino puro, y así es como abre su abanico blanco, despliegas las alas, cuyas puntas se arrastran por el suelo, e hincha su plumaje. Me atacó bruscamente resoplando en varios simulacros de apareamiento, y me miraba con una estupidez tan intensa desde su horrible cabeza desteñida de azul lila con colgaduras ulcerosas, que resueltamente le arranqué una pluma de su cola desplegada. Ahora el pavo está ofendido.

Mis zapatos se deshacen debajo de mí. Mi ropa desaparece. El *Narinho* está encallado sobre el fondo en la curva, y su hermano gemelo, el *Huallaga*, descansa en el pongo sobre una isla creciente de guijarros. Lo bueno y lo malo tienen acá una escala: nivel de agua alto es bueno, más bajo, no. El Caterpillar necesita nuevos filtros para el combustible y aceite para la transmisión. Al diesel que suministran acá siempre lo mezclan con una parte de agua. Éste no es el final de nuestros exámenes. Estoy acá tan cerca de los fundamentos del mundo material, que hoy pensé que ya estoy familiarizado por completo con la muerte. Si muriera, no haría más que morir. Enormes hojas caen a plomo de la nada, como aviones.

Para redondear faltarían sólo un par de pterosaurios. Ayer estuve largo tiempo sentado sobre el suelo, abriendo cocos con el machete. La cáscara verde, que lo rodea como una nuez, me dejó en los dedos manchas marrones, de esas que no se pueden lavar, como tienen los que fuman en cadena. Anja preguntó qué hacía ahí y si le podía dar algunos cocos. Yo estaba sentado como un neandertal que abre cocos y sacaba la arena de la pulpa blanca, y pensé que hacía exactamente lo que podía hacer, ni más, ni menos.

Recién ayer me enteré, a través de las noticias detalladas de Lucki, cuán grave y complicada fue la operación de nuestra madre. Al principio trataron de mantener reducida mi inquietud. Miré largo rato mis medias recién lavadas y aún húmedas, sobre las que unas mariposas rayadas de negro y verde llevaban a cabo un ritual. Me metí debajo del cachete una bola amarronada y pegajosa de tabaco de mascar que Paul me había dado diciéndome que me haría bien por lo de mi madre, y como era el primer tabaco de mascar de mi vida lo sentí como un momento importante. Escupí jugo de tabaco de mascar desde mi galería y la mancha atrajo a una mariposa que ahora está sentada encima, las alas blancas con bordes negros, a su vez punteados de blanco, un blanco de hecho tan blanco y material que causaba dolor, y el negro tan negro y material como los pecados del Papa.

Para distraerme pensé en la primera vez que adiviné correctamente quién era el asesino en una novela policial. Era la historia de un tal Dr. Brixius, que llevaba a cabo un asesinato enviándole al hijo de la víctima un juguete, una especie de pistola espacial a través de cuya boca supuestamente se podía ver, apretando el gatillo y sobre una pantalla diminuta, una escena de una película de ciencia ficción. El Dr. Brixius sabía que el hijo de la víctima se hallaba en ese momento en un campamento de *scouts* en una zona pantanosa y, consecuentemente, asumió que el padre no podría refrenar su curiosidad. Así fue que la víctima se disparó a sí misma, porque el Dr. Brixius había manipulado el aparato y le había incorporado una pistola cargada. Muy pronto, tras pocas páginas, ya había divisado al Dr. Brixius como el verdadero asesino, lo que para una novela policial barata como ésa no era especialmente difícil.

Cuando llegué al campamento grande el *masato* casi se había acabado, y bajo un techo de palmeras bailaban machiguengas y campas al ritmo de la música de moda peruana del gramófono. David, el cacique, estaba ya muy borracho y me habló en quechua, me quería mostrar a toda costa que además de ashininka-campa también hablaba quechua. Después me instó también a que testeara sus conocimientos de aimara y de otra lengua indígena, y yo le aseguré una y otra vez que estaba muy impresionado. Muchos de los hombres llevaban pantalones que se ensanchaban abajo en forma de embudo y que estuvieron de moda hace diez años. Uno de los dos pequeños monos negros se abrazó al cuello de una de nuestras prostitutas de Iquitos. Me llamó la atención un tumulto y una exaltación en una de las chozas, porque escuché llorar a una mujer. Miguel Camayteri, el joven cacique, estaba acostado sobre una cama que se extendía a lo largo de toda la construcción, y apretaba en su puño la camisa de una mujer muy joven, también acostada. A todas luces la mujer no era suya, sino de otro. Ella lloraba. Contestaron mis preguntas sobre el drama con evasivas, que resolverían todo ellos solos, que me mantuviera al margen. El gordo padre dominico llegó volando desde Picha con algunos invitados y participó del baile durante media hora. En la selva encontré un árbol podrido con hongos raros creciéndole encima. Le pregunté al tractorista brasilero, y sin vacilar me dijo que para una nueva trocha necesitaría, trabajando día y noche, unos doce días. Me asusté hasta la médula. No llueve, y eso me inquieta mucho. K. se asó hoy, con ojos llorosos, una gallina sobre un fuego que echaba demasiado humo. Les Blank nos preparó el almuerzo con los calamares que llegaron en avión desde la costa, vía San Ramón. Sobre la arena de la orilla armé campos de prueba con miel, orina, polvo de lavar, cerveza y jabón, para ver qué es lo que más atrae a las mariposas. Se posan con frecuencia en cantidad extraordinaria atraídas por algo, y me gustaría sentar a Fitz en medio de un enjambre de ese tipo.

En un diario de hace dos semanas leí que en Miami un hombre no pagó la cuota vencida de su seguro y la computadora, que no lo toleró y se volvió loca, le envió dos mil quinientas advertencias a su casa.

Camisea, 27/4/81

Es previsible que nuestra situación empeore muy rápidamente por dentro y por fuera. Cuándo vamos a estar en condiciones de filmar de nuevo es cada vez menos predecible. El nivel del agua sigue bajando, de modo que los dos barcos están cada vez más encallados. Hoy a la mañana me desperté porque las tres jóvenes campa que lavan la ropa tiraban de la cadena constantemente por diversión.

En el afinado concierto de este mundo, las nubes, los lechos minerales y los humanos hicieron hoy lo suyo por igual y sin diferencias para sacar a la luz la naturaleza de la creación.

Preparativos para una escena nocturna en la choza de Miguel Ángel Fuentes, como si se encontrara en la trocha. Sólo tenemos que montar una baranda idéntica a la de la galería. Tomislav, el piloto, llegó desde Atalaya y trajo todo lo posible, sólo se olvidó de lo único decisivo, los filtros para el Caterpillar. El *Narinho* está pesada y sólidamente encallado sobre el fondo, el *Huallaga* lo mismo, el tractor no se mueve de su lugar, no llueve, el río desciende silenciosamente hacia niveles cada vez más bajos. Pero todavía podemos trabajar: choza de Fitz, Don Aquilino en el pongo, el principio del remolque del barco. Kinski anduvo conmigo con su disfraz por los platanales haciéndose fotografiar cientos de veces por Beatus entre las hojas frondosas. Luego ambos corrieron un par de metros más hacia el borde de la selva, donde K. apoyó ardientemente una mejilla contra un tronco y empezó a copular con el árbol. Cree que eso es especialmente erótico, él, el hombre de la naturaleza y de la jungla salvaje. Pero hasta hoy no entró ni diez metros dentro de la selva, y eso es parte de sus poses. Su traje para la selva, cortado a medida por Yves St. Laurent, es mucho más importante para él que la selva misma, y lo increpé sin razón cuando esperaba mi alegre aprobación acerca de que la selva era erótica. Yo no veo ningún erotismo, le gruñí, sólo obscenidad.

La pequeña Michaela cabalgó hoy sobre el pavo albino, sostenida por Gloria, su madre, y el pavo lo soportó con decoro. De un árbol cercano cuelga una tela de araña tejida tan fuerte y densamente que, como

una bolsa de tela para hacer las compras cargada de pesadas hojas podridas, en todo el tiempo que llevo acá no la arrancaron ni el viento ni la tormenta. En la selva encontré una planta de hojas carnosas, que siempre levanta hacia el cielo sus dos hojas superiores plegadas como para un rezo. Un zarcillo fino, de aspecto tierno como un helecho, se posa tan pegado a la corteza de los árboles, por las que trepa de forma delicada y estética y homicida, que varias veces pensé que estaba pintado con laca mate. Sobre las lianas crece el musgo; en los lugares nudosos, donde el musgo crece más denso, crece a su vez desde el musgo una planta de hojas como orejas de conejo: un parásito sobre un parásito sobre un parásito.

En la lluvia, que no llega, nuestra ropa queda siempre colgando de la soga. Un río, ya semimuerto, nació en la selva negra. El sol pasa las noches, como me dijo el «Comandante», yaciendo en un féretro. Junta, junta, junta. Junta palabras, amigo mío, pero terminar alguna vez de describir al fuego jamás se podrá. De la radio sólo salen silbidos eléctricos. Nuestros botes vagan por el Camisea.

Ayer, en la lancha rápida, uno de los barqueros puso sobre una fuente de cristal plana (estilo Woolworth tardío) un pedazo grande de manteca bajo el sol punzante del mediodía y lo cubrió con una hoja de una revista pornográfica, donde unos hombres de aspecto repugnante se apareaban con unas rubias asquerosas que curiosamente conservaban puestos sus bikinis. Vi que la manteca se derretía y que pronto se haría completamente líquida, y por eso corrí el plato a la sombra en la proa, pero en las dos paradas siguientes que hicimos durante el camino el barquero volvió a poner la manteca a pleno sol. La manteca es salada y proviene de latas que son exportadas desde Australia. No pregunté por qué el barquero ponía la manteca así tapada al calor, pero proseguí el silencioso duelo de la manteca a la sombra y la manteca al sol con muda y tenaz firmeza, hasta entradas las primeras horas de la nochecita. Con los últimos rayos de sol floreció en cuestión de segundos un árbol enorme con flores de un amarillo radiante, tan frondoso y tan amarillo como brillan las flores del borne. Fue tan rápido que las flores estaban ahí de pronto, como si hubiesen encendido una luz, e igual de rápido volvieron a apagarse.

Huerequeque encontró un pedazo grande de madera petrificada y me lo regaló. Hablamos de danzas de tortugas, de danzas de peces. La idea de que los peces bailan me deja pensando.

Camisea, 28/4/81

Cuando filmábamos sobre la galería de Miguel Ángel, un indio me dio un escarabajo enorme con una especie de cuerno bifurcado. Quería guardarlo para Burro y traté de matarlo de todas las formas posibles, pero resistía todos los ataques, y en consecuencia lo dejé respetuosamente en libertad. Alrededor de algunos de los cocos abiertos sobre el piso se entretejieron como algodón de azúcar finísimos hilos y tejidos de hongos, y vi una gran hormiga que estaba total y delicadamente envuelta en hilo blanco. Mirando mejor me di cuenta de que la hormiga ya no estaba ahí, que el delicadísimo tejido de hongo exterminaba todo y ahora había tomado por completo la morfología de la hormiga. Que no se trataba de una hormiga, sino de un algodón de hongo con la forma, el disfraz de una hormiga. El sutil e impiadoso asesino era delatado únicamente por un fino tallo y una sombrilla diminuta que crecían desde la base de la hormiga muerta.

El día se nos escapa en horrible inactividad. Detrás de la cordillera se cierne una tormenta que no llegará hasta nosotros. El sol brilla, nada se mueve, el río está verde y quieto. Las hojas que bajan tambaleándose de los árboles hacia el suelo sólo hacen que nuestro estado sea más definitivo. Desde las lejanas montañas vino planeando un águila a grandes alturas. Una enorme mariposa azul, con alas que parecían recortadas de chapas de palo santo, pasó mecánicamente encima de mi mesa, como manejada a los sacudones por hilos. Nadé río arriba hasta una pequeña «quebrada» sobre la otra orilla, pero di la vuelta porque había demasiados insectos picadores. Sobre aquella orilla encontré, en la maleza, amarronado y confundido en la arena, un pedazo de negativo que el río decteciente había puesto al descubierto.

Un hombre pide en una cafetería de Viena un café *sin* crema. Crema no tenemos, le dice el camarero, ¿no podría ser un café *sin* leche? Un

hombre pide una heladera en un centro comercial de la RDA. Está equivocado, le informan, donde no hay heladeras es en el negocio de enfrente, aquí lo que no hay son muebles.

En las oficinas del Estado se agrede al papel indefenso.

Camisea, 29/4/81

Ayer a la tarde, alguna esperanza, porque hubo tormenta a lo lejos, de que pueda subir el agua del Camisea o del Urubamba para que liberemos a uno o a los dos barcos. Después llovió incluso en nuestro campamento, y nos dejamos llevar por juegos de cartas descabellados, en los que sueldos semanales enteros cambiaban rápidamente de dueño hasta ser recuperados. Pero hoy a la mañana reconocí enseguida por el color del río que nada había cambiado, el Camisea había crecido apenas veinte centímetros.

José Lewgoy tenía que llegar hoy a través de Pucallpa, pero se nos perdió en algún lugar del camino. Por lo visto ya había llegado a Pucallpa, voló después hacia Atalaya, pero a partir de ahí la visibilidad en el tramo siguiente estaba tan cerrada que el piloto se negó a seguir transportándolo. Lewgoy voló entonces al parecer hacia Satipo, pero nadie puedo confirmármelo.

Hoy a la mañana encontré los hongos arbóreos que descubrí hace poco en la selva y que había puesto sobre mi galería, agujereados por pequeños escarabajos marrones, tan limpia y prolijamente que era como si lo hubiesen hecho unos taladros mecánicos. Como por lo visto recién habían empezado con su trabajo, los escarabajos todavía alzaban en el aire sus lisos y brillantes culos marrones. Saqué por el trasero a uno de los perforadores, cosa que lo puso de muy mal humor.

Los sueños de extraer oro han alcanzado, entretanto, una nueva dimensión. Las fantasías giran actualmente en torno a una única pepita, un único pedazo del tamaño de un chancho adulto. Paul me dijo que se construiría inmediatamente una balsa fuerte, primero pintaría el botín

de negro y después al diablo con todo. Hablamos de la posibilidad de encontrar acá también, similar a la madera petrificada, un río entero petrificado. Se lo reconocería en que las hojas caídas de los árboles estarían congeladas en su superficie y no se moverían. El agua estaría compuesta por diamante, y los arroyos que desembocaran en su curso se habrían solidificado en piedra semipreciosa marrón rojiza. Veíamos al río de diamante en su gran calma atemporal. Maureen comió cangrejo y con él una bandita elástica que, luego de que cayera por descuido en su plato, no había reconocido debido a su color. Una vez que has degustado esa exquisitez, le dije, no vas a volver nunca más al cangrejo. También votamos si ciertas prácticas olvidadas como la cinchada, el salto en largo de parado y la carrera de tres piernas deberían ser restablecidas como disciplinas olímpicas. En los Juegos Olímpicos, seguramente de Estocolmo de 1912, las parejas de corredores se ataron con correas las pantorrillas el uno al otro y corrieron así, con tres piernas.

Con Laplace hay un gran problema: me llevó a un costado y me dijo que W. se peleaba constantemente con él y que así no podía seguir trabajando, que se quería ir. L. dice que quiere aplanar tanto la cuesta que sólo quedaría una caída del doce por ciento, lo que la haría verse como una brecha en el terreno de un istmo. Le dije que no lo iba a permitir porque de esa forma perderíamos la metáfora central de la película. Metáfora de qué, me preguntó. Le dije que eso no lo sabía, sólo que era una gran metáfora. Quizás no era más que una imagen que dormita en todos nosotros, y yo soy apenas aquel que la pone en contacto con un hermano al que todavía no conoció.

Hice vestir a El Tigre y a Quispe para la escena en la barraca de caucho. Quispe pasa por mi choza casi todas las tardes, al principio con cualquier tipo de excusa, ahora sin disimulo con un único fin: me quiere comprar un motor de lancha rápida de cincuenta caballos de fuerza, para lo cual no le alcanza del todo la plata. Traté de explicarle que, incluso si le regalara el motor, no lo haría feliz, porque a más tardar cada dos semanas se le rompe algo, y con la cantidad de arena que hay en el agua la refrigeración se le va a obstruir con mucha frecuencia, cada dos o tres días. Además, seguramente sería muy difícil para él conseguir repuestos, si hasta para nosotros, con toda nuestra organización, es un asunto de

proporciones pedirlos correctamente a Miami y luego hacerlos pasar por la aduana. Traté también de señalarle cautelosamente que, aparte de quechua, él sólo habla un español bastante escaso y que en Miami el quechua no se entiende. Pero el motor sigue siendo el anhelo de Quispe, con el que sueña resuelta y obstinadamente. Hasta hoy nunca pudo explicarme el fin que persigue con el motor, y sólo una vez me insinuó vagamente que pensaba abrir una ruta comercial en el pongo. Aun cuando eso no tiene sentido y carece de toda viabilidad económica, me siento comprometido, y al final de nuestro trabajo voy a darle el motor como un sueldo semanal simbólico.

Camisea, 30/4/81

De madrugada filmamos una escena grande que escribí deprisa ayer a la noche. Lewgoy llegó después de una odisea considerable, pero está de buen ánimo. Actuó los últimos ochos meses de abuelo bueno en una telenovela brasileña y me dijo que esto le parecía un renacer. Con él llegaron cuatro filtros para el Caterpillar que mandó Gustavo, pero enseguida comprobamos que son los mismos que ya mandó equivocadamente una vez. W. dejó entrever hoy con cautela que el *Huallaga*, que está encallado en el pongo, probablemente pueda ser liberado recién con la próxima temporada de lluvia. Se supone que la tripulación puso mal un malacate y toda la estructura de hierro fundido se hizo pedazos.

Subí por el Camisea con El Tigre y veinte campas; en un segundo barco grande teníamos preparadas cortezas de pona y techos de palmera para armar el campamento de los trabajadores del caucho. Sobre el próximo banco de arena arriba de nuestro campamento vi un caimán bastante grande, con seguridad de dos metros y medio de largo, y Mauch, aunque también lo vio, se negaba a creer que fuera un caimán y no un pedazo de madera acarreado por la corriente. Hice girar el bote para dirigirlo hacia el banco de arena, y entonces el caimán se deslizó velozmente dentro del agua. Ya en el siguiente banco de arena vimos uno más, que parecía un poco más grande todavía. Hablamos de Nueva York, donde varias veces se encontraron cocodrilos en la cloacas, traídos

por gente de Florida que los tenían en la bañadera como animales domésticos, pero que cuando crecían demasiado se deshacían de ellos por el inodoro. Algunos de los animales se habían hecho relativamente grandes porque al principio se pudieron alimentar de ratas, y más tarde de limpiadores de alcantarillas, como agradablemente supuso Mauch.

Historia de los chicos que quieren probarse mutuamente su valor: todos (son seis hermanos) apoyan sus cabezas sobre las vías al escuchar que se acerca un tren, pero de tal forma que sus caras miran para el lado opuesto a la llegada de la máquina. Gana el que deja la cabeza más tiempo sobre las vías. Lo que pasó fue esto: ninguno de los chicos, ni uno, sacó su cabeza de las vías, pero el atento maquinista logró frenar el tren justo a unos metros de ellos. Historia del amigo de infancia de Sepp Mosmeir, en el sur tirolés, que se trepó a un mástil y tocó un cable de alta tensión sobre un terraplén. Fue sacudido durante unos minutos, se quemó y se carbonizó completamente por dentro, pero su mano quedó agarrada al cable. Por último se cayó, y lo más horrible, el acontecimiento que nunca más se le borraría de la memoria, fue el sonido, el tono, con el que su amigo pegó contra la piedra del terraplén. Sus huesos estaban carbonizados, por lo que crujió y restalló como si hubieran tirado una bolsa de carbones. Historia del hincha de fútbol que hizo el juramento de que cruzaría de noche, haciendo equilibrio sobre la baranda del puente sobre el río Rhin en Colonia, si su equipo no descendía. La policía lo bajó de la baranda poco antes de que cruzara por completo el puente y lo llevó a un manicomio, donde estuvo largo rato convenciendo a los médicos de que no era un suicida.

Camisea, 1/5/81

Un día para el rápido olvido. Filmamos sin una idea clara; parado sobre un montículo de tierra me peleé con W.; Mauch conspiró contra W.; llegaron noticias confusas desde el laboratorio en Nueva York; ataque de rabia de Kinski; Gloria huyó de W., dejó el campamento temprano a la mañana junto con la hija, pero volvió a la tarde; tiré mis zapatos, que igualmente ya estaban en proceso de disolución y desde hoy ando descalzo, como cualquiera que vive acá un tiempo.

Camisea, 2/5/81

A la mañana hablé con Lucki por radio. La conexión era más clara que nunca, probablemente porque no hay ninguna interferencia por tormentas. Lucki llegará el martes.

Quispe duerme sobre la litera de Don Aquilino, hecha de lianas trenzadas. K. se hace fotografiar por Beatus, maniáticamente, durante horas, rollo tras rollo. El humo de los fuegos sobre los que giran los fardos de caucho sube hasta las copas de los árboles. El pavo blanco hace la ronda por la selva. Un hombre vino caminando por el follaje húmedo, ubicando cuidadosamente sus pasos. Los árboles sangran blanco. Las lianas se han tejido en trenzas y cuelgan unidas de la copa del cielo. La selva atenúa la tonalidad de las conversaciones, todo se hace más tranquilo, más despreocupado. Una mariposa grande planeó como un águila. En el teatro de la selva los espectadores siguieron aplaudiendo dos días después de que cayera el telón. Tendí un anzuelo inmenso, esta vez no para peces, sino directamente para caimanes. Nuevamente no pude grabar sus gruñidos nocturnos, sus horribles llamados. Hoy la selva hizo todo silenciosamente. Amasé una pelotita con un pedazo de piel de caucho recién fundida que da saltos excéntricos. Mis manos y la pequeña pelota huelen intensamente a anguila ahumada. Huerequeque me trajo una liana que lleva el nombre de «clavo huasca» y tiene el tamaño de un brazo. Esta liana está construida de un modo extraño, tiene seis u ocho segmentos de madera oscura y clara, como cuñas de una torta cortada. Las partes cuneiformes y oscuras se pueden quitar en tiras, y el sabor es delicioso, el aroma completamente desconocido, similar tal vez al de la madera de sándalo. Con esto se condimenta el pisco, mezclándolo con una cucharada de miel.

Después del trabajo Lewgoy se enfureció con Kinski, que estuvo hecho una peste, pero me parece que parte de la cuestión encubre el hecho de que Lewgoy tiene problemas con el aprendizaje de los textos. Mientras él se alteraba, yo me saqué una espina del pie con una aguja y estaba tan concentrado y sereno, que de pronto mi serenidad se le contagió.

Camisea, 3/5/81

Ella, la tierra, yacía ahí, como un campo recién labrado. Parados sobre la pradera humean unos caballos felices, era aún bien temprano por la mañana. En la ciudad, los mirlos del parque estaban muy ocupados. Las cosas no dichas aguardaban pacientemente, por el momento. De mi caña de pescar no colgaba nada. Los frutos podridos eran asediados por bellas mariposas. Un médico auxiliaba a una gallina decapitada. Unos chicos levantaban de la calle un erizo atropellado, que estaba completamente liso y seco por el sol como un pergamino. Tras días y días de fatigosa caminata por la selva, unos investigadores se encontraron con un viejo y desgastado neumático de auto que estaba apoyado contra un árbol. El barquero vacía la lancha con movimientos uniformes, lleno de una mecánica melancolía. Para una película un caballo fue conducido, acompañado por una antorcha, por las catacumbas bajo la Villa Borghese, en Roma. En la Grecia antigua había dioses que tropezaban, con frecuencia también se reían; uno hacía trabajos de herrero. Un solitario que daba la vuelta al mundo en velero hizo crecer berro sobre una manta de fieltro enmohecida.

En medio del movimiento el hombre se detuvo, el arma se le cayó de la mano con lento estrépito, su mirada se clavó en la lejana montaña de su desgracia, luego se desplomó, alcanzado por la bala, aferrándose de algo imaginario en el vacío delante suyo, o más precisamente: como si se aferrara con un lento gesto a la vida que se le escapaba hacia un vacío imaginario, cayó en lo definitivo de su final.

Un hombre viejo, el único y último que vivía en la isla sacudida por el viento y alejada de la costa tormentosa (sólo de vez en cuando el barco-correo le traía cebollas y harina), murió una tarde con la incidental naturalidad de todas las cosas acá afuera. En la caña de pescar del muerto se encontró, días más tarde, un pez muy grande.

Camisea - Satipo - Camisea, 4/5/81

No tenía bote y me fabricaba rápidamente con lianas un anillo grande, que flotaba bien y sobre el cual podía pararme y avanzar con una vara por

el río. Había otras personas conmigo, que me seguían sobre barcazas minúsculas, hechas apenas de tres troncos de balso unidos. Cuando llegábamos a Shivankoreni, se nos venía encima una niebla fría, como de una explosión, remojada, rodando; como si un glaciar nos tosiera, nos jadeara en la cara. Detrás venía un ronco y profundo traqueteo de canto rodado y roca pesada. Después veía que se acercaba rodando hacia nosotros una pared de agua de unos dos metros de alto, marrón y barrosa, me levantaba en mi anillo y me arrastraba a un lado, hacia una «chacra» donde habían plantado maíz. Pero esto era sólo una especie de preaviso de una pared mucho más alta de espuma blanca y revuelta, que se había disparado, como impulsada por una explosión, a través del cauce del río. Alzados por nuestros materiales livianos lográbamos salvarnos. Una vez arribados a Shivankoreni, que se encontraba elevado por encima de la orilla, pero que igual había sido arrollado por la marea, veía a toda la gente buscando a los chanchos que el agua se había llevado consigo.

Para las tomas de ayer en el pongo subimos a Lewgoy junto a las cataratas sobre la saliente de una roca, lo que resultó tan difícil como subir un piano. Paul viajó con nosotros y, de camino, se hizo bajar con un par de hombres sobre el banco de arena, para enterrar del todo al muerto que seguía revolviéndose en la superficie. Quería dar una sepultura decente al osado nadador que a fin de cuentas había cruzado, había vencido al pongo.

Los de la tripulación del *Huallaga*, que está encallado del todo, me notificaron sin ningún intento de disimulo que estaban casi seguros de que podrían sacar el barco a flote recién en noviembre, con la próxima temporada de lluvia. Hasta entonces lo más probable es que el nivel de agua no crezca en forma significativa, a no ser que llueva dramáticamente. Pero no hay ni sombras de eso. Hace días que el cielo está despejado durante el día y estrellado por las noches.

Ayer a la noche Zezé quería grabar ambiente de sapos croando y eligió para eso un rincón tranquilo. Al final se plantó en la pequeña bahía junto a mi choza e iluminó con su linterna alrededor. En eso la miraron bien de cerca los tranquilos ojos ardientes de un caimán grande, y ella huyó gritando hasta el otro extremo del campamento.

Empezó el tiempo de las golondrinas blancas. Una gallina achacosa buscó la compañía de nuestro pavo; duerme siempre en el piso, acuclillada sobre su sombra. De chico leí una vez, en un libro sobre los germanos, que una mujer joven partió a pie en un viaje largo, para lo que se ató un *eficiente* pedazo de corteza de haya como sandalias. Eso es lo único que retuve de todo el libro.

Mauch y yo queremos volar hoy hacia Satipo para mirar pruebas, al menos una pequeña parte del material filmado, a fin de no estar del todo en la incertidumbre. El avión, que también debe buscar nafta allá, voló raudo hacia Sepahua para buscar algo más, pero hace horas ya que no aparece. Esperamos en la iglesia, cubierta con un techo de chapa acanalada que cruje y crepita por el sol. Las golondrinas pasan cerca, sin sonido. Ha comenzado, irrevocablemente, una nueva estación del año.

En Satipo nos arrojaron sin previo aviso dentro de un mundo extraño y desagradable. La ciudad es el último y más desmoronado puesto fronterizo de la civilización. Nos llevaron a la repugnante casa del dueño del cine, que estaba llena de chucherías de la cultura de las mesas ratonas. Había un barrilcito polvoriento y vasos para aguardiente colgados de una guitarra de plástico, un pato de plástico verde, audaces ceniceros y hasta un teléfono. La guía telefónica local tiene unos veinte números. Una mujer gorda y asquerosa, que sacó fajos de plata de una bolsa de plástico tan vieja que se había vuelto opaca y los contó sobre la mesa, nos exigió (mientras seguía contando) treinta mil soles por proyectar las pruebas, y después de un largo regateo hice que bajara a diez mil. La proyección fue lo más original que vi en mi vida: el formato estaba mal, a la izquierda faltaba como un cuarto de la imagen, la mayor parte corría invertida de lado, totalmente fuera de foco, y el brillo disminuía con tanta frecuencia que sólo con esfuerzo se reconocía algo. A todo esto, y a pesar de que grité varias veces hacia la cabina, el proyectorista luchó hasta el final para sonsacarle sonido a las pruebas mudas, y así es que sus denuedos no terminaban nunca, y caían sobre nosotros como chisporroteantes crujidos eléctricos que nos corrían por la médula. Distraído por una banda de sonido inexistente, el proyectorista tampoco se dio cuenta de que en la ventana de proyección había quedado atrapada el ala de un insecto, probablemente la de una libélula,

que la mayoría de las veces ensombrecía la mitad del cuadro. De todas formas, con un poco de fantasía pudimos hacer deducciones acerca de la película.

En el viaje de vuelta, Tomislav me instó a que yo manejara el avión un rato; fue una linda sensación. Debajo de mí, en la selva, vi el corte profundo de una quebrada con una catarata, que de seguro caía más de cien metros y desparecía en un embudo de árboles gigantescos. Todos los ríos tienen bajo nivel de agua: el Tambo, el Ene, el Perene, el Pangoa, el Satipo, el Picha; es innegable que la época de lluvias ha pasado. De vuelta sobre la selva, la gente de Satipo me pareció como vómito, horrible, pérfida, depravada, como si una ciudad del altiplano no hubiera tolerado más lo que en ella estaba podrido y lo hubiera mandado a la selva. De regreso en Shivankoreni, cosa que ya no podía esperar más, un ser alado me voló directamente dentro de la oreja como un proyectil, sentí que sus alas eran de metal y rotaban como una cortadora de césped que quisiera perforarme el cráneo. Cuando se alejó y pude escuchar normalmente otra vez, oí a los sapos afuera, probando la noche. ¡Que la noche se cuide de mí!

Camisea, 5/5/81

El día empezó soñoliento y depresivo. Paul vuela a Iquitos para firmar con los buscadores de petróleo un contrato sobre el uso de su barco como flete. Por la noche, sin que nadie oyera nada, bajó un enorme desprendimiento de tierra por la trocha donde estuvo trabajando el Caterpillar, que arrastró a todos los árboles del borde superior. En algún momento indeterminable del sonido nocturno sentí en mi duermevela algo que hizo oscilar ligeramente mi hamaca, y tuve la sensación de que la tierra temblaba y vibraba apenas. A la mañana los peces en el río se comportaban de otra forma, saltaban ininterrumpidamente en la superficie. En realidad no hace falta que enumere los ataques de rabia de K. Durante la filmación, sin embargo, estuvo tan bien que asustaba.

Camisea, 6/5/81

Durante el rodaje nocturno en la choza del cacique, un indio con overol de mecánico se metió hacia el final dentro de la escena, la mejor que teníamos, pero creo que fue tan tarde que ya no tiene importancia; quería pedirle a K. un cigarrillo. Relámpagos mudos restallaban a lo lejos, y todos nos quedamos despiertos hasta tan tarde que la lluvia y los rayos terminaron alcanzándonos. Por la mañana me desperté y supe de inmediato, por su tonalidad, que el río había crecido. Subí alarmado, pero enseguida vi que con la primera luz, y con el agua que había subido lo justo, Vignati había puesto al *Narinho* a salvo en la orilla correcta. Por un breve instante la naturaleza se portó bien con nosotros. El Urubamba en cambio no creció, ahí no hay casi esperanza.

Lucki llegó con Walter de Pucallpa. Verlo a mi hermano me puso fraternal. Trajeron dos prostitutas de Iquitos, que reemplazan a las dos de acá. Noticias y correo de nuestra madre, de Burro una historia de aventuras sobre un río de oro en India. Por lo demás, noticias desalentadoras. Lucki trajo un casete con la grabación de *Ernani* que hizo tomar en una ópera en Italia. Hoy me costó hablar y fui saltando entre oraciones a medias, como quien avanza a los saltos entre las piedras resbaladizas de un arroyo.

Camisea, 7/5/81

Huerequeque estuvo toda la mañana afilando su machete sobre una piedra lisa y no decía nada. Una de las señoritas de Iquitos tomó su desayuno frente a mí, igual de muda. Ayer por la tarde un enjambre de hombres se había concentrado a su alrededor con suma cautela, los conductores brasileños de los tractores, algunos barqueros, también se vino El Tigre, vestido con una camisa planchada, la primera que le vi puesta jamás, dijo que quería visitarme pero después de algunas cortesías se dedicó rápidamente a su verdadero objetivo, la mujer. El río está bajo, pero teñido de marrón. Pájaros raros gritan en la otra orilla. Un cocodrilo pasó flotando, panza arriba, todo blanco, las cuatro patas estiradas. El tractor no funciona, esta vez lo que está roto son algunas mangueras de la hidráulica. Una tiesa tranquilidad echó profundas raíces en el campamento, lo

tiene aferrado como con un puño. Bien lejos en la selva trabajan las motosierras. Cada vez se hace menos eludible tomar la decisión de trasladar el trabajo por un rato a Iquitos, porque acá necesitaría demasiada preparación hasta que podamos rodar en serio otra vez. El transporte de gente y material nos haría perder unos cinco días, pero el verano baja acá sobre nosotros con espadas dirigidas lenta e inevitablemente por una mano desconocida. Ligera bruma sobre la tierra, rellena de los gritos de los animales.

Me asusté de la cantidad de dinero que ya gastamos, y W. no podía creer los números que nos mostró Lucki, porque perdió noción del contexto. Griterío hoy durante la filmación entre él y K., después de la cual Miguel, el cacique, hizo algunas insinuaciones oscuras sobre K., a quien odian todos los campas. Miguel me dijo que yo seguramente había observado que durante estas descargas de rabia, su gente se acuclillaba toda junta en silencio, pero que no debía creer que ellos tenían el más mínimo miedo a los gritos del loco, más bien tenían miedo de mí porque, expuesto al rabioso, me quedaba siempre completamente tranquilo. Después del trabajo me llamó la atención que algunos de ellos abrieron con machetes y un palo en punta un árbol grande y mohoso, que debe haber estado tendido desde hace años. De las profundidades de la madera descompuesta sacaron gusanos grasosos, blanco-amarillentos, de mayor tamaño que los gusanos blancos, con cabezas oscuras y fuertes, que se enredaban en sus manos; los sorbieron haciendo ruido, como se sorben las ostras, y de pronto se me acercaron, y antes de que pudiera darme cuenta ya tenía a modo de regalo tres de estos seres retorciéndose y enredándose en mi mano: debía degustarlos, me dieron a entender, mirándome con intensidad y satisfacción. Luché por un momento con mi civilización, pero luego me decidí a comerlos. Deben saber muy bien si se los posa brevemente sobre las brasas, y deben tener valores extraordinarios en proteínas y grasas.

Camisea, 8/5/81

Hoy a la noche K. durmió poco, porque sobre el gran puente colgante de lianas que se bambolea cerca de su choza se fornicó de la forma más

ardiente. Una de las señoritas de Iquitos eligió la oscilante pasarela como un lugar especialmente apto, reía y bromeaba con sus clientes, y después empezaban los jadeos y los gemidos, y el puente se bamboleaba y crujía. Evidentemente a H.P. le contagió de paso una gonorrea. Padre, gordo dominico mío, que tan decididamente recomendaste las señoritas, con gusto renunciaría a los ojos de grasa en la sopa, al pan que es partido, pero por favor, ¡devuélveme mi incredulidad! Hoy no miré a Dios. De todas maneras, según las estadísticas, el ochenta y cinco por ciento de todas las especies existentes son escarabajos y algunos insectos, ¿qué lugar nos queda a nosotros en la escala de aprecio del Señor?

Camisea-Pucallpa, 9/5/81

Para mi gran sorpresa, lo primero que encontré hoy a la mañana fue una oveja balante con mucha lana sucia que se me acercó desde la selva, y pensé si no se trataría del apéndice hecho de sueños de una mala noche, en la que me mantuvieron en pie confusos sucesos con botes que se soltaban. Después me percaté de que Julian ya afilaba su cuchillo contra una piedra plana a fin de abrir otra oveja recién sacrificada. A esa oveja le habían cortado la garganta sobre un tronco, y la que aún vivía miraba de cerca y no sabía bien si debía permanecer junto a la camarada, hacia la que se sentía atraída, o si debía huir. Así es como huía sólo un par de pasos, reconociendo el peligro en la sangre rojo claro del piso, pero por falta de comprensión y por un destino ajeno imperante, estaba consagrada a su destino.

Trabajo sobre el *Narinho*, que hicimos andar cuidadosamente de un lado al otro cerca del campamento. Después la curva lo hizo retroceder y encalló sobre el banco de arena en el margen correcto del río, desde donde lo queremos remolcar por sobre la montaña. Por la noche, algunas golondrinas excitadas, que en la oscuridad se habían metido equivocadamente bajo el techo de la cocina. Jugamos a las cartas, y yo pensé en el héroe de mi historia, que entraba en la alcaldía, destrozaba una puerta e irrumpía al galope en medio de una reunión de sus enemigos, a los que, sorprendidos como estaban, cubría con una lluvia de balas, hasta que se le vaciaban las Colts. De ahí en más estaba considerado como fuera de la ley.

Pucallpa-Iquitos, 10/5/81

Niebla a la mañana, buitres sobre el techo del Hotel de Turistas que, recién inaugurado, avanza a buen paso hacia el abandono. En la pileta, que nadie usa, ondea papel, el agua está verde de suciedad y en el fondo se fijaron algas amarronadas. Sobre los peldaños de la escalerita se asentaron grandes escarabajos flotantes.

A un taxista molesto del aeropuerto de Pucallpa le regateé por cinco mil soles un viaje al Vaticano. De tarde, porque los pilotos no seguían volando, fui a comer con Mauch y Paul, donde nos encontramos con los amigos de Paul, Marcel, el cónsul belga de Iquitos, y Felix, el mecánico alemán de Aschaffenburg, ambos marcados por décadas de Amazonia, ambos los estafadores más grandes que uno se pueda imaginar. Igual no recuerdo haber visto nunca a nadie de tan buena risa como el belga. Paul dice que fue presidente del club de tenis de Iquitos, pero como en Iquitos no hay canchas de tenis, trato de traducir club de tenis por algo así como cartel de drogas, en todo caso Marcel malversó algunos millones y por eso se evadió hacia Pucallpa.

Iquitos, 11/5/81

Cumpleaños de Vignati. Rodaje en el taller de fundición, después Kinski sobre el campanario. Lucki, Klausmann, Beatus y Raimund llegaron acá recién a la tarde a través de Atalaya y Pucallpa. Faltan muchas cosas, pérdidas friccionales por la mudanza.

Iquitos, 12/5/81

Porque dentro del círculo ya no podía respirar, pero fuera del mismo estaba perdido...

...y para no quedar como un asocial por asesinatos en el fondo necesarios e inevitables...

Iquitos, 13/5/81

Asocial. Los chicos metieron a la gata dentro de la centrifugadora y la encendieron. La gata sobrevivió. Después de eso ya no fue sociable.

Alrededor de los pilotes de mi casa hay agua negra; los bananos decaen, cardúmenes de pequeños peces del tamaño de un dedo con gruesas cabezas se aprietan cerca de la superficie y se pelean por mi escupitajo. Hasta mi choza conduce ahora un puentecito de tablas, sobre el que hay casitas de caracol vacías y pequeñas cáscaras de almejas de color marrón oscuro a rojizo. La escalera es nueva. Encontré todo como lo había dejado, sólo que tan polvoriento como si hubiera estado años ausente. Alrededor de mí hay ahora pájaros y animales completamente diferentes, y en el lago cubierto de árboles y arbustos: gavilanes (una especie de águila), garzas, grandes halcones. Graznan de forma peculiar, vuelan delante de mí hacia el ramaje deshojado, pescan caracoles del agua y los abren sobre mi puentecito. Los sonidos nocturnos permanecieron todos iguales, pero a la mañana, al levantarme, me encuentro en un mundo nuevo.

Lucki dejó Camisea un día después de mí y el *Narinho* ya estaba del todo fuera del agua, entronado sobre el banco de guijarros; se puede andar a pie a su alrededor, como si lo hubiera elevado una montaña misericordiosa. Entraron en el depósito del vestuario de la calle Putumayo, a pesar de que Franz y Gisela duermen ahí, y se llevaron dos máquinas de coser. Los ladrones tomaron ron, dejaron las botellas vacías y orinaron en el piso. También se llevaron algunas prendas. Enfrente de nuestro cuartel central sobre el Nanay, por suerte recién después de que finalizara la jornada en la fábrica del lugar, hubo una tremenda explosión de una caldera, que hizo volar en pedazos al único vigilante nocturno que había quedado allí. Un pequeño pedazo de él aterrizó con un chasquido y llenó de sangre nuestra galería. Inmediatamente después de este acontecimiento espantoso, la vecindad entera buscó refugio en nuestra oficina, porque pensaban que habían tirado una bomba desde Ecuador, que la guerra había empezado nuevamente y que nosotros teníamos datos y ofrecíamos una protección transitoria. Una mujer vieja se había armado con un machete y quería defender a sus nietos con eso. Claire, a la que

se le voló nuestro télex de las manos durante la explosión, repartió chicles sumida en el desconcierto, y así calmó un poco los ánimos de la muchedumbre trastornada.

El viejo *Narinho*, el modelo para el *Narinho* del Camisea y el *Huallaga* del pongo, está tapado de agua hasta la segunda cubierta y fue horriblemente desmontado por ladrones de la vecindad: casi no quedan estructuras ni cabinas. Contratamos a un hombre para que localice los fragmentos en las chozas de alrededor y vuelva a comprarlos. Hace poco, mientras buscábamos un nuevo bar para el enrolamiento de la tripulación, porque el escenario que teníamos hasta ahora está bajo el agua, uno de los clientes le dijo a otro la peor de las ofensas, «su madre», para colmo en el Día de la Madre, lo que desencadenó inmediatamente una pelea ritualizada con taburetes volando por el aire y otros clientes tratando de separar al ofensor y al ofendido. Contraté a los dos como extras cuando rápidamente volvieron a tomar cerveza, ya reconciliados. Un enano sin dientes incisivos también quería participar de la película.

Huerequeque encontró en la selva el asiento abollado de un helicóptero caído y lo trajo a modo de reliquia, por así decirlo. Durante el vuelo entre Camisea y Pucallpa vi cómo se abrían en el oeste, hacia las montañas, nubes dramáticas como no había visto nunca. En la selva se encendían de dorado grandes cintas de río y en el cielo se sucedían todas las mitologías del fin del mundo. En algunos lugares caía la lluvia y surgían arco iris duplicados, el cielo llameaba en toda su extensión, y en las nubes tenían lugar batallas en las que los rayos caían a tierra como espadas. Los bordes de las nubes más lejanas ardían como minerales coléricos en ebullición, rodeados de elevadas montañas negras, sobre las que, a su vez, brillaban sangrientamente montañas de nubes rojas. Tormentosos, resplandecientes, antediluvianos, unos signos de luz pasaban sobre la selva, arrastrando consigo veladas estelas de oscura lluvia amarillo-anaranjada. Todo se transformaba más y más en algo encantado, el horizonte centelleaba con el loco pulso de la belleza. La noche inminente tiró todo abajo. La última resistencia contra la oscuridad fue espantosa y sangrienta y escalofriante, en la más profunda lejanía las montañas de nubes se deformaron convulsas. El último sol hurgaba en torres de nubes heridas y sangrantes. Luego, veloz, todo se extinguió. En

la oscuridad llameaban sin pausa los relámpagos. Yo apenas si respiraba, sabiendo que acaso ningún hombre había visto nunca algo así.

A continuación ocurría lo siguiente: me estrellaba con un avión monomotor en la selva, pero sobrevivía sin mayores heridas. En el taxi a la ciudad, que súbitamente resultaba ser Nueva York, le mostraba al chofer un gran avión que pasaba rasante sobre nosotros rumbo al aeropuerto. Atrás, desde el empenaje, arrastraba una fina cinta de humo oscuro por el cielo, sobre los edificios, y cuando entendía que ese día yo me había estrellado y que ahora viviría mi caída como espectador, la parte trasera del aparato se soltaba de un tirón, aunque lograba seguir avanzando en línea recta. Salían volando grandes pedazos de aluminio, el humo se tensaba, maligno y negro, como tirado por una cuerda, y el avión se inclinaba ligeramente hacia abajo. Por un breve momento veía desde una posición más elevada, probablemente desde otro avión que se encontraba en la cola de espera para aterrizar, cómo se soltaba la mitad posterior del techo de la cabina. Veía a los pasajeros en fila sobre sus asientos, rígidos por el susto como estatuas de sal. De la parte trasera se descolgaban tiras sueltas de aluminio, agujereadas para hacerlas más livianas, como los volantes de los autos de carrera. Había un pasillo transversal para las azafatas y los baños, y dos hombres estaban apoyados contra la pared a resguardo del viento. A uno le faltaba el saco, pero llevaba camisa y corbata. En el breve, horrible momento en que los veía, se aferraban a la pared; detrás de ellos, el avión estaba cortado. Después veía a un hombre joven, cuya rubia pelambre era alborotada por la enfurecida corriente de viento. Se quitaba de un tirón los zapatos, y yo veía cómo trepaba hacia los puntales y las cuadernas que sobresalían sueltos en la parte trasera del avión, que ahora ya caía a pique sobre los edificios. Él no quería precipitarse hacia la muerte paralizado en su asiento como los otros. Por los pocos movimientos que yo podía ver, su decisión era del todo clara. La corriente de aire le pegaba como un puñetazo, arrastrándolo hacia un puntito en la lejanía, y mi mirada lo seguía hasta que se perdía entre dos rascacielos como un proyectil en una garganta, mientras el avión mantenía su curso, aunque más empinado hacia abajo. Antes de estrellarse contra las casas, donde se producía una bella bola de fuego que permanecía en la ciudad como una caléndula, se rompía casi por completo en pedazos. Como en las óperas del siglo pasado, una verdad sólo presunta,

una tragedia de consecuencias irreversibles como la muerte, o sea la suposición de un acontecimiento que no tuvo lugar, cambiaba una vida entera de forma definitiva. Yo seguía sentado, puesto que estábamos festejando el cumpleaños de Lucki y de Vignati, hasta que se iba el último invitado. Después viajaba en moto a mi choza a tal velocidad sobre las ondulaciones y los agujeros del terreno que los sacudones me hacían doler las costillas. En la oscuridad de la carretera aparecía un hombre dentro del cono de mis faros y señalaba el piso con extraña urgencia. Luego de pasar por encima de la serpiente que estaba cruzada en mi camino y que yo dejaba retorciéndose detrás de mí, entendía lo que había querido decirme.

Hoy me topé con una procesión religiosa que me bloqueaba el camino; asumo que tuvo lugar por el atentado contra el Papa, del que me enteré por un comentario marginal en un télex. De los acontecimientos importantes del mundo me entero por medio de breves fragmentos, hechos de oraciones sencillas de cinco palabras.

Iquitos, 14/5/81

Por la mañana veo el agua reluciendo entre las grietas de mi piso; el sol oblicuo arroja reflejos en mi habitación de bambú. Por la noche cayeron dos bananos cerca de mi choza; uno de ellos yace transversal sobre mi puentecito. Vi aves acuáticas, grandes como faisanes, cuyas alas están coloreadas arriba y abajo de forma muy distinta, como sucede a veces con las hojas, y que vuelan de forma extraña, con las patas colgando bien para atrás. Si los perdigones de su escopeta son demasiado pequeños o no, me dijo Paul, no es su problema, sino del cocodrilo. Fui a lo de Huerequeque, con el fin de transmitirle algo de seguridad para su escena de hoy, pero su mujer me aconsejó dejarlo dormir, diciendo que estaba muy borracho y que si se lo despertaba sólo seguiría bebiendo.

Por la tarde, aparte de Claire, yo era el único ser viviente en la casa. Claire está embarazada. Estoy sentado a la luz de dos velas delgadas, que pronto estarán consumidas. Desde pasado el mediodía que no hay luz. Los llamados telefónicos que me llegan son desolaciones de larga distancia,

marcadas desde el primer minuto por los malentendidos y los cortes, y divididas por las pausas eléctricas que provoca el tartamudeo de la corriente. Afuera en la oscuridad, cuatro mil sapos claman por un salvador. Los sapos tienen pensamientos infames y practican investigaciones infames. Me gustaría que viniera un taxi y me llevara a otro lugar. Sin embargo, por nada del mundo quisiera soñar los sueños de los otros. Al final de la vela la mecha se inclina sin veneración ante lo inevitable.

Extraño a las golondrinas en la Plaza de Armas. El gobierno de la ciudad tomó una decisión en contra de cuatrocientos mil pájaros y ahora permanecen ausentes, porque sin pensarlo dos veces serrucharon todos los árboles de la plaza y desde entonces no tuvieron más lugares para dormir.

Iquitos, 15/5/81

En medio de la ciudad caminó hacia mí, entre el pelotón de ciclomotores y motocicletas, un caballo pequeño, hirsuto y escuálido; se había escapado de algún lugar, y nadie se ocupaba de él. Ah, un caballo de fuerza, dijo Mauch, que estaba montado detrás mío sobre la moto. Curiosamente, en el robo de Putumayo se llevaron, además de las máquinas de coser, unas cartas que habían llegado para el equipo, dos de ellas eran para R., a quien traté de consolar diciéndole que al menos él sabía que se habían extraviado sus cartas, yo en cambio ni siquiera había recibido cartas para que me robaran.

Iquitos, 16/5/81

Arribo de Lewgoy, Grande Otelo, Rui Polanah. Alboroto nocturno a causa de Lewgoy, que probablemente por el pasto del aeródromo en Camisea se agarró *isangos*, como ya les pasó antes a Lucki, W. y Sluizer. Se rasca como un enloquecido a causa de los ácaros y anda gritando que es por las sábanas de lo de Paul, donde lo alojamos por el momento porque el Holiday Inn está lleno. Cuando se cortó el agua y la corriente eléctrica en toda la ciudad, se fue a pie en medio de la noche hacia el Holiday Inn, por lo visto porque asume que allí sí hay.

Pasamos la tarde en el depósito del vestuario, donde también estuvo Kinski, que justo se probaba un fino traje azul oscuro que le gustó mucho. La lógica y también el guión hablan unívocamente a su favor, pero cuando lo vi me costó reconocerlo como Fitzcarraldo, en mi imagen interior ya se solidificó en un arquetipo con su traje de hilo claro y su gran sombrero de paja. Se lo dije enseguida, y percatándome de que estaba a punto de enzarzarse en un ataque de rabia le dije que Fitzcarraldo, si me lo imaginaba como espectador largo tiempo después de ver la película, tenía que ser fenotípicamente un concepto firme, y que el férreo principio de un único traje blanco sólo podía ser quebrado al final con un frac, me lo dictaba el instinto. Oscilando entre un ataque de rabia y el resplandor de una chispa de entendimiento, K. de pronto se puso muy atento, y supe que me había comprendido. A cualquiera que ahora le pondere el traje azul y le señale la falta de lógica, lo sacaría carpiendo al instante con furia violenta.

Iquitos, 17/5/81

Durante la noche hubo fuertes tormentas, cerca y lejos. Luego empezó a llover de forma constante y regular. Crujiendo y chapoteando caen bananos al agua. Ahí pasan ahora flotando como cadáveres con hojas lívidas. Aves acuáticas de patas grotescamente delgadas y dedos más grotescamente largos aún trepan por los restos de las plantas que van a la deriva, alejándose despacio. Cada vez más bichos me buscan como refugio, porque mi choza es el único lugar firme que sobresale del agua. Los días se hacen cada vez más melancólicos. La casa de adelante está casi siempre vacía, como abandonada por refugiados. Tenemos un segundo ocelote joven, para la escena del lunes, y un tucán. Me miraron desde sus jaulas con una devoción tan abrumadora que sentí un sobresalto en el pecho. Gotea desde el techo, pero la lluvia no refresca nada. La gata vomitó sobre la galería. Las gallinas se mojan de pie bajo la lluvia. Mi traje cuelga enmohecido en las vigas de mi techo de palmeras, mis zapatos se enmohecen, mi cuaderno de notas se enmohece. La ropa colgada no se seca. Mis camisas desaparecen sin dejar rastro. De los cinco conejos con los que W. quería montar un criadero, que en términos matemáticos debían multiplicarse explosivamente en progresión geométrica en

un año a doscientos cincuenta y seis mil, queda con vida uno solo, de pellejo tristemente pegoteado. Hoy a la mañana una tarántula del tamaño de un puño se sentó delante de mí sobre la mesa, y por primera vez en mi vida me asusté sin entusiasmo; de todas formas la maté rutinariamente a golpes de escoba. Así como hay condensación de masa, también existe la condensación de arañas, y eso son las tarántulas.

Iquitos, 18/5/81

Grande Otelo, ese chiquito movedizo, que parece tener hijos en todas partes y al que, según me dijo L., la mujer le mató al hijo que tenían en común y luego se suicidó, se me apareció de golpe durante el trabajo, delante de mis ojos interiores, como el Diablo en una película donde Walter Matthau debería actuar de Dios. La idea le gustó a Otelo, y convinimos en que debía quedar en este mundo un solo león, y a él lo debería interpretar Rui Polanah.

Iquitos, 19/5/81

Ayer día de rodaje de la clase más desagradable: bajo presión y tensionados. Hacia el fin de la tarde Gisela me pidió que le disparara al gallo de la tapia, que no deja dormir a ninguno de los del depósito del vestuario, y me alcanzó un arco y flechas que había traído de Camisea. Había estirado la flecha en el arco cuando todo me estalló en la oreja; la cuerda se había roto y me lastimó la muñeca. Cuando reparé el arco el gallo ya se había ido y disparé la flecha al tronco de un banano, donde de la bronca se clavó tan profundamente que es probable que quede ahí para siempre. La flecha permanecerá inamovible como bronca cementada.

En un puesto del mercado un hombre contaba pescados, luego los contaba de nuevo y de nuevo. Afuera en el Nanay, un camión de carga estaba hacía semanas en el río, ahora que el nivel de agua bajó se encuentra en lo seco. De los neumáticos corroídos se fue todo el aire, y el acoplado sin ruedas, que está hundido en el lodo reseco y resquebrajado, se mantiene aferrado a la cabina como con una agarradera. Soldados de la

marina esperan un bus, que hoy seguro ya no pasará. Vi a un soldado indígena de la marina que había sido destinado a vigilar a pleno sol la casa de los oficiales. Ubicó su cabeza bajo la única pequeña sombra que arrojaba sobre el sitio polvoriento la caja del transformador de un poste de electricidad. Una hora más tarde, cuando pasé de nuevo, el soldado se había corrido un poco, junto con la sombra movediza. Pasó una mujer con un vestido estrecho. Sus pechos se marcaban esculturalmente. En el lugar de uno de los pezones había guardado una moneda debajo del vestido.

Iquitos, 20/5/81

Rodaje en la estación de tren. Había dormido sólo una hora, porque traté de hacer un llamado de larga distancia; ya había clareado cuando me acosté por un rato. Sol punzante el día entero; por el calor goteaba sudor como si estuviera bajo una ducha. Por la noche, proyección de muestra, con lo peor que vi jamás, pero también sé que eso muchas veces puede ser engañoso.

Iquitos, 21/5/81

Ayer a la noche nos sorprendió una tormenta espantosa. Primero se cortó la luz repentinamente en toda la ciudad; yo viajaba con la moto y busqué refugio en el bar Don Giovanni. Al poco tiempo el agua ya tenía medio metro de profundidad en las hondonadas de la calle. Cuando llegué de noche a mi choza había de pronto almohadas apiladas unas encima de las otras sobre la galería y en la habitación se había roto el mosquitero. La lluvia había entrado por la ventana en diagonal sobre mi cama. En lo de Uli arrancó el techo, que voló al jardín del vecino.

El tucán, que teníamos en una jaula para la casa de Don Aquilino y que ahora está alojado en una de las conejeras liberadas, estuvo toda la mañana lanzando gritos enardecidos. La gata estornuda. Cada mañana encuentro en la galería horribles pieles verdes de iguanas comidas por dentro, que la gata deja como la piel de las salchichas. Una vez encontré

junto a las patas de una iguana una gran cantidad de huevos de color verdoso claro, como los de un pez. Las cuatro patas encuadraban el ovario de la iguana, más allá de eso no quedaba casi nada, aparte de un pedazo feo de piel.

Iquitos, 22/5/81

A mi lado en el bar de Huerequeque, un chancho se restregaba contra un cajón de cerveza con absorta perseverancia. Luego desapareció detrás del mostrador. Una escoba yace tirada sobre el piso, como víctima de un atentado. Estudié un calendario que estaba colgado y del que todavía no arrancaron la hoja del mes de abril: montañas suizas con un fresco prado primaveral en primer plano. Diente de león, manzanos en flor, vacas limpias sobre el prado, detrás picos nevados, un mundo rodeado de misterio que para mí ya no existe. Cuántas veces he estudiado imágenes de calendarios hasta los más mínimos detalles, intentando con procedimientos detectivescos determinar la fecha y el horarios exactos en que fue tomada una fotografía. En una imagen del puerto de Hamburgo estudié los modelos y los años de los autos estacionados, calculé qué barco fue cargado dónde con qué, encontré la hora en un reloj de torre, comparé los ángulos de las sombras: todo esto comparado con los registros de la oficina de puertos debería cercar con precisión el día y el horario de la toma, además de la ubicación del fotógrafo, la óptica usada, como si la imagen tuviera la fuerza probatoria para un gran caso frente a un juzgado, suficiente para una sentencia.

Una mujer joven escuchó en el bar de Huerequeque que yo había estado sobre un volcán que estaba por hacer erupción; le conté de La Soufrière y para que fuera más claro lo comparé con la bomba atómica de Hiroshima. ¿Bomba atómica?, dijo ella. No entendía bien. A modo de explicación le dije que los norteamericanos la habían tirado al final de la Segunda Guerra Mundial sobre Japón. Tampoco sabía qué había sido la Guerra Mundial. Quedé impresionado, y minimicé dos guerras mundiales, continentes y todo un mundo que acá no tenía ramificaciones, con un chiste.

Repasé los informes diarios y quedé atónito por lo poco que hicimos. *Crowd control* es acá casi imposible; bajo presión extrema de tiempo y con luz declinante se metían cada vez más curiosos dentro de nuestra escena. A un joven, que entraba obstinadamente en cada toma, lo tiré abajó a la carrera, al patinarme sobre unos tablones resbaladizos. Se levantó de nuevo sacudiéndose y se retiró descontento, sin pensamientos vengativos.

Iquitos-Camisea, 23/5/81

De vuelta en el campamento de la selva. Al llegar vi que la colección de insectos que tenía dentro de una lata de película estaba podrida y la tiré. Mi mosquitero ya no estaba, y Gloria me dijo que el mecánico del avión tenía envuelta en una frazada mi pequeña valija de metal con la radio y mis cosas más importantes, como para robársela, y que además había tratado de violarla.

En Camisea vi muchas caras nuevas. Inspeccioné la trocha y de inmediato hice que detuvieran momentáneamente el trabajo en el poste central, el «muerto», el que tiene que sostener todo el peso del barco en la pendiente, para filmar mañana el trabajo mismo. Laplace cree que es demasiado empinado, Kinski miró el terreno y anunció que lo que me proponía era completamente imposible, impensable, dictado por la locura. Se está convirtiendo en el epicentro del desánimo. Observando mejor se me hizo evidente que nadie estaba ya de mi lado, ninguno, nadie, ni uno, ni uno solo. En medio de cientos de extras indígenas, docenas de trabajadores forestales, la gente de los barcos, personal de cocina, equipo técnico y actores, la soledad me golpeó como un animal gigante y enfurecido. Pero yo veía algo que los otros no veían.

Escalé de nuevo la pendiente yo solo. Arriba, donde el Caterpillar penetró quince metros a través de la montaña, donde originalmente estaba casi vertical, brota humedad de las paredes laterales, más abajo sobresale la pura roca. Vi a un machiguenga con el rostro inclinado sobre la roca. Con la boca atrapaba gotas del agua fresca de manantial y luego lamía como un animal sediento los restos de humedad de la piedra. Esperé a

que volviera a manar e hice lo mismo. A nuestro barquero soñador lo vi en su choza tirado en el piso con un pantalón de gimnasia descolorido y tocando la armónica. Además sigue leyendo esa única carta. Afuera se aproximó la noche. Cuando salí al aire libre estaba oscura y expectante entre los árboles.

Camisea, 24/5/81

Un buen día de trabajo, pero la desolación en mí se extiende. Por un largo rato, los pitidos del despertador a la mañana no me despertaron y después no sabía dónde estaba.

Camisea, 25/5/81

Filmamos mucho, Fitz con el fotógrafo, botes con indios que se suben al barco. En medio de una ola de bramidos y rabia de K., que paraliza todo el trabajo, me quedé parado como un acantilado silencioso y dejé que rompiera contra mí. Al fin y al cabo eso era lo único productivo y correcto para lo que aparecerá en pantalla, porque en definitiva así toma forma lo que hay en él de rabia. Sólo que nadie en el set lo entiende, ninguno del equipo, de los actores sólo a grandes rasgos Huerequeque, que nunca estuvo delante de una cámara; los indios, por su parte, me dan la impresión de estar tramando algo contra K. Por la tarde fui a la choza de K. para hablar con él y me lo encontré desnudo, justo saliendo de la ducha, y para mi sorpresa lo vi muy tranquilo y comprensivo. Volvió a insistirme con hacer *Paganini*, sabe que él no sería capaz de controlarse a sí mismo.

Camisea, 26/5/81

Tenía bolas de rulemanes debajo de los pies y por eso me movía muy rápido y muy liviano, sin tener que dar pasos. En una obra en construcción, donde habían nivelado el piso con alquitrán, me lo tomaban a mal. En un asesinato, que se quería ocultar mediante un incendio

intencional en un vagón de tranvía, yo daba la pista decisiva. Se descubría que el día en cuestión, todos los vagones de los tranvías habían sido incendiados en la parte trasera, de modo tal que en cada caso su mitad posterior estaba carbonizada. Con gente desconocida de regiones rurales que había hecho una excursión a la ciudad, participaba de un juego de azar, probablemente bingo, en un salón de fiestas, lleno de viejos pequeñoburgueses descargados de autobuses. Alrededor del bufet, montado en cuadrados inmensos, se luchaba con desvergonzada y asquerosa avidez. Kinski, que era mesero, se tornaba tan indecente, que la mayoría se iba. La humanidad entera estaba en mal estado, pues cada vez eran más los vagones que se quemaban, y nadie tenía ya ideas. En mí germinaba un sentimiento de venganza; contra quién, eso era llamativamente irrelevante. Algo a la entrada de mi choza me agarraba, se arrojaba sobre mí y me pinchaba a través de la camisa en el hombro. Por la sorpresa no podía distinguir si era una araña grande u otra cosa, en todo caso el pinchazo se inflamaba de inmediato y yo empezaba a rodar sobre rulemanes bajo los pies.

Trabajamos con los malacates en la pendiente, aparte de filmar cómo los campas remolcaban hacia arriba de la montaña una roldana del sistema de poleas de más de quinientos kilos. Parece lo suficientemente estable, pero no confío del todo en las amarras de acero. Los valores físicos ya no decían nada cuando vi cómo el barco, cuyo casco crujía y tronaba deformándose y amenazando con romperse, se enterraba derecho con la quilla en la tierra cuando filmamos un primer intento por remolcarlo. Nos armamos de valor, sólo K. me preocupa, porque cuando subamos el barco por la montaña no será más que una especie de extra, y en su empobrecimiento humano y su falta de dimensiones se servirá de la única posibilidad de volver a ser el centro de interés, es decir, enfermarse. Me lo aposté a mí mismo.

Hoy mandé rápido a Segundo, el barquero, a buscar a K. y a Paul a una explosión de dinamita que habíamos organizado en el terreno. Pero en lugar de Kinski, de pronto apareció delante de mí Quispe, el quechua del altiplano, con sus botas de goma y señalándome con el dedo índice y el pulgar la pequeñísima medida de tiempo que quería hablar conmigo, y como justo estaba debatiendo a muerte con Mauch

un complicado movimiento de cámara le dije que hablara, pero sólo si era importante. Entonces se acercó un poco más y, sin decir nada, achicó aún más la distancia entre el pulgar y el índice hasta dejarla tan pequeña como un grano de arroz. «Una preguntita», dijo. De qué se trataba, giré hacia él en medio de una oración. ¿Era correcto que lo necesitaba a él como actor para la escena o me había referido a Kinski? El barquero no estaba seguro.

Camisea, 27/5/81

El agua brama a través del campamento. Llovió tan fuerte de madrugada que todo está congelado en la inmovilidad, sólo el agua fluye en arroyos hacia el río, cada vez más fuerte, marrón y enojada. La cortina de lluvia oculta la curva del río casi por completo. La selva se nubla, se abre hacia arriba y tolera la fractura de las nubes con rigidez mortuoria. La mañana transcurrirá como nada. Sentados contemplamos el agua, que no quiere subir.

Miguel Vázquez, nuestro especialista mexicano en efectos especiales, estuvo ayer en su elemento. Cuando más feliz lo encuentro es cuando arma con cinta gruesos paquetes de cartuchos de dinamita y une las mechas con alambre de cobre bien fino; ahí su voz adquiere siempre una resonancia jubilosa y su cara redondeada tiene una expresión de cautelosa felicidad.

Hablé con Mauch acerca de Kinski, sobre que teníamos que estar preparados para que se enfermara, y como si se tratara de un juego de cartas coreografiado, en ese preciso momento llegó Paul y me dijo que K. tenía una fuerte gripe, de hecho se veía tan desmejorado que tenía miedo de que fuese algo mucho peor. ¿Lo había visto el médico? Sí. ¿Tenía fiebre? No, dijo Paul. Que por el momento no se tenía que preocupar, le dije, y juntando rápidamente toda mi paciencia y mi capacidad para escuchar me dirigí a su choza. Encontré a K. en la galería, vestido, pero tambaleándose ostensiblemente y luchando con valentía contra el derrumbamiento inevitable. Me senté preocupado y estuve una hora escuchando que el gallo había cantado desde las cinco de la mañana, que alguien había tirado

una lata de cerveza vacía justo en las cercanías de su choza y que por la noche una lamparita, a cien metros de distancia, había estado encendida hasta la mañana, que era imposible que todas estas amenazantes vilezas nacieran sólo de la estupidez y que habían sido escenificadas con premeditación. Que haría un escándalo no sólo acá, sino en toda América. Le dije que todos estos cerdos con sus maldades de baja estofa me quitaban permanentemente la inspiración, y le hizo bien que le dijera eso; incluso habían tirado basura directamente delante de mi choza mientras yo estaba en Iquitos, le dije. K. me hizo entrar en su choza, y entre los dos corrimos la cama a un lado. ¿Qué pensaba yo que era eso junto a la cabecera?, me preguntó. Ahí había algo cocinado tipo torta, repugnantemente enmohecido, y supe de inmediato lo que era, pero mi vi obligado a jugar al ignorante. Conocía la historia de los escandalosos juegos de naipes que se habían disputado durante nuestra ausencia y cuyo premio era una noche con una señorita, y conocía también al que lo había ganado y había buscado una cama libre. Puesto que otros pasaron gritando con sus linternas para festejar con aplausos la ejecución de la apuesta, el ganador se había retirado rápidamente y al parecer se había olvidado de hacer limpiar la chanchada. Alguien se había acostado en su cama y había vomitado, suponía K. con alguna perspicacia, y yo se lo confirmé indeciso, mintiendo que me quedaba un resto de incredulidad acerca de que hubiera en el campamento alguien de tanta bajeza. ¿Y si acaso se trataba de un hongo mucilaginoso de las profundidades de la naturaleza salvaje?, llamé a la reflexión, y mientras K. se perdía en trivialidades sobre el carácter salvaje de la naturaleza llamé a un comando de limpieza que se puso de inmediato a la tarea. Cuando me fui, K. se había olvidado de que estaba mortalmente enfermo.

Camisea, 28/5/81

Noche confusa con órdenes contradictorias de W., Laplace y Vignati acerca de dónde había que amarrar el barco, pues el río, aunque apenas crecido, se había vuelto fuerte, y Laplace avisó que se pusiera al *Narinho* transversal a la corriente para que no fuera presionado contra el banco de guijarros, lo que de todas formas ocurrió. Además se soltó de su anclaje la «chata», de la que nadie se había ocupado por la confusión, y se

alejó flotando en la oscuridad de la noche sin que nadie lo notara, con sus toneladas de amarras de acero y pedazos del inmenso sistema de poleas, cinco kilómetros río abajo hasta Shivankoreni. A eso se suma que Laplace se va definitivamente. W. lo estuvo insultando todo el tiempo de la forma más vulgar e ignoró las advertencias de Laplace de que el punto de apoyo principal no estaba lo suficientemente anclado. Con la humedad reinante, el cemento en la tierra necesitaría veinte días para solidificarse por completo, además de que habría que haber asegurado los postes contra movimientos laterales, lo que hubiera costado mucho tiempo. Dijo que deponía la responsabilidad, porque si el poste se disparaba de la tierra con una tensión de varios cientos de toneladas y se encontraban muchos hombres junto a los cabestrantes sobre una plataforma, serían lanzados al aire como por un cohete y tendríamos muchos muertos. Además, el barco retrocedería por la pendiente, y entonces buenas noches. No hubo forma de hacer que se quedara, tampoco mediante la necesidad indiscutible e imprescindible de desenterrar el «muerto», así como estaba, y reemplazarlo por uno nuevo, que sería tan gigante y estaría tan profundamente anclado que podría aguantar varios miles de toneladas de carga, diez veces más que el peso de nuestro buque de vapor. Laplace se va de todas formas, y por medio de algunas cuidadosas insinuaciones me dio a entender que se iba también por la incompatibilidad con W., y que además no estaba seguro de si realmente hubiera podido llevar a cabo la tarea. Dijo que el barco era un «monstruo» considerable con el que mejor no se debería haber metido. Tomé dos decisiones diferentes: reemplazaría el poste de apoyo, no importaba cuánto demorase, por una construcción a prueba de todo, y: ahora yo asumiré sobre mis hombros toda la tarea de remolcar el barco por encima de la montaña. Los factores físicos son conocidos y fáciles de entender: peso del barco, inclinación de la pendiente, transcripción de las fuerzas al sistema de poleas, pérdida por fricción y: los imponderables restantes deben excluir que el punto de apoyo no aguante y tampoco debe haber nunca personas sobre o detrás del barco cuando sea arrastrado por la pendiente. K. gritó que yo era un demente, y lo que me proponía, un crimen, y yo le dije nada más que si el barco llegaba a soltarse, nadie estaría en peligro, que sólo haría pedazos un barco con un bello cataclismo. Ése no era sin embargo el objetivo del ejercicio, yo estaba aquí al servicio de otra visión.

Al mediodía, Paul me llevó aparte y me propuso rellenar parcialmente el río desde el banco de guijarros con el Caterpillar a fin de que el agua se estanque y así ganemos un punto de apoyo mejor para el principio de la transversal, lo que por una parte suena obvio, pero por la otra es una señal de que Paul parece estar mentalmente preparado para al menos hacer un intento inicial de lo que había rechazado por imposible.

Filmamos mucho en el día de hoy. El «Comandante», el joven campa, atrapó un sapo, le pregunté qué quería hacer con él y me dijo que era su almuerzo. Les Blank fue al peluquero en un pequeño poblacho junto al Urubamba, y como lo raparon horriblemente, unos iluminadores compadecidos le aconsejaron que contratara un abogado e iniciara acciones legales contra el peluquero. A la noche terminé de leer un libro, y como me sentía muy solo, enterré el libro al borde de la selva con una pala prestada.

Camisea, 29/5/81

Hoy se fue Laplace. Le di mudo la mano, pero él me apretó rápido y fuerte contra su pecho también en silencio, aunque en sus ojos, que me ven como a un perdido, noté que me deseaba suerte. Ayer estuvo caminando conmigo entre las amarras de acero y me hizo una detallada digresión sobre cables, diciendo que había que tratarlos como si fueran mangueras de agua, no debían formar nudos ni debían ser doblados, todas cosas que la gente acá sabía, pero que yo también debía saber. Me llevó hasta un cable extremadamente tenso y lo golpeó y me enseñó que así sonaba cuando todavía estaba sano. Si se aumentaba la tensión demasiado, el tono *enfermo* indicaba que pronto se rompería.

Camisea, 30/5/81

En la selva los campas hurgan buscando algo. Ya a las seis de la mañana, *** estaba sentado en su galería, vaciando una botella de pisco. Yo me levanté tarde y me llevé un té y dos pancitos de la cocina a mi choza. Hoy no soporto a nadie y comí sentado sobre mi banco de madera en la galería, la mirada fija en el río estúpidamente verde.

Paralización. Laplace se fue. Gloria se fue. K. se pasó de rosca rabiando contra ella. Por la mañana filmamos con muchos indios en la cubierta de popa, visto desde el puente, y bastó con mover el barco suavemente hacia un lado y hacia el otro para que en una pequeña franja del cuadro se creara la impresión de que el fondo pasaba y el barco se hallaba en pleno viaje. Después, una escena que escribí velozmente para que se entendiera el comportamiento de los indios. Al mediodía, Gloria usó la radio para encargar unas cosas a Iquitos, y yo estaba en mi choza cuando escuché un griterío horrible. K., que no puede soportar su voz, la increpó como un loco, diciéndole que tenía que callarse, y ella contestó con razón, pero berreando como una vendedora de mercado, que cómo creía él que tendría siquiera una hoja de lechuga mañana en el plato, ante lo cual él pateó la baranda completa del comedor elevado y casi cae de la plataforma. Miguel Vázquez se rió al ver esto, y K. se sacó aún más de quicio, lo que a su vez Gloria malinterpretó como un ataque contra su persona. A K. sólo le interesaba causar daños materiales y se precipitó bramando hacia mí con el fin de astillar alguna otra cosa. Entretanto vino desde la trocha W., a quien Gloria había pedido ayuda por *walkie-talkie*, y agarró la escopeta de perdigones de Huerequeque, pero después desistió de derribar de un tiro a la fiera humana porque la vio rabiando junto a mí. Le dije a W. que me dejara un momento tranquilo, que ya lograría dominar la situación, pero usó ese momento para meter a la mujer, al hijo y algunas cosas en una lancha rápida. Que ya se había ido, me gritó cuando quise hablar con él. Luego huyó. Llegó el desencanto, porque más allá de todas las fricciones con W., estaba claro cuán importante era él para todo, y me insistieron para que fuera detrás de él, pero para consternación general primero me tiré una hora en la hamaca, porque lo conocía y sabía que primero debía dejar a W. un tiempo a solas consigo mismo. Vino Paul y me trajo té muy caliente y me dijo únicamente que no debía quemarme las pestañas por el asunto, y yo me reí. Después vino un campa que puede imitar maravillosamente el canto de los pájaros juntando las manos, hice que me mostrara todo tipo posible de aves y él estaba muy orgulloso de lo impresionado que estaba yo. Después puse para Paul, que me lo pidió, el *Halleluja* de Händel con el volumen fuerte, y de pronto el selvático empezó a lanzar gritos de alegría y a reírse, trataba de cantar y de regocijarse junto con la grabación y acabó acompañando el coro con cantos de pájaro.

Así fortalecido fui detrás de W. y Gloria y encontré a W. en el campamento grande, en el que a todas luces se había demorado adrede, con la excusa de arreglar algunos asuntos. Me senté con él sobre la arena junto al río y hablamos largo tiempo, pues ya estaba tranquilo y juicioso. También había entendido que Gloria no había sido atacada físicamente y que en tal caso yo no la hubiera dejado ni un segundo sin protección. Fuimos muy razonables el uno con el otro, y W. me dijo que Gloria se iría seguro porque su madre estaba muy enferma en Iquitos y porque a ella seguramente le haría bien tomarse una pausa de él, que tampoco era fácil. Vignati y Miguel Vázquez, estos dos hombres profundamente buenos, me acompañaron al aeródromo, y yo hablé con Gloria: ella debía saber a toda costa qué era lo que había pasado después de su partida precipitada. Miguel tomó a la chiquita de Gloria y la tuvo en brazos, y enseguida la nena se rió fuerte, y además él hizo un par de comentarios que provenían del refinamiento de un corazón esclarecido, y eso fue bueno. Me acuerdo de *Aguirre*: todo se había desmoronado, asqueados el uno del otro estábamos apiñados sobre una balsa en la vastedad de la selva. Pedí parar el trabajo por media hora, me retiré al borde más alejado del río, me senté de espalda a los otros y lloré. Enseguida llegó Miguel Vázquez desde atrás, me agarró con fuerza la nuca y se sentó en silencio a mi lado. Así se quedó un buen rato sentado conmigo, mi nuca bien agarrada, y dijo sólo la palabra "Ánimo", y entonces me volvió el ánimo, y las personas sobre la balsa, que se habían comportado peor que animales, se comportaron al menos por un día como medio humanas. Gloria se fue, y yo no hice ningún intento por retenerla. Más tarde K. estaba conciliador, pero yo suspendí el rodaje planificado para el crepúsculo. En el agobiante silencio entre K. y yo, se metió de pronto Quispe para expresar jadeante su deseo por el motor del bote.

El poste de apoyo principal de la pendiente será reemplazado por uno nuevo. Hace poco, mientras paleaba tierra cerca de la base, el Caterpillar hizo brotar aguas subterráneas en forma de cascada ascendente. Ahora voy a hacer que pongan también un drenaje, aun cuando volvamos a perder dos días más.

Hacia la nochecita, sin embargo, llamé a todos al trabajo, porque era mejor y porque había un deber por encima de todos nosotros, y K. estuvo

muy cooperativo. Yo había alineado muchos campas en el río que, según una nueva escena que había escrito, se pasan días después de una catástrofe mirando fijamente el agua. Entretanto, y debido a las turbulencias del día, Huerequeque se había emborrachado a tal punto que tuve que llevarlo hasta el lugar correcto delante de la cámara y, como ya no estaba en condiciones de reconocer su pie de diálogo, debajo de cuadro K. pisó suavemente sus dedos desnudos. Con este gesto de camaradería hacia Huerequeque, K. también quería poner en evidencia su pesar.

Camisea, 31/5/81

Lenta avanza la venenosa evidencia de que vamos a atrasarnos demasiado. El poste de apoyo va a requerir varios días y todas las cosas que restan precisan trabajo técnico previo. Subimos en lancha rápida por el Camisea en busca de un lugar adecuado para el "dique" de canoas indígenas que impiden regresar al barco de vapor, y era importante que pudiésemos tirar grandes árboles desde la derecha y desde la izquierda sobre el río; a eso se agrega que necesitamos una recta relativamente larga y angosta de río, bien limitada atrás por la selva y con agua mansa, para que las canoas puedan avanzar bien y no zozobren. Seguimos navegando río arriba, pero pronto depusimos tácitamente el acuerdo de que estábamos en busca de un escenario, porque a partir de una cierta distancia de nuestros campamentos estaba claro que no lograríamos subir la «chata» para la cámara tan lejos en contra de la corriente, e incluso si lo lográbamos, de los doscientos indios enviados río arriba en canoa, apenas si llegarían treinta o cuarenta al lugar elegido, pues el resto se internaría en algún lugar del camino a cazar dentro de la selva. Sólo seguíamos a nuestra curiosidad, siempre una curva más, y después arriesgando una mirada detrás de la próxima, después venía un paso estrecho, también ése y aquél que quedaba detrás. Estoy de tal forma acostumbrado a lo que para mí es desconocido que cualquier otro entorno o modo de existencia me parece exótico e inhumano. Recién hice que volviéramos cuando nos acercamos al lugar donde habían atacado los amehuacas.

Para K. hay un único problema: que a la mañana volvió a cantar un gallo. Voy a hacer que se lo sirvan a K. hoy a la noche como sopa. Apenas

después de sacrificar al revoltoso, llegaron seis más desde Atalaya; hice que los metieran inmediatamente de vuelta en el bote y los llevaran al otro campamento. Rumores fantásticos sobre la fecha de nuestra partida circulan en el campamento; a eso se agrega que hay opiniones muy discrepantes acerca del calendario, nadie sabe con seguridad qué día es hoy.

Camisea, 1/6/81

Al día de hoy, 1º de junio, lo siento como una fecha decisiva, porque seguimos sin empezar con el remolque del barco. El susto me embarga, es junio, es junio. Quisiera poder detener el tiempo. K. estuvo remando en canoa torpe y bruscamente, sin la suave elegancia de los indios, delante de nuestro campamento. Tenía puesto su traje de batalla verde oliva cortado a medida, se había atado a la cintura machete y cuchillo y en un morral de lona pequeño y firme transportaba una ración de supervivencia selvática. Se alejó unos cien metros, pero a todas luces lo hace feliz la ilusión que se hace de estar penetrando con esta expedición en la profundidad de una jungla inexplorable, pero que ofrece sensibilidad por la naturaleza. Ayer a la noche salimos de caza de cocodrilos para la cocina, en la que Mauch fue la fuerza motora, extrañamente. Hace días ya que está enojado porque la munición que adquirimos para los portacartuchos usados en la película es demasiado chica para el Winchester y demasiado grande para el Mauser. Pero, por lo visto, disparar él mismo no era lo que quería. Yo tomé prestada la escopeta de perdigones de Huerequeque y remontamos el río, aunque cometimos el error de colocar la linterna demasiado alejada del fusil y por eso tenía otro ángulo de incidencia que mi mirada. Igualmente le di de lleno al cocodrilo sobre el banco de arena, que chasqueó como una trucha en el aire pero se arrojó al agua y se sumergió, y aun después de mucho buscar, no pudimos encontrarlo, y por eso suspendí desilusionado la caza y me sentí muy tonto.

Un fino humo recorre hoy el campamento, y bajo los árboles grandes y pacientes reina la paz, pero a mí me agobia porque es una paz sin trabajo. El sol está hoy por primera vez tierno, no tiene nada de eso tan malvadamente directo que acostumbra tener. Mi existencia está reducida a una dimensión: una trocha y delante de ella un barco. Un poco más

arriba, un poste de apoyo, todavía no del todo clavado, del que por así decirlo penden barco y vida. Copos de espuma blancos y firmes flotan tranquilamente por el río, y van a seguir haciéndolo largo tiempo después de que nosotros nos vayamos de aquí, y aun cuando ya no haya ninguna persona sobre la Tierra, sino sólo insectos. La selva parecía hoy pacífica en la suave luz, envuelta en sí misma y descansando satisfecha y solemne. Sobre el banco de guijarros vi piedras en las que los campas inscribieron sus nombres. Siento que estoy en una sala de conciertos donde se estrena una obra orquestal poco conocida y al final nadie sabe bien si terminó, es decir si deben aplaudir, y como nadie quiere quedar como un ignorante empezando demasiado temprano a batir las palmas, cada uno espera un momento a ver qué hacen los demás, ese momento de silencio e indecisión en el que la ovación no acude a redimir: en ese momento, pero dilatado por meses, he caído ineluctablemente.

Las primeras balsas para la escena del dique están listas y pasaron flotando delante de mí, hechas de troncos de balso recién pelados y unidos. Enfrente de nuestro campamento cayó tumbado al río un gran balso. Los dos hombres que lo voltearon se treparon sobre el árbol en movimiento, cuya copa sobresalía ampliamente del agua, y empezaron de inmediato a trabajar el tronco flotante. Ayer a la noche fue visto un gran leopardo arriba de la trocha, justo ahí donde construimos para Fitz una choza, que por las noches habita un grupo de campas. Se podían ver las huellas todavía hoy. Me robaron mi linterna, una gran pérdida acá en la selva. *** estaba hoy tan borracho que se cayó cuan largo era en el campamento, y como ya no podía levantarse Quispe se quedó largo tiempo de guardia junto a él. Cuando pudo volver a caminar vino tambaleándose a la choza de Paul, donde justo me hallaba yo, y preguntó qué teníamos para tomar. El Caterpillar se hundió en una fosa, pero yo no fui a ver, porque a W., que siempre viaja como acompañante en vez de cumplir con su verdadero trabajo, parece darle vergüenza tenerme allá de testigo. ¿Nos acercamos al punto en el que nos quebramos?

En su amplia, gigantesca miseria, de la que no tiene conocimiento, ni un ápice de idea, la inmensa selva estuvo otra vez bien callada hoy a la noche, aunque acorde a su ser más íntimo no la dejó pasar sin una inimaginable aniquilación, un estrangulamiento inimaginable.

Camisea, 2/6/81

Hay que hablar sobre la majestuosa miseria de la selva. Me despertó un pájaro extraño y descarado, al que no había oído nunca, y me enojé porque Dagoberto no lo grabó, aunque no podía saber si no lo había hecho. Empecé el día bien tranquilo y preparado para lo extremo. Demoras en el «muerto», por un rato el trabajo se interrumpió, aunque sólo faltaba poco: aún había que cortar, en el momento oportuno, uno de los postes de apoyo que deben ser instalados junto al poste principal, a fin de insertarlo en el agujero pensado para ello, pero entonces el motosierrista declaró que no tenía nafta en su aparato. Había estado parado ahí al lado durante horas hasta que llegó el momento de entrar en acción; todos los días se les machaca a los «motosierristas» y a los barqueros para que tengan sus máquinas listas y con nafta, y hasta que en este caso buscaron combustible (puesto que el bote de transporte tampoco arrancaba) pasó tanto tiempo que empezó a llover fuerte, lo que obligó a empezar todo el trabajo del día desde el principio. El mundo acá ya no parece dispuesto a seguir siendo reducido a palabras.

Nuestro equipo de cocina sacrificó los cuatro patos que nos quedaban. Julian les arrancó plumas del cuello aún en vida, antes de cortarles la cabeza sobre la tabla. El pavo blanco, el animal vanidoso, sobreviviente de tantos pollos asados y patos hechos sopa, se acercó resoplando y pavoneándose, colocó con sus horribles patas a uno de los patos decapitados que aleteaba ensangrentado sobre el piso en una posición correcta para él, se subió al pato moribundo poniéndose rojiazul y produciendo sonidos glugluteantes, y se apareó con él.

Construcción de más balsas. Hice traer el malacate del *Huallaga*, que está debajo del pongo completamente sobre tierra. Amarras para los molinetes de los indios, reparación del componente grande del sistema de poleas, sobre el que había pasado por descuido el Caterpillar. Miguel Camaytieri, el cacique de la gente de Oventeni, está herido. Un poste que se cayó le abrió una herida grande en la cabeza, que hubo que coser con muchos puntos. Yo me quemé la mano con agua hirviendo.

Camisea, 4/6/81

El campamento está silencioso de resignación, sólo el pavo está tanto más ruidoso; me atacó, sobreestimándose, y yo lo agarré de un golpe por el cuello, que se retorcía y trataba de tragar, lo cacheteé a izquierda y derecha con la ligera elegancia de los arrogantes caballeros de las películas francesas de mosqueteros, que luego entrechocan educadamente sus espadas, y dejé ir de nuevo al petulante albino. Se marchó ofendido, moviendo el rabo, pero con las alas todavía vanidosamente elevadas. Sobre uno de los bancos de arena que aparecieron en el pongo se encontró una tortuga petrificada, pero que debe ser tan extraordinariamente grande y pesada que es imposible transportarla. Segundo me dio un insecto grande y extraño, del que yo escuché que había sido atrapado en Shivankoreni y clavado a un pedazo de tabla. Tiene adelante una parte abultada en la cabeza, que recuerda la de un cocodrilo, y aparentemente, como revela Segundo sólo en un susurro, su picadura es mortal. En los tiempos del caucho había muchos más que ahora, y la única forma de salvarse de una muerte segura era aparearse rápidamente con una mujer, y como hace cien años había muchos trabajadores forestales pero casi ninguna mujer, existía un acuerdo tácito según el cual una mujer podía ser entregada espontáneamente por su hombre, y así es como algunos que habían sido picados lograron sobrevivir.

Camisea, 5/6/81

Nuevos desprendimientos de tierra en la trocha. Paul tiene fiebre. Por el roce de una bota se le infectó una pierna, que se inflamó y arde. Hay que traer nuevos antibióticos desde Satipo. Hoy al mediodía nos golpeó la lluvia, como golpea un castigo de Dios a los pecadores. K. se me acercó vacilante como una vela que se extingue, y daba la impresión de ser alguien que se aproxima constante e irrevocablemente hacia el momento en que perderá los nervios de forma definitiva y para siempre. Una delegación, a todas luces organizada por él, vino más tarde con té a mi choza, donde yo miraba con toda serenidad el fluir del río, y opinó que por un momento había que quedarse bien tranquilos. ¿Bien tranquilos?, interrumpí el prólogo para indicar que yo ya

estaba completamente tranquilo, mucho más tranquilo que cualquiera ahí afuera. ¿Qué querían decirme? Querían disuadirme de la historia con el barco sobre la montaña, protegerme de mi propia... la palabra locura apenas si fue eludida; ¿no podría reescribir el guión de tal forma que Fitzcarraldo *no* tuviera que remolcar el barco sobre la montaña? Sólo dije que todavía ni habíamos intentado verdaderamente el remolque y me esforcé por animar a los desalentados.

Ayer a la tarde volvió Gloria. Discutí largamente con Beatus sobre un juego de ajedrez tridimensional que intenté desarrollar, pero los problemas son considerables y de naturaleza muy compleja. Hacia la noche remolcamos el barco aproximadamente dos metros, pero se inclinó un poco hacia la izquierda, en primer lugar porque los troncos puestos de ese lado como carriles se hundieron en el barro más que del lado opuesto, y en segundo lugar porque el poste transversal que está amarrado en la parte delantera debajo del barco se encontraba en leve ángulo respecto de la horizontal de la nave. Yo lo había comprobado ya desde antes, sumergiéndome bajo el barco, y por eso Ramón, el hombre de los cables, puso sobre uno de los lados más tensión en las vigas, pero no fue suficiente. Cuando cayó la noche todos se subieron a los botes y declararon que ya no se podía seguir. Hice que los iluminadores montaran rápidamente los focos, y W. y yo retuvimos todavía a los hombres, de los cuales algunos ya habían desaparecido en la cantina para tomar una cerveza. Ramón explicó que su buceador para las amarras de acero ya se había ido, y como yo ya había estado una vez debajo del barco, me até una soga alrededor del pecho, con la que podrían sacarme en caso de ser necesario, y ayudé con las amarras. Me agarró una corriente y traté de pasar bien por debajo del casco, pero no tuve en cuenta que el camino estaba obstruido por pesadas ramas, de modo que volví velozmente antes de enredarme en la maraña de troncos. Para el día de mañana nos ahorramos seguro dos horas, que probablemente sean de gran valor si llega a llover.

En el barco se martilleó y se soldó. Alguien entró en el camarote donde habíamos encerrado las cámaras, y abrió todo. Sospechamos de alguno de los hombres de la tripulación que viven en las cabinas vecinas. De la valija donde Beatus tiene sus cámaras de fotos fueron

robados quinientos francos suizos y dos *traveller checks* de cien dólares, y Mauch, que estaba muy enojado porque habían abierto una valija, fue conmigo por las cabinas habitadas y revisamos debajo de los colchones, pero sólo encontramos cigarros y revistas porno manoseadas. En un bolsito andrajoso de cuero artificial de mala calidad, el capitán tenía veinte relojes de pulsera, pero en tan mal estado que no va a poder endosárselos como artículo de trueque a nadie, ni siquiera a los amehuacas en el curso superior del Camisea. Al pisar la borda nocturna, vi a alguien en lo oscuro caminando por el banco de arena con una rama encendida. Surgió una fina lluvia, y en el cono de luz de los reflectores se veía como polvo.

La dimensión de nuestra degradación se hace cada vez más evidente en los retruécanos, que hacen su ronda sobre todo detrás de cámara; hoy fueron chistes sobre Jesús, ¿cuál fue el primer equipo de fútbol, etc.? El más raro merece ser mencionado: Jesús, ¿tenía novia? Respuesta: sí. Jesús se fue al desierto, y lo siguió una larga "sequía" [la expresión se usa en alemán para describir también a una mujer alta y flaca].

Camisea, 6/6/81

Por la noche estoy aún más solo que durante el día. Escuché el silencio exterior, atravesado por los gritos de los insectos atormentados y de los animales atormentados. Incluso los motores de nuestros botes tienen algo atormentado en sí. Por la mañana me llamó con la mano uno de los caciques de los ashininka-campa y me regaló una pequeña hacha de piedra que fue encontrada en lo alto del río Tambo, por lo que al principio me quedé completamente pasmado y no sabía qué regalo hacerle a cambio, hasta que un poco más tarde me di cuenta de que se le había acabado el rollo durante las fotos grupales con su gente sobre el barco, así que conseguí rápidamente un par de rollos y se los di.

El primer intento por tirar del barco no salió bien, pero al menos filmamos el fracaso. Tras unos metros, el barco adoptó una posición levemente inclinada y se resistió, y yo escuché cómo la inmensa amarra de acero crujía de forma rara en el sistema de poleas y emitía sonidos no saludables.

Finalmente la cuerda de acero gruesa como un brazo se soltó, se había calentado por dentro a causa de la presión. Yacía humeante sobre el piso. En el lugar de la rotura vi que las cuerdas interiores ardían al rojo vivo. El barco se deslizó suavemente hacia atrás, y se veía bien, aunque la tarea en general no sirvió de mucho. Personajes principales en nuestro extraño drama, rodeados por la selva indiferente a modo de público, no son ya los hombres, sino las cuerdas de acero, el Caterpillar, los malacates, los troncos de los árboles, el barro, el río, la lluvia, los desprendimientos de tierra.

Camisea, 7/6/81

Fuertes chaparrones, que hicieron crecer el río de tal forma que el barco se elevó y las ramas puestas debajo amenazaron con irse flotando. Contra los flancos del barco se acumularon gruesos montículos de desperdicios, «caña brava» podrida, pequeñas maderas, follaje, ramas. Un desprendimiento de tierra bajó entre los dos molinetes más altos por la pendiente. No vi ningún sentido en alterarme por eso, así que volví a mi choza y dejé que la rabia rabiase, pero sabía que hacían falta unos pocos de estos absurdos jadeantes, con los que la naturaleza golpea a diestra y siniestra, para doblegarme en mi impotencia. Pero no me doblego, en tanto no sea doblegado. Golpearon una cacerola vacía anunciando el almuerzo, pero no la oí. Luego de haberse saciado, Mauch se acercó y me preguntó si ahora quería mortificarme para frenar la lluvia. No quería eso y encontré comida todavía caliente sobre la cocina y el inmenso hueso del muslo de un toro, que estaba lleno de médula. Luego me dormí, agotado sin razón, y al levantarme encontré que también la malicia de ahí afuera estaba agotada de sí misma y me pregunté si durmiendo no había impedido alguna desgracia. Contra la obscena, desarticulada bajeza de la jungla, donde sólo faltan saurios como signos de puntuación, me siento como una frase a medio terminar y mal recitada de una novela barata. Al retirar un terco cable de acero untado en barro, uno de los indios soltó por el esfuerzo un pedo de una vehemencia tan duradera que resonó, en la retumbante vulgaridad de la naturaleza, como el comienzo de una primera voluntad de orden en su contra por parte del ser humano. Quisiera estar en otra parte, donde los humanos vuelen por

sobre las torres de las iglesias, las iglesias sobre los campos de cultivo, los barcos sobre las montañas y los continentes sobre los océanos.

Indonesia ordenó la tala total de islas enteras.

Camisea, 8/6 - 10/6/81

Rodaje. Varios intentos con el barco; grandes esfuerzos, grandes frustraciones. Lucha con amarras de acero muy pesadas y tercas; colocación de troncos extraordinariamente pesados debajo del casco del barco; ganchos de hierro del tamaño de un brazo se deformaban como *clips* para papeles. Huerequeque tiene uno de sus ataques de malaria cíclicos; cuando lo visité la fiebre ya le había bajado un poco. Yacía envuelto en sábanas y con un paño húmedo alrededor de la cabeza, bien encogido en sí mismo en el punto más profundo de la hamaca. Sus ojos brillaban opacos desde muy adentro, y me dijo que cuando filmáramos él estaría ahí.

Pusimos una cuarta viga transversal debajo del barco, algo más atrás, por seguridad. Como los troncos son tan espantosamente pesados, este tipo de cosas avanzan a lo largo del día sólo centímetro a centímetro, con cables de acero y un sistema de palancas. Estos troncos, lo mismo que nuestro monstruo de poste de apoyo, son de una madera tan pesada que se hunde en el agua de inmediato como una piedra; es tan dura y difícil de trabajar como el hierro. El árbol que tiene esta madera se llama *chivavaca*, o sea chiva y vaca, pero yo presumo que detrás hay más bien una palabra mal interpretada del quechua, no *vaca* sino *huasca* o algo parecido. Sobre el tronco que se taló recientemente en la selva siguieron creciendo durante días hojas parasitarias bien frescas. La corteza de los troncos es roja oscura por dentro y se deja arrancar fácilmente en tiras fibrosas de tronco, cuya madera es blanco amarillenta. El capitán del *Narinho* nadó en el agua, vestido con pantalón, remera y sombrero, pues, según dijo, le parecía muy fría. Antes de sumergirse debajo del casco nadó hasta la lancha rápida y dejó ahí su sombrero. Alguien me dijo que por estos días ya fue Pentecostés.

Por la noche se oyó tocar una flauta en el campamento completamente silencioso. Hacia la medianoche al fin me levanté y encontré a uno de los jóvenes ayudantes de cocina soplando a través del caño blanco de plástico de una tubería de agua en el que había hecho agujeros. La noche estaba tan extraordinariamente callada que hice fuerzas por escuchar hacia afuera y mucho más tarde me levanté de nuevo para asegurarme de que el río todavía estaba ahí.

A Shivankoreni llegaron dos jóvenes norteamericanos de aspecto salvaje que habían atravesado el pongo en una pequeña balsa acompañados por un «peón». Habían inflado una cámara de aire de camión alrededor de su equipaje. Luego se supo que en realidad eran de Israel.

Camisea, 11/6/81

Pusimos la «chata» con toda su estructura superior río abajo, lista para filmar. Detrás, a izquierda y derecha, había dos botes amarrados, y adelante otro libre. Cuando la «chata» ya estaba sobre el agua poco profunda, que corría rápido junto al banco de guijarros, su estructura de seis metros de altura y sus plataformas golpearon contra los árboles de la orilla, perdieron la escalera de cuerdas que tenían adosada y, por un momento, pareció que todo iba a desplomarse sobre las casi veinte personas de la tripulación. Le grité a Chirino, el barquero soñador, que soltara de inmediato su bote, pero él sólo me miró con ojos extáticos. Lo que tambaleaba arriba lo fascinaba. Al instante siguiente, la «chata» giró sobre su propio eje y enterró debajo suyo primero uno de nuestros botes grandes, enseguida el otro, ya que estaban unidos entre sí con cuerdas, y los apretó contra el fondo. Luego la «chata» pasó por encima, atropelló a los botes, y vi a Chirino y al otro barquero alejándose a nado. Sobre el agua se iban flotando bidones de carburante, botellas de plástico con aceite y recipientes de nafta más pequeños. Salté semivestido al agua, luego tres, cuatro hombres más, y logramos sacar a los botes de abajo de la «chata» y girarlos de tal forma que flotaran con la quilla al sol. Los acercamos a la orilla y ahí pudimos darlos vuelta, lo que costó mucho esfuerzo. Beatus, que en principio sacó fotos, saltó después también al agua y rescató río abajo tres bidones de

carburante. Los botes no habían sido aplastados, sólo tenían más agujeros y hendiduras que antes. La cosa era tan grotesca y había pasado tan rápido que todos nos reímos. Uno de los botes había perdido su batería, pero por el momento ni intentamos bucear por ella en la correntada furiosa.

Llegamos al escenario previsto tres kilómetros río abajo antes de Shivankoreni. Con Vignati tensamos una cuerda fuerte de cáñamo sobre el río, que tiraba tan vigorosamente en la corriente que casi no pudimos levantarla y sujetarla. De ella colgaron más tarde unas ochenta canoas y pequeñas balsas. Con Miguel Vázquez, El Tigre y tres «motosierristas» preparamos los árboles que debían caer sobre el río detrás de las canoas a modo de barricada; Miguel puso cargas de dinamita en dos de los árboles más gigantescos, porque yo no confiaba en la coordinación del derribado manual. Mauch no facilitó las cosas, quería interrumpirlo todo porque la línea de canoas se veía muy rala e intrascendente, así que tuve que dar una vuelta con él en el bote para que viera que al menos sesenta canoas llenas de indios estaban amarradas a la orilla bajo ramas colgantes, listas para entrar en acción. Entretanto, Chirino se chocaba una y otra vez por descuido contra las balsas amarradas y daba vueltas con su bote dentro del campo visual de la cámara, por lo que, para evitar cualquier riesgo, lo quité completamente de circulación. Mandé a nuestros mejores nadadores hacia adelante, entre ellos Beatus, para organizar la distribución de las canoas. Cuando la luz ya casi se había ido puse a todos los que no pertenecían a la escena detrás de las cámaras, y cuando varias de las islas flotantes más pequeñas derivaron hacia la posición correcta, di por radio la orden de derribar el primer árbol, porque ésa era la señal para que los campas empezaran a remar. No se podía ensayar, había que hacerlo de un sola vez. Como demoró bastante hasta que todas las canoas se pusieron en movimiento y estuvieron bien repartidas, esperé mucho tiempo antes de hacer saltar el próximo árbol, realmente grande, lo que a los otros casi les hizo perder los nervios. Cuando Klausmann escuchó al lado mío el principio de la voladura, giró hacia el árbol con un ángulo amplio justo en el momento de la caída, y siguiendo el movimiento capturó todas las canoas a lo ancho del río, y yo hice derribar el árbol gigantesco en la otra orilla cuando sentí

que justo en ese exacto momento él debía estar llegando con su toma panorámica.

Walter, como me lo esperaba, no volvió de Lima, adonde yo lo había mandado para comprar amarras considerablemente más fuertes, roldanas y ganchos. Sólo con eso veo una posibilidad realista de subir el barco a la montaña. No es una cuestión de fuerza de tracción disponible, porque desde un punto de vista físico también un chico podría subir el barco sobre la montaña con un solo dedo, siempre y cuando haya un sistema de poleas con miles de multiplicaciones y una soga lo suficientemente larga. Habría que tirar de la soga dos kilómetros para arrastrar al barco dos centímetros hacia arriba por la pendiente.

Cuando ya había oscurecido me llamaron al puesto sanitario del campamento grande. Unos trabajadores forestales habían estado talando árboles sobre la meseta entre los dos ríos, como siempre todos descalzos, y a uno lo había mordido una víbora. Nunca antes se habían divisado víboras ni siquiera en el radio más amplio alrededor del lugar de trabajo de las motosierras, porque el ruido y los gases de escape hacen que huyan a lo profundo de la jungla, pero al hombre lo habían mordido de pronto dos veces en el pie. Había dejado caer la motosierra y pudo ver que la víbora que desaparecía en la maleza era una *chuchupe*. Por lo general se produce un paro cardiorrespiratorio menos de un minuto después, y prácticamente no se conocen casos en que alguien haya sobrevivido a una picadura semejante más de siete u ocho minutos sin tratamiento. A todo esto, nuestro campamento con el médico y el suero contra picaduras de víboras estaba a veinte minutos de distancia. El hombre, me contó uno que trabajaba a su lado, se había quedado unos segundos completamente inmóvil, hundido en sus pensamientos. Luego había levantado la motosierra del piso, que se había apagado por el golpe, había tirado de la cuerda que vuelve a ponerla en funcionamiento, igual que a un motor fuera de borda, y se había serruchado la pierna arriba del tobillo. Yo vi al hombre, tenía todo el cuerpo gris. Estaba vivo, del todo sosegado y muy tranquilo. Antes de llevarlo a un médico le habían hecho un triple torniquete en la pierna: debajo de la ingle, debajo de la rodilla y arriba del muñón, y habían enroscado las lianas con palos de tal forma que estaban bien fijas. Sobre el muñón le habían pegado una especie de

musgo como calmante. Hice preparar un avión que lo llevara a la mañana siguiente a Lima. De todas maneras, es mejor tenerlo una noche bajo observación, porque el peligro de shock persiste.

Camisea, 12/6/81

El leñador partió en avión, durante la noche se había estabilizado bien. Una hora más tarde llegó el misionero norteamericano desde su estación al noreste del pongo y tomó con nosotros y con su gente, su rebaño, que había venido desde allí, una buena cantidad de pisco; me cayó bien. Había estado dos años recorriendo a pie la selva, hasta que había encontrado un lugar donde quiso quedarse y fundar una estación. Había aparecido en un programa de entretenimientos de la televisión norteamericana donde se podía ganar el dinero que necesitaba para su estación: la condición para el gran premio que había en juego era que su nombre apareciera, al día de la grabación del programa, en los titulares de todos los diarios locales, que en veinte relojes cucú los pajaritos aparecieran al mismo tiempo, y que lograra apagara una vela de un solo soplido a veinte pies de distancia, lo que estaría arreglado de antemano y sería transmitido como un truco especial. Asumió todas las humillaciones, sopló la vela con ayuda de un indio de la selva y su cerbatana, apareció con un informe sobre su estación en todos los titulares, pero fracasó con los relojes cucú, pues no hubo forma de que todos abrieran sus puertitas al mismo tiempo para que aparecieran los pajaritos. Estaban separados por demasiados segundos, y sólo recibió un premio consuelo, pero espectadores del show y lectores de los diarios le enviaron dinero de manera espontánea.

Por la noche vi un satélite que pasaba veloz, devorándose las constelaciones. Una luna tímida hacía la bruma sobre la corriente, que parecía sumida en una plegaria nocturna, aún más lívida, más espiritualizada. La selva a ambos lados del río, que celebraba su misa nocturna, cumplía la función de monaguillo. Ningún sonido de animales, ningún grito nocturno; sólo de un gigantesco árbol torcido cayó una hoja inmensa, como un pterosaurio alcanzado por flechas. Todo afuera como implorando, sin realizarse, sin ser redimido. A mí esto me deja sin emociones,

porque soy como el cauce vacío de un arroyo durante su limpieza. Mi vida es como una casa que me resulta ajena.

Camisea, 13/6/81

Un gavilán se lanzó como una piedra en diagonal por el aire hacia abajo y agarró un pequeño pájaro al vuelo. Después vi cómo se posaba sobre una rama desnuda con su botín en las garras. Largo tiempo no se ocupó del pájaro en sus garfios, como si no tuviera nada. La litera de Don Aquilino fue puesta debajo de la plataforma de la cocina, había estado un par de semanas en la selva. Sobre los zócalos, y solamente ahí, está todo lleno de hongos yesqueros, grandes y de un blanco grisáceo.

Va a requerir algún tiempo hasta que esté aquí el nuevo y pesado aparato para remolcar el barco, porque sólo podrá ser transportado por tierra hasta Pucallpa y de ahí en más río arriba sobre una «chata». Presión de tiempo. Decisión de trasladar todo hacia Iquitos, porque tampoco se puede aplazar a Claudia Cardinale.

Camisea, 14/6/81

Rodaje intensivo, para poder mandar a sus casas a la mayor cantidad posible de indios. «Fiesta» en el Urubamba con los campas. Ataques de rabia de K. En la oscuridad volví descalzo al Camisea. Desde una choza oscura me saludó Guillermo, el pequeño joven campa que en la película llamamos McNamara. Lo reconocí por la voz y le dije *ma zonzorre*, eres un tigre, y él se rió, porque me dirigí a él con el nombre que me habían dado los campas, con el que acostumbraban llamarme. Una brasa fue reavivada con una rama y desde la vaga oscuridad me miraron muchos ojos.

Camisea, 15/6/81

Último día de rodaje en el Camisea, por el momento. No recuerdo haber trabajado en toda mi vida bajo tanta presión. Normalmente, esto

que hicimos es el programa de cinco días. Kinski gritando histéricamente, después interpretaba al enfermo terminal, haciéndose sostener por Paul, después otra vez un nuevo ataque de furia. Al mediodía, durante el rodaje, vi muy al pasar cómo los barqueros trasladaban un tambor para cables de varias toneladas de peso desde la «chata» a uno de nuestros botes de carga, simplemente haciéndolo rodar desde arriba. El bote se rompió en el acto y se hundió como una piedra. Ése fue sólo uno de los grotescos episodios al margen. Al siguiente ataque de rabia de Kinski, el cacique de los ashininka-campas y el cacique de los machiguengas de Shivankoreni me llevaron a un costado y me preguntaron con toda tranquilidad si debían matarlo por mí. Para estar seguro les pregunté ¿matar a quién? Se referían a K., y el modo en que hablaron no dejaba dudas de que lo harían de inmediato, en los próximos sesenta segundos. K. se dio cuenta de que algo estaba pasando y cambió rápidamente de rabioso a enfermo terminal.

Por la noche ayudé a cargar los botes, y a las dos y media de la mañana partimos, para alcanzar en Sepahua un Twin Otter que habíamos pedido. Gran desayuno nocturno con salame, jamón, longaniza, ensalada de frutas. Hacía tanto frío que me puse todas mis camisas una encima de la otra y me acurruqué bajo una lona de plástico. A K. lo había alejado ya hacia la noche con un pequeño Cessna en dirección a Iquitos, porque no podía estar seguro de que los indios no tramaran algo sin mi aprobación.

Camisea - Sepahua - Pucallpa - Iquitos, 16/6/81

La noche estuvo muy fría, ya desde antes tenía el cuello duro, después me pude mover menos aún. De madrugada nos detuvimos, porque teníamos poca nafta, en lo del Padre dominico en Picha, a fin de tomar prestado por seguridad algo de combustible. Justo estaba dando la misa matutina y esperamos. El espíritu de todos era excelente, a pesar de las dificultades. El de mejor humor era Paul, que bramaba de la risa de tal forma que contagiaba a todo el resto. Únicamente Huerequeque estaba muy callado y flaco y con brillo en los ojos. Su malaria es bastante grave.

Iquitos, 17/6/81

Por la mañana, preparativos casa Molly. La noche anterior había estado en el Holiday Inn con Kinski y Claudia Cardinale. En realidad quería hablar enseguida con ella, pero K. clamó y gritó dos horas seguidas, fue horrible, vomitivo. No tiene, como siempre supe, ningún tipo de resistencia, es como un caballo de carrera hipertrófico, que puede correr exactamente una milla y luego de inmediato se quiebra. Ahora parece como que el jockey va a tener que transportar al caballo.

Claudia estuvo como siempre muy fraterna, y también el equipo estuvo en el momento oportuno muy atento conmigo, y así saqué nuevamente fuerza del último rincón de mí mismo. Rodaje con Molly y sus chicas. Ataque de rabia de K., porque aparentemente Beatus sonrió, pero el motivo también podría haber sido que se ajustó los cordones o se rascó un brazo. De todas formas, disfruté del trabajo.

Hoy a la mañana había chanchos debajo de mi casa. Todas las plantas de yuca se desprendieron del suelo y los plátanos alrededor se posaron podridos, de modo que ahora en derredor de mi choza tengo campo abierto. Ni desempaqué verdaderamente mis cosas, dejé todo tirado. El agua circundante ahora se fue, pero el fondo aún está cenagoso. Todo cambió.

Camisea, 20/6/81

El pequeño «tigrillo» murió. Habíamos filmado con él y lo llevamos de vuelta a su corral, pero ahí sufrió una mordedura mortal del habitualmente muy sociable «tigrillo» grande. Vignati trabaja con una costilla rota. Trabajo ininterrumpido en la película. K. está momentáneamente neutralizado, porque Sygma de París mandó un fotógrafo que saca a diario miles de fotos de K., y así K. se encuentra distraído en su egocentrismo maníaco. Yo miro todo eso con indiferencia. La plata se acaba en cuatro días, lo que ocurrirá después lo sé muy bien. ¿Las cosas agradables? Todas están asociadas a nombres: Cardinale, Vignati, Huerequeque, Paul, la mayor parte del equipo. Empecé a repartir mis pocas pertenencias, mi radio, flechas, fósiles, mis casetes de música, una *cushma*; eso me

alivianó. Vi una pared carbonizada de negro. En una foto de Machu Picchu empecé a escalar las paredes a pico. Mi puentecito se dirige absurdamente hasta mi choza, en la que ya no vivo, sino que sólo pernocto. Celebramos reuniones de urgencia sobre la situación, así como en otras partes se hacen sacrificios de urgencia.

En Belén un chico flotaba en el agua sobre una fuente de plástico, que usaba como bote remando con las manos, y buscó cerveza en un local también flotante. Por primera vez vi en un bote uno de los enormes *paiche*, yacía doblado sobre la base de una canoa y tenía la boca muy abierta, como un túnel en una montaña. El mundo tiene manchas y es difícil de descifrar. Con tomas desde aviones en campos llanos por la zona de Colonia-Tréveris se determinó, mediante películas especiales, la ubicación de construcciones y palacios romanos. Los cigarrillos arrojados a lo negro de la noche caen en abismos infinitos, se extinguen en la nada, dejando, mientras desaparecen cada vez más y más profundamente, una delgada huella de luz. Ay, pensé en una estrella que fuera muy pequeña, de la que me alejaría con el pie y así la desviaría para siempre de su curso, tal como uno aleja de sí una lancha que pasa flotando por un agua que corre silenciosa.

Iquitos, 21/6/81

Trabajo en la casa flotante de Fitz. A la noche hablé largo rato por radio con W.; dijo que hoy había estado bien seco y el barco se había movido. Estaba seguro de que cuando estuviera seco se lo podría subir hasta el pilar de apoyo en sólo dos días. Lo pondría en posición al inicio de la cuesta, pero de tal forma que todavía tuviera contacto con el río en la cubierta de popa.

A la noche me llegó el llamado histérico de un periodista italiano desde Roma: qué pasaba con Cardinale, si estaba viva, si había sobrevivido al grave accidente. ¿Qué accidente?, pregunté completamente asustado, si yo acababa recién de cenar con ella. No, insistía el otro, yo mentía, había sido atropellada por un camión y estaba gravemente herida.

Iquitos, 26/6/81

Trabajo ininterrumpido en Iquitos con Claudia Cardinale. El 24, para la fiesta de San Juan, les di libre a todos, sólo Mauch, Vignati y yo seguimos trabajando como una especie de *second unit.* La ciudad entera estaba de fiesta, y a la noche invité a dos chicas en el bar de Huerequeque a mi moto y partí ligeramente borracho hacia el aeropuerto, donde me metí con la moto dentro de la terminal de salida, grande y casi vacía, y después de dos vueltas por su interior, perseguido por un policía, volví a abandonarla. Un par de pájaros volaban dentro de la terminal. También vi una rata huyendo de mí, que se patinaba al cambiar de rumbo sobre el pulido piso de piedra artificial. Siguió largo rato deslizándose en su dirección inicial, mientras que sus piernas desesperadamente pataleantes intentaban conducirla en la dirección contraria. Afuera vi un pájaro con panza verde-azul, posado sobre una rueda dentada grande y llena de óxido.

En la prensa italiana y al parecer ahora también en Argentina se difundieron como un reguero de pólvora noticias sobre un accidente de Claudia Cardinale. De alguna manera, el periodista italiano logró encontrarme de nuevo en mi oficina. Siguiendo una inspiración, porque a un rumor no se lo puede extirpar del mundo con la verdad, sino sólo con un rumor más salvaje aún, le dije que la cosa era en realidad mucho peór de lo que hasta ahora había trascendido: no sólo que el semi-indio descalzo que la había atropellado estaba ebrio, sino que en el mismo lugar del accidente, por más que habían acudido muchos espectadores asustados, la había violado. Después de eso escuché un largo silencio del otro lado de la línea, y luego cortaron.

Junto a la casa, Doña Lina agarró a una gallina por el cuello y llevó a cabo con el animal un movimiento rotatorio brusco, a fin de torcerle el pescuezo, pero esta vez la gallina quedó entera y Doña Lina se dislocó la mano. La llevé al hospital y fui solo a un restaurante en las cercanías, lo que me hizo bien. El mesero le sirvió un vaso de vino a un comensal que hacía tiempo se había ido.

Iquitos - Camisea, 27/6/81

Mudanza con las complicaciones habituales en un Twin Otter. K. voló en su propia avioneta, ése era un punto en un bizarro contrato extra que me impuso y sin el cual no hubiera vuelto a la selva. De todos modos siempre había volado en un avión especial. Otros puntos del contrato, redactados en inglés por razones incomprensibles, decían: agua mineral sólo de una marca bien específica, ninguna gallina macho en el campamento (porque no se acordaba en inglés de la palabra para gallo, y yo tampoco lo ayudé) y ninguna voz femenina en la radio, con lo que se refería a Gloria. Ya antes le había dicho a ella que yo no tenía problema en manejar la radio por mi cuenta, pero era predecible que se ofendería. Le dije entonces que la libraba del problema de que K. se pusiera furioso con ella, conminándola en ese acto como empleador a que no usara más la radio. Por el par de días que íbamos a estar ahí haría yo mismo los pedidos a Iquitos. En vano intenté aclararle que incluso pintaría de verde la tapa de mi inodoro si así lo requería el trabajo con K., nada de eso influía en el único fin por el cual todos estábamos ahí, y que yo había perdido de vista; esto es, hacer una película.

K. vino a mi encuentro sobre una lancha rápida en el Camisea, bramando con espuma solidificada en las comisuras de los labios. Estaba parado adelante sobre la proa y hacía oscilar su machete con golpes terribles contra un enemigo que sólo él veía. Lo escuché ya dos curvas antes de que me alcanzara, rabiando en francés con el barquero. Evidentemente había visto desde el avión antes de aterrizar que el barco estaba todavía casi en la antigua posición junto al río, pero se le había escapado que ya se encontraba arriesgadamente inclinado hacia arriba. Gritó como un demente que yo era un estafador, que no iba a filmar, que sólo hablaría conmigo en Los Ángeles frente a un juez. El río había descendido inconcebiblemente, de modo que en algunos lugares tuvimos que saltar del bote a fin de superar algunos bajíos; yo lo escuchaba a K., pero al mismo tiempo sacaba agua del bote de forma mecánicamente regular con un plato de lata. La selva, también muda, absorbía el exceso de decibeles de manera parecida, con una cierta liviandad. K. igual se cae a pedazos, ya no hay cómo sostenerlo.

Camisea, 28/6 - 30/6/81

Vigoroso ritmo de trabajo desde hace tres días. Anteayer empezamos a filmar a las cinco y media de la mañana en la niebla. El acontecimiento más importante: el barco sube por la trocha, a buen paso; mañana alcanzará el primer «muerto». Absurdamente, W. reunió en ese momento a todos los asistentes técnicos peruanos, que junto a él me informaron que se declaraban en paro por solidaridad si yo no disolvía de inmediato el contrato adicional que había acordado con K. y que prohibía que Gloria o cualquier otra voz femenina usaran la radio de onda corta. Tercero, el tractorista, me dio una conferencia enfática y tonta acerca de que él era peruano y que, como tal, sabía lo que era el honor. Le dije que, en definitiva, era mi radio, la radio de la producción, y que podía, sin preguntar si eso mancillaba o no mi honor, usarla yo mismo y nadie más. También le dije que el que le pagaba era yo, no W. Esto le pareció, a juzgar por su sorpresa, una novedad. También le pedí a Tercero que, se quedara o se fuera, a la noche por favor apagara su música. Las gesticulaciones de K., a menudo vacías y ritualizadas, encontraron ahora una especie de equivalente peruano. Más tarde, lo llevé a W. aparte y le dije que si se quería ir, naturalmente podía hacerlo, y le pregunté para qué habían servido los últimos tres años de trabajo, que ahora mostraba de pronto un progreso extraordinario. Y que dónde quedaba además la honra de los gallos, que ya no tendrían alojamiento con nosotros y que deberían renunciar al privilegio de ser cocinados en nuestras ollas. W. sonrió, pero quería aún mostrarse oficialmente firme y dijo que el trabajo ya no le interesaba. Le dije que se fuera hacia la trocha, que llevara toda la gente, porque si no llegarían demasiado tarde para remolcar el barco. Durante el remolque estaban todos, también K., que representó para el público uno de sus ataques de furia.

Luego, más ataques de rabia de K. por el nuevo fotógrafo de Sygma. Entremedio, desvanecimientos que el médico (pues a K. no le falta nada) trata con paciencia digna de admiración. Después nuevamente amenazas de K. de irse de inmediato. El problema es muy simple: ahora el barco es más importante que él. Pero más tarde, porque de todas formas está impresionado, tiene momentos de brío arrebatado. Escenifiqué un accidente, en donde varios campas son volteados por un molinete que golpea

hacia atrás. Fitz salta hacia ellos y saca a un herido sangrante, y K. gritó de tal forma pidiendo ayuda con las manos ensangrentadas (la sangre estaba oculta a la cámara en una taza en el lugar del accidente) que nuestro médico, que en realidad sabía que sólo estaba actuando, saltó del susto con su malerín de primeros auxilios entre las dos cámaras. Lo vi de reojo y llegué justo a derribarlo, según me aseguraron se vio bien, como quien baja a un *quarterback* contrario. Como siempre los campas me aplauden después de cada día de rodaje, con frecuencia también después de una secuencia bien lograda, pero esta vez lo aplaudieron tanto a K. como a mi exitoso *tackle*. Cuando aplaudieron al barco, filmado sin actores, que trepaba por la pendiente retumbando por la resistencia, K. fingió nuevamente el enfermo terminal y recibió así al menos la atención del médico. Por la noche, se deshizo en amenazas, que haría fracasar la película, ésta no sería la primera vez, ya lo había hecho en docenas de casos. Aunque conocía el reguero de devastaciones que ya había dejado tras de sí en su vida, lo escuché sin inmutarme. Después amenazó con que también haría otras cosas muy distintas, la ley escrita no le importaba, para lo que ya había hecho, hacía mucho tiempo que de todas formas debía estar en la cárcel. Después contó, a modo de amenaza, lo que había hecho con sus dos hijas Pola y Nastassja, sólo por eso recibiría veinte años en los Estados Unidos, yo debía cuidarme, él no le temía a nada.

La mayoría de los indios se fueron y muchas cosas me parecen vacías e inútiles. Ahora que se fueron estoy abandonado como un herido en el lugar de un accidente. Afuera braman los sapos. Las mariposas en la lámpara arrojan desordenados retazos de miedo con sus sombras sobre mi mesa. Yo, Werner –le dije al equipo al subir al bote–, hijo de Dietrich y de Elisabeth, voy a terminar la película.

El barco daba un tirón y con un gemido que parecía humano las amarras se rompían. Yo estaba a bordo. El barco se deslizaba tomando velocidad y finalmente, marcha atrás hacia lo profundo con el frenesí de un animal herido, entraba como un torpedo al agua. Por kilómetros iba así, marcha atrás, sin freno; partes de la borda y de las estructuras superiores se rompían y quedaban en las enormes olas que levantaba el barco precipitándose en reversa. Yo veía todo como en cámara lenta, sobre todo cómo saltaban las estructuras superiores. Luego el barco daba una amplia curva

y tomaba curso en reversa hacia una playa llena de gente. Yo quería gritar, pero los bañistas no me oían. Con la popa a la cabeza, el barco se lanzaba entre la gente, hundiéndose profundamente en la arena, sepultando todo debajo de sí sin sonido, puesto que nadie gritaba. También en cámara lenta, veía cómo el barco, semejante a un arado bíblico, hacía volar por los aires un puesto de helados. Como una hoja lentamente barrida del suelo, dando vueltas sobre sí mismo, lento y espantoso, el puesto salía volando sobre la playa. Luego veía el tanque de agua de cuarenta metros en Darwin, Australia, donde un huracán había hecho volar una heladera por los aires. A cuarenta metros de altura, el enorme contenedor conservaba una abolladura rectangular por el choque de la heladera.

Nuestro piloto lee *comics* mientras viaja en su monomotor. Dice que el aeródromo en Camisea está actualmente tan bien que quiere aterrizar en él con un Concorde. Vi cómo unos japoneses, que habían escalado el Everest, al llegar a la cima a ocho mil ochocientos metros de altura fumaban cigarrillos.

Camisea, 1/7/81

De madrugada, todavía oscuro y con niebla, nos levantamos con voces silenciosas. Té caliente; figuras mudas; bien lento el primer resplandor de luz. Teníamos buena niebla, tal como esperaba. El barco sobre la pendiente neblinosa era como un animal prehistórico dormido. Como la niebla duró más tiempo, quise arrastrar el barco ya mismo hasta el «muerto», pero una de las vigas longitudinales se enganchó y se resistió. Dos horas más tarde, luego de trabajar largamente con motosierras en el obstáculo, lo intentamos nuevamente, pero con un tirón horrible se rompió una de las roldanas del sistema de poleas y el cable de acero, aplastado, se atascó por completo. Como el arreglo puede demorar un tiempo indeterminado, decidí dejar a Vignati acá con una cámara como *second unit*, a fin de filmar el barco también cuando alcanzara la cima. De esa forma ya podía mandar a K. de vuelta a Iquitos hacia el mediodía.

Por la noche siguió el trabajo a bordo del barco empinado con Huerequeque, el joven indígena McNamara y el «Comandante», así como

Miguel Ángel Fuentes y Paul. Las personas estaban paradas y se movían de forma vertical, pero luego de que alrededor se hiciera noche negra y se perdiera cualquier punto de referencia para el ojo, la imagen se invirtió: el barco estaba horizontal, pero las personas, como si algo no funcionara con la fuerza de gravedad, estaban paradas de forma extremadamente inclinada. Cuando volvimos a la tierra plana luego del trabajo, la fuerza de gravedad se nos antojó algo distinto y novedoso.

Camisea - Iquitos, 2/7/81

Nuevamente de pie a la madrugada. Cuando salió el sol vi esto: un arco iris surgió a medias en la neblina y puso un pie en el Camisea, justo en la curva desde donde remolcamos el barco, y se arqueó sobre la montaña en dirección al Urubamba. Todos al unísono lo entendimos como un presagio, nos miramos en silencio y nos pusimos a trabajar con una sensación de liviandad. La roldana había sido reemplazada durante la noche, y así subimos el barco temprano a la mañana once metros en sesenta segundos, casi hasta el primer «muerto». Todos los conflictos y todo lo que se había acumulado en un largo y agotador trabajo conjunto ya no existía más, y W. y yo nos abrazamos.

Por la tarde, vuelo a Iquitos, partida ordenada, arribo ordenado. Por primera vez en mi vida anduve en moto dentro de un cine. Tras la proyección de las pruebas, durante la que, como la mayoría de las veces, dormí, llovió tan horripilantemente que para proteger mi moto del diluvio la entré por una puerta lateral al cine y anduve por delante de la pantalla. Luego subí por el pasillo del medio entre las filas de butacas, y después a través del baño de damas hacia el hall de entrada enrejado de adelante, donde dejé la moto.

Manaos, 3/7 - 11/7/81

Rodaje en la Ópera de Manaos, el Teatro Amazonas que erigieron en la selva los millonarios del caucho en su delirio ostentoso-tropical cuando apenas si se había establecido una ciudad. K. en completa disolución,

desmoronándose, nadie va a saber nunca qué esfuerzos fueron necesarios de mi parte para mantenerlo en pie, llenarlo de sustancia y darle forma a su histeria. A todo esto, Claudia Cardinale es una gran ayuda, porque es muy fraterna, un auténtico corcel de circo, y delante de la cámara irradia algo muy especial. En su presencia, K. se comporta por lo general como un caballero y también tiene por supuesto sus momentos amables. Werner Schroeter me consiguió la escenificación del final del *Ernani*, porque hasta hoy nunca estuve de espectador en una ópera. Cuando el barítono se enteró de que Doña Elvira iba a ser interpretada por un travesti de Francia, se encerró profundamente ofendido en su habitación de hotel durante dos días y dos noches y no se le podía hablar, descolgó su teléfono y estaba indignado. De todos modos, Doña Elvira no canta, sino que Sara Bernhardt, que tiene una pata de palo, sólo hace la mímica, mientras una cantante gorda le pone voz a sus movimientos de labios desde el foso de la orquesta. Como rodamos siempre de noche y yo colaboraba con los preparativos durante el día, no dormí prácticamente nada durante casi una semana entera; los recuerdos son vagos, como de algo muy lejano que oí por rumores.

Iquitos, 12/7/81

No hay luz, no hay agua; todo ajeno, abandonado, vacío. Ayer a la tarde hablé largo rato con Vignati por radio. El barco está arriba de la montaña, y W. quiere a toda costa y de forma inmediata arrastrarlo, o sea hacer que se deslice, hacia el Urubamba, porque así nos ahorraríamos meses de alquiler de poleas y amarras de acero, pero el Urubamba, que llega a tener diez o doce metros de profundidad, tiene apenas cincuenta centímetros de agua en el lugar donde debería entrar el barco, y eso significaría dejar al barco transversal a la corriente más o menos hasta octubre. Se enterraría profundamente en la arena, y una creciente dramática de agua lo aplastaría. W. tampoco tiene idea del estado de disolución interior en que se encuentra Kinski, que de todas formas volvió a Estados Unidos.

Caminé lento de un lado al otro por el puentecito entre la oficina y mi choza y sentí como que ya no pertenecía a ese lugar. Lucki es ahora la

fuerza motora, no sé lo que haría sin él, realmente no lo sé. Huereque-que está en camino a mejorarse, sólo enflaqueció. El tucán enjaulado me llamó con gritos desconsolados y afónicos. Huellas de serpientes, huellas de chanchos; polvo sobre todas las cosas; telarañas.

Pasé casi todo el día en completa apatía, leyendo y durmiendo, sin hacer ni lo uno ni lo otro de veras. Silencio sepulcral en la ciudad, nadie en la calle, porque hay censo nacional. Los pájaros se quedaron quietos, como agotados, la selva no se movió, fue como una tarde bochornosa de julio sobre campos de cereales maduros relucientes de calor. Un día desolado, del que se ha retirado todo lo vivo. En mi choza, que cada vez está más vacía, habitan lo sublime y lo espectral como hermanos que ya no se hablan.

Hice que Lucki me explicara la situación financiera, y se ve mucho más oscura de lo que hasta ahora quise reconocer. Ordenamos, hacemos cuentas y nuevos planes de trabajo con Lucki. Quemé kilos de papel, todos en su momento de gran valor y ahora sólo un lastre.

Iquitos, 13/7/81

Al amanecer salí al Nanay, las primeras aves de pantano alzaron sus gritos como si no quisieran al día, y con la primera luminosidad fría vinieron a mi encuentro muchas personas mañaneras a pie, camino a la ciudad. Por la tarde me llegó un mensaje de radio mutilado de Camisea, que hay problemas.

Iquitos - Lima, 14/7/81

Noticias del campamento algo más claras. Trigozo intentó incautar el Caterpillar e impedir el rodaje. Al parecer, dos policías llegaron al campamento, pero la situación se tranquilizó. Virginia y Silvia debían buscarme en el aeropuerto para darme un micrófono y varios rollos de película virgen para el rodaje siguiente en el Camisea, pero al principio no estaban. Cuando al fin aparecieron no tenían películas ni micrófono,

por más que lo teníamos preparado hacía días y se suponía que estaba todo listo. Lima fría y nublada y odiosa, como siempre. El mesero emperifollado en el local argentino echó una mirada a mis pantalones marcados por la selva y al principio ni me quería dar una mesa, todo estaba supuestamente reservado, aunque el restaurante estaba casi vacío.

Lima - San Ramón - Camisea, 15/7/81

De madrugada hubo café negro verdadero, filtrado, que después de muchos Nescafés, sobre todo en Brasil, me pareció una *Delikatesse* especial. Vuelo en un bimotor de SASA sobre los Andes, cerca de los picos nevados. Nos dieron delgadas mangueras de plástico con oxígeno, porque el avión no estaba presurizado. Tomislav me esperaba en San Ramón, y por un rato nos quedamos ahí, porque al motor de su máquina le faltaba todavía una inspección. En Atalaya hicimos una escala corta, ahí busqué soles peruanos, estaban tan fuertemente atados y prensados que con ellos se podría haber matado a golpes a alguien.

Durante el aterrizaje en Camisea nos recibió en principio el silencio, después empezó lentamente a aparecer la gente. Tomislav ya me había dado precisiones sobre los incidentes durante el viaje. Pedro Morey había ido el lunes al mediodía con la comida a la «trocha», pero la carne estaba podrida, una escena que recuerda la situación en *El acorazado Potemkin*, donde una carne podrida desata la sublevación de los marineros. W. se salió de sus casillas y lo despidió en el acto, enseguida también a Trigozo, porque ambos habían estado desatendiendo cada vez más sus tareas como administradores del campamento de los indios. Todos los demás habían trabajado muy fuertemente y habían subido con gran esfuerzo el barco a lo alto de la montaña, pero Trigozo los trataba con total desprecio, porque ya no percibía la fuerza de orden de todo un equipo técnico. El despido hirió el honor peruano de Trigozo, que trató de amotinar a los machiguengas en Shivankoreni y luego fue a Nueva Luz y trajo de allá machiguengas confundidos que hasta ahora no habían tenido nada que ver con nosotros. Lo que les hizo creer no se pudo averiguar con claridad; en todo caso, tomó por la tarde el campamento de más abajo, puso a una persona armada frente a la oficina, izó la bandera peruana y se

creyó señor del lugar. A la mañana siguiente, el Caterpillar estaba custodiado por gente armada, y uno de ellos se llevó consigo la llave, sin saber que el vehículo arranca también sin ella. Con esa autoridad usurpada, a Vignati le prohibieron filmar el barco. Cuando W. apartó a algunas personas y puso el Caterpillar en movimiento, alguien disparó un tiro al aire. Después de eso Gloria, que tiene una ligera tendencia a la exageración, pidió ayuda por radio a Satipo. Ese mismo día llegaron por aire doce hombres Sinchis, la tropa antiterrorista de elite, sin saber muy bien qué era lo que pasaba; por lo visto esperaban ser recibidos con una lluvia de balas y se veían consiguientemente amenazadores. Incluso tenían metralletas livianas, pero yo no dejé de sospechar que, sin trabajo hace tiempo, tomaron esto como excusa para ejercitarse. Todo Camisea se había ocultado de inmediato. Cuando aterricé se me acercaron paseando seis Sinchis en cuidados trajes de combate, figuras jóvenes y entrenadas de movimientos lentos y ojos atentos, con la seguridad de ser los mejores. Su jefe deambulaba con el falo erecto debajo de los pantalones de combate entre sus atléticos luchadores, todos ellos indígenas, dicho sea de paso. El capitán, inteligente y sensato, llamó de inmediato a una reunión en el campamento, a fin de informarse con amplitud. Enseguida tomó partido por la gente de Nueva Luz, que se quejaban de que uno de los nuestros había rozado los órganos sexuales de una mujer. La cosa fue investigada de inmediato, y rápidamente se descubrió que había sido nuestro enfermero, que salvó a la mujer que había llevado durante once días un hijo muerto en el vientre. A Trigozo, que le había contado a los machiguengas todo tipo de mentiras, lo quería detener de inmediato, pero por suerte pude evitarlo. Me impresionaron en el «capitán» su profunda comprensión del modo de pensar de los indios y su calma atenta y despierta. Les aseguró a los machiguengas que contaban con su ayuda y su protección en todo momento y dejó Shivankoreni en un estado de tranquilidad tal, como si nunca hubiera ocurrido nada. De todas formas, ya me puedo figurar el epílogo en la prensa.

Camisea - San Ramón, 16/7/81

Larga conversación con Walter y Vignati. La Shell Company planea hacer pie en la zona, hasta van a construir un gasoducto. Me consternó lo

rápido que va a suceder todo eso. Los machiguengas hacía rato que me habían pedido apoyo para conseguir un título de propiedad para la tierra entre los dos ríos a fin de mantener alejados a leñadores, buscadores de oro y compañías petroleras, pero el problema es que no hay ninguna demarcación de su territorio. Tomamos la decisión de traer a un geógrafo de Lima para que trace un mapa que luego pueda ser usado de base para los reclamos. Otra resolución acerca de cómo seguirá el trabajo en diferentes lugares simultáneamente: a W. pude hacerle comprender a la fuerza que arrastráramos al barco sobre la meseta hasta el borde de la pendiente hacia el Urubamba, pero que no debía perder los nervios por la tentación del objetivo cercano y hacerlo deslizarse sin cámaras ni actores hacia el río. Durante los meses de nuestra ausencia una familia de nativos debía habitar el barco, de lo contrario todo estaría desmontado a nuestro regreso, y de la misma manera una familia debía habitar el *Huallaga* debajo del pongo. Tenemos entonces dos barcos idénticos, uno sobre una montaña, el otro sobre un banco de guijarros, también con tierra firme bajo la quilla. Vamos a seguir trabajando en diferentes escenarios: W. y Vignati en principio con el *Narinho*, Lucki (con el que hablé por radio) va a volar hacia L.A. por el contrato suplementario que se necesita hacer con Kinski para octubre y noviembre, yo voy a N.Y. para avistar el material en el laboratorio y de ahí también a L.A.

Antes de mi partida jugamos al fútbol en Camisea con los indios de Shivankoreni y perdimos. En el calor de la tarde me empapé inmediatamente de sudor y me quedé sin aire. Me llevé conmigo en el avión a un joven «indio» de Nueva Luz que no había visto nunca; se hizo pasar por estudiante, pero más tarde en el hotel se registró como misionero.

Por la tarde entré a pie en San Ramón, la ciudad. «Indios» del altiplano. Una luna gorda y blanquecina rodaba hacia arriba por la pendiente de la montaña. Olía a fuegos de desmonte de la selva circundante. Olía a orina rancia. Al lado mío, dentro de un restaurante, unos chicos hacían sus tareas con mano torpe en un cuaderno de escuela. En la Plaza de Armas vi un desfile de chicos con farolitos. A la cabeza iba una banda de música, y los jóvenes músicos marchaban militarmente ordenados con prusiano paso de oca. Un «indio» del altiplano, que llevaba un casco de minero sobre la cabeza, abofeteó durísimamente a un colegial asustado,

luego (y recién entonces me di cuenta de que debía estar loco) buscó al próximo desprevenido, se paró delante de él, le gritó al sorprendido joven y lo golpeó con furia brutal y espantosa. Observé cómo buscaba después al próximo, eso llamó la atención de otras personas, que intervinieron, y yo me fui. Sobre el horrible puente de dos carriles hecho de vigas de hierro estaba parada una chica de siete años en uniforme escolar y me tendió silenciosa una naranja a medio comer. Ayer me desperté hacia las tres de la mañana en el campamento, un pálido vapor de luna alumbraba las pendientes, y de pronto comprendí que debía filmar, que ese momento era irrecuperable. Tenía también la sensación de que Kinski estaba ahí. Salté desnudo de la cama, corrí hasta la galería y grité Jorge, Jorge Vignati en la noche. Nada se movió, y entonces grité Walter, Walter, rápido, hay que despertar a todos, y recién entonces percibí que estaba ahí con los ojos abiertos y me desperté del todo. Pero al campamento lo había visto con claridad. En las chozas deshabitadas brillaban las lamparitas.

Julio - octubre 1981. Trabajo de edición en Munich. Antes de irme de Perú, llevé a dos representantes elegidos de los machiguengas de Shivankoreni a Lima, donde tuvimos una audiencia por el título de propiedad para su territorio con el presidente Belaúnde. Los dos hombres quisieron luego ver el mar, y fuimos hacia allá, y ellos probaron con cuidado el agua, de la que sabían que era salada. Después consiguieron dos botellas vacías de uno de los restaurantes de playa y caminaron completamente vestidos bien hacia adentro de las olas, hasta que el agua les alcanzó el pecho. Llenaron las botellas, las cerraron cuidadosamente y se las llevaron a casa, como prueba de que habían visto el mar. La situación financiera continuó tensa, pero ya no tan dramática como durante grandes tramos previos. Otro avión monomotor se estrelló; de nuevo heridos graves, pero todos los pasajeros sobrevivieron.

Camisea, 18/10/81

Recién ayer en el bote, subiendo el Camisea, volví en mí y supe, arrancado de lo ajeno y lo irreal, dónde estaba y qué hacía. Antes de eso estaba todo como en una niebla. Bajé del pequeño avión con tal presión en

los oídos que por largo tiempo no escuché nada y creí que me encontraba en un sueño. El campamento del equipo está del todo desmoronado. Las paredes se caen, todo el material de construcción que se usó de la jungla, la jungla se lo lleva de vuelta. Polvo y hojas en las casas, hace meses que el agua de los grifos se secó, los baños se derrumban, sobre los lavatorios y los inodoros de porcelana hay una capa gorda y terrosa de suciedad. El Camisea está tan bajo como lo dejamos, y el Urubamba acarrea la misma cantidad de agua. Tras la época de lluvias más terrible en sesenta y cinco años, la zona sufría ahora la peor sequía desde que se tenía memoria. El puente colgante de lianas hacia la casa de Kinski sólo puede ser transitado con cuidado. En su baño el piso está gastado. En Shivankoreni se cosecharon y se secaron los porotos. Las mujeres los sacuden de sus crujientes cáscaras resecas y separan la granza en el viento. Fui recibido con extraordinaria amabilidad.

Los pájaros parecen haberse multiplicado y ser más ruidosos. Hay animales en el campamento, un pequeño mono con grandes ojos redondos, mira siempre como *Fitzroy was here*. Luego un pequeño pájaro cantor marrón amarillento, todavía no verdaderamente volantón; me pía, me sigue, cuando camino salta sobre los dedos de mis pies y merodea constantemente entre mis piernas, por lo que temo pisarlo sin querer. Me considera su animal madre. Hoy estuvo largo rato sentado sobre mi mano, piándome, y cuando lo deposité sobre la mesa porque debía irme, se puso como loco. Nuestro papagayo aún está aquí y se presentó con su nombre, Aurora. A los dos monos negros, entre ellos Tricky Dick, que aparecen como actores en la película, se los comieron los campas antes de irse. En el campamento hay tres mujeres jóvenes, de los barqueros.

Quispe, que entretanto se recortó el pelo que llevaba largo hasta los hombros, arregló ayer mi habitación, que estaba en un estado triste. El colchón estaba podrido y ablandado, la puerta medio salida de sus goznes, mi estantería de madera medio partida. Alguien arrancó una tabla, los clavos sobresalen. El río parece entrar en movimiento, sobre la superficie flotan livianos lunares de espuma; el color se transformó en un oliva desteñido y oscuro y el agua parece (pero esto también podría ser una ilusión) una mínima pizca más rápida. Ayer el río parecía estar quieto.

Sobre el Urubamba vi hoy un poco de madera acarreada, un signo de que crece levemente. Subir por el Camisea, incluso en botes pequeños, sigue siendo problemático, poco después de Shivankoreni hay un lugar donde está tan bajo que casi no se puede pasar. En el campamento están: El Tigre, el viejo cocinero chino, el «sanitario», Quispe, tres barqueros, entre ellos el soñador, Pedro, el maquinista que hoy puso en movimiento el Caterpillar y algunos más. Hoy debía llegar Tercero de Pucallpa, pero no pudo ser localizado. Walter y yo queríamos subir al pongo, a fin de conseguir un reemplazo para Julian en el *Huallaga*, sobre el que había vivido, además de una lancha rápida, comida y combustible. Estuvimos algunas horas esperando en Camisea pero el avión anunciado no llegó, así que tomamos *masato* con el maestro y nos dimos por vencidos. Tuvimos precisiones sobre Tercero por radio; había embarazado a una de las ayudantes de cocina, se había escondido en Tarapoto y sólo reapareció gracias a los llamados por radio.

Por la noche el campamento se llenó de los gritos y los chistes de los barqueros. El «motorista», que ya no tiene dientes incisivos superiores, tocó bailes del altiplano en una armónica extraña, fina y alargada. Me desperté por el ruido, pero luego, como ya me había acostado a las siete y media, dormí casi doce horas seguidas. Durante el día, el campamento se parece a un asentamiento indígena, está callado y dominguero, como en las aldeas durante todo el año. Un cauteloso luto pende sobre todas las cosas, como sobre antiguos sitios de la infancia que ahora han cambiado.

Camisea, 19/10/81

Había traído fotos para El Tigre. No había estado en su casa por dos años enteros, ya que antes de unirse a nosotros había trabajado en un campamento de leñadores. Tampoco se había tomado nunca sus vacaciones trimestrales, que le correspondían y durante las cuales nosotros le hubiéramos seguido pagando su salario. Cuando volvió a su casa, la mujer se había ido con otro hombre. Fue a lo de su suegra y dijo, entonces te llevo a ti. Cosa que también hizo, pero sólo aguantó una semana con ella. Después se fue a Pucallpa, rastreó a su mujer, le compró trescientas

cajas de cerveza, la llevó de vuelta a su aldea natal y le armó un bar. Al Chino le pasó algo parecido: cuando volvió a Iquitos, la mujer le dijo, ahora que hay plata quiero que me compres una máquina de coser. Lo hizo. Una semana más tarde la mujer se fue con otro hombre y con la máquina de coser.

Grandes lagartos verdes crujen en el follaje. Del río saltan peces, como si en realidad pertenecieran a las nubes en el cielo. Recién mediante la escritura vuelvo a mí. Del otro lado del campamento alguien golpetea sobre una tabla, y la resonancia vuelve de la selva con un sonido hueco. La selva no acepta esos tonos. Ayer a la noche había miles de bichos alados alrededor de las lámparas, como catástrofes esféricas alborotaban en turbulentas aglomeraciones alrededor de las lamparitas. Sólo se podía comer con la luz apagada. En el embarcadero, donde está instalada una lámpara más fuerte, había por la mañana alas amontonadas sobre el piso como en una acumulación de nieve por causa del viento. Bajo el techo, las arañas tienen por todos lados sus redes en la cercanía de la luz eléctrica, y de tanto botín no dan abasto; tienen panzas hinchadas, gordas como cerezas.

Camisea - Pucallpa - Iquitos, 20/10/81

El barco, el *Narinho*, yace a sólo pocos metros del borde de la pendiente hacia el Urubamba. Rastreado finalmente mediante llamados por radio, llegó Tercero. No sólo embarazó a una de las cocineras en el campamento, sino que, según sus propias declaraciones, se escapó de Tarapoto hacia Chasuta, estuvo tirado ahí tres meses borracho y embarazó a todas las mujeres que, como dijo, cayeron a su alcance. Con nosotros, aseguró, estaba por suerte a salvo de las mujeres.

Iquitos, 21/10/81

Télex a Munich; durante horas no hubo comunicación. Por la tarde desaparecí en los abismos del sueño. Me encontré con Gloria, y me dijo rápidamente que estaba anémica, que la pequeña tenía diarrea y ella

estaba de nuevo embarazada; luego se persignó, se levantó de la mesa y corrió hacia arriba. Leí la correspondencia de Abelardo y Eloísa en traducción inglesa. Lo que impresiona verdaderamente son las cartas de Eloísa, llenas de audacia y tragedia.

Iquitos, 22/10/81

Las decisiones han sido tomadas: el 1° de noviembre empezamos de nuevo con el rodaje, de otra forma no se podría coordinar a Cardinale, Kinski y Lewgoy. Dios mío, haz que para entonces el barco flote. El cine en la ciudad junto a la Plaza 28 de Julio tiene una nueva pantalla, que el dueño me mostró orgulloso. Entre sus pies y las filas de sillas y también adelante, sobre el pequeño escenario de madera, corrían ratas gordas en grandes cantidades. Bochorno, humedad. Las fotos que tengo sobre la pared se enrollaron por la humedad y están carcomidas, corroídas por el moho. El aire se yergue grueso y pesado delante de los cuerpos. Sobre la selva se junta una tormenta. El aire, gordo como un chancho, suda estático delante de la casa.

Lima, 24/10/81

Prueba de vestuario con el director Cuadros Barr, su orquesta, los cantantes, el coro para la escena de *Los Puritanos*, de Bellini, a bordo del barco durante el retorno de Fitz. Luego busqué a Janoud, que se había mudado, y cuya dirección conocía sólo vagamente. Según W. aparecieron al mismo tiempo su novia suiza, que lo quiere domesticar hasta hacerlo suizo, y Silvia, la holandesa, que en ese aspecto es más perspicaz. Me adentré por varios jardines delanteros hasta las ventanas de algunas casas cerradas y espié dentro de los hogares, que descartaba enseguida por el tipo de mobiliario. Finalmente, llegué a una casa donde no se reconocían muchas cosas, sólo esto: en la cocina había filtros de café holandeses, la inscripción sobre el paquete me llamó inmediatamente la atención como algo extraño, y ahí supe que ése era el lugar donde vivía Janoud, e incluso que vivía entonces junto a la enfermera holandesa. Janoud, como me dijo W., echó a las dos mujeres y les pidió que le hicieran el favor de

arreglarse entre ellas, aunque no sabía cuál había sido el resultado. Dejé una nota en la puerta y no me sorprendí al ver aparecer a Janoud junto a Silvia en el restaurante donde había invitado a Cuadros Barr. Janoud me increpó y lanzó un grito que se deshizo en una carcajada descabellada y temible, de modo que los distinguidos camareros en sus smokings se asustaron mucho, luego perdieron su distinción y rieron también sonoramente. Al tacto, Janoud parecía un pedazo de hierro, porque había tenido tifus, aunque ya casi había recuperado su peso previo.

Cuadros Barr me dijo que había montado a caballo y a su lado había visto en el pasto una serpiente persiguiendo a una rata que huía. Las ratas son por cierto muy rápidas, pero la serpiente era más rápida todavía que ella, más rápida incluso que su caballo al trote rápido.

Iquitos, 26/10/81

Al hámster también se lo llama *Kornferkel* [lechón de cereales]. Mi cama flotaba en sangre, segura como un bote. En la frontera de Mauri con Gran Bretaña desaparecía mi *jeep* con todo el equipamiento, luego me quitaban también el pasaporte y la plata. Un sapo apareció debajo del mosquitero y me miró. Afuera, sobre la galería, aturdido por la infelicidad, me apoyé contra un poste y aplasté el túnel de termitas que pasaba por ahí. Brotaron como de una cañería agujereada, pero no estaban nada furiosas. A la mañana siguiente habían vuelto a subsanar los daños en su túnel. Para eso habían tenido que traer material de muy lejos, por lo menos desde el piso, bien abajo de mi choza. ¿Cuál de las termitas hizo eso? ¿Por mandato de quién? ¿Cómo se señalan esas órdenes de construir y reparar? ¿O hay grupos especializados de construcción sólo para eso?

Un ternero de cebú perdió mucho peso. En la casucha del aeródromo de Atalaya una mujer indígena llamó Disney a su hija de unos ocho años. Disney, llévale otra cerveza al señor. El joven que toca el violín en la escena frente a la cárcel se llama Modus Vivendi. Me dijeron que el chico toca en los entierros, para una funeraria que se llama Modus Vivendi y en la que ya trabajaba su padre. Esta ciudad, más que nunca, es una ciudad de chicos.

En lo de Huerequeque hubo de nuevo tiroteos entre *dealers* que se perseguían en moto. La policía no apareció, no sale hasta el Nanay, a no ser que haya muertos. Huerequeque me contaba todo esto de forma muy gráfica: saltaba desde una moto imaginaria, se arrojaba al piso sobre una rodilla, sacaba un revólver imaginario y disparaba con la máxima furia y énfasis en dirección a los fugitivos. Al autor del atentado lo conoce bien, va siempre a comer a su bar. Hace poco asesinaron a un *dealer* en Leticia, un joven futbolista muy conocido por acá, luego de cortarle la lengua.

Iquitos, 27/10/81

De pronto mi habitación se llenó de luz. En el techo algo crujía. Sobre la tierra alrededor ardían y florecían los impactos de estrellas. Había vapor blanco y negro y entremedio firmes nudos de relámpagos. Las cucarachas, intuyendo probablemente que serían las únicas en sobrevivir, comían de mi jabón rosa hasta saciarse. A la mañana vi sus huellas en el jabón, como si se lo hubiera raspado con un fino cepillo de púas. Julian, para hacer algo bueno por mí, inventó la noticia de que el *Huallaga* estaba libre, pero sigue inamovible igual que antes. La lluvia es cobarde. Contra el margen de la selva chocaban los pájaros como perros rabiosos. Mi cuerpo está sediento como una zona árida. Sobre la tierra se abrían finas grietas. Viajé de a tres en la moto hacia la ciudad, llevé a María Luisa y a su pequeña hija. A la vuelta la niña, que estaba metida entre ella y yo, se durmió; sentí bien claro el momento en que la cabecita colgó de pronto hacia un lado y al mismo tiempo las pequeñas manos soltaban mi cuerpo. Al arrojar una colilla de cigarrillo aún ardiente a través de los hierros oxidados de la alcantarilla al lado mío, algo, como una serpiente, salió disparado desde uno de los agujeros húmedos y negros de las cloacas, agarró el pucho, enseguida lo dejó caer nuevamente y se retiró casi a la misma velocidad. Era un sapo muy grande.

Un hombre llevaba su guitarra en una bolsa de plástico, como un hacha sobre el hombro, por la calle polvorienta, en el sol ardiente. Los perros yacen quietos sobre la arena caliente, en los pedacitos de sombra de unos arbustos deshojados. Desde ayer Gustavo tiene una pequeña

casetera Sanyo, parecida a un *walkman*, y le pregunté de dónde la había sacado. La había sacado de la aduana. Los funcionarios de la aduana habían robado una caja entera, se habían escondido los aparatos en las botas y le ofrecieron uno a G. si, junto con las otras cosas que tenía que buscar, sacaba la caja vacía del terreno de la aduana.

Camisea, 1/11/81, Día de Todos los Santos

En Munich ya cayó nieve, contó Anja. Se nos rompió una bomba para la caldera de presión del agua corriente, por lo demás el campamento estaba de vuelta bien reacondicionado. Todo como ya vivido: Huerequeque me pasó nadando contra la corriente, Kinski vino con la mirada echando chispas de furia y bramó porque Miguel Ángel había puesto su música demasiado alto, y a mí me dio lástima tener que hacer de policía, y Miguel Ángel me dio lástima porque con sus casetes lucha contra la nostalgia de su casa, que empieza de inmediato. El barco ya fue bajado hasta mitad de la pendiente hacia el Urubamba. Hoy hay que ampliar y reforzar la trocha bien abajo junto al agua; todavía falta un «muerto» más pequeño y un torniquete que van a construir los campas. Están David, Miguel Camaytieri, McNamara y el «Comandante», además de unos cien campas. Una cantidad mucho mayor está en viaje en botes, a pie y por avión. En dos días, el barco podría estar en el agua.

Camisea, 2/11/81

Bajamos el barco sin seguro desde atrás por la pendiente unos ochenta metros, al tiempo que también calculamos que podría independizarse botándose en forma natural. Filmamos desde posiciones seguras, hasta que el barco se enredó en los árboles y en una maraña de lianas a la derecha, al borde de la trocha. El Urubamba creció hasta el mediodía, luego volvió a descender rápidamente. Nos concentramos en el nuevo molinete, y mientras hacíamos tomas a fin de llenar una pausa en la cual había que poner de nuevo los cables para el barco, los campas corrieron en círculo con tal ímpetu que, en el apuro, a uno de ellos le quedó una mano entre el cabo y el tronco, lo que le habría arrancado la mano a la

altura de la articulación si Vignati no hubiera saltado de inmediato dentro de la escena y lo hubiera detenido todo. Por la mañana hizo un calor homicida, y como los campas no se habían traído nada para beber, nuestra gran olla con agua limonada se vació en minutos. Al mediodía llegamos a nuestro campamento para comer tan agotados por el trabajo y la sed que nadie más habló.

La gente de Shivankoreni le mandó al Dr. Parraga cuatro gallinas como regalo en una cajita, en la que estaban sentadas con las patas atadas y asomaban los cuellos desnudos. A mí me entregaron un pesadísimo manojo con plátanos verdes, además de una pila de raíces de yuca muy grandes. Yo les entregué las camisetas del Bayern München que tanto querían, junto con banderines del club y una pelota nueva. Ahora estaban seguros de que le iban a ganar a todos los otros equipos, sobre todo a los de Nueva Luz.

Hace días que acá en el agua estaba tirado un pato enfermo. Primero pensé que quizá estaba incubando, pero después de que ayer a la noche se asara sobre dos palos entrecruzados en el fuego de Zézé, me enteré de que el pato se subía siempre a los baldes de plástico con detergente de las lavanderas indígenas, porque al parecer le gustaban los baños de espuma. Debido a eso, sus plumas habían perdido la capa de grasa, y cuando intentaba nadar en el río, se hundía, embebido en agua.

El agua creció tanto que Julian desarmó nuestra caldera de presión y la puso más arriba en tierra. Rescatamos algunos barriles de petróleo que flotaban en el río. Luego, por la tarde, vi de pronto una canoa vacía pasando por delante de mi choza, y como nosotros no habíamos mandado ninguna río arriba, pensé que en realidad sólo podía provenir de los amehuacas. Como nuestros botes justo habían sido amarrados, nuestra gente demoró en poder ir tras el enigmático vehículo. Por la noche, como dejamos encendidas las luces del embarcadero, se acercaron tantos bichos alados, cuerpos blandos con alas transparentes, en enjambres tan absurdamente inmensos, que a la mañana las alas caídas cubrían el piso como una capa de nieve polvo. Nuestro papagayo grande estaba sentado en la galería, había agarrado una batería de seis voltios con las patas y trataba de comérsela.

Del pongo llegó la noticia de que el banco de guijarros en el que estaba el *Huallaga* ya había sido socavado en su mayor parte por agua y que el barco se movía, por lo que se necesitaba como mucho una crecida de dos pies más de agua para que se liberara. Aun cuando yo reciba ese tipo de noticias siempre con el debido escepticismo, una imagen osada se abre paso en mis pensamientos y ya no se deja ahuyentar por nada, un acto definitivo y verdaderamente surreal: que justo en el momento en que finalmente hayamos pasado el barco por sobre la montaña y lo empujemos al agua del Urubamba, su hermano gemelo entre a la deriva en el cuadro y choque con él, de modo que ambos monstruos, de pronto duplicados de forma misteriosa, se hundan mutuamente.

Camisea, 3/11/81

Por la mañana subí la trocha. Bajamos el barco cuidadosamente en tramos cada vez más pequeños casi hasta el Urubamba. Al mediodía se levantaron nubes espantosamente amenazadoras; ya a la mañana había llovido tres veces de forma breve y muy fuertemente, y yo me refugié en lo seco con algunos campas bajo el casco del barco. Pero el agua se coló hacia adentro por la curvatura del cuerpo del barco y chorreaba arriba de nosotros. Comí con los campas de su harina de yuca de grano grueso, que llevaban con ellos en un costal. Repartí fotos que les había traído. Un campa tomó prestado un *walkie-talkie* que yo había resguardado de la lluvia y estuvo largo rato hablando sin nadie del otro lado. Después se colgó dos de ellos entrecruzados sobre el pecho y se hizo fotografiar por Vignati.

Tan cerca del objetivo, dejé desconsideradamente que nuestra maquinaria se desgastara al máximo: mientras el Caterpillar tiraba desde un costado de la proa del barco, una de las roldanas de hierro fundido del sistema de poleas se rompía más y más, los pedazos saltaban ardientes y silbando sobre el barro resbaladizo, e igualmente dejé que siguieran tirando. Después, cuando todo se aquietó, vi por primera vez al tímido pájaro borboritador, el que hace resonar gritos tan extrañamente sonoros y borboritantes por las copas de los árboles. Alguna cosa que le pareció extraordinaria tiene que haberlo atraído. El pájaro es negro y bastante grande, al gritar se dirige erguido hacia el cielo y con las alas

hace en cada grito un movimiento de animal en celo. Después del almuerzo cayó una tormenta fuerte, y yo alcancé justo mi choza con una taza de café caliente y me tiré a leer en la hamaca. Me dormí, mientras que a los lados el agua goteaba a través del techo. Dos truenos seguidos tipo explosión, bien cerca, me tiraron prácticamente de la hamaca. Luego llegó la noticia de que el Urubamba crecía como loco, teníamos que alistarnos de inmediato porque podía suceder que el barco se pusiera en movimiento por sí mismo sobre el fondo resbaloso y ya no se lo pudiera frenar ni siquiera con amarras de acero, o si no que el río creciera tanto que alcanzara adelante la quilla, que se encontraba a sólo unos diez metros del agua, y se llevara al barco consigo. En muy poco tiempo tenía a todos los hombres en la trocha. Encontré al Urubamba muy crecido, acarreaba ramas y suciedad, el banco de guijarros en la otra orilla casi había desaparecido. A la izquierda de la trocha estaba el Caterpillar intentando instalar otro «muerto», hundido por completo en el lodo. Tardamos una hora y media hasta que logramos atar un cable de acero bien arriba alrededor de un árbol, con el cual el tractor pudo luego izarse a sí mismo. Como teníamos poca gente para trasladar las amarras de acero, eché yo mismo una mano junto a casi todo el equipo técnico; fue un trabajo tremendo. En los intentos por mover al Caterpillar hundido se nos fue tanto tiempo que teníamos apenas un cuarto de hora antes de que la luz desapareciera, de modo que todos estuvieron de acuerdo en no filmar hoy. Sospecho que el barco, que yace levemente torcido, podría empezar a deslizarse por sí mismo sobre el trazado fijo de la picada mediante un simple cambio de dirección en su eje longitudinal. El agua, malhumorada y sucia, siguió su camino a nuestro lado y volvió a bajar ligeramente.

A la luz de la fina luna, los campas empezaron a cantar y a emborracharse, y en poco tiempo la trocha se veía como un campo de batalla repleto de botellas de cerveza.

Camisea, 4/11/81

Habíamos elegido dos posiciones para las cámaras: Mauch, con una de mano desde la «chata», cuyo suelo estaba resbaladizo como jabón blando

por el aceite y el barro, de modo que sólo sentado sobre una valija de aluminio tenía una base segura; Klausmann, bien cerca del barco, acurrucado en el ángulo de un canto del terreno, del que sólo había una salida de escape que iba directo al agua. Su posición seguía siendo riesgosa, porque el barco podía, cuando agarrara velocidad, romper también el muro protector de tierra y enterrarlo debajo de sí. Lo deliberamos largamente. Raimund, el iluminador, y algunos campas permanecieron arriba de su posición, listos para poder sacarlo de la zona de peligro también hacia arriba. Yo me busqué una posición algo más elevada, desde la cual podía observar ambas cámaras, además de la posición del tractor. Tanto con Walter como con Tercero tenía contacto visual. Así podía alertar a tiempo a la cámara debajo de mí, en caso de algún imprevisto. De hecho, al principio el barco se dirigió al terraplén junto a la cámara, y vi cómo Raimund saltaba al otro lado de la cámara a fin de ponerla a salvo rumbo al agua, mientras los campas quedaban preparados para Klausmann. Pero Tercero logró girar el barco en otra dirección. Cuando estuvo por la mitad en el agua, se inclinó a un lado de forma tan impresionante contra la corriente, que parecía ineludible que zozobrara y se hundiera. Como si se revolcara en un desordenado, confuso sueño febril, el barco se tumbaba de un lado al otro. Perdí de vista al Caterpillar, que se había clavado valientemente bajo el barco zozobrante, y se movía alrededor del barco fuera del ángulo visual de la cámara. En eso pisé descalzo un pedazo dentado de una botella de cerveza rota que los indios habían dejado en el barro durante su «fiesta» nocturna y vi también, puesto que sangraba mucho, que de hecho había muchos más pedazos tirados por ahí. Al apurarme, prestaba más atención a los pedazos de vidrios que al barco, del que asumí que estaba perdido. Cuando alcancé del todo el otro lado del barco, el Caterpillar ya había agarrado con violencia brutal directamente desde atrás con su pala la parte de abajo del casco, y la borda, que se había inclinado casi hasta el piso, fue aplastada con un sonido terrible, de modo que el barco, casi del todo en el agua, volvió a erguirse.

No sentía mi pie sangrante. El barco me era indiferente, no tenía un valor superior al de alguna botella de cerveza rota en el lodo, al de algún cable de acero retorciéndose en el barro. No hubo ningún dolor, ninguna alegría, ninguna excitación, ningún alivio, ninguna sensación

de felicidad, ningún sonido y tampoco ningún respirar hondo. Sólo hubo la comprensión de una gran inutilidad, o mejor, yo había entrado más profundamente en su reino misterioso. Vi cómo el barco, de vuelta empujado en su elemento, se enderezaba suspirando perezosamente. Hoy, miércoles 4 de noviembre de 1981, poco después de las doce del mediodía, transportamos el barco desde el río Camisea por arriba de una montaña hasta el Río Urubamba. Todo lo que hay para reportar es lo siguiente: yo participé de eso.

Epílogo

Los exámenes no terminaron ahí. En Iquitos quedaban trabajos de rodaje que exigían la presencia de al menos uno de los dos barcos, pero ambos encallaron varias veces en su camino río abajo y se atrasaban cada vez más. A último momento, cuando Claudia Cardinale tenía que volverse por otra película, llegó el *Huallaga* a Iquitos. Cuando vi aparecer el barco en el lugar de la filmación, un muelle de diez metros de altura, la alegría me hizo saltar de cabeza al agua, lo que me podría haber costado la vida, porque no sabía que apenas un metro debajo de la superficie amarronada y opaca había instaladas enormes vigas paralelas, una de las cuales rocé con un hombro.

También hubo durante varios días problemas con un miembro del equipo que cada vez se volvía más extraño, inquieto, distraído, incoherente, al punto que tuve la sospecha de que tomaba drogas, pero no sabía que se había vuelto momentáneamente loco. Llegó acá flaco, cambiado y confundido. Al final decidí, para tenerlo mejor controlado, llevarlo con nosotros a nuestro cuartel central sobre el Nanay. Le di mi choza sobre pilotes y me alojé provisoriamente en la casa de adelante. En la primera noche, casi al amanecer, mi choza ardió en llamas. *** la había prendido fuego, se había montado sobre una moto, vestido sólo con una tela alrededor de la cintura, y había viajado a toda marcha hacia la ciudad, un gran machete aferrado entre los dientes. Además se había pintado la cara de negro para ser invisible, como los indios en la película. En la ciudad tomó de rehenes a dos empleados jóvenes de una agencia de viajes, pero por suerte los liberó nuevamente antes de que la policía empezara a disparar. Pasaron semanas hasta que anulamos con sobornos distintas causas en su contra y pudimos mandarlo a su casa acompañado por un médico y un enfermero. Felizmente se trató en este caso de un episodio pasajero. *** es hasta hoy alguien con quien me une una amistad inconmovible.

Veinte años más tarde, tras los pasos de mi trabajo conjunto con Kinski, volví al Camisea. Llegué con un bote a través del pongo de Mainique y me detuve en Shivankoreni y ahí encontré también a dos de los machiguengas que en su momento querían matar a Kinski por mí. El pueblo permanece en su mayor parte inalterado. Las mismas chozas, el mismo embarcadero para botes. Sólo los arcos de fútbol fueron sacados, porque muchos de los jóvenes abandonaron el lugar. Hay una choza nueva, cubierta con chapa acanalada. Es la estación sanitaria, la farmacia, llamativamente bien provista de medicamentos. La puso la compañía petrolera, pero por lo demás el territorio de los machiguengas entre ambos ríos, sobre el que ahora tienen un título de propiedad, se encuentra intacto. Justo del otro lado del Camisea, escondida en las colinas de la selva, hay una gran estación de la compañía petrolera. Descubrieron uno de los depósitos de gas natural más grandes, tal vez incluso el más grande del mundo. Me aseguraron que hacía mucho que los amehuacas habían sido contactados y estaban domesticados y eran buenos peruanos. De nuestros dos campamentos no encontré ningún rastro, tampoco después de una búsqueda más escrupulosa, nada, ningún clavo, ningún poste, ni siquiera la marca de donde podría haber estado alguna vez un poste. La trocha estaba nuevamente cubierta por completo de vegetación, como si nosotros nunca hubiésemos estado acá. Si uno sabía por dónde habíamos pasado el barco por encima de la montaña, era posible detectar allí que la selva era de un verde ligeramente más claro que alrededor, pero la vegetación estaba tan crecida como antes. Era mediodía y reinaba la quietud. Miré a mi alrededor, porque todo estaba demasiado inmóvil. Reconocí la selva como algo que me era familiar y que estaba en mí, y supe que la amaba, aunque en contra de mi propia convicción. Luego volvieron a mí palabras que habían estado girando, arremolinándose dentro de mí todos estos años: arcabuz, carta pastoral, noventa y uno. Aguafuerte, espíritu maligno, pan de caridad. Laborioso, borrasca, descomunal. Recién ahora me pareció como si pudiera salvarme del remolino de las palabras.

Me di cuenta de algo, un cambio, pero que a la vez no era ningún cambio. Sólo que cuando trabajaba acá no lo había notado: entre las chozas había en ese entonces una extraña tensión, una enemistad agobiante. Las familias casi no tenían contacto entre ellas, como si hubieran estado

peleadas entre sí. Sólo que, de alguna manera, yo siempre lo había pasado por alto o negado. Únicamente los chicos habían jugado entre ellos. Ahora, mientras caminaba a lo largo de la fila de chozas y seguía haciéndome preguntas, era casi imposible que una familia pudiese ser puesta en contacto con otra, el odio bullía innegablemente, como si entre choza y choza, entre familia y familia, entre clan y clan, reinara algo así como un clima de venganza.

Miré a mi alrededor, y en el mismo odio en ebullición se encontraba, furiosa y humeante, la selva, mientras que el río, con majestuosa indiferencia y sarcástico desdén, todo lo minimizaba: las fatigas de los hombres, la carga de los sueños y los suplicios del tiempo.

Índice de nombres

Mario Adorf: Actor ítalo-germano. Participó, entre otros, de los filmes *La mala ordina*, *Cuore di cane* y *Momo*. Interpretó en *Fitzcarraldo* el papel de capitán hasta la interrupción del rodaje.

Jaime de Aguilar: Asistente peruano durante el rodaje.

Claire André: Secretaria de la producción.

Gustavo Cerff Arbulú: Asistente de producción peruano, colaborador ya en *Aguirre, der Zorn Gottes*.

Ulrich "Uli" Bergfelder: Especialista en lírica provenzal antigua, decorador fílmico, diseñador de set. Colaborador de Herzog durante muchos años.

Les Blank: Director norteamericano. Autor de numerosos documentales, como por ejemplo *Spend It All* y *Always for Pleasure*. Filmó la película *Burden of Dreams*, sobre el rodaje de *Fitzcarraldo*.

Franz Blumauer: Creador de modas y encargado de vestuario de la Ópera de Viena. Responsable del vestuario de varias puestas en escena, entre otras de *Tannhäuser*.

Carlos "El Tigre" Calvo Soria: Hachero peruano que colaboró en la logística de la producción.

Miguel Camaytieri: Colaborador durante el rodaje.

Claudia Cardinale: Actriz italiana. Protagonista, entre otras, de *La prima notte*, *Rocco e i suoi fratelli* y *8 1/2*. En *Fitzcarraldo* interpretó a Molly.

Francis Ford Coppola: Productor y director de más de treinta películas, como por ejemplo *Apocalypse Now*, *Rumble Fish* y *The Godfather*.

Sergio Corbucci: Director italiano de más de sesenta filmes, entre ellos *Terra straniera* y *Totó, Peppino e la dolce vita*. Trabajó junto a Klaus Kinski en *Il grande silenzio*.

Manuel Cuadros Barr: Músico, director de orquesta y director coral peruano. Colaboró con Werner Herzog en *Fitzcarraldo*.

Claude Chiarini: Soldado francés en la Legión Extranjera, médico y neurólogo. Trabajaba en un sanatorio neurológico en París. Colaboró en películas anteriores de Herzog también como fotógrafo.

Zézé D'Alice: Asistente de sonido brasileña.

Carlos Diegues: Director brasilero de películas como *Os herdeiros*, *Xica da Silva* y *Bye Bye Brasil*.

Alan Dunn: Asistente personal de Mick Jagger y, posteriormente, jefe de logística de The Rolling Stones.

Lotte Eisner: Historiadora del cine, estudió arqueología, huyó a Francia en 1933 el día en que Hitler subió al poder. Mentora del Nuevo Cine Alemán. Publicaciones (entre otras): *Pantalla demoníaca* y monografías sobre Friedrich W. Murnau y Fritz Lang.

Miguel Ángel Fuentes: Actor mexicano, que participó en los rodajes de *Morir de madrugada*, *Las tentadoras* y *Las grandes aguas*. Hizo el papel de Cholo en *Fitzcarraldo*.

Abel Gance: Pionero francés del cine, creador de *Napoléon*, *J'accuse!* y *La fin du monde*, entre otras películas.

Paul Getty III: Fugaz actor y uno de los herederos de la multimillonaria familia Getty. A los dieciséis años, le cercenaron una oreja durante un secuestro extorsivo.

Henning von Gierke: Pintor, diseñador de set, director de ópera. Colaborador de Herzog durante muchos años.

Maureen Gosling: Colaboradora de muchos años de Les Blank. Montajista y directora de *Blossoms of Fire* y *Yum, Yum, Yum!*

Alan Greenberg: Director, productor y actor estadounidense que colaboró con Herzog en *Herz aus Glas* y en *Fitzcarraldo*.

Ruy Guerra: Director brasilero. *Os fuzis*, *A carta roubada* y *Eréndira* son algunas de sus películas. Actor en *Aguirre, der Zorn Gottes*.

Jerry Hall: Modelo norteamericana. Mantuvo una extensa relación con Mick Jagger, con quien tendría cuatro hijos.

Rudolph "Burro" Herzog: Hijo de Werner Herzog, llamado de chico "Burro". Mago profesional. Director y productor de sus propias películas, por ejemplo de *Abora - Letzte Position Atlantik* y *Cat and Mouse*.

Tilbert "Till" Herzog: Hermano mayor de Werner Herzog, ayudó a financiar *Aguirre, der Zorn Gottes*.

Paul Hittscher: Capitán alemán y propietario de un barco en Iquitos, dueño de un restaurante. Hizo el papel del capitán.

Huerequeque Enrique Bohorquez: Regenteaba un bar sobre el río Nanay. En *Fitzcarraldo* interpreta el papel de Huerequeque.

Izquerdo: Asistente de vestuario en *Fitzcarraldo*.

Mick Jagger: Músico británico, fundador y lider de The Rolling Stones. Hizo en *Fitzcarraldo* el papel de Wilbur hasta la interrupción del rodaje. Su papel fue luego tachado del guión.

Werner Janoud: Trabajaba de minero. Huyó a los dieciocho años de la República Democrática Alemana, viajó durante tres años en bicicleta desde Canadá hasta Perú. Fotógrafo. Amigo personal de Werner Herzog.

Dagoberto Juárez: Ingeniero de sonido brasileño.

Edmund Emil Kemper: Homicida serial conocido como el "asesino mixto". Fue condenado por diez homicidios y sentenciado a cumplir ocho cadenas perpetuas sucesivas en Vacaville, California.

Klaus Kinski: Hizo el papel de Fitzcarraldo. Su filmografía abarca más de doscientas películas, entre las cuales se cuentan *Aguirre, der Zorn Gotte, Nosferatu: Phantom der Nacht* y *Woyzeck*. Antes hizo también teatro y recitación de poemas. Dirigió su propia película: *Kinski Paganini*.

Rainer "Bubu" Klausmann: Camarógrafo suizo (segunda cámara). Más tarde hizo junto a Werner Herzog muchos otros trabajos, como *Cerro Torre: Schrei aus Stein*.

Joe Koechlin von Stein: Hombre de negocios peruano, ayudó a financiar *Aguirre, der Zorn Gotte*. De él partió el primer impulso para la película *Fitzcarraldo*.

Stanley Kubrick: Director estadounidense de *Paths of Glory, 2001: A Space Odyssey* y *A Clockwork Orange*, entre otras.

Sergio Leone: Director italiano de *C era una volta il West* y *Per un pugno di dollari*. Trabajo junto a Klaus Kinski en *Un genio, due compari, un pollo* y *Per qualche dollaro un più*.

José Lewgoy: Prolífico actor brasilero de cine y televisión. Protagonista en *Perdida em Sodoma, O flagrante* y *História de um crápula*, entre otras. En *Fitzcarraldo* hizo el papel del barón del caucho Don Aquilino.

Sandy Lieberson: Productor cinematográfico. Intervino en filmes como *Mahler, Stardust* y *Jabberwocky*. Estuvo al frente de la 20th Century Fox.

Tom Luddy: Campeón de golf amateur de Estados Unidos, activista político, director del Pacific Film Archiv, Berkeley/California. Fue colaborador de Francis Ford Coppola, y fundador y director del Telluride Film Festival.

Laplace Martin: Ingeniero brasilero, especialista en cargas pesadas, renunció durante el rodaje.

Adalberto "Resortes" Martínez: Actor mexicano, quien participó de varios filmes, tales como *Yo dormí con un fantasma*, *Luchador fenómeno* y *El rey de México*.

Thomas Mauch: Camarógrafo de Herzog desde el primer momento. Fue parte del equipo en *Lebenszeichen*, *Auch Zwerge haben klein angefangen*, *Aguirre, der Zorn Gottes*. También fue camarógrafo de Edgar Reitz y Alexander Kluge, y más tarde director y productor de sus propias películas: *Adrian und die Römer* y *Maria von den Sternen*.

Guillermo "McNamara": Joven peruano que colaboró durante el rodaje y participó como extra en el filme.

Arnon Milchan: Productor nacido en Israel y radicado en los Estados Unidos. Responsable de filmes como *Brazil*, *Pretty Woman* y *JFK*.

Errol Morris: Director norteamericano, autor de *Vernon, Florida*, *Fast, Cheap & Out of Control* y *Fog of War*.

Sepp Mosmeier: Pastelero, fanático de la ópera. Fundador y presidente del Club de Fútbol Munich Negro-Amarillo.

Prela Ndrek: Actor albanés, quien participó en los filmes *Komisari i Dritës* y *Vitet e para*.

Jack Nicholson: Actor estadounidense. Protagonista de *Chinatown*, *The Shining* y *The Postman Always Rings Twice*, entre muchos otros filmes.

Evaristo Nunkuag: Dirigente de organizaciones defensoras de los derechos de los indígenas de Perú.

Grande Otelo: Actor brasilero, protagonista de *Carnaval no fogo*, *Depois eu conto* y *Macunaíma*. Interpretó en *Fitzcarraldo* el papel del olvidado jefe de estación de tren.

Tercero Panaifo Indama: Responsable de conducir la topadora Caterpillar durante el rodaje.

Tomás Parraga Aliaga: Médico peruano. Construyó puestos sanitarios en ambos campamentos.

David Pérez Espinosa: Colaborador durante el rodaje.

Rui Polanah: Actor brasilero, originario de Mozambique. Actuó en *Cristais de sangue*, *A Deusa negra* y *Quilombo*. Hizo el papel de un barón del caucho en *Fitzcarraldo*.

Beat "Beatus" Presser: Fotógrafo de Basilea. Numerosas exposiciones, entre otras publicaciones *Alpentraum y Kinski*. Director de producciones en video. Colaborador de Herzog durante muchos años.

Jean-Pierre Rassam: Productor cinematográfico de origen libanés, por ejemplo de *Tess* y *Lancelot du Lac*.

Nancy Ríos: Secretaria de producción.

Jason Robards: Actor norteamericano, presente en *Philadelphia*, *Johnny Got His Gun* y *All the President's Men*, entre otras. Hizo el papel de Fitzcarraldo hasta su enfermedad, que puso fin a la primera etapa de la filmación.

Glauber Rocha: Director brasilero, autor de *Antonio das mortes*, *Cabezas cortadas* y *Terra em transe*.

William "Bill" Rose: Director y guionista estadounidense, autor de *La casa della paura*, *Pamela, Pamela*, *Your Are* y *Rent-a-Girl*. En *Fitzcarraldo* interpretó el papel del notario.

Bruno S.: Actor alemán, con participación en *Jeder für sich und Gott gegen alle* y *Stroszek*.

Eric Sabourin: Ingeniero agrónomo francés que asesoraba al Consejo de la comunidad aguaruna y que fue detenido por el ejército peruano.

Wilfried Satty: Artista plástico alemán radicado en los Estados Unidos.

Gloria Saxer: Esposa peruana de Walter Saxer. Catering en *Fitzcarraldo* y otras películas.

Walter Saxer: Jefe de producción proveniente de St. Gallen, Suiza. Colaborador de Herzog desde sus primeros films. Director de un estudio de sonido, productor y guionista, de filmes como *Cerro Torre: Schrei aus Stein.*

Volker Schlöndorff: Director alemán de *Der junge Törless*, *Die Blechtrommel* y *Homo Faber.*

Anja Schmidt-Zähringer: Continuista. Colaboradora habitual de Herzog en la parte de organización.

Werner Schroeter: Director de cine, teatro y ópera. Entre sus películas se cuentan *Der Tod der Maria Malibran, Die Generalprobe* y *Tag der Idioten*. Para *Fitzcarraldo* escenificó la secuencia del *Ernani* de Bellini en el Teatro Amazonas de Manaos.

Segundo: Colaborador durante el rodaje.

Larissa Shepitko: Directora ucraniana en la antigua Unión de las Repúblicas Socialistas Soviéticas. Realizadora de *Voskhozhdeniye* y *Krylya.* Gimnasta y basquetbolista (seleccionado nacional).

George Sluizer: Director holandés, autor de *Utz*. Productor. Jefe de producción de la parte brasilera de la filmación.

Walter Steiner: Escultor de madera, dos veces campeón mundial de salto en esquí, de Wildhaus/Suiza. Personaje principal de la película *Die große Ekstase des Bildschnitzers Steiner.*

Lucki Stipetic: Hermano menor de Werner Herzog, colaborador muy cercano desde *Aguirre, der Zorn Gottes*. Productor, jefe de producción de la película y de la distribución mundial. Antes, hombre de negocios independiente.

Gisela Storch: Jefa de vestuarios. Colaboradora durante muchos años.

Hans-Jürgen Syberberg: Director alemán. Realizador de *Ludwig - Requiem für einen jungfräulichen König* y *Hitler*.

Víctor Trigozo: Operario peruano contratado para la construcción del campamento sobre el río Camisea.

Mario Vargas Llosa: Escritor peruano. Para entonces, ya había publicado *Los jefes*, *La casa verde*, *Conversación en La Catedral*, *Pantaleón y las visitadoras* y *La tía Julia y el escribidor*, entre otras obras.

Miguel Vásquez: Experto mexicano en efectos especiales.

Jorge Vignati: Camarógrafo peruano, director de películas documentales, asistente de dirección en *Fitzcarraldo*. Colaborador en *Aguirre, der Zorn Gottes* y *Gasherbrum - Der leuchtende Berg*.

César Vivanco: Peruano de Cuzco. Dirigió la construcción del campamento en el río Marañón y en el río Camisea. Antiguo colaborador en *Aguirre, der Zorn Gottes*.

Raimund Wirner: Iluminador alemán.

Kitty Witwer: Antigua conejita de Playboy, *sheriff*, directora de una cárcel en San Francisco.